

Narraciones populares

E-LIBROS
COLECCIÓN ORIENTALIA

Andanzas y aventuras del caballero Baïbars
y de su fiel escudero Flor de Truhanes

X – El juicio al monje maldito

Edición y traducción de Esmeralda de Luis



سيرة الظاهر بيبرس



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



X – El juicio al monje maldito

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación:
Número de páginas:
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

ÍNDICE

Presentación

- Los relatos de Baïbars.
- Resumen de los episodios precedentes.
- Repertorio onomástico de personajes.

X – EL JUICIO AL MONJE MALDITO

- | | |
|---|---|
| X.01 – La marcha hacia Roma. | X.24 – Edamor aparece de nuevo. |
| X.02 – Fannâs “el Canalla” desafía a Ibrahim. | X.25 – La parte de Ibrahim. |
| X.03 – Roma, la madre de todas las ciudades. | X.26 – Ibrahim no acaba de curarse. |
| X.04 – Una acogida triunfal. | X.27 – Funestas consecuencias de una borrachera. |
| X.05 – Castigo al monje maldito. | X.28 – Saad parte en busca de noticias. |
| X.06 – El rescate de los reyes. | X.29 – Un remedio para camellos. |
| X.07 – De un regateo mortal en el zoco. | X.30 – La intervención de El-Jidr. |
| X.08 – El gulag de Federico. | X.31 – Ibrahim se invita a la boda. |
| X.09 – El arte de Ibrahim rescatando cautivos. | X.32 – Ibrahim reencuentra a su prometida. |
| X.10 – Yauán se sale con la suya, pero no se rinde | X.33 – El León del Horân salda sus cuentas. |
| X.11 – El torneo trucado. | X.34 – Menudo espectáculo. |
| X.12 – “Zancadas de Viento” justifica su reputación | X.35 – Ibrahim se rebela. |
| X.13 – A Yauán no le faltan recursos. | X.36 – No habrá guerra en El-Horân. |
| X.14 – Funesto presagio. | X.37 – Una alianza contra natura. |
| X.15 – ¡Menos mal que estaba allí el Maestro de las Argucias! | X.38 – Saad se gana una buena paliza. |
| X.16 – El calvario de los héroes. | X.39 – El combate de los jefes. |
| X.17 – Se escapan los muertos. | X.40 – Paladín de Doncellas encuentra a alguien más fuerte. |
| X.18 – El mágico baúl sanador. | X.41 – Ibrahim se escapa de nuevo. |
| X.19 – Infortunios de un fugitivo. | X.42 – Shîha llega a tiempo. |
| X.20 – Las lágrimas de Saad. | X.43 – Juicio a Ibrahim. |
| X.21 – Ibrahim vuelve a casa. | X.44 – La boda empieza bien. |
| X.22 – Un nuevo rival para Shîha. | X.45 – No hay quien se lo quite de encima. |
| X.23 – Quien siembra vientos, recoge tempestades. | |

PRESENTACIÓN¹

Sobre los relatos de Baïbars

Este libro es el décimo volumen de “Las andanzas y aventuras del caballero Baïbars...”, vasto fresco épico-novelesco elaborado y transmitido por los narradores populares de las grandes ciudades del Oriente Medio Árabe. Existen numerosas versiones, tanto manuscritas como impresas; la que se da aquí es la de un manuscrito alepino que data, seguramente, de mediados del siglo XIX, y cuyo hallazgo se debe a Shafiq Imâm, que fue durante mucho tiempo conservador del Museo de las Artes y tradiciones populares de Damasco. Este manuscrito, el más largo que se conoce hasta el momento, es también el mejor escrito desde un punto de vista literario, sobre todo, por el lugar que concede a la lengua hablada –en general desaparecida del lenguaje escrito– en toda su diversidad.

El relato de Baïbars reposa sobre un sustrato histórico, por supuesto muy deformado, embellecido y dramatizado por generaciones de narradores; en este caso, nos cuenta las aventuras y el reinado del sultán mameluco Al-Malik Al-Zâhir Baïbars (1223?/1277). De etnia turca, nacido en las estepas del sur de Rusia y de la actual Ucrania; Baïbars comenzó su carrera como esclavo militar (mameluco) al servicio del sultán de Egipto y de Siria, Al-Mâlik Al-Sâlih, descendiente de Saladino. Jugó un importante papel en el golpe de Estado militar por el que los jefes mamelucos, que constituían el núcleo duro del ejército, confiscaron el poder a la muerte de Al-Malik Al-Sâlih, en 1249, poniendo así fin a la dinastía ayyubí. Baïbars, después de destacar en la batalla de Mansurah, en la que San Luis fue hecho prisionero (1250), y en la de ‘Ayn Yalut, con la que se dio un golpe decisivo a las invasiones mongolas, se hizo con el poder, tras ejecutar a su predecesor Qutuz (1260). Su reinado estuvo marcado por numerosas campañas contra los Cruzados, que aún poseían una parte de la costa siria, y contra los Mongoles; pero también fue importante por sus esfuerzos en restaurar un Estado fuerte y centralizado, lo que continuó llevando a cabo hasta su muerte en 1277, fecha en la que comenzó el verdadero sultanato mameluco de Siria-Egipto, que duraría hasta 1517, año en el que cayó bajo el poder del Imperio Otomano.



¹ Presentación de *El juicio al monje maldito*, por Jean-Patrick Guillaume (Ed. Sindbad, 1996), traducción de Esmeralda de Luis.

Resumen de los episodios precedentes

Descendiente de un largo linaje de reyes y de ascetas errantes, príncipe heredero del lejano Juarizm (el actual Uzbekistán), Baïbars, para escapar de la persecución de sus tíos, ha tenido que huir de su país natal; llevando una vida miserable y vagabunda, acabó por llegar a Damasco, en donde una viuda rica y caritativa le recoge y adopta como hijo. Más adelante, al haberse enfrentado Baïbars con el virrey de la provincia, tiene que partir hacia El Cairo, en donde le protege un alto dignatario de la Corte, cuñado de su madre adoptiva (Las infancias de Baïbars).

En la capital egipcia, encuentra a Otmân, un temible truhán que tiene aterrorizada a toda la ciudad; tras una trifulca que hizo época, Baïbars consigue que Otmân se arrepienta de su conducta, le contrata a su servicio y le adopta como hermano. En compañía de este escandaloso energúmeno, naïf y chistoso (pero que bajo esa tosca apariencia, es un místico visionario, guiado por su Dama, Sitt Zeynab), Baïbars, que interpreta voluntariamente el papel de enderezador de entuertos, se encuentra metido en una serie de trifulcas que más de una vez le llevan ante los tribunales; pero la amistad que le profesa el rey El-Sâleh (que además es un santo místico con poderes sobrenaturales) y su gran visir Shâhîn, le permiten siempre salir indemne, a pesar de las tretas urdidas por el gran Cadí, el hipócrita Salâh El-Dîn, un personaje sospechoso, que parece tener extrañas relaciones (ver Flor de Truhanes).

Ya dentro de los altos cargos del ejército regular, a Baïbars se le confían misiones cada vez más importantes; nombrado Jefe de la Policía de El Cairo, devuelve el orden a la ciudad, enfrentándose victoriosamente con el terrible Muqallad, el todopoderoso “padrino” que reina sobre los proxenetas, carteristas y ladrones; más adelante será encargado de poner en su sitio a los beduinos que infectan la región de Mahalla, en el delta del Nilo. Pero el favor que goza por parte del rey le atrae los celos de los emires turcos, y sobre todo de Aïbak, el jefe de los ejércitos, un personaje mezquino, envidioso y rapaz. Instigados bajo cuerda por el cadí Salâh El-Dîn, esos bestias descerebrados montan contra nuestro héroe todo tipo de maquinaciones que, indefectiblemente se vuelven contra ellos mismos (ver Los bajos fondos de El Cairo).

Pero otro enemigo, mucho más peligroso, vigila a Baïbars en la sombra: el misterioso fraile Yauán que, manipulando sin escrúpulos a reyes, monjes y aventureros, parece decidido a eliminar sea como sea y a cualquier precio a nuestro héroe. En efecto, Yauán sabe, por una antigua profecía, que Baïbars debe reinar un día sobre Egipto y Siria, y que triunfará finalmente sobre todos los enemigos del Islam. Pero Yauán no es el único que conoce el gran destino que le aguarda al protagonista: en sus nidos de águila de las montañas sirias, los ismailíes conservan cuidadosamente la profecía de su antepasado, el imán Aly, primo del Profeta, que también anuncia la futura gloria de Baïbars. Estos montañeses piadosos y camorristas, grandes salteadores de caravanas y conquistadores de ciudadelas son, desde el primer momento, los aliados más fieles de Baïbars, al que profesan una lealtad rayana en el fanatismo. Hasta tal punto, que su jefe, Maaruf, ha intentado destronar al rey El-Sâleh para poner a Baïbars en su lugar. Pero los tiempos aún no han llegado para eso, y el pobre Maaruf que sigue siempre a los que han querido forzar la mano del Dios que les ha creado y que, desde la eternidad, ha fijado el curso inmutable de las cosas; termina sufriendo la maldición del rey El-Sâleh, el Hombre de Dios, que, bajo las murallas de Damasco, condena a Maaruf al exilio y a errar por el mundo hasta su muerte (ver La Cabalgada de los hijos de Isma’il)

Esta maldición no tarda en tener efecto: Maaruf, que se enamora perdidamente de la hija del rey de Génova, se casa con ella y le da un hijo. Pero he aquí que, poco después, la joven esposa y su hijo son secuestrados por Yauán; Maaruf parte en su búsqueda y es capturado por el rey de Cataluña, que le encierra en una oscura mazmorra. Privados de su jefe, los ismailíes se encuentran provisionalmente neutralizados: No obstante, no dejan de apuntalar a Baïbars, sin querer jugar un poder político autónomo. Pero la cautividad de Maaruf deja el campo libre a cierto joven ambicioso...

Mientras tanto, la ascensión de Baïbars continúa; gracias a una campaña emprendida contra Siria por el infame Halawûn, emperador de los “persas adoradores del fuego” (en la Historia real se trata de los Mongoles), Baïbars es nombrado jefe supremo de todo el ejército, suplantando así a Aïbak. Éste, furioso, traiciona a nuestro héroe en plena batalla, dejándole caer en manos de los persas. Baïbars, asqueado, está a punto de pasarse al enemigo, cuando una intervención del rey El-Sâleh restablece la situación y calma el conflicto provisionalmente. De vuelta, ya en El Cairo, a Baïbars le confían una nueva misión: investigar sobre una cadena de robos y secuestros que están arrasando Alejandría. En esta ocasión es cuando desenmascara por fin la verdadera identidad del cadí Salâh El-Dîn que, no es otra que la del misterioso monje Yauán. Este descubrimiento no evita que nuestro héroe no se deje secuestrar por el maldito monje, que le lleva hasta Génova, en donde le deja en manos del rey Juan.

Entonces es cuando entra en juego un personaje capital para la continuación del relato: Yamâl El-Dîn Shîha, que se hace pasar por el hijo del rey Juan. En realidad, es el hijo de un emir beduino de Palestina, secuestrado de adolescente por Yauán, y educado por éste en un convento de Génova; ha estudiado las ciencias secretas de los francos, y leído el misterioso Libro de los Griegos, en donde se profetizan los sucesos del futuro. Es en ese libro en el que se entera de que su destino está íntimamente ligado al de Baïbars: cuando éste llegue a ser rey de Egipto, Shîha se convertirá en jefe de los servicios secretos y sultán de los Ismailíes; él mismo será quien capture a Yauán y le inflija el máximo castigo.

Pero mientras Shîha cuenta a Baïbars su historia y la de Yauán (larga y nada edificante), el rey El-Sâleh no se queda inactivo; gracias a sus poderes sobrenaturales y a la ayuda de un corsario berberisco, consigue trasladar al Mediterráneo a todas sus tropas y liberar a Baïbars, después de tomar Génova con la ayuda de Shîha. Éste, aprovechando la presencia de algunos ismailíes en el ejército, intenta que le reconozcan como sultán, pero ¡causa perdida!: la sola idea de que ese pequeño monicaco cantamañanas pueda calzar las botas de Maaruf, solo suscita una tormenta de carcajadas entre los principales capitanes ismailíes. Shîha no se da por vencido: tenaz, enérgico, ambicioso, y tan diabólicamente astuto como su maestro y enemigo, es alguien que deja a un lado los escrúpulos cuando se trata de combatir por una buena causa. De momento, habiéndose eclipsado discretamente, va errante por los caminos, meditando sutiles y retorcidas intrigas, y aplicándose a contrarrestar las de Yauán (La traición de los emires).

Cuando regresaba de una nueva campaña por Siria, el rey El-Sâleh cae gravemente enfermo y muere unos días más tarde, no sin antes haber designado a Baïbars como su heredero; éste, preocupado y para no herir la susceptibilidad de los emires kurdos, da un paso atrás para que el trono lo herede el hijo de El-Sâleh: Issa Ghâzi, esteta pusilánime, borracho y pervertido, que no tarda en morir accidentalmente; luego, Jalîl El-Ashraf, todavía prácticamente un niño, es nombrado sultán, pero enseguida es traicioneramente asesinado por Aïbak. Éste consigue ocultar su crimen y sentarse en el trono gracias al apoyo de Baïbars, que intenta así apaciguar su conflicto con el emir turcomano. Pero este último solo piensa en aniquilar a su rival: esperando obtener la alianza de los emires kurdos, consigue casarse con Shayarat El-Durr, la viuda de El-Sâleh. Tratado con desprecio por la reina, Aïbak está persuadido de que

ésta mantiene una relación con Baïbars, y decide asesinarle mediante una emboscada. Advertido en el último momento, nuestro héroe reúne a sus tropas y se marcha a Siria, en donde recibe el apoyo de numerosos gobernadores kurdos, excepto Sharaf El-Dîn, virrey de Damasco, que unido a Aïbak intriga contra Baïbars. Harto de tanto doblez, Baïbars se apodera de Damasco con la ayuda de los Ismailíes y se hace proclamar sultán de Siria, asumiendo todos los poderes de la realeza. Aïbak lanza entonces una campaña, pero, vencido y herido por su adversario en combate singular, regresa derrotado a Egipto. Poco después, es asesinado en el hamam de la Ciudadela por su esposa Shayarat El-Durr. Ausente Baïbars, y todavía en Damasco, los grandes del reino entronizan como sultán a un primo lejano de El-Sâleh, Qutuz, un viejillo dulce y afable, al que Baïbars acata como rey, haciendo un acto de sumisión. Durante una campaña contra los persas, descubren a Qutuz asesinado en su tienda; Baïbars es acusado del crimen, luego, absuelto. Finalmente, tomando el mando de las tropas, inflige una humillante derrota al enemigo, y poco después es designado como sultán por los emires, tras haberles impuesto un documento firmado por todos ellos, en el que se restringían considerablemente sus privilegios, a favor del poder central (Muerte en el Hamam).

Durante un viaje entre Damasco y El Cairo, la joven esposa de Baïbars es atacada por las tropas del rey franco de El-‘Arîsh; la intervención de un misterioso “Caballero sin Nombre” permite salvar la situación. Este caballero no es otro que Ibrahim El-Horâni, un guerrero ismailí, en otro tiempo desterrado por su padre a causa de una absurda historia de honor. Bajo el seudónimo de “Paladín de Doncellas”, este gallardo jovial y truculento, aunque al tiempo tremendamente caballeresco y cínicamente rapaz, entra al servicio de Baïbars.

Baïbars decide vengar la afrenta hecha a su esposa, lanzando una serie de campañas fulgurantes contra las plazas fuertes de la costa: una a una, El-‘Arîsh, Yaffa, Antioquía y Sîs son tomadas y arrasadas. Estos éxitos se deben, por una parte, al infatigable celo de Shîha y su extraordinario abanico de recursos; pero también por una ambición que le obsesiona: convertirse en sultán de los ismailíes. Y es, en ese momento, en donde todo se viene abajo, pues esos orgullosos y valientes hijos de la montaña permanecen obstinadamente fieles a su legítimo jefe, el capitán Maarûf, que ha desaparecido durante una expedición al país de los francos. Además, cuando Baïbars intenta forzar a los ismailíes a que reconozcan a Shîha, estos se vuelven disidentes y se refugian en sus nidos de águila, decididos a no moverse de allí. Shîha, que a pesar de todo esto, no se siente desanimado, se pone como meta hacer que se arrepientan; por desgracia para él, cae en manos de Nisr, uno de los principales jefes ismailíes, que le profesa un odio inexplicable. Encerrado en secreto en una mazmorra, y sin medio alguno para avisar a Baïbars, Shîha ha sido neutralizado de momento. Pero, su desaparición ocurre en el peor de los momentos, porque Yauán ha conseguido persuadir a Micael, el poderoso emperador bizantino, de que declare la guerra a los musulmanes. Desembarcando por sorpresa, Micael vuelve a ocupar Antioquía y amenaza directamente a Alepo. A su vez, Baïbars pone a su ejército en pie de guerra; pero al confiar muy poco en la capacidad de sus emires, decide partir en secreto adonde los ismailíes, con la esperanza de volverlos a atraer a sus filas. Pero, en Nazaret, Baïbars cae en una emboscada tendida por un agente de Yauán. Capturado, es encerrado en secreto en una ciudadela de unos bandidos cristianos (Paladín de Doncellas).

Después de evadirse en condiciones rocambolescas, Shîha, ayudado por Ibrahim El-Horâni, consigue liberar a Baïbars; éste, gracias a la ayuda de los ismailíes, repele la invasión bizantina. Mientras tanto, Shîha continúa con su maquiavélico plan: habiendo usurpado la identidad de un arquitecto franco, y encargado, por ello, de la reconstrucción de las murallas de Qayqabûn (ciudad imaginaria situada en

alguna parte de Anatolia), captura uno a uno a los jefes ismailíes y los obliga a trabajar en su obra. Hambrientos, exhaustos de fatigas y de humillaciones, pero, sobre todo, convencidos a su pesar de la superior astucia de su viejo enemigo, acaban por someterse a él y reconocerle como sultán. Después de un regreso bastante accidentado, Baïbars se establece provisionalmente en Damasco, en donde se hace construir un palacio. Durante su inauguración, a punto está de sucumbir en un atentado perpetrado por un agente de Halawûn, el emperador de los persas. Como represalia, Baïbars monta contra Halawûn una tortuosa operación de intoxicación, que le lleva a este último a ejecutar a todos sus principales consejeros. El emperador, furioso, confía su venganza a su sobrino Bolagha, que se apodera por sorpresa de la ciudad de Mardín, en la Alta Mesopotamia, sometiendo a la población a los peores abusos; pero éste, a su vez, es liquidado por dos agentes de Baïbars, ayudados por Shîha. Vencido en una batalla perdida, el emperador persa se ve obligado a volver lastimosamente a su país, después de haber pagado un cuantioso rescate. A partir de ahora, tranquilos los dos frentes, Baïbars puede retornar a El Cairo, en donde organiza el ejército del Estado, confirmando sobre todo los altos cargos a los jefes ismailíes, lo que provoca el despecho de los emires del ejército regular. Poco después, Baïbars recibe la visita de Marín, el hijo del rey de Macedonia, que afirma haberse convertido al Islam y que desea ponerse a su servicio. Pero, en realidad, se trata de una trampa urdida por Yauán: Marín busca, de ese modo, infiltrarse en el entorno de Baïbars para envenenarlo. Sin embargo, su hermana, la princesa Marina, convertida al Islam, gracias a una joven cautiva musulmana que tomó a su servicio, consigue hacerle llegar a Baïbars un mensaje en el que le advierte del complot, y le suplica de que venga en su ayuda (El Maestro de las Argucias).

Decidido a vengarse de Yauán y de Macedonios, padre de Marín, Baïbars llega de incógnito a Macedonia. En el camino, va a visitar a su viejo amigo el capitán ismaelí Dibl, y en su fortaleza conoce a su hijo Saad, primo de Ibrahim, al que coge a su servicio; gracias a su ayuda, y a la de Shîha, que le ha seguido discretamente, consigue apresar a Macedonios, al que se lleva prisionero a El Cairo. Más tarde, al tener conocimiento de que el rey franco de Trípoli hace labrar sus tierras a los cautivos musulmanes, atados a un yugo junto a un buey, parte hacia allá disfrazado, en compañía de Ibrahim y de Saad; al ser descubiertos por Yauán, tienen que huir a toda prisa, y las tropas musulmanas ponen sitio a Trípoli. Una noche, Baïbars es atacado por un ismailí disidente, Hasan de Bushnât, que intenta imponerse como jefe de sus congéneres, en lugar de Shîha; el agresor, fracasado su proyecto, se refugia junto al rey de Trípoli, que le acoge con alegría. Pero, Aïsheh, la hermana de Hasan, consigue introducirse en la ciudad y, con más sentido común que su hermano, se pone a contrarrestar los planes de su hermano; de ese modo, consigue capturar sucesivamente a Hasan, luego a Ibrahim y a Saad, y por último al mismísimo Baïbars, que, todos disfrazados, habían conseguido infiltrarse en la ciudad. Entonces, interviene Shîha, que propone a Hasan un trato: el que traiga cautivos al rey de Trípoli, a Yauán, y a su maldita alma gemela Bartacûsh, se convertirá en jefe de los ismailíes. Por supuesto, es Shîha el que sale victorioso, ridiculizando de paso a su rival, que acaba sometiéndose. Más adelante, Baïbars, que sigue manteniendo presos a los siete reyes francos, a Yauán y a Bartacûsh, se entera de que Federico, el todopoderoso emperador de Roma, se prepara para lanzar una expedición contra su reino para liberar a los cautivos. En ese momento es cuando Shîha da toda la medida de su maestría para la intriga: gracias a una monumental farsa, consigue persuadir a Federico de que envíe a su sobrino, Marín, como embajador a El Cairo, con objeto de solventar el asunto por medios pacíficos. Éste es acompañado durante todo el viaje por Shîha en persona, que previamente había usurpado la identidad del patriarca Mejeptor, uno de los monjes más respetados de Egipto, predisponiéndole a favor de la justicia de Baïbars, a la par que

mostrándole día a día su terrorífico poder. Durante un juicio público, los siete reyes declaran su culpabilidad; Marín, de carácter recto y generoso, reconoce totalmente que es Baïbars quien ha sido agredido, y, por tanto, los otros son los culpables. Se acuerda que Federico pagará el rescate por los cautivos, y que él, a su vez, los someterá a juicio. Tras muchas dudas, Baïbars designa a uno de sus más antiguos y fieles compañeros, el emir Edamor, para ir a Roma, añadiéndole la compañía de Ibrahim y de Saad. Los tres compañeros se embarcan en Alejandría en la gelera real. El viaje no es demasiado tranquilo: durante una escala en Chipre, Ibrahim, después de una absurda riña con un pescador, provoca una pelea de tal magnitud, que durante la misma diezma el ejército del rey de Chipre, y mata a su hijo. Más adelante, Ibrahim se enfrenta en combate singular con el Ogro Espantoso, una criatura monstruosa que vive en una isla desierta, la Isla Esmeralda. Después de conseguir, con muchas dificultades y gracias a la ayuda de Saad, matar a su adversario, embauca a todos sus compañeros para que recojan toda la fruta de la isla, esperando venderla a buen precio en Roma. En fin, una vez llegados a Ostia, la embajada pone pie en tierra, y, mientras Marín se presenta en Roma, para buscar a su tío, Ibrahim toma el mando de las operaciones y organiza una puesta en escena destinada a intimidar al emperador... (Jaque al rey de Roma).



Repertorio onomástico de personajes

Para permitir a los lectores moverse en el complejo universo del “Baïbars”, hemos reunido aquí unas informaciones sobre ciertos personajes, que ya han aparecido en las entregas precedentes. Indicamos entre paréntesis, en forma abreviada, el título de los volúmenes en los que han jugado un papel importante:

LIB: *Las infancias de Baïbars*; **FDT:** *Flor de Truhanes*; **BFC:** *Los Bajos Fondos de El Cairo*; **CHI:** *La Cabalgada de los Hijos de Ismail*; **LTE:** *La traición de los Emires*; **MH:** *Muerte en el hamam*; **PDD:** *Paladín de Doncellas*; **SMA:** *Shîha, Maestro de Argucias*; **JRR:** *Jaque al Rey de Roma*.

AÏSHE, LA DEL CABELLO BLANCO: Esposa de Hasan El-Horâni, y madre de Ibrahim; es, asimismo, hermana del capitán Maarûf; una robusta comadre de verbo duro, pero que en este capítulo da la impresión haber pasado el relevo a la joven generación (LIB, CHI).

AÏSHE DE BUSHNÂT: Amazona ismailí. Saad está enamorado hasta los huesos de ella, desde tiempos inmemoriales (JRR).

AQÎSH EL LEAL: Virrey de Damasco. Una vez, salvó la vida de Baïbars, avisándole de la tentativa que se había urdido para envenenarle; de ahí le viene el apodo de “el leal” (MH, JRR).

ARNÛS: Hijo de Maarûf y de la princesa Maryam El-Zonnâriyyeh, hija del rey de Génova; fue recogido y educado por un capitán corsario catalán. En teoría, todavía debería ignorar el secreto de su nacimiento (LTE).

ASAD EL-DÏN “EL CEÑUDO”: Capitán ismailí de Ma’arra, en el centro de Siria, padre de Suleymân “El Búfalo”. Su apodo le viene de que jamás se le ha visto sonreír; tal es su arrogancia (LIB, CHI).

ASTALÛT DEL GOLFO: No podemos hablar demasiado de él, pues solo se le menciona al principio de una parte de este episodio, pero en el manuscrito su continuación se ha perdido (JRR).

BARTACÛSH, también conocido como el Sable de Bizancio: monje-soldado, compañero de juventud y maldita alma gemela de Yauán. Es mucho más temible por su fuerza que por sus capacidades intelectuales. En los últimos tiempos parece que las relaciones con su maestro se han agriado (LTE, MH, PDD, SMA, JRR).

DAWÛD “EL IRACUNDO”: Hijo de Shâhîn de Masyât. Su apodo le va como anillo al dedo (PDD).

DIBL EL-BAYSÂNI: Capitán ismailí de la región de Ghawr, al sur del lago Tiberíades, en Palestina; cuñado de Hasan El-Horâni, al que acompaña con frecuencia en sus escapadas (LIB, CHI, LTE, MH, PDD, SMA).

EDAMOR EL PALADÍN: Emir mameluco; es uno de los más viejos y fieles compañeros de Baïbars, con el que ha establecido un pacto de fraternidad. Incontestablemente valeroso, leal, cortés y educado; aú así, le falta un poco de protagonismo junto a sus dos compañeros de embajada (LIB, FDT, LTE, MH, PDD, JRR).

EL-ADEL: Virrey de Hama, en el centro de Siria, desde tiempos inmemoriales. Mantiene, desde el primer momento, unas relaciones bastante tensas con Baïbars, que, a pesar de todo, le ha dejado en ese cargo por consideración a la memoria de su antiguo señor el difunto sultán El-Sâleh, primo de Adel. Por lo demás, es un personaje bastante tierno (LIB).

EL-BATARNI (ABU BAKR): Corsario berberisco, entró al servicio del difunto rey El-Sâleh, al que prestó ayuda con sus navíos para liberar a Baïbars, que había sido secuestrado por los genoveses. Después, fijó su residencia en Alejandría, en donde a título oficioso, ejerce las funciones de almirante de la flota egipcia (LTE, PDD, SMA, JRR).

EL-SAÏD: Primogénito de Baïbars; apenas ha salido de la infancia, por lo que su papel es bastante desvaído, pero todas las esperanzas le son permitidas (MH, SMA, JRR).

FEDERICO: El personaje histórico es Federico II de Hohenstaufen, emperador germano y rey de Sicilia (1212-1250). En “El Baïbars” se le presenta como jefe supremo de los Francos; de hecho, aparece como un pobre diablo que, sobre todo, no quiere problemas y que, a diferencia de la mayoría de sus congéneres, es totalmente impermeable a las maquinaciones de Yauán. En fin, lo mejor que se puede esperar de un rey Franco (JRR).

FRENHÎCH: Rey franco de El-Arîsh. Manipulado por Yauán, ha intentado secuestrar a la esposa de Baïbars, la reina Tâch Bajt. Como represalia, Baïbars ha arrasado su ciudad y le ha encerrado en una mazmorra, sobre la húmeda y maloliente paja, que, al parecer, le ha proporcionado una visión más clara de las cosas (LIB, MH, PDD).

GHAYYÂZ EL-DÎN ABU TAQIYYEH: Virrey de Homs, desde tiempos inmemoriales, en la Siria media. Fue uno de los primeros que reconoció en Baïbars, por entonces un esclavo enfermo, al soberano que llegaría a ser (LIB).

GODOFREDO: Rey franco de Yaffa. Dio asilo a Frenhîch, tras la toma de El-‘Arîsh, se ha dejado arrastrar en el conflicto entre Baïbars y Frenhîch, a pesar de las advertencias de Baïbars, que también lo cogió prisionero y lo encerro en sus mazmorras (PDD).

HASAN EL-HORÂNI: Capitán ismailí de El-Horân, al sur de la Siria actual, padre de Ibrahim. Hasan es, junto con su primo Sulaymân “El Búfalo”, uno de los amigos más antiguos y fieles de Baïbars. Pero parece haber envejecido mucho en estos últimos tiempos (LIB, CHI, LTE, MH, PDD, SMA).

IBRAHIM EL-HORÂNI: también conocido como “Paladín de Doncellas”, o “El León del Horân”. Uno de los compañeros más próximos a Baïbars, hijo de Hasan El-Horâni. Tiempo atrás, rechazado por su padre, llevó una buena parte de su vida como un fuera de la ley, bajo el seudónimo de “Caballero sin Nombre”, y viniendo constantemente en ayuda de Baïbars que, tras su ascensión al trono, le promovió al grado de *salahdâr* (más o menos Capitán de la Guardia Real), y le ha acompañado en la mayor parte de sus aventuras. De fuerza hercúlea y carácter indomable, es capaz de enfrentarse a todo un ejército; pero, como todos los ismailíes, también sabe pasar desapercibido y camuflarse para infiltrarse sigilosamente en los lugares mejor vigilados. Dotado, normalmente, de un carácter jovial, puede mostrarse particularmente

sombrío y grosero –y de una fenomenal mala fe–, desde el momento en que su honor y, sobre todo, su dinero están en juego (LTE, MH, PDD, SMA, JRR).

IMÂD EL-DÎN, también llamado “**Abu-l-Jaysh**”: Virrey de Alepo. Es un personaje poco relevante, pero un incondicional de Baïbars, que, en su juventud, hizo con él un pacto de fraternidad (LIB, PDD, SMA).

MAARÛF HIJO DE JAMR: Jefe legítimo de los ismailíes, y capitán del castillo de Sahyún, al norte de Siria. En otro tiempo incurrió en la maldición del difunto rey El-Sâleh por haber intentado destronar e instalar a Baïbars en su lugar; de hecho, poco después, habiendo partido a la búsqueda de su hijo Arnûs, secuestrado por Yauân, cae en manos del rey franco de Cataluña, que le retiene en secreto prisionero en una mazmorra “ignorada hasta por los *yins*”. Su ausencia, que mantiene desolados a los ismailíes, ha permitido a Shîha imponerse como su sultán... pero acabará por escaparse y regresar, algo que no dejará de inquietar a Shîha (CHI, LTE).

MANGOBERTO: Rey franco de El-Aflâq (país imaginario situado en alguna parte entre Roma y Constantinopla). Ya intentó alguna vez hacer un desembarco en Egipto, aunque sin demasiado éxito (MH).

MARÍN: Sobrino de Federico; ha sido enviado por su tío como embajador ante Baïbars. Es un joven encantador, recto y cortés. En numerosas versiones del “Baïbars” (no en la nuestra) incluso se pretende que se había convertido en secreto al Islam: es decir... (JRR).

MASSUD BEG: Príncipe musulmán de Bursa (ciudad de Anatolia sobre el mar de Mármara), vasallo del sultán de Egipto. Es el primo del visir Shâhîn, y, según la Historia real, uno de los fundadores de la dinastía otomana.

NÂFILEH “La inexpugnable”: Hija de Shâhîn de Masyât, y prometida de Ibrahim desde hace mucho tiempo. Su apodo le va como anillo al dedo.

NISR, Hijo de Ajbûr: Uno de los principales jefes ismailíes, capitán de Safîta (en la cadena costera de Siria). Es el único, entre sus pares, que haya conseguido, durante cierto tiempo, ser el jefe de Shîha; un privilegio que, por otra parte, ha pagado bastante caro. Luego, él también se sometió a Shîha (SMA).

OTMÂN (El *osta*): También conocido como “Flor de Truhanes de El Cairo”, es un ladronzuelo arrepentido y compañero de juventud de Baïbars, que, al acceder al trono, le ha nombrado Jefe de los establos reales. Al haber subido en la escala social, ha perdido un poco de su divertida verborrea (FDT, BFC, CHI, LTE, MH, PDD).

QALAÛN: El personaje histórico aparece como el emir Sayf El-Dîn Qalaûn El-Alfi, compañero de armas, y luego sucesor de Baïbars en el trono de Egipto. En el relato, es un emir turco; uno de los enemigos más antiguos de Baïbars, al que le tomó manía desde su primer encuentro. Malo en el manejo del sable, envidioso y mezquino, hablando una espantosa jerga turco-árabe, ha probado en numerosas ocasiones su notoria incompetencia; su influencia sobre los emires turcos, que son más o menos como él, lo han convertido en el jefe de la oposición a Baïbars, que no obstante, lo ha nombrado visir. Profesa una tenaz antipatía contra los ismailíes (LIB, BFC, CHI, LTE, MH, PDD, SMA).

SAAD: Hijo de Dibl El-Baysâni, primo y compañero inseparable de Ibrahim. Un poco simple de mente, es una víctima fácil de las bromas pesadas que le gasta su primo, pero sabe cómo pagarle con la misma moneda; de hecho, sus rifirrafes constantes son una suerte de entretenimiento en el Consejo Real. Guerrero temible, se caracteriza sobre todo por una velocidad sobrenatural cuando corre, lo que le permite franquear en pocas horas distancias para las que un caballero necesitaría varios días (JRR).

SHÂHÎN (EL VISIR O EL HÂCH): Gran visir del reino de Egipto, casi a perpetuidad. Cortés, discreto y ponderado, fino político e inmerso en el sentido de Estado, siempre ha sido uno de los más firmes y eficaces apoyos de Baïbars, sobre todo durante el turbio periodo que siguió a la muerte de El-Sâleh. Su labor, desde luego muy difícil, es la de mantener un mínimo de cohesión entre los distintos componentes del ejército y del Estado (todos los volúmenes precedentes).

SHÂHÎN DE MASYÂT: No tiene ningún vínculo común con el precedente, aparte del nombre. Capitán ismailí de Masyât (en la actualidad Masyaf), en la cadena costera de Siria. Padre de Dawûd “El Iracundo” y de Nâfileh “la Inexpugnable”, y teóricamente futuro suegro de Ibrahim. Su hijo y él desencadenaron la rebelión de los ismailíes contra Shîha; todavía harán de las suyas en este volumen (PDD, SMA).

SHÎHA YAMÂL EL-DÎN, también conocido como Maestro de las Argucias: Su verdadero nombre es Shaabân, hijo de Taalaba, un emir beduino. Criado en su juventud por Yauán, fue educado en un convento genovés en donde estudió durante mucho tiempo las ciencias secretas de los francos. Tan torcido y tramposo como Yauán, de una energía inagotable y totalmente desprovisto de cualquier escrúpulo, está presto a cumplir su destino: convertirse en jefe supremo de los ismailíes. Proyecto que a ellos les mata de risa: la idea de que ese muchacho negrucho, regordete y patiocorto pueda un día calzar las botas del capitán Maarûf les parece de lo más desternillante. Pero “el que ríe el último, ríe mejor...” (LTE, MH, PDD, SMA).

SULAYMÂN “El Búfalo”: Portaestandartes de los ismailíes, capitán de Ma’arra, en Siria central. Es uno de los más antiguos y fieles compañeros de Baïbars, al que ha secundado en numerosas aventuras. Su natural calmoso y ponderado le da un gran ascendiente entre sus congéneres (LIB, CHI, LTE, MH, PDD, SMA).

YAUÁN: Es el traidor en su grado más puro. Hijo bastardo de un monje libidinoso, autoproclamado sacerdote, pretendido taumaturgo; profesa, desde el principio, un odio moboso hacia Baïbars, hacia los musulmanes, y al género humano en su totalidad. Aunque condenado por la Iglesia, mantiene un buen prestigio entre los francos, a los que fanatiza con sus promesas falaces y los envía tranquilamente a las misiones más peligrosas y descabelladas. Parece que, desde hace mucho tiempo, ha perdido ya toda esperanza de éxito, pero aún así sigue obstinado en sus intrigas, experimentado un perverso placer sembrando la discordia (todos los volúmenes precedentes).



X. 1 - La marcha hacia Roma



Como relatábamos ayer¹ a la noble concurrencia que nos escucha, *Marín² se había adelantado para avisar a su tío de que la embajada había llegado, y cuando entró en el salón, en donde Federico estaba presidiendo su Consejo, toda la asamblea se puso inmediatamente de pie para recibirle.

– ¡Bienvenido sea mi *figlione* Marín! –exclamó jubiloso Federico– Demos las gracias a Nuestro Señor Jesucristo que te ha devuelto sano y salvo. Pero, vamos, siéntate aquí – prosiguió Federico haciéndole sitio a su lado.

– ¡No, tío; éste no es momento de sentarse! –replicó apresuradamente el joven.

– ¿Pues qué es lo que pasa, *figlione*?

– Pues pasa que ha llegado el embajador del *rey* y hay que ir a recibirle.

– Vamos a ver, Marín, pero ¿qué historia es esa? –le contestó el emperador lanzándole una severa mirada a su sobrino– ¡Por mis barbas! ¿Vienes bebido, o es que has perdido el juicio?

– ¡Nada de eso! ¡Estoy totalmente sobrio y mi razonamiento es perfecto! Y, además, ¿por qué me hablas así, oh *babb*? ¿Qué he dicho yo de extravagante?

– O sea que... –ironizó Federico– ¡Tú me dices que yo, emperador de los francos, soberano de no sé ni cuántos reyes y *babbs*, vaya a recibir a un simple embajador! ¡y tú eso lo ves muy normal! ¡Por el honor de mi religión, si esa propuesta no es la de un borracho, que venga Dios y lo vea!

– ¡Basta ya, mi querido tío; te digo que no estoy borracho!

– Y a ti, cuando fuiste al país de los musulmanes, ¿es que fue el rey a recibirte?

¹ Ver el último capítulo del volumen IX - *Jaque al Rey de Roma*.

² Los personajes cuyo nombre va precedido de un asterisco, es que ya han aparecido anteriormente, y además se mencionan en la lista onomástica del capítulo 1, dedicado a la presentación de este nuevo volumen.

– Por supuesto que sí; se desplazó desde El Cairo hasta Alejandría, que está a siete días de marcha, y me acogió con los máximos honores. Así que, dime: ¿sería mucho pedirte que hicieras tres horas de camino para ir a recibir a su embajador?

– ¿Es verdad que eso sucedió así?

– ¡Desde luego que sí! ¡Por mi religión, bien sabes que a mí no me gusta mentir!

– En ese caso –continuó Federico impresionado–, si el *rey* de los musulmanes ha cabalgado durante siete días para ir a tu encuentro, bien puedo yo recibir a su embajador a la cabeza de mis tropas; es lo menos que puedo hacer.

Entonces, Federico mandó a buscar en el acto al jefe de los pregoneros públicos:

– Reúne a la gente de tu gremio –le dijo–, y pregona por toda Roma, la madre de las ciudades, el siguiente bando:

Por orden de Federico, emperador de los francos, se hace saber, y ordena a la población, que procedan de inmediato a adornar la ciudad, poniendo colgaduras en las calles, mercados, caravasares, baños públicos y posadas. Todo tendrá que estar colocado desde la llegada del embajador del rey de los musulmanes, hasta su partida. El babb Federico ha jurado por su religión que todo comerciante o administrador de un caravasar que no adorne suntuosamente su establecimiento, será ahorcado a su puerta.

Los trabajos de embellicimiento deberán estar acabados antes de que se presente la embajada.”

El pregonero, tras saludar respetuosamente, se fue a transmitir la orden del rey; rápidamente, los habitantes adornaron sus moradas, y pronto la ciudad mostró su cara más festiva. Mientras tanto, Federico ordenó a los grandes de su reino que formaran un cortejo con sus tropas; luego, llamó a su *rakebdâr* (el jefe de los palafreneros) y le ordenó que escogiera el mejor y más hermoso caballo de sus cuadras, para ofrecérselo al embajador, y que lo enjaezara con una silla de montar cuajada de piedras preciosas, propiedad del emperador. Aunque bien es cierto que esa montura, a pesar de ser soberbia, no lo era tanto como la suya.

Poco después, se formó el cortejo y se puso en marcha. Federico se había rodeado de los grandes de su reino, visires y dignatarios; a su lado, cabalgaba su sobrino Marín, que le iba contando cómo Ibrahim había matado al Ogro Espantoso, y todo lo que ya hemos relatado a los nobles señores que nos escuchan¹. El babb, al escuchar esta historia, sintió una profunda admiración por el valiente capitán, y dijo a su sobrino:

¹ Ver el último capítulo del volumen anterior: IX - *Jaque al Rey de Roma*.

– Si es cierto que el hijo del Korani¹ ha matado al Ogro Espantoso, nos ha prestado un enorme servicio, y jamás podremos recompensarle como se merece.

El cortejo prosiguió su marcha, acompañado por un inmenso gentío, que se empujaba y empinaba para ver mejor: era tal la expectativa, que todos los habitantes de la ciudad se habían echado a la calle para disfrutar del espectáculo, y en las casas no habían quedado más que los viejos y los impedidos.

Al llegar ante el pabellón en donde se encontraba el emir *Edamor, el *babb* Federico vio la cabeza del Ogro Espantoso clavada en la punta de una lanza de hierro, delante de la entrada. Sorprendido, hizo la señal de la cruz, luego, bajó de su caballo, y entró sin hacer ruido. Una vez franqueada la puerta, se quitó el sombrero y lo llevó hasta el suelo a guisa de saludo²; inmediatamente, los soldados que representaban a los emires y los *fidais*³ del Consejo Real se levantaron de sus asientos. Al darse cuenta de con quién se las tenía que ver, Edamor tuvo un movimiento instintivo de imitarles, pero en el acto sintió que le daban un golpecito en la espalda: era *Ibrahim que, con la parte plana de su hacha de guerra, le llamaba discretamente al orden. Edamor miró hacia arriba y vio al León del Horân, que le fulminaba con la mirada, las cejas fruncidas, el rostro rojo de furor, los ojos desorbitados como las copas de una ventosa; entonces, Edamor se quedó inmóvil, al entender que al menor gesto que hiciera, Ibrahim le mataría allí mismo.

En cuanto al *babb* Federico, tanto había oído hablar a su sobrino sobre las hazañas de Ibrahim, y sobre todo de su combate con el Ogro Espantoso, que cuando su mirada se posó sobre él, el Creador (¡loado y exaltado sea!) suscitó en su corazón un terror tan profundo que se creyó ante otro monstruo que, con las fauces abiertas, se disponía a devorarlo, y contra el que todo su reino y sus ejércitos le parecían irrisorios.

A la derecha de Edamor había un trono algo menos elevado que el suyo; Federico se sentó allí, con la cabeza baja, mientras que los dignatarios que le habían acompañado, se acomodaban cada cual, según su rango. Solo entonces, Edamor saludó a Federico y a los grandes de su reino, dándoles la bienvenida con la mayor de las cortesías, como si se tratara de viejos amigos que se encuentran tras una larga separación. Los coperos sirvieron unos refrescos, que todos bebieron de buen grado. Mientras tanto, los cocineros de Federico habían montado unos fogones sobre los que habían suspendido unas marmitas

¹ Así es como los francos llaman a Ibrahim El-Horâni. “Korani” es una deformación de “Horâni”; la sustitución de la *h* fuerte árabe por una *k*, es considerada tradicionalmente, como un rasgo característico de la pronunciación de griegos y armenios afincados en Levante.

² Conforme a la costumbre oriental tradicional (en la actualidad caída en desuso) un hombre respetable debe conservar la cabeza cubierta en cualquier circunstancia; ese saludo de los francos, aquí aparece como “exótico” y algo cómico.

³ Este término designa a los mercenarios de ambos bandos; mitad guerreros, mitad aventureros, y más en concreto, a los ismailíes, que han entrado hace poco al servicio de Baïbars.

para cocinar los corderos que habían degollado, junto con otra gran cantidad de manjares. Pronto, se colocaron las mesas en el pabellón de Federico, y éste pudo invitar a Edamor:

– “*Banir*¹, *signore*”.

Los dos príncipes se sentaron a la mesa, seguidos de Ibrahim y de *Saad. Ibrahim se remangó hasta los codos y se abalanzó sobre los platos, agarrando con ambas manos todo lo que se le ponía por delante y devorándoselo, para gran asombro de Federico, que jamás había visto a nadie con un apetito tan feroz. Ibrahim prosiguió con su comilona devastadora durante largo rato, incluso después de que los invitados, ya satisfechos, hubieran acabado de comer, y no se retiró de la mesa hasta haberse rebañado todos los platos.

– ¡Por mi religión –pensaba Federico– este *ghandar*² es verdaderamente extraordinario, *bono razón*³! ¡Si en la mesa se muestra de este modo, en el campo de batalla debe ser terrorífico!

– ¡Alabado sea Dios! –exclamó Ibrahim una vez satisfecho su apetito.

– ¡Que te haga buen provecho! –respondió Federico dándole una amistosa palmadita en la espalda– ¡Que Dios te conserve esa salud mucho tiempo!

Después, los sirvientes quitaron la mesa, los convidados se lavaron las manos, y se pasó al café y los refrescos, mientras Federico conversaba con Edamor:

– ¡*Signore*, por mi fe y mi religión, vuestra llegada es para nosotros una fuente de bendiciones! El valiente guerrero que ha matado al Ogro Espantoso y nos ha desembarazado de esa fiera, bien merece su recompensa. Por mi vida, que pida lo que quiera, porque yo no le negaré nada.

– El hombre que lo ha matado –respondió Edamor señalando a Ibrahim– es el *salahdâr*⁴ del Comendador de los creyentes.

– Formula tu deseo, hijo del Korani –prosiguió Federico.

– ¿Que yo formule mi deseo? ¡Pues bien, no me andaré por las ramas! He traído hasta aquí la cabeza del Ogro Espantoso para ofrecértela como regalo, y como no quiero que se eche a perder mi mercancía, ¡me contentaré con su peso en oro, *cabarda*! Como tampoco he podido olvidar a los grandes de tu reino y a tus visires; les he traído la fruta de la Isla Esmeralda, que estoy presto a entregársela, también contra su peso en oro, libra por libra.

¹ En *lingua franca*: “venir” “venid”.

² En *lingua franca*, tratamiento de cortesía equivalente, más o menos, a “señor, caballero, mi sire” (el origen y sentido exacto son desconocidos).

³ En *lingua franca*, epíteto laudatorio (probablemente de origen castellano).

⁴ Tratamiento de origen persa; en el “Baibars”, viene a ser el equivalente al “Capitán de la guardia real”.

– Hijo del Korani –respondió Federico–, en lo que a mí concierne, estoy dispuesto a comprarte la cabeza del Ogro Espantoso al precio que pides, ¡pero en cuanto a mis visires, francamente, creo que exageras un poco!

– Escucha, *babb*, tú gozas de una gran reputación en el mundo entero, y solo por eso yo he venido a tu casa; ¿vas ahora a regatearme unas miserables *jaznehs*¹, cuando mis poemas podrían immortalizar tu generosidad ante las futuras² generaciones? Por la cabeza de nuestro señor el sultán, no las venderé más que por su precio en oro.

– De acuerdo, sea, hijo del Korani –otorgó Federico–, pero solo por darte ese gusto... Vosotros –prosiguió dirigiéndose a ministros y dignatarios– repartíos la fruta y ved a cuánto asciende el total.

Ibrahim hizo que trajeran las cajas de fruta. Los visires y los grandes del reino fueron los primeros en servirse; se repartieron la mercancía y la pesaron cuidadosamente, conforme a las reglas del comercio; luego llegó el turno de los comerciantes y de los cónsules de alto rango, cada uno, según sus posibilidades... Porque sí; Roma es una gran metrópoli, una de las más grandes y pobladas del mundo: gloria a Aquel que provee a las necesidades de todas las naciones. Los cronistas, para dar una idea de la amplitud de esta ciudad, afirman que su perímetro, es decir, la longitud de las murallas que la rodean, es de cuarenta kilómetros.

En menos de una hora, la fruta fue repartida y su peso registrado. También se pesó la cabeza del Ogro Espantoso y se calculó a cuánto se elevaba todo el montante: la suma alcanzaba veinticuatro *jaznehs*. El *babb* Federico redactó un recibo reconociendo la deuda y se lo entregó a Ibrahim, precisándole lo siguiente:

– Yo me encargaré personalmente de entregarte esta suma: te doy mi palabra.

– ¡Tu palabra es la mejor garantía, *babb*! –Respondió Ibrahim sin pestañear.

Como ya casi era mediodía, Federico se dirigió a Edamor:

– *Signore*, ya nos hemos quedado aquí demasiado tiempo: si te parece bien, es el momento de hacer nuestra entrada en Roma.

– De acuerdo –respondió el emir.

Al momento, Ibrahim se precipitó fuera del pabellón para presentar a Edamor su montura, como señal de respeto hacia el sultán y para hacer rabiarse a esos canallas de francos. Enseguida vio al jefe de los palafreneros de Federico, que sujetaba las riendas de dos caballos: el primero, era el de Federico, y el segundo, el destinado a Edamor. Pero, Ibrahim se dio cuenta de que el caballo de Federico era claramente superior al otro, y que

¹ Moneda utilizada en el período otomano (por tanto, aquí es anacrónica) y que podría equivaler a unas 10 000 monedas de oro.

² Ibrahim se vanagloria de ser un elegido de las musas; pero sus poemas, en realidad son como aleluyas de penosa construcción y tremendas rimas, de los que, a lo largo de este volumen, hallaremos varios ejemplos.

la silla que llevaba, cubierta de joyas y metales preciosos, era realmente de un valor incalculable. Así que, de pronto, Ibrahim agarró firmemente la brida del caballo del emperador, totalmente decidido a entregársela a Edamor.

– Alto ahí, *ghandar* –le advirtió el jefe de los palafreneros– Ese es el caballo del *babb* Federico: si quieres coger el del embajador del *rey* de los musulmanes, es el otro.

– No; precisamente éste es el que necesito –replicó Ibrahim con todo su aplomo.

– ¡Así que ahora lo que necesitas es el caballo del *babb*! Dime, hijo del Korani ¿has perdido el juicio, o qué?

– ¡Cómo te atreves a decirme que he pedido el juicio, jodido cabrón! ¡Espera y verás!

Con un ligero revés de la mano, lo mandó rodando con armadura y todo, con cinco dientes de menos, cuatro muelas en el suelo y la boca llena de sangre; después se amparó de las riendas del caballo y se alejó apaciblemente. El desgraciado palafrenero corrió a quejarse a Federico, que acababa de salir del pabellón en compañía de Edamor.

– ¡Justicia, oh *babb*! –lloriqueaba–. ¡Mira en qué estado me ha dejado el hijo del Korani!

Al ver correr la sangre a chorros de su boca, Federico le preguntó:

– Y tú, *marfûs*, ¿qué le has hecho para que te trate de esa forma?

– ¡Por el honor de mi religión, yo no le he dicho ni media palabra! Es él quien me ha atacado para coger tu caballo y dárselo al embajador del *rey*. Entonces, yo le he dicho: “¡Cuidado, *ghandar*, ese es el caballo de Federico!, y él me ha respondido “¿y a mí que me importa de quién sea ese caballo?”, y me ha dado un puñetazo que me ha hecho saltar todos los dientes.

– ¡Ah *marfûs*, ah *kufurti kanayas*! Y tú, que te has atrevido a hablar en ese tono al hijo del Korani, ¿pretendes decirme que no le has provocado? ¡Ya puedes darte por satisfecho de que no te haya hecho la *mantara*¹! ¡Ale, largo de aquí, fuera de mi vista!

– No nos juzgues con rigor por este lamentable incidente, hijo del Korani. Si así lo deseas, estoy dispuesto a marchar andando, por consideración hacia ti.

– ¡No, no; faltaría más! –protestó Edamor– Te lo ruego, coge tu caballo.

– No *figlione*, ¡hazme ese honor!

Y así estuvieron dedicándose todo tipo de palabras corteses, hasta que, por fin, fue Edamor el que montó en el mejor caballo, y Federico, en el segundo. Los francos quedaron tan cruelmente humillados de ver a Edamor sobre el caballo del *babb*, que este último, sintiendo que se le venía encima una revuelta, hizo a su invitado la siguiente propuesta:

– *Figlione*, vuelve a tu sitio, que yo voy a vigilar que se mantenga el orden en el cortejo.

¹ En *lingua franca*: “matar, matado”

Dando media vuelta, se puso a la cabeza, poniendo orden en las columnas de los francos; luego, las tropas musulmanas que, como os acordaréis, se componían de fidauis del Horân y del Baysân, además de quinientos mamelucos. El destacamento musulmán iba precedido por la cabeza del Ogro Espantoso, clavado en la punta de una lanza; luego marchaba Edamor, vestido con la ropa de honor del sultán y con el caftán *otshtojli*; le flanqueaban, a su derecha, Ibrahim, con la mano sobre la empuñadura de su *shâkriyyeh*, y, a su izquierda, Saad, con el mismo aire marcial.

Una multitud inmensa y abigarrada se apiñaba a cada lado del desfile, a lo largo de toda la distancia que les separaba de la puerta de la ciudad. Durante cuatro horas, el cortejo marchó lentamente, mientras Federico andaba atareado calmando a sus tropas.

Dejémosles marchar hacia Roma y descubramos una nueva fuente de apuros para Federico.

X. 2 – Fannâs “El Canalla” desafía a Ibrahim



Pero hete aquí que el *babb* Federico tenía otro sobrino llamado Fannâs El-Aqnâs: un maldito e inmundo canalla, por parte de padre y madre; un perro apestoso, un lobo sarnoso incapaz de cualquier buena acción, y eso, por no hablar de su físico: calvo, tuerto, legañoso, paticorto y barrigón. En fin, que, si lo hubieran puesto a la venta en el mercado de esclavos, nadie habría dado media piastra por él. No tenía ni un solo amigo, y todo el mundo estaba deseando que le pasara cualquier cosa para librarse de él. Junto a todas estas taras físicas, ya en sí repugnantes, añadamos que su alma era aún más inmunda que la tina de un vendedor de cabezas de

cerdo¹, y que su estado normal era la embriaguez: bebía vino por la mañana, por la tarde y por la noche, y pasaba todo el tiempo en las tabernas. Así que, el día en que Federico había partido al encuentro de Edamor, Fannâs estaba apurando vaso tras vaso en una posada, y cuando emergió de los vapores del vino, al no encontrar allí alma viviente, llamó a voces al posadero, un tipo llamado Abd El-Salîb:

– Oye, chaval, ¡cómo es que no queda ni un gato en tu tenderete! ¿Adónde se ha largado todo el mundo?

– Cómo, señor, ¿es que no sabes lo que nos ha pasado hoy?

– ¿Por qué? ¿qué ha pasado?

– ¡Pero no sigas ahí, sentado en tu silla! Sal y disfruta del espectáculo, como todo el mundo: hoy no queda nadie en Roma, todos los habitantes han salido para ver la llegada del embajador del *rey*; hasta tu tío, el *babb* Federico, ha ido en persona a recibirle.

– ¡Qué me cuentas! ¿Mi tío también ha ido a recibirle?

– ¡Claro que sí!

¹ Los vendedores de cabezas de cordero cocidas (una comida tradicionalmente apreciada, sobre todo en Damasco) eran famosos por la repulsiva suciedad que solía invadir sus tenduchos.

– Pero, ¿quién es ese tipo para merecer tantos honores?

– ¡No digas eso, *figlione*! El embajador del *rey* de los musulmanes es el célebre hijo del Korani en persona; el que ha matado a Abd El-Ahad, el hijo del *babb* de Chipre, y el que ha liquidado al Ogro Espantoso de la Isla Esmeralda.

El posadero –que había salido también a ver el desfile, y había vuelto para cerrar unos asuntos– se puso a enumerar a Fannâs todas las hazañas de Ibrahim: de cómo había vendido la cabeza del Ogro Espantoso por su peso en oro, y el precio astronómico que iba a sacar por la venta de la fruta de la isla. El relato de todos estos hechos desencadenó en el corazón de este ser depravado unos celos terribles. Se rascó con fuerza la cabeza, lo que tuvo como consecuencia desencadenar una nube de caspa que se extendió sobre su ropa como un puñado de estiércol, y exclamó:

– ¡*O porca Madonna!* ¡*Prende animam meam illico, Domine, qui ego non habeo bisogna de illa*¹! ¡De modo que el hijo del Korani multiplica sus insolencias hacia mi tío Federico, llegando al extremo de expoliar sus tesoros! ¡Y yo aquí, aún sigo vivo! ¡Pero esto no se va a quedar así! ¡Por la religión a la que sirvo, por la palabra sagrada que salmodian los sacerdotes y los monjes en la basílica de San Pedro y San Simeón; juro que voy a *mantar* la cabeza al hijo del Korani con mi *santa-maría*! ¡Esa plata no va a salir de Roma!

Después de pronunciar estas palabras, se levantó de golpe, ciñó su espada y salió a la calle, más renco que la puerta de un convento, y balanceando la gruesa panza sobre sus dos patiocortas cañarejas: ¡qué desagradable espectáculo! Entre tanto, el cortejo se había aproximado a las murallas de la ciudad, y Fannâs se abrió camino entre los mirones, gritando:

– ¡Apartaos, *marfûs*, que voy a *mantar* al hijo del Korani!

Tras muchos esfuerzos, consiguió acercarse a Ibrahim.

– ¡*Duuh*²! –gritó Fannâs sacando su puñal–. ¡Temblad, frágiles talles, que aquí llega Fannâs El Aqnâs!

Saad, que tenía una vista de águila, fue el primero en fijarse en él, y al darse cuenta que tendrían que habérselas con un imbécil, y un payaso malintencionado, temió que Ibrahim no lo matara sin más ni más, lo que habría provocado una nueva algarada y perturbado el orden del cortejo; así que llamó a su primo:

– ¡Eh, Ibrahim, acércate, que tengo ganas de cambiar tu sitio por el mío!

– ¿Y eso por qué, Saad? –se extrañó Ibrahim.

– ¡Pues porque me apetece! Anda, hazlo por mí. A fin de cuentas, ¿no tenemos el mismo rango?

¹ Se ha traducido en un latín pedestre una jaculatoria que, en el manuscrito original, aparece en siríaco.

² Interjección señal de desafío, usada sobre todo por los beduínos de Oriente Próximo.

– Desde luego que sí.

– ¡Vale, pues entonces, déjame tu sitio!

Benevolente, Ibrahim se colocó a la izquierda de Edamor, mientras que Saad se situaba a su derecha; del lado en que se encontraba Fannâs. Éste, al ver que Ibrahim había cambiado de sitio, se puso a gruñir y a babear como un cancerbero de la estepa.

– ¡Por mi religión –se pavoneaba–, sólo con oír el nombre de Fannâs El-Aqnâs, basta para hacer temblar a ese presuntuoso llamado hijo del Korani! ¡Tiembla, el muy cobarde, detrás de esos bigotazos ganchudos! ¡Se ha cambiado de sitio por miedo a encontrarse en mi camino!

Mientras murmuraba esas bravuconadas, se mudó de lado para interceptar a Ibrahim.

– Me refugio en Dios contra Satanás el lapidado –suspiró Saad, visto lo visto–. Hay que reconocer que ese tipejo tiene la sangre caliente y la cabeza llena de pájaros... ¡Eh, Ibrahim! –continuó en voz alta– Vente para acá, vuelve a tu sitio.

– Francamente, Saad ¿crees que es éste un buen momento para tus bromas estúpidas?

– ¡No, escucha, te aseguro que no es una broma!

– Bueno, pues entonces, te conjuro en el Nombre supremo de Dios, a que me digas de qué va la cosa.

– Por Dios, mira: en tu camino hay una especie de imbécil que me da la impresión de que anda buscando hacer una mala jugada: así que, conociéndote como te conozco, seguro que otra vez vas a sulfurarte y a provocar un escándalo, y nos encontraremos de nuevo con un cadáver en los brazos. Anda, hazme el favor, vuelve a tu lugar.

Aceptando los argumentos de su primo, Ibrahim volvió a colocarse a la derecha de Edamor; pero Fannâs, que tenía sus propias ideas, hizo la misma maniobra, y se precipitó ante su adversario, con el puñal en la mano.

– Eh, *ghandar* –le increpó– ¿Eres tú ese al que llaman Ibrahim hijo del Korani?

– ¡Yo te conjuro, por el honor de tu casa, Ibrahim, déjale tranquilo! –le susurró Saad a su primo.

– Sí, yo soy el hijo del Horâni –respondió Ibrahim, forzándose por guardar la calma.

– ¿Eres tú el que ha matado a Abd El-Ahad, el hijo del rey de Chipre, y al Ogro Espantoso de la Isla Esmeralda?

– Pues sí; el mismo.

– Entonces, ¿por qué huyes de mí como un patán? ¡Por mi religión –rugió precipitándose sobre él– te juro que voy a rajarte esa gorda barriga!

– Escucha, Saad –comentó Ibrahim apaciblemente– Sé que vas a decir que tu hermano solo piensa en buscar pendencia, pero, francamente, a un mamón como ese, hijo de diez mil prostitutas ¿quién podría soportarle?

Mientras le decía esto a Saad, Ibrahim había agarrado al vuelo el brazo del otro, y se lo torció hasta rompérselo. Fannâs lanzó un grito de dolor y cayó de culo al suelo.

– Por Dios –prosiguió Ibrahim– que no voy a ensuciar mi *shâkriyyeh* con tu sangre: tú no mereces que se desenvaine una espada contra ti.

Ibrahim se contentó con pisarle a su adversario la cabeza con su bota de acero, y apoyar todo su peso sobre él: los espolones de su calzado perforaron la nuca del desgraciado, que murió en el acto. A la vista de esto, un viento de revuelta agitó a las tropas francas:

– ¡Maldito sea el hijo del Korani! –rugían los soldados– ¡Aún no ha entrado en Roma, y ya se ha cargado al jefe de los palafreneros y roto el cuello al sobrino de Federico! –y se apresuraron a informar del incidente al emperador.

– ¡Nuestro *babb*, el hijo del Korani ha matado a tu sobrino!

– ¿Y por qué razón?

– Bueno, pues hay que reconocer que no hay mucho que reprochar al hijo del Korani: todo ha sido por culpa de Fannâs.

– ¡Cristo sea loado: por fin alguien le ha hecho la *mantara* a ese imbécil y nos ha librado de un granuja inútil!

Tras pronunciar esta “oración fúnebre”, fue hasta el lugar en el que se había producido el incidente, y encontró parado al cortejo: a los francos, con los ojos desorbitados de furor, rodeando el cadáver de su sobrino, y a Ibrahim, que se le había puesto cara de pocos amigos, jugando con la guarda de su *shâkriyyeh*.

– ¡Basta ya, *ghandars*! –les cortó en alta voz y sécamente– ¡Quitadme esta carroña fuera de mi vista y arrojadla lejos del cortejo! Y ahora, adelante, y que nadie se atreva a romper el orden del desfile, si no quiere sufrir la *mantara* de mi propia mano. Yo conocía bien a mi sobrino; ¡era un canalla y un depravado, y el hijo del Korani le ha tratado como se merecía! –prosiguió dirigiéndole una sonrisa amable a Ibrahim.

– ¿De verdad era tu sobrino, *babb*? –le preguntó Ibrahim.

– ¡Sí, sí!

– Pues me vas a permitir que te diga que tu sobrino era un jodido imbécil y un grosero, y que a mí no me gustan los groseros; por eso lo he matado.

– Y yo te felicito por ello ¡Por mi religión! ¡menuda tranquilidad verme libre de ese parásito!

– Pues nada, nada; si por casualidad tienes a otro como ese en tu familia, no tienes más que decírmelo, que yo te lo quito del medio por la misma vía...

– ¡No, no; por mi religión! –Se apresuró a responder el emperador–. Ese era el único; te lo aseguro.

Los patricios apartaron el cadáver de Fannâs del paso del desfile, y el pobre diablo se marchó, igual que el ayer, que ya pasó, y no volverá. Poco después, la comitiva hacía su entrada en Roma, la madre de las ciudades.

X. 3 – Roma, la madre de las ciudades

El narrador continuó así su relato...



Roma, la madre de las ciudades, era una de las maravillas de su tiempo. Su distribución y sus proporciones nada tenían que ver con las demás ciudades, y menos aún dar una idea de su amplitud... ¡no, ni siquiera tú, que me estás escuchando¹ podrías imaginártela!

Según El-Walîd Ibn Muslim de Damasco², su recinto amurallado medía cuarenta millas, y tenía cuarenta puertas; a una una milla de distancia entre cada una. El que pasaba por la primera, accedía de entrada, al mercado de los caballos; luego, por una escalera, al de los cambistas, y después, al de las telas, antes de introducirse en la ciudad, propiamente dicha. En el centro se podía apreciar una vasta explanada, en la que, a uno de sus lados, se había construido una iglesia orientada hacia occidente. En medio de esa enorme plaza, se podía ver un estanque cubierto de mosaicos, del que salía un chorro de agua que abastecía a toda la ciudad. En el centro del estanque se elevaba una columna de piedra, rematada por la escultura de un hombre montado sobre un camello, recordando de ese modo a sus habitantes que “Los que han construido esta ciudad os dicen que nada habéis de temer hasta que llegue un pueblo que tenga a este animal por montura, ya que Roma no podrá ser conquistada más que por ese pueblo³.”

Tres partes de la ciudad dan al mar, y la cuarta, se abre hacia el interior. Está circundada por una doble muralla de mármol; en cuyo espacio intermedio, de sesenta codos⁴ de ancho, fluye un río de agua dulce, que provee a todas las casas de la ciudad. Está cubierto por una bóveda de planchas de cobre, y cada plancha mide cuarenta codos de largo, por otro tanto

¹ Al parecer, el narrador apostrofa a un oyente distraído o escéptico. Esta manera de llamar la atención del público, y de hacerle participar en el relato es muy característica de los romances populares, sin que se sepa aún si eso formaba parte de una tradición oral, o si se trata simplemente de un recurso literario.

² La descripción de Roma que se hace a continuación –y que evidentemente no tiene mucho que ver con la ciudad original– recoge, punto por punto, la del geógrafo árabe Ibn Al-Faqîh (muerto hacia 903 d.C.); su obra, muy célebre, fue citada profusamente por numerosos autores medievales, y, probablemente es, de uno de esos autores, de donde los compiladores del “Baïbars” (que no eran tan incultos como a veces se dice) tomaron este relato de la ciudad.

³ Esta historia, muy reconocible, está emparentada con una leyenda relacionada con la conquista de Al-Ándalus por los árabes: Rodrigo, el último rey visigodo de Córdoba, descubrió en una misteriosa cripta, la representación de unos guerreros de aspecto extraño, montados sobre animales desconocidos, y una inscripción en la que se anunciaba que la llegada de esos guerreros marcaría el fin de su reinado. Días más tarde, Rodrigo supo que Târiq Ibn Ziyâd había desembarcado en Gibraltar.

⁴ Un codo equivale a unos 0,50 m.

de ancho. Entre la Puerta del Rey y la Puerta del Oro hay doce millas de distancia. Sobre este espacio, de este a oeste, se encuentra un zoco porticado con columnas y techumbre de cobre. Por encima de este zoco se halla otro, en donde se han instalado los comerciantes y vendedores, y aún en un nivel superior, puede verse un tercero, sostenido por columnas de bronce. Cada columna mide treinta codos, y entre las columnas, a lo largo de todo el zoco, han excavado una dársena por la que penetra un brazo de mar. De ese modo, los barcos pueden acceder directamente hasta el zoco, en medio de los comerciantes. El barco echa allí el ancla, el comerciante elige la mercancía que quiere, y luego el barco regresa a alta mar¹.

En el interior de la ciudad, han construido una iglesia en honor de Pedro y Pablo, porque están enterrados allí. Son objeto de culto y de ellos se cuentan cosas extraordinarias. Este templo mide mil codos de largo, y doscientos de alto. También han edificado otra iglesia en honor del protomártir Esteban; mide ciento cincuenta codos de largo, y su techumbre, muros, suelo y diversas salas, se han tallado en un único bloque de piedra. Dentro de la ciudad se pueden ver muchas más iglesias y un millar de conventos, tanto para hombres, como para mujeres, y alrededor de sus murallas hay treinta mil columnas, con la peculiaridad de que en lo alto de cada una se ha instalado un monje².

Tiene la ciudad doce mil calles, con canales excavados en el centro para la recogida de aguas. Todos los zocos están pavimentados con mármol blanco y reposan sobre columnas de bronce; sus muros están revestidos de cobre. Además, posee seiscientos sesenta baños públicos y una universidad para quienes deseen instruirse en las diversas ciencias, como la medicina, la astronomía, la filosofía, la geometría, y así sucesivamente. También se puede visitar una inmensa iglesia, parecida a la de Jerusalén: mide una legua de largo y otra de ancho, y cien codos de altura. El lugar sobre el que los monjes celebran la misa es una enorme esmeralda tallada en una pieza de veinte codos de largo, y diez de ancho. El altar reposa sobre veinte estatuas de oro, de treinta codos de altura cada una, y con los ojos engarzados de rubíes. En medio de la iglesia hay una galería con mil doscientos pórticos de brillante mármol, y otra, de cobre revestido de oro. Cada una mide cincuenta codos de largo y poseen mil doscientas puertas de cobre dorado y cincuenta de oro, además de otras, que son de ébano y marfil. Del techo penden ciento treinta mil cadenas de oro, de las que cuelgan las lámparas. Sirven en este templo cincuenta mil clérigos, entre obispos, monjes, patriarcas y diáconos; aparte de todos los que viven de los ingresos de este establecimiento. Cuando uno de ellos muere, otro cubre su plaza inmediatamente. También hay diez mil asientos de oro y diez mil púlpitos, que se descubren los días de fiesta, así como treinta mil cruces de

¹ Evidentemente, este detalle es contradictorio con la situación geográfica de Roma, y esa descripción podría corresponder más bien a Constantinopla.

² No cabe duda de que se trata de monjes estilistas.

oro; porque de cruces de hierro, o de cobre cincelado, hay tal cantidad, que no merece la pena contarlas; al igual que los salterios, cuyas tapas están revestidas de oro y de plata. En esta iglesia se encuentran representados todos los profetas que Dios –exaltado sea– ha creado desde el día en que envió a nuestro padre Adán –bendito sea–, hasta el día en que apareció Nuestro Señor Jesús –bendito sea–, así como su madre María –bendita sea–, y están tan bien hechos, que parecen vivos.

También se puede contemplar en esta iglesia el trono real, rodeado de cien columnas doradas, de cincuenta codos de alto, y todo ello hecho de una sola pieza. Por encima, se levanta una estatua de oro, representando un estornino que, sobre la pechuga, ostenta un talismán grabado sobre una placa de oro, y en el pico lleva una rama de olivo. Cuando llega el otoño, todos los pájaros que conocen esta estatua, recogen dos aceitunas con el pico, y otras dos con las patas, y vienen a depositarlas delante de esta estatua. Los habitantes de la ciudad las recogen, y el aceite que sacan de ellas es suficiente para cubrir sus necesidades durante un año. Éste es un hecho totalmente cierto, que ha sido testimoniado por la fe de Abdallah, el medio hermano de nuestro señor Amr Ibn El-Âs¹.

Esta estatua mágica no es la única; también hay una iglesia por la que discurre un riachuelo que, cuando llega del exterior, viene lleno de ranas, tortugas y cangrejos de agua dulce; pero, en el sitio por donde penetra la corriente de agua en la iglesia, puede verse la estatua de piedra de un guerrero blandiendo una lanza, como si quisiera pescar algo del arroyo, y, cuando esos repugnantes animales llegan a la altura de la estatua, se dan media vuelta, y ni uno solo penetra en la iglesia.

Los habitantes de Roma tienen por costumbre afeitarse la barba y el pelo. Esta costumbre les viene desde la antigüedad; pues cuando Simón Pedro y los Apóstoles vinieron a predicar el cristianismo a los romanos, estos les tildaron de mentirosos y les rasuraron la barba y el pelo. Más adelante, cuando se dieron cuenta de la veracidad de lo que predicaban los apóstoles, se arrepintieron y, para expiar su pecado, ellos mismos se despojaron de barba y cabellos, una práctica que ha durado hasta la época del rey El-Zâher. Añadamos a todo esto, que su soberano es Federico, hijo de “Rumán el Azul”².

¹ Uno de los generales más célebres de los primeros tiempos del Islam; famoso sobre todo por la conquista de Egipto.

² El padre de Federico II era Enrique VI de Hohenstaufen; “Rumán el Azul” es un nombre imaginario, formado por asonancia con “Rumiyya” (nombre árabe de Roma).

X. 4 – Una acogida triunfal

El narrador prosiguió con su relato...



Al entrar en Roma, Ibrahim no podía creer lo que veían sus ojos: jamás había estado en una ciudad tan poblada. No tenía ni idea de que existieran zocos superpuestos, a los que se accedía por una escalinata. También admiraba las suntuosas ropas que vestían sus habitantes: túnicas de brocado de oro y armas damasquinadas. Los comercios, adornados con todo tipo de colgaduras, rebosaban de armas, copas de oro y plata, brazaletes y otras curiosidades. En un principio, recorrieron el mercado de los caballos. A lo largo de todo el zoco, a derecha e izquierda, se había colocado en formación una fila de soldados presentando armas. Pronto alcanzaron la escalinata, atravesaron una puerta de cobre dorado, cuyas hojas estaban unidas por una cadena de oro, para acceder al mercado de los minoristas. Prosiguieron su marcha por el de los cambistas; luego, por el de los mayoristas, y, por último, atravesaron el de los joyeros. También Edamor se mostraba

fascinado ante las maravillas que descubría en Roma.

Cuando llegaron al palacio imperial, el sol estaba a punto de ponerse, y como estaban muy cerca del palacio de Marín, el sobrino de Federico, que también era chambelán de su tío, invitó a Ibrahim, Saad, Edamor y a su escolta a su casa. También quiso que viniera Abu Baker *El-Batarni, pero el *capetan* Bashmita¹, almirante de la flota de Federico, fue a besarle la mano y le dijo:

– Te lo ruego, *sire*, permite al *capetan* del *rey* y a su escolta venir a mi casa, pues él me acordó su hospitalidad en Alejandría, y conviene que ahora sea yo quien se la devuelva, tal y como exigen las reglas de cortesía.

Marín accedió de buen grado a esta petición, y Bashmita se llevó con él a Abu Baker y a los cuarenta berberiscos de su escolta. Ahora dejémosles, que ya los volveremos a encontrar más adelante.

¹ Almirante de la flota de Federico; durante su estancia en Egipto, escoltando a la embajada de Marín, hizo amistad con su homólogo El-Batarni (Ver *Jaque al Rey de Roma*).

Edamor, Ibrahim y Saad entraron en el palacio de Marín. Descubrieron un edificio espléndido formado por numerosos pabellones, construido en varias plantas: tenía salones de estilo iraquí y otros, de estilo alejandrino, con numerosas fuentes. Marín les condujo hasta sus dependencias privadas; una mansión alta y de sólida construcción: el suelo lo cubrían tapices dignos de un rey, y las paredes estaban forradas de raso. Marín les ofreció una cena repleta de deliciosos manjares y de los más refinados dulces; después, mandó llamar a los músicos y artistas. Los tres compañeros fueron agasajados y honrados de tal modo, que pasaron así tres días, como si fuera uno.

Llegado el cuarto día, por la mañana, Federico reunió a su Consejo y ordenó a su sobrino que introdujera al embajador del rey de los musulmanes y a su escolta. Marín fue a ver a Edamor:

– Señor –le dijo–, no se trata de una orden, ni mucho menos pretendo molestaros, pero se requiere vuestra presencia en el Consejo de mi tío Federico. Venid, si os place, pero, si preferís no presentaros hoy, tomaos vuestro tiempo; nosotros esperaremos hasta que vos dispongáis...

– ¡Pues vayamos, mi querido Marín! –respondió cortesmente Edamor– Toda invitación merece una respuesta –, levantándose en el acto, imitado por Ibrahim y Saad.

Unas versiones de esta historia dicen que se llevaron con ellos a cincuenta mamelucos; otras, afirman que fue toda la escolta al completo, junto con *Yauán, Bartacûsh y los siete reyes, presos (que los mantenían encadenados en una mazmorra del palacio de Marín), además de los cuarenta patricios asignados para su vigilancia. Fuera de una manera o de otra, la realidad es que se pusieron en marcha hacia el palacio de Federico. Al penetrar en el recinto del palacio, Ibrahim quedó maravillado ante la cantidad de edificios que encerraba y su decoración.

Se dice que cada mansión la habían construido con mármol blanco y negro, adornado con oro, y que el palacio albergaba a más de cien mil soldados con sus armas. También se cuenta que Marín fue delante de ellos, y que franquearon las siete puertas, que se abrían, cada una, a los siete cuerpos del edificio que formaban el palacio. Cada edificación formaba un cuadrado de una milla de lado, y su interior estaba distribuido en habitaciones, grandes salones, cuartos en una segunda planta, estancias con enrejados; dando aposento, cada una, a diez mil soldados. Las dimensiones del séptimo edificio eran mucho mayores: en él se hallaban los despachos de la administración. Entraron allí y se dirigieron hacia la sala del Consejo de Federico que, a su vez, estaba precedida por siete salas de proporciones no menos gigantescas. En la primera, vieron a unos patricios alineados a derecha e izquierda: veteranos, armados con picas de hierro, de aspecto tan terrorífico como un incendio o como el rayo cuando restalla. Flanquearon la segunda puerta y vieron una tropa de jóvenes

patricios, con lanzas y arcos con flechas; a la cintura llevaban un sable y un puñal cincelado, junto con un ligero escudo, e iban tocados con unos gorros fileteados de oro. Atravesaron esa sala, y pasaron a la tercera, en donde se encontraron con un espectáculo maravilloso: allí había unos jóvenes tan hermosos como efebos escapados del paraíso, aprovechando el descuido del ángel Riduán¹. Alineados en dos filas, llevaban en la mano los sables desenvainados, y en sus cinturones se veían incrustados perlas y rubíes. Se introdujeron en la cuarta sala, la de los porta-hachas; luego, cruzaron la quinta, que era la de los porta-lanzas, y llegaron a la sexta, la del Consejo Exterior de Federico; el emperador en persona presidía la séptima sala con su Consejo Privado, formado por setenta y dos ministros.

Durante todo el trayecto, Edamor marchaba a la cabeza, flanqueado por Ibrahim, a su derecha, y Saad, a su izquierda; rodeados por cincuenta mamelucos y seguidos de los *fidais* del Horân y del Baysân. Ibrahim y Saad, con la mano sobre la empuñadura de sus *shâkriyyehs*, mostraban un aire tan marcial que habría podido aterrorizar a los guerreros más bravos y mejor templados.

Cuando Federico supo de su llegada, se levantó con presteza del trono para recibir a Edamor a la puerta del Consejo, quitándose el sombrero y saludando con él en un gesto de deferencia. Los hombres de la escolta se quedaron en la sexta sala, la de los ministros, mientras que Edamor, Ibrahim y Saad se colocaban en los asientos que les habían asignado: Edamor en el centro, Ibrahim a su derecha, y Saad a su izquierda, como de costumbre. Con una amplia sonrisa en los labios, el *babb* Federico les dirigió un saludo de lo más afable. Se les sirvió de beber y los músicos se situaron ante ellos. Mientras tanto, Ibrahim recorría la sala con su mirada. Las paredes estaban cubiertas de una capa de oro rojo sobre las que había pintadas diversas imágenes representando a Jesús y a su madre María, así como a los apóstoles. Los chambelanes portaban picas de oro y plata; los pajes, cruces de oro. Los invitados escucharon el concierto, asistieron a la sesión del Consejo, pero sin que el *babb* Federico les dirigiera en ningún momento la palabra o les preguntara el objeto de su llegada, y sin que se abordase el asunto del proceso de los reyes y de Yauán. Después, Marín regresó a su palacio, acompañado de sus tres invitados y de su escolta. Pasaron diez días, y todo transcurría igual que el primero.

Pero el undécimo día por la mañana, se levantaron temprano, hicieron sus abluciones, cumplieron con sus deberes religiosos, rezando la plegaria de la aurora y recitando algunos versículos en honor del Profeta; luego, Edamor se llevó a Ibrahim aparte.

– Por lo que veo –le dijo– llevamos aquí diez días y el *babb* no nos ha preguntado nunca por el objeto de nuestra misión. ¿Para qué hemos venido aquí? ¿Para beneficiarnos de su

¹ En la tradición musulmana, Reduán es el ángel encargado de guardar las puertas del paraíso.

generosa hospitalidad o para arreglar un asunto? Nuestro señor el sultán espera nuestro regreso.

– Tienes razón, emir Edamor –asintió el León del Horân– Hoy voy a recordarle al *babb* el motivo de nuestra visita, y le daré la oportunidad de abordar la cuestión que queremos debatir.

Mientras tanto, los sirvientes les habían traído ya un succulento desayuno, siempre con manjares lícitos para los musulmanes. Después de haber hecho a la comida los honores debidos, nuestros tres héroes montaron en sus cabalgaduras para ir al Consejo, acompañados por algunos de sus hombres. Como ya era habitual, entraron en la sala, se sentaron en su lugar; se les sirvió de entrada un café, y luego unos refrescos; Ibrahim se dirigió a Federico y le interpeló en voz alta:

– ¡Eh, *babb*! –algo molesto por esta falta de etiqueta, Federico se volvió hacia él– ¡Dinos, *babb*, esto comienza ya a pasarse de la raya! Hace diez días que estamos aquí; ¡todas las mañanas venimos desde el palacio de Marín hasta tu Consejo, y cada tarde regresamos desde tu Consejo al palacio de Marín, sin que nos hayas preguntado jamás de dónde venimos, ni cual es el objeto de nuestra misión, ni la causa que nos ha traído hasta tus dominios!

– Pero ¿por qué tanta prisa, hijo del Korani? –protestó Federico– Apenas hace diez días que estáis aquí: si ahora empiezo a interrogaros, váis a decir que el *babb* Federico se ha cansado de vuestra embajada y que quiere desembarazarse de vosotros. ¡No hay por qué apresurarse! Por mi fe y mi religión, aunque estuvierais aquí un mes o un siglo, yo estaría encantado de vuestra presencia, y Roma, la madre de las ciudades, se sentiría honrada.

– Ojalá que vivas largos años, oh *babb* –respondió Ibrahim– pero se nos ha encargado una misión importante que concierne a asuntos de Estado, de parte de Su Majestad el rey El-Zâher, la sombra de Dios sobre Su tierra y Comendador de los creyentes – ¡que Dios le conceda siempre la victoria! – y bien es sabido que el corazón de los reyes no sabría soportar tanta espera y tanto retraso. En verdad, Su Majestad, nuestro señor el sultán, no sabría estar sin nosotros, ni siquiera durante diez días, y justo ya han pasado esos diez días desde que llegamos a tu ciudad; ni qué decir tiene que muy honrados por tu hospitalidad; pero ya es tiempo de concluir lo que vinimos a hacer, si no queremos provocar el enfado de nuestro señor.

[El manuscrito presenta aquí una corta laguna: Federico pide a los embajadores que le transmitan el mensaje de Baïbars. Entonces, para su enorme sorpresa, ve cómo Ibrahim abandona la sala del Consejo, para volver poco después, armado de pies a cabeza.]

– Uy, uy, uy, hijo del Korani ¿qué es lo que pasa? – se inquietó Federico –. Por lo que veo, te vas del Consejo vestido de una manera, y regresas de otra. Por mi religión. Me estás comenzando a inquietar. ¿Qué te ha llevado a comportarte de esta manera, *figlione*?

– Hasta ahora, *babb*, he estado en tu casa como invitado; pero, desde el momento en que me has pedido que te entregue la carta del sultán – ¡pueda Dios concederle siempre la victoria! –, eso ya es otra cosa: se trata de mi trabajo, y yo debo obedecer y respetar las condiciones de este ejercicio.

Así que, engolando su potente voz, pregonó la fórmula ritual:

– ¡Mensajero y emisario! El emisario solo es responsable de transmitir claramente el mensaje que se le ha confiado.

– ¿Y cuál es ese mensaje que nos traes? – le preguntó el *babb*.

– Soy portador de una carta y espero la respuesta. Ojalá que Dios te la dicte con palabras razonables y sensatas.

– Entrega tu carta y yo te daré respuesta.

– ¡Alto ahí, *babb*! – protestó Ibrahim – ¡Cuidado con quien tienes ante ti!: ¡yo soy Ibrahim, hijo de Hasan, no un cartero de pueblo! Cuando yo me hago cargo de una carta, no la entrego más que con una serie de condiciones.

– ¿Y cuáles son esas condiciones?

– Ah, son muchas, *babb*; pero en atención a tu persona te las voy a abreviar, limitándome a las más indispensables. Si quieres recibir esta carta de mi mano, tú, de entrada, debes levantarte respetuosamente; tú y todos los asistentes; luego, cruzarás los brazos en señal de respeto, y avanzarás cortésmente para recoger la carta; la leerás con gran deferencia y me darás la respuesta en los términos más dignos; después, me habrás de indemnizar por los gastos de mi viaje, y, solo entonces, yo me retiraré con una sonrisa en los labios. En caso contrario, te mostraré si yo soy en verdad el hijo de El-Horâni...

– ¡Ya es suficiente, hijo del Korani! – estalló el emperador, indignado de que le hubieran llamado a capítulo en presencia de toda su corte – ¡Por mi religión, tampoco soy yo un reyezuelo de tres al cuarto para que tú puedas permitirme hablarme en ese tono! Abre un poco los ojos tú mismo, y mira en donde te encuentras: en Roma, la madre de las ciudades, en presencia del *babb* Federico, soberano de trescientos sesenta barones, doce *babbs* y siete grandes reyes. Además, no olvides que cuarenta o cincuenta mil soldados residen en este palacio. ¿A quién te has creído tú que estás dirigiendo la palabra?

Ibrahim, también furibundo, se puso ceñudo y echando chispas por los ojos.

– ¡*Duúh*! – rugió – ¡Yo soy el león de los bosques, el hijo de Hasan!

Y en plena “inspiración poética”, Ibrahim le soltó esta retaña de versos:

*Te lo diré bien claro: Ibrahim es mi nombre
De Ezraa y del Horân me llaman el león,
y cuando en la batalla me miran pelear
el más valiente tiembla y pierde su valor.
Y pongo a Dios por testigo, al Único, al Vengador,
que mi alma jamás ha sufrido temor
Con que tú, que te dices el gran rey de los francos,
Cuidadito conmigo,
que mi espada ha abatido a miles de tiranos.*

Mientras declamaba estos versos, daba la impresión de que el furor de los combates le hubiera poseído; tanto se le alteró el rostro, que se puso pálido como el mármol, y por las comisuras de los labios le brotaban espumarajos. Ante tal espectáculo, un escalofrío de terror se apoderó de los que allí se encontraban.

– Basta ya, hijo del Korani – se apresuró a calmarle Federico – ¿Por qué encolerizarte de ese modo? Por el honor de mi religión, te prometo que estoy dispuesto a recibir esa carta en las condiciones que quieras.

Dicho esto, Federico se levantó de inmediato, ordenando a todos los miembros de su Consejo que lo imitaran; luego, dio un paso en dirección a Ibrahim, después otro paso más; un tercero, y por último un cuarto paso. Sólo entonces, el León del Horân se llevó la mano a su turbante y sacó la carta que llevaba oculta entre sus pliegues. La besó, se la llevó a la frente siete veces en señal de respeto y, cogiéndola con la mano derecha, se encaminó hacia Federico. Entonces, el *babb*, tendió la mano para recogerla, pero en ese momento Ibrahim, de repente, retiró la suya.

– ¿Por qué actúas así, hijo del Korani? – se extrañó Federico.

– Porque aún tengo un consejo que darte antes de que cojas esta carta, y agradecerte así el honor que tú me has hecho.

– Pues bien, ¡dame tu consejo!

– Esta carta viene del rey de los musulmanes, la sombra de Dios sobre la tierra: la vida y la muerte penden de sus labios. Es un rey sombrío, que inspira terror y respeto, y sus ejércitos son numerosos. Ahora bien, como tú sabes, los corazones de los reyes están en las manos de Dios, que los enfurece o los enternece según Su voluntad, y supón que, en el momento de escribirte esta carta, el rey hubiera estado furioso y con propósitos amenazantes contra tu persona: cuando tú la leyeras, te parecerían muy duros como para soportarlos, y entonces, podrías tener la tentación de desgarrar esta carta. No hagas nada de eso, pues yo te juro por

mi honor como combatiente por el amor a Dios, que antes de que cayera el primer trocito de la carta, tu cabeza habría volado hasta el suelo. ¡Ya has sido prevenido!: ¡ten cuidado!

– Has de saber, hijo del Korani, que yo no soy de esos reyes descerebrados, que creen manifestar su valor desgarrando trozos de papel – replicó Federico –. La valentía no se demuestra ante las hojas de una carta, sino en el campo de batalla del que las ha escrito.

– En ese caso, encended los incensarios y llenadlos con perfume de sándalo y todo tipo de esencias.

Velozmente se pusieron manos a la obra ante la petición de Ibrahim, que, por fin, se decidió a entregar su mensaje al *babb* Federico. Imitado por toda la asistencia, el emperador se quitó el sombrero y lo llevó hasta la altura del suelo en señal de respeto por el sultán; luego, se persignó y pasó la carta al jefe de los trujimanes para que hiciera una lectura pública del documento. Este último vio, en la parte de arriba del documento, a la derecha, la fórmula que constituye las primeras palabras jamás escritas; las que reconfortan a los que profesan la unicidad de Dios y ahuyentan los malos pensamientos y a los demonios:

“En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.

*De Su Majestad, rey de los musulmanes,
el que obedece las órdenes del Soberano Omnisciente;
el servidor del sepulcro del Profeta;
aquel cuyo sable desenvainado es una amenaza constante para sus enemigos;
de Su Majestad, el rey El-Zâher,
al babb Federico, emperador de los francos.*

El motivo de la presente es la llegada a nuestras tierras de tu sobrino Marín, portador de un mensaje en el que se nos pide que juzguemos a los reyes que mantenemos presos, conforme a nuestra Ley y en presencia de los comerciantes francos, de los cónsules y de la comunidad musulmana. Hemos accedido a tu deseo, ya que los reyes, siguiendo la tradición que desde tiempos inmemoriales regula sus relaciones, deben tener ciertas consideraciones los unos con los otros, y hemos hecho comparecer a dichos reyes, así como a Yauán y a Bartacûsh. Hemos establecido su culpabilidad, fundándonos en sus propias confesiones, realizadas en presencia de toda la asamblea y de tu sobrino Marín. En consecuencia, se ha pronunciado una sentencia de muerte contra ellos; no obstante, habiendo ofrecido tu sobrino por cada rey, así como por Yauán y Bartacûsh, un rescate de una jazneh; le hemos pedido que entregara la suma propuesta: nueve jaznehs. Al no disponer de esa suma en especies, nos ha propuesto nombrar un embajador que en su compañía fuera hasta tus dominios a recoger la suma convenida. Hemos añadido a esto los gastos derivados de la

embajada, estimados en tres jaznehs; con lo que la suma total asciende a doce jaznehs.

Habiendo designado al emir Edamor “El Paladín”, como representante de nuestra persona, le hemos hecho acompañar por Ibrahim y Saad, en calidad de sus escuderos. En cuanto hayas tenido conocimiento del contenido de esta carta, deberás reunir la suma convenida, que se la entregarás a Edamor; queda bien entendido que tú serás el responsable de su seguridad en territorio de los francos durante su regreso.

¡Saludos!

– Y bien, *babb*, ¿cuál es tu respuesta a la carta de nuestro señor el sultán? – preguntó Ibrahim después de la lectura.

– Escucho y obedezco, hijo del Korani. Satisfacer las peticiones de un rey es lo más conveniente para otro rey. ¡*Basta!* Puedes estar tranquilo, tomaré todas las disposiciones necesarias para reglar este asunto según tus deseos. Pero mientras tanto, debo hacer comparecer a los siete reyes, junto con Yauán y Bartacûsh, para juzgarlos conforme a nuestra ley. Después, todo estará resuelto.

– Quedan a tu entera disposición. Desde el momento en que te los hemos vendido, ya no están bajo nuestra jurisdicción, sino bajo la tuya.

– Vamos, *figlione* – prosiguió Federico dirigiéndose a Marín –, vete a buscarme a los reyes, a Yauán y a Bartacûsh.

X. 5 – Castigo al monje maldito



Mientras Marín regresaba a su residencia –pues había quedado a su cargo la vigilancia de los cautivos–, el *babb* Federico convocó a clérigos y patriarcas para mantener una asamblea general en su palacio. Ahora bien, había en Roma una basílica llamada La Iglesia de Oro, por la cantidad de maravillas que encerraba; allí vivían ciento cuarenta mil clérigos: monjes, sacerdotes, obispos, diáconos, sacristanes y *catholicos*¹. Les gobernaba un patriarca llamado Mushamsîn, al que obedecía todo el mundo; incluido el mismísimo emperador Federico, que no podía tomar ninguna decisión sin haberle consultado. De modo que el *babb* le convocó a aquella asamblea, sentándole a su lado en la sala del Consejo; luego, ordenó

que introdujeran a los siete reyes, que llegaron uno tras otro, en fila y fuertemente encadenados con argollas en los pies.

– Haced avanzar al *babb* *Frenhîch, el rey de El-Arîsh –ordenó Federico–. *Abbone* –prosiguió dirigiéndose a Mushamsîn– ten la amabilidad de proceder al interrogatorio de este *marfûs*, y veamos qué crímenes ha podido cometer contra el rey de los musulmanes para que éste le haya encerrado en una mazmorra y reducido a tan miserable estado.

El *babb* Frenhîch declaró en términos análogos a los de El Cairo²:

– Fue Yauán el que, con sus falaces palabras, me empujó a atacar el convoy de la esposa del rey. Luego, el rey derrotó a mi ejército y me cogió prisionero.

Federico preguntó a Mushamsîn:

– Y bien, *abbone*, ¿a qué castigo se expone Frenhîch? –preguntó Federico.

– *Figlione*, el que agrede a otro y siembra la discordia, según la ley islámica, merece la *mantara*, y según la nuestra, la flagelación. En lo que se refiere a su vida, podemos dejarlo a un lado, ya que la ha vuelto a comprar pagando un rescate; pero, al menos, debe recibir

¹ Título que llevan algunos jefes de las Iglesias de Oriente.

² Ver *Muerte en el Hamâm* y *Jaque al Rey de Roma*.

una parte de su sentencia. Es cierto que este rey no es el único culpable, pues la responsabilidad principal incumbe en su totalidad a Yauán; no obstante, supongamos que Yauán le hubiera dicho: “Desenvaina tu *santamaria* y mantárate la cabeza¹”; ¿lo habría hecho?

– ¡Seguro que no, *abbone!* –replicó Federico.

– En ese caso, teniendo en cuenta que ha cometido una falta, ante la obligación que se impone a todo ser humano de velar por sus intereses basándose en el justo razonamiento, debe ser castigado: has de condenarle a recibir cien garrotazos en los pies.

– ¡Traed los hierros y el garrote! –ordenó el emperador.

Tendieron a Frenhîch en el suelo, con los pies bien sujetos, y dos patricios, armados con sólidos garrotes de fresno, le flagelaron la planta de los pies cadenciosamente: mientras el uno levantaba el brazo, el otro lo abatía, como dos herreros golpeando el yunque; porque, cien garrotazos aplicados de ese modo, son más dolorosos que quinientos golpes suministrados de manera normal. Así que, cuando le desataron, terminado el suplicio, Frenhîch había perdido el conocimiento a causa del dolor, y parecía más muerto que vivo; tuvieron que sacarle de la sala arrastrándole por los pies.

– Pero, dime, *abbone* –continuó Federico–, ¿no consideras también culpable a Yauán de todo este asunto?

– ¡Cómo no lo voy a considerar culpable! –exclamó el patriarca– Precisamente es él quien ha fomentado todos estos disturbios, y el que ha incitado a los reyes a que atacaran el territorio del *rey*. ¿Es que no has oído la confesión del otro *marfús*? Le toman por un patriarca y no saben que es el hijo de una puta y de cuarentaiún monjes²... Pero, en fin, ya que pretende ser un monje, escapará a la *mantara*, por respeto a la institución monacal; sin embargo, hay que condenarle al mismo castigo que a Frenhîch. Que le den cien garrotazos.

En un momento, el maldito monje se encontró también con los pies sujetos, y comenzó la distribución de bastonazos.

– ¡No te está mal empleado! –murmuraba Bartacûsh cada vez que Yauán gritaba de dolor– Esto me resarcirá de todas las fatigas que me has hecho pasar; corriendo de un rey a otro para sembrar la cizaña, y mira que yo siempre te decía: “¡Para ya, *abbone*, basta ya!” Y tú, erre que erre, no querías escuchar nada... Pero, rápidamente Bartacûsh cambió de tono cuando acabado el suplicio de Yauán, Mushamsín paso a ver su propio caso.

– Dado que este hombre era discípulo de Yauán, y participaba en sus intrigas, es justo que también participe de su castigo, aunque en menor medida. ¡Que le den solo cincuenta garrotazos!

¹ “Desenvaina tu espada y córtate la cabeza”.

² Los orígenes nada honorables de Yauán y sus primeras fechorías se detallan en *La traición de los emires*.

– ¡Piedad, *abbone!* –suplicó Bartacûsh dirigiéndose a Yauán– ¡Por tu vida, habla en mi favor y diles que yo no hice nada!

– ¡Cómo que no hiciste nada! –le replicó el monje maldito– ¡Por mi religión: tú eres el principal responsable de todo esto! ¡Ya puedes soltar por esa boca hasta reventar, Sable de Bizancio!

Al ver que no podía esperar nada por parte de Yauán, Bartacûsh hizo un guiño significativo a Ibrahim, dándole a entender que tenía a su disposición las mil monedas de oro habituales¹.

– *Babb* –intervino Ibrahim–, realmente Bartacûsh no es culpable; a decir verdad, es más tonto que malvado. Yo me permito interceder en su favor.

– Y bien, *abbone*, ¿tú qué dices? –preguntó Federico a Mushamsín.

– Sea. El hijo del Korani tiene derecho a nuestra consideración, y, en consecuencia, aceptamos su intercesión: Dispensamos a Bartacûsh de este castigo. Pasemos al asunto siguiente.

Trajeron a *Godofredo, que reconoció su culpa y recibió también cien garrotazos; al igual que el resto de los reyes. Al finalizar el proceso, Mushamsín dirigió a Federico un último requerimiento:

– Escucha, *babb*, permite que me lleve a Yauán a mi iglesia, y que lo encierre en una celda que me he inventado para corregir a los monjes desobedientes. Por mi religión, si no fuera porque es un patriarca, le habría condenado a la *mantara*, pero el castigo que le tengo destinado le va a resultar aún más atroz, y más de una vez deseará en vano la muerte. En cuanto a lo de los siete reyes, pues ahí te los dejo...

– Se hará lo que tu quieras, *abbone* –respondió Federico.

Se cuenta que sobre el techo de la Iglesia de Oro, en lugar de una veleta, había una columna de cobre amarillo, de dos brazas² de ancho y diez codos de alto. Estaba hueca, y rodeada de una escalera, que permitía acceder hasta lo más alto; allí se abría una trampilla redonda provista de unos agarraderos. Cuando el patriarca Mushamsín quería castigar a un monje que había cometido una falta grave, lo encerraba en esa columna. Hacia el medio de la columna se había practicado una mirilla que permitía pasar el aire, y que también se utilizaba para dar al prisionero algo de comida, y evacuar el orinal con sus necesidades; dos monjes montaban guardia al pie de aquella extraña celda. Todos los que habían sido

¹ Ibrahim, que sabe sacar provecho de cualquier situación, tiene pactado un acuerdo con Bartacûsh, por el que, cada vez que Ibrahim venga en su ayuda, Bartacûsh le habrá de recompensar con mil monedas de oro. Éste es un ejemplo, entre muchos otros, de los pequeños trapicheos personales que a los *fidauis* les encanta negociar con ambos bandos; generalmente, sin que lo sepan sus jefes.

² Unos 3 metros.

encerrados en esta columna habían muerto al cabo de algunos días, cumpliéndose así la voluntad de Dios, y sin remedio posible. Porque, la columna de cobre amarillo estaba colocada en todo lo alto del tejado, y expuesta directamente al sol desde que salía: cuando éste lanzaba sus rayos, la transformaba en un auténtico horno, más ardiente que la Yehenna¹ – ¡que Dios nos libre de ella! – En cambio, por la noche, cuando llegaba la oscuridad, y se levantaba el viento, se convertía en un glaciar.

Mushamsín se llevó a Yauán, y también se disponía a llevarse a Bartacûsh para encerrarle en una celda, cuando éste hizo la señal convenida a Ibrahim, indicándole que añadía otras mil monedas de oro; el valeroso capitán intervino por segunda vez en su favor, y fue librado de toda la condena. Mientras que Yauán fue arrojado a la columna, encadenado y con argollas en los pies. Dejémosle ahí sufrir su castigo, y volvamos ahora a Federico.

¹ El infierno

X. 6 – El rescate de los siete reyes



Una vez que Mushamsín y Yauán se hubieron alejado, Federico retomó la conversación con Ibrahim:

– Y bien, hijo de Korani, ya solo nos queda tratar del rescate de los siete reyes, de Yauán y de Bartacûsh, así como los gastos de vuestro viaje. Dado que yo he respondido por todos ellos, seré yo mismo quien te pague el rescate en su lugar; excepto, el de *Astalut del Golfo. De ese, no pienso salir fiador.

– ¿Y eso por qué, *babb*? –se extrañó Ibrahim.

– ¡Porque es un perro rebelde que no reconoce mi soberanía! ¡Aparte de que su país se encuentra muy

lejos de mis tierras, allí se habla una jerga incomprensible, y de que jamás me devolvería un céntimo!

– ¡Bien; pues caso cerrado! A fin de cuentas, si tú no quieres responder por él, estás en tu pleno derecho, y no seré yo quien te vaya a reprochar nada. Ya solo me queda por hacer una cosa: desenvainar mi *shâkriyyeh* y rebanarle la cabeza. Como compensación por la sangre derramada, yo entregaré una *jazneh* al sultán, que sacaré de los bienes que he obtenido con el sudor de mi frente. ¿Ves algún inconveniente en ello?

– ¡Ni mucho menos, hijo del Korani! Estás en tu casa.

Ibrahim sacó su arma de la vaina y se colocó junto a Astalut. Desde luego que Ibrahim no tenía la menor intención de pagar una piastra por el precio de la sangre de ese rey: de hecho, ni al mismísimo Jidr Abu-l-Abbâs¹ que se le hubiera aparecido en persona le habría dado un mísero *para*². Tan solo intentaba atemorizar al pobre desgraciado, y lo hizo tan bien, que Astalut, con los ojos desorbitados, comenzó a suplicar a Federico, mediante el trujimán:

¹ Personaje legendario al que Dios le dotó de una sabiduría y longevidad excepcionales; asimilado, a veces, al profeta Elías. Según la tradición musulmana, fue visir y tutor de Alejandro Magno. Prototipo de los “hombres de Dios” en la mística popular, se le representa como un hombre errante que recorre el mundo, desconocido por todos, pero interviniendo en ocasiones para salvar a los creyentes de los peligros. Más adelante, en el transcurso del relato, hará su aparición.

² En la época otomana, un *para* equivalía a unos 24 céntimos de piastra (una cantidad ridícula).

– ¡Piedad, oh *babb*, concédeme tu fianza y no permitas que el hijo del Korani me haga la *mantara*!

– ¡Cállate, *marfûs*, *kufurti kanayes*, miserable felón!; ¡por mí, como si revientas y vas a reunirte en el infierno con tus ancestros!

Mientras andaban intercambiando estas lindezas, se oyó de pronto el tronar de un cañón.

– ¿Qué sucede? –preguntó Federico.

– Es el *jawâya* Yanitor, que acaba de llegar de El Golfo –le respondieron.

Ese siniestro individuo era uno de los grandes *nâjôdas*¹, de esos que nadan en oro. Disponía de sumas de dinero y de ganancias considerables; establecimientos comerciales y una flota personal. Era tan rico, que todos los reyes francos le pedían prestadas grandes cantidades de plata. Así que, al saber de su llegada, Astalut redobló las súplicas a Federico.

– *Basta*, hijo del Korani –intervino Federico–, me parece que acabas de encontrar un fiador para tu *jazneh*. Apenas había bajado Ibrahim su *shâkriyyeh*, cuando la puerta se abrió y el *jawâya* Yanitor entró con total desenfado adonde Federico. Después de saludarle, se dio cuenta de que habían colocado a Astalut sobre el tapiz de la sangre².

– Vaya, vaya, mi pobre *babb*, pero ¿qué te ha pasado? –se interesó Yanitor.

Astalut le contó entonces su mala suerte y le rogó que le adelantara una *jazneh*, comprometiéndose a devolvérsela en cuanto regresara a su país en El Golfo.

– *Babb* –le señaló Yanitor a Federico–, tú me debes una suma que alcanza las cuatrocientas mil piastras; con que no tienes más que descontar una *jazneh* de esa cantidad para pagar la deuda de Astalut.

– De acuerdo –asintió Federico–. Deja que se vaya ese desgraciado, que yo te pagaré la *jazneh* de su rescate, hijo del Korani.

Así que Astalut salió del Consejo sacudiéndose, como se suele decir, el polvo de la tumba de sus hombros; más tarde nos volveremos a encontrar con él; pero, mientras tanto, volvamos a Ibrahim que, después de liberar al *babb*, había retomado su conversación con Federico.

– Ahora, *babb*, solo falta que nos pagues lo que nos debes para que podamos regresar a casa.

– Recapitulemos –respondió el emperador–: yo te debo doce *jaznehs* por los reyes, Yauán y Bartacûsh, a lo que hay que añadir el precio de la cabeza del Ogro Espantoso, y de la fruta de la Isla Esmeralda; lo que hace un total de treintaiséis *jaznehs*: ¡una suma considerable!

¹ En persa: “capitán de largos recorridos”. En el “Baïbars”, este término designa a los ricos mercaderes que practican sus negocios en largas distancias, bien sea por tierra, o por mar.

² Pieza de cuero redonda sobre la que se decapitaba a los condenados a muerte cuando las ejecuciones se hacían en presencia del sultán, con objeto de que no se mancharan las alfombras.

Si tú quisieras reunir en el campo una cantidad equivalente de piedras, necesitarías ¿cuánto? ¿una hora, dos horas, un día, un mes?

– Sin duda, pero no olvides que tú eres el emperador de los francos, y para ti nada más fácil que reunir esa suma –le replicó Ibrahim.

– No te voy a negar que tengo abundantes ingresos, hijo del Korani, pero no es menos cierto que también me abruman abundantes gastos. Escucha, concédeme tan solo un mes: de aquí a entonces, los reyes cautivos ya habrán regresado a sus tierras y me habrán devuelto lo que me deben; con lo que solo me quedará reembolsarte el precio de la cabeza del ogro y la fruta; pero eso es asunto mío.

– Está bien, *babb*; de acuerdo. Como se suele decir entre nosotros: “el que paga con retraso no comete falta” –respondió Ibrahim, con el mudo asentimiento de Edamor y Saad.

X.7 – De un regateo mortal en el zoco



Ibrahim se quedó viviendo, en compañía de Edamor y Saad, en el palacio de Marín. Acogidos por la hospitalidad de Federico, eran tratados con los mayores honores, oían música, pasaban agradables momentos y todos los días asistían al Consejo Real. Pero, he aquí que una mañana Ibrahim se despertó, hizo sus abluciones, rezó la plegaria del alba y algunos versículos en honor del Profeta, y luego se fue a buscar a su primo:

– ¡Ven aquí un momento, Saad!

– ¿Qué pasa?

– ¿No se te empieza a hacer largo todo este tiempo?

– ¿Y por qué se me va a hacer largo? Se come bien, todos los días oímos a los músicos, dormimos entre sedas... Si viviera tu padre en un lujo así, jamás querría morir. En serio, ¿tú crees que estaríamos mejor en El Cairo?

– ¡No, claro que no! En ningún sitio se podría estar mejor que aquí... pero es que ya hace muchos días que estamos en Roma, la madre de todas las ciudades, fuente de todas las maravillas, y de todo lo conocido, y lo único que hemos visto hasta ahora es el camino que va del palacio de Marín al Consejo de Federico, y viceversa.

– De acuerdo, pero ¿adónde quieres ir a parar?

– Escucha, mi buen Saad, como se suele decir: “al ojo le gusta ver lo nunca visto, y a la oreja oír lo nunca oído”. Cuando regresemos a El Cairo, nuestros amigos no dejarán de preguntarnos: “Vosotros, los que habéis estado en Roma, contadnos un poco de las maravillas que habéis encontrado allí; habladnos de sus zocos”. ¡Y nosotros nos vamos a quedar con la boca abierta, con cara de tontos, y sin saber qué decirles! Deberíamos salir un poco los tres juntos a dar una vuelta por la ciudad y ver lo que haya que ver.

– Sí, pero tú vas a aprovechar el paseo para montar una bronca, o para cargarte a alguien, y amargarle la vida a Federico, ¿y nosotros qué pintaremos en todo esto? Como se suele decir: “¡hazle bien a un villano, y te cortará la mano!”

– ¡Pero qué cosas se te ocurren! –protestó Ibrahim– Si lo único que quiero es visitar la ciudad.

– Bueno, como quieras, pero al menos, pregúntale a Edamor.

– ¡Me parece una idea estupenda! –aprobó éste– ¡Qué mejor que ir en vuestra compañía!

Recordemos que los tres compañeros habían hecho juramento de no separarse jamás por el pacto de Dios que habían realizado en presencia del rey¹. Se armaron de pies a cabeza, se pusieron sus túnicas y capas y, escoltados por diez mamelucos, abandonaron el palacio. Se pasearon durante mucho tiempo por las calles de Roma, fascinados al encontrarlas tan rícamamente adornadas y engalanadas con colgaduras: hasta en los zocos, el suelo estaba cubierto de suntuosas alfombras, entre las que se había dejado un pasaje para los visitantes. Saludados por toda la población, pasaron de un zoco a otro, hasta que acabaron en el mercado de las joyas; llamado así porque en todas sus tiendas trabajaban los joyeros: allí todos los días se negociaban sumas enormes, muy superiores a los ingresos de un rey. Al ver el brillo de las perlas en los escaparates, Ibrahim dijo a su compañero:

– ¡Eh, Saad, por la vida de mi padre, parecen llamas sin fuego!

– Tienes razón, viejo hermano, hay más plata aquí que en todo El Cairo.

Prosiguiendo su paseo hasta el final del zoco, llegaron a la joyería del *yawharî bâshi*, el preboste de los joyeros. Al ver a Ibrahim mirando con la boca abierta las vitrinas en las que se exponían las piedras preciosas de las más hermosas aguas, el joyero se apresuró a salir para recibirle:

– *Beyrem, signore*, entra por favor en esta tienda, que es la tuya.

El joyero colocó unos taburetes para acomodar a sus tres clientes, y les sirvió café y unos refrescos.

– ¿Cómo te llamas, *ghandar*? –le preguntó Ibrahim.

– Me llamo Masalbún, señor.

– Pues bien, mi querido Masalbún, me gustaría comprarte una joya de mucho valor, para poder acordarme de ti cuando haya regresado a mi país.

– Nada más fácil, hijo del Korani: estás sentado en un verdadero jardín de piedras preciosas. Sólo tienes que molestarte en elegir...

La mirada de Ibrahim se posó en un puñal cuya vaina estaba cuajada de piedras preciosas, y la empuñadura, de oro, con incrustaciones de rubíes y coral, llevaba enganchada una ristra de cien cuentas, y cada cuenta era una piedra preciosa.

– Déjame ver un poco el puñal y la vaina –le pidió Ibrahim.

El joyero abrió la vitrina y sacó ambas piezas. Ibrahim las cogió, desenvainó el puñal y admiró su exquisito trabajo; luego, se lo puso en el cinto.

– Eh, Saad, ¿qué tal se me ve? –le preguntó a su primo pavoneándose como un gallito– Esa es la ventaja de ser un hombre agraciado: te pones cualquier cosa, y todo te favorece...

– ¡Seguro! –replicó con sorna Saad– Sobre todo, lo bien que hace destacar tu panza de burra...

¹ Ver *Jaque al Rey de Roma*.

Después de esta conversación, Ibrahim anudó la sarta de joyas a la empuñadura del puñal y preguntó al joyero...:

– ¿Cuánto pides por las dos piezas? ¡Pero cuidado: ¡dame de inmediato el último precio, porque me horroriza andar regateando!

– ¿Mercachiflear yo? ¿Pero tú te crees que yo me iba a entretener en andar haciendo esos juegucitos con un noble extranjero como tú, hijo del Korani? –protestó el joyero– Escucha, yo me voy a conformar con el precio que ha pedido el propietario, y mi comisión la dejo a tu generosidad.

– Está bien; dime, y ya veremos.

– Este puñal con su funda y colgante pertenecen a Dukás¹, hijo del *babb* Federico. En este momento no se encuentra en Roma, porque anda recogiendo los ingresos de las aduanas. Antes de su partida, me llamó a su palacio y me confió estos dos objetos en depósito para que se los vendiera. Pide diez mil monedas de oro por el puñal y veintemil por la funda y la cadena; lo que hacen un total de treintamil ducados: por mi religión que bien lo valen.

– ¡Treinta mil monedas de oro! –exclamó Ibrahim– Oye, Masalbún, ¿no crees que exageras un poco?

– Te aseguro que no, hijo del Korani, eso no es mucho. Mira bien este puñal: no solo debes tener en cuenta el oro que lleva; también las piedras preciosas: esto vale tanto, y esto otro, tanto, lo que te hace un total de tanto (y cada vez, le daba la cifra exacta). La sarta de piedras preciosas del mango es una pieza única; en Roma no hay otra igual, salvo, tal vez en el tesoro de Federico...

– Está bien, está bien; no te canses –le interrumpió Ibrahim, sacando de su bolsillo una bolsa de pequeñas dimensiones –la que usaba para sus gastos diarios–; sacó de allí diez monedas de oro y se las puso al comerciante en la mano con total frialdad.

– Pero ¿qué quieres que haga con estos diez ducados, hijo del Korani? –se extrañó el comerciante.

– Pues es el precio del puñal y la cadena –respondió Ibrahim imperturbable– ¡Vamos, cógelos!

– ¡*Santa madonna!* ¿Te has vuelto loco o qué, hijo del Korani? Por mi religión, yo creía que eso era lo que me ofrecías de comisión... que, así entre nosotros, yo no aceptaría menos de veinte ducados. ¿Cómo pretendes que te deje las dos piezas por una suma tan ridícula?

– Pero bueno, ¡qué tacañería! –exclamó Ibrahim– En fin, de acuerdo, estoy dispuesto a tener un gesto contigo...

Con aires de grandeza, Ibrahim añadió otra moneda de oro a las otras diez.

¹ Este personaje no pertenece a ninguno histórico; aunque “Dukas” es, desde luego, el apellido de una familia noble bizantina, de la que provienen numerosos emperadores.

– Escucha, *signore*, ¿estamos aquí para concluir un negocio o para bromear? Porque, mira que el comercio es algo serio.

– ¡Eh, no me hables en ese tono! ¡Si hubiera sido otro yo no me habría quedado aquí ni un minuto más, pero por tratarse de ti, te voy a dar aún otra moneda!

– *Signore*, ya te lo he dicho y te lo repito una vez más, que solo el puñal y la funda valen treinta mil ducados, a lo que hay que añadir veinte de mi comisión... , bueno, pongamos solo quince por consideración hacia ti.

– Yo, de esas historias de capital y comisión, no entiendo nada. Te voy a añadir otras tres monedas, lo que hará un total de quince ducados, pero no obtendrás ni un céntimo más.

– Uy, uy, uyyyy, eso está muy lejos de su valor. ¡Escucha, *signore*, por ese precio, prefiero devolverte tu dinero y dejarte el puñal y la cadena por nada, que, por lo que veo, será el único modo de que te largues de aquí¹”

– ¡Pues bien; estupendo! –clamó triunfante Ibrahim– Muchísimas gracias y pueda Dios beneficiarte con lo mismo. Por la vida de mi padre, yo te voy a bendecir hasta el final de mis días.

Ibrahim recogió pausadamente sus monedas de oro, las volvió a meter en su bolsillo, que plegó y metió tranquilamente en su faltriquera. Luego, amparándose del puñal y de la cadena, se levantó de un brinco.

– ¡Venga, muchachos, ya nos hemos entretenido bastante aquí! –les lanzó a sus dos compañeros.

Los tres hombres salieron de la tienda dispuestos a marcharse.

– Eh, tú, hijo del Korani, ¿adónde te crees que vas de esa manera? –le gritó el joyero fuera de sí.

Al ver que Ibrahim no hacía el más mínimo caso de sus protestas, salió corriendo de la tienda y le agarró por un extremo de la capa. Ibrahim se volvió y le miró plácidamente.

– Dime, ¿te pasa algo? –le preguntó.

– ¡Págame ahora mismo mi puñal y la cadena! –le reclamó Masalbún.

– ¡Cómo! ¡Pero si me acabas de decir que me lo dejabas por nada!

– *Signore*, es una expresión corriente entre los comerciantes, sin que eso signifique que se regale el artículo: cuando se está ante un buen cliente, se le dice: “hazme el favor, cógelo, te lo dejo por nada”.

– Ah, con que esas tenemos; ¿tú me tomas por un idiota al que se le puede contar cualquier cosa? Pues entiende que yo soy un hombre adulto y musulmán: y sé lo que quiere decir cada

¹ En los regateos de los zocos de Oriente, ese es el último argumento del vendedor excedido por la tacañería de su cliente; tomar esta invitación al pie de la letra es, evidentemente, nada aconsejable.

palabra. Tú me has ofrecido esos objetos como un regalo, y como tal, yo los he aceptado. Puede que tú ahora hayas cambiado de opinión, pero yo no.

– Por mi religión, *signore*, esos dos objetos no me pertenecen, son propiedad de Dukás.

– Y aunque fueran del mismísimo Federico, ¿es que eso cambiaría algo? ¡Venga, perro, fuera de aquí! ¡Lárgate a tu cubil!

– ¡Ten cuidado, hijo del Korani! –le replicó el comerciante cambiando de tono– ¡Ahora bien puedes pavonearte de tus bonitos mostachos, pero ya se te acabará todo ese parloteo cuando Dukás se entere de esto y te haga la *mantara*!

– ¡Jodido cabrón, cornudo, hijo de las mil putas! –estalló Ibrahim– Yo, el hijo de Hasan, ¿tú te crees que le tengo miedo a ese Dukás?

Más vivo que un relámpago, desenvainó su *shâkriyyeh* y, de un solo golpe bien atinado, decapitó al desgraciado Masalbún, cuya cabeza se fue rodando a diez pasos de allí; luego, Ibrahim lanzó su grito de guerra: “¡*Allah akbar!*” Ante tal espectáculo, los joyeros, muertos de miedo, se escondieron en sus tiendas y se encerraron con llave y candado, tanto y tan rápido, que en un momento el zoco estaba desierto.

– ¿Ya te has quedado agusto? –se indignó Saad– Ha pasado justo lo que te había dicho: ¡que te has vuelto a cargar a alguien!

– Pero Saad, escúchame, tú no ibas a querer que tu hermano Ibrahim se dejara insultar y amenazar sin responder a ese cabrón hijo de las mil putas. ¡Venga, colega, ve delante y ni una palabra más! ¡Por el Nombre supremo de Dios, si la gente del zoco se hubiera puesto de su parte, yo les habría masacrado a todos, y habría escupido sobre la tumba de su padre!

Mientras iban charlando de esta guisa, los tres compañeros abandonaron el zoco, y prosiguieron tranquilamente su paseo; mientras, la población, aterrorizada, salía corriendo apartándose de su camino; al final del día, regresaron al palacio de Marín.

Entre tanto, los parientes del joyero habían sido informados de lo que había sucedido. Se fueron a coger una angarilla a la iglesia, en donde tendieron el cadáver, y con él se presentaron ante el Consejo de Federico, en donde penetraron, llorando, gimiendo y deshaciéndose en lamentos que partían el alma.

– ¡Piedad, oh *babb!* –suplicaron depositando la angarilla ante el trono– ¡Te pedimos justicia ante el hijo del Korani!

– ¿Y qué os ha hecho el hijo del Korani?

Entonces, le contaron el incidente con todo tipo de detalles.

– ¿Y qué puedo hacer yo? –les respondió el emperador molesto– ¡No pretenderéis que vaya a hacerle la *mantara*? ¡Esa sería la mejor manera de atizar de nuevo la guerra! No, desde el momento en que yo he salido garante por una suma de treintaiséis *jaznehs*, ya puede

masacrar a diez mil personas al día, que yo no le presentaré queja alguna. Los que temen por su dinero no tienen más que cerrar sus tiendas y esperar a que se marche.

Después de haberles lanzado ese sermón, les mandó que se fueran a enterrar al muerto.

Ibrahim y sus dos compañeros pasaron una noche tranquila en el palacio de Marín, y a la mañana siguiente se presentaron, como de costumbre, en el Consejo.

– ¡*Buongiorno*, hijo del Korani! –le saludó Federico con una sonrisa afable.

– *Bani sira*¹, *babb* –respondió Ibrahim.

– ¿Es verdad, querido amigo, que ayer saliste a dar un paseo por la ciudad?

– Pues sí, es cierto.

– Espero que lo hayas disfrutado, *figlione*.

– Sí, sí; estuvo muy bien, hasta que un puto cabrón de joyero me tocó las narices. Yo me senté en su tienda; él me regaló un puñal con su vaina, y luego, cuando yo me disponía a salir, cambió de opinión y armó todo un escándalo para que se lo devolviera.

– ¡Que Cristo le maldiga! –se indignó Federico– ¡Qué imbécil! ¡Un mentecato así solo merece la *mantara*!

– ¡Eso mismo pensé yo! –aprobó Ibrahim– De hecho, yo me encargué de hacérsela personalmente...

– ¡Ojalá que sus días acrecienten los tuyos, hijo del Korani! Por mi religión, ayer vino un montón de gente del zoco para interponer una querrela contra ti; pero yo me apresuré a que desistieran de tal cosa. Ya veo que hice bien, pues todo lo que contaron no fueron más que calumnias.

– Ojalá que goces de una larga vida, *babb* –concluyó Ibrahim.

¹ Deformación del italiano “buona sera”.

X. 8 - El “gulag” de Federico



Nuestros héroes todavía pasaron siete días entre el Consejo de Federico y el palacio de Marín. Pero, al octavo por la mañana, después de desayunar, y haberse bebido su café, Ibrahim sintió de nuevo un cierto hormigueo en las piernas.

– Oye Saad –le dijo a su primo–, hoy no me apetece nada asistir al Consejo de Federico. ¡Anda, venga, vámonos a dar una vuelta!

– ¡Ya empezamos! Mira, muchacho, que ya te veo venir con tus paseítos. Como dice el refrán: “el trabajador contento con su jornal, siempre está presto para ir a trabajar”. Tú lo que tienes es ganas de cargarte a uno o dos tipos y de montar una buena bronca; ¡pero de eso nada! Yo no voy a salir contigo.

– Pero ¡qué dices, mi buen Saad! De lo único que tengo ganas es de darme un paseo, y te prometo que en esta ocasión voy a quedarme tranquilo, pase lo que pase.

– Bueno, pues en ese caso, vamos allá.

Convencieron también a Edamor de que partiera con ellos y se marcharon, escoltados por unos cuantos mamelucos. Pero, al llegar al zoco, su sorpresa fue mayúscula al encontrárselo prácticamente desierto: se habían retirado todos los ornamentos, las tiendas cerradas, y solo trabajaban algunos panaderos, vendedores de asados y fruteros.

– Mira, ¡qué raro, Saad! –exclamó Ibrahim– ¿Qué habrá podido pasarles a los habitantes? La última vez que salimos, toda la ciudad estaba engalanada y llena de hermosas colgaduras, y hoy no queda nada; ni siquiera las tiendas están abiertas. Me preguntó el por qué.

– ¡Lo sabes de sobra, con que no pierdas el tiempo en preguntármelo! ¡Si los zocos han cerrado es por culpa tuya, porque todo el mundo sabe ya lo codicioso y sanguinario que eres, y cada cual defiende sus bienes como a su propia vida!

– ¡Pues que les cuelguen a todos! Me importa un bledo que abran o no. Venga, vámonos.

Anduvieron durante un buen rato hasta llegar a un enorme zoco, el de las mercancías al por mayor, que encontraron tan cerrado como los demás. De todos modos, comenzaron a recorrerlo, y cuando llegaron a la mitad, vieron un gran caravasar, cuyos portones estaban

reforzados con hierro, cerrados con fuertes cadenas y guardados a cada lado por dos patricios, sable en mano. Al ver que Ibrahim se acercaba, le saludaron cortesmente.

– ¿Qué sitio es éste, *ghandars*? –les preguntó.

– Un caravasar.

– Ahí dentro debe haber cosas muy interesantes para que vosotros estéis aquí, delante de la puerta, montando guardia ¿No es cierto?

– Nosotros no sabemos nada; solo conocemos la consigna: Federico nos ha dicho que montemos aquí guardia, y aquí la montamos.

– ¡Y hacéis muy bien! –aprobó Ibrahim–. Abrid un poco esa puerta para que yo pueda echar una ojeada al interior.

– ¡No, *pardono*, hijo del Korani, no podemos!

– Y eso ¿por qué?

– Solo se nos permite abrir a quien tenga un *bazabordi*¹ firmado por Federico.

– ¿Algún problema si yo os traigo un *bazabordi*?

– ¡Por supuesto que no, en ese caso, te abriremos la puerta!

– Estupendo –dijo Ibrahim desenvainando la *shâkriyyeh* y poniéndosela a los guardias bajo la nariz– Entonces, muchachos, ¿qué me decís de este *bazabordi*? ¿Es válido o no?

– ¡Piedad, hijo del Korani, *ala teshta*²! –gritaron mientras escapaban a todo correr– ¡Cristo nuestro Señor, protégenos de la *santamaría* del Korani!

– ¡Otra vez con las mismas! –suspiró Saad– Pero, vamos a ver Panza de Búfalo, ¿por qué ese empeño en visitar este caravasar?

– Calla, mi pequeño Saad, y no metas las narices en donde no te llaman: si el Señor me ha inspirado la idea de entrar aquí, seguro que ha sido por una buena razón; pues solo de Él provienen todas nuestras acciones.

Tras estas piadosas consideraciones, Ibrahim cortó las cadenas de un golpe con su *shâkriyyeh*, igual que un escriba corta la caña de su pluma, y entró, seguido de Saad y de Edamor. Se hallaron en un patio de grandes dimensiones, rodeado de altos muros contra los que estaban adosadas unas estancias cuyas puertas estaban abiertas. Entraron en la primera, que encontraron limpia del suelo al techo: nada se había depositado en aquel lugar. El resto del caravasar estaba totalmente vacío y deshabitado. Ibrahim se detuvo pensativo, y se volvió hacia Saad:

– Veamos, si en este caravasar no hay ningún artículo ni mercancía, y, además, está desierto, ¿por qué Federico lo haría vigilar?

– ¡Vaya usted a saber! ¡Déjalo y vámonos, esto no es de nuestra incumbencia!

¹ En *lingua franca*: “pasaporte o permiso”.

² “Por mi cabeza (haz lo que quieras)”.

– Tiene que haber una razón –se obstinó el León del Horân– ¡Por el supremo Nombre de Dios, quiero cerciorarme de lo que pasa ahí dentro!

– ¡Vale, pues ve a cerciorarte!

Ibrahim visitó minuciosamente el edificio, pero no encontró nada, y ya estaba cerca de los altos muros que no ofrecían salida alguna; cuando, al volver a pasar delante de la puerta de entrada, de repente le vino una idea a la cabeza.

– ¡Vuelve a cerrar esa hoja del portón, Saad! –le ordenó Ibrahim a su primo.

Saad lo hizo, y entonces se dieron cuenta de que, disimulada en una de las jambas, había una pequeña abertura, de la que partía una escalera, y cuando el portón de entrada estaba abierto era completamente invisible.

– ¿Has visto, Saad? –le espetó Ibrahim con aire triunfal–. ¡Anda, ven, vamos a ver!

Seguido de su primo y de Edamor, ascendió por las escaleras hasta llegar a la terraza del edificio. En uno de sus extremos había una enorme cortina, en la que se podían apreciar unas pequeñas aberturas por las que apenas si cabía la cabeza; sobre todo si la tenías tan gorda como la del capitán Ibrahim. Éste se acercó a uno de esos pequeños orificios, y ante él apareció un segundo caravasar, contiguo al primero, y del que provenía una baraunda indescriptible. El edificio era de vastas proporciones, con varias plantas y numerosos *iwânes*¹; parecía lleno hasta rebosar de gente vestida de harapos, con la cabeza descubierta, descalzos, y con el pelo sucio y enmarañado cayendo sobre sus espaldas; ¡en fin, que aquello era una visión horrorosa! Además, todos estaban cubiertos de cadenas, y unos, lloraban, otros reían enloquecidos, mientras que otros, canturreaban con la cabeza gacha.

– Este debe ser el *maristán*² de los francos –pensó Ibrahim– aquí es donde deben alojar a los locos.

Estaba en ese punto de sus conjeturas, cuando oyó a uno de los prisioneros que decía, mientras le daba una patada a una estera:

– ¡Ah, solo en Dios está la fuerza y el poder: el Altísimo el Todopoderoso!

Luego, recitó estos versos:

*Si de la miseria en la que vives, ya estás harto
Si por la mañana andas triste, y por la tarde herido
Ruega al Enviado, de Al-Hashem el noble elegido,
No cejes en ello, y Dios te consolará en el acto.*

Al momento, otro le respondió:

¹ Habitación de techo abovedado, cerrada por tres lados; el cuarto está abierto a un patio interior (término de origen persa).

² Asilo u hospital-manicomio.

*Si se vendiera la muerte, yo sería un comprador
Es tan triste mi vida, tan oscura y sin sabor
Que a buen seguro la parca, sería lo mejor.*

– Esta vez me he equivocado –se dijo Ibrahim–. Esos no son locos, sino piadosos musulmanes. ¿Quién habrá podido traerlos hasta aquí?

Aguzó la oreja y consiguió oír un extraño diálogo:

– ¡Eh, Hâch Mohammad!

– ¿Qué quieres?

– A ti, ¿qué te parece? ¿Se habrá largado por fin Ibrahim El-Horâni, o todavía seguirá en Roma?

– ¡Ni lo sueñes! –replicó el hâch Mohammad– ¡Es muy capaz de apalancarse aquí un año entero todavía, y lo que es peor; todo va a correr a nuestras expensas! Se está dando la buena vida, alojado y bien alimentado en casa del sobrino del *babb*, y mientras tanto sigue cobrando sus buenos dineros, que el sultán le guardará para cuando regrese. ¡Ah, ojalá reventara, para desembarazarse de él y poder salir de este sucio agujero y respirar un poco de aire puro!

– ¡Lo ves, lo ves, Panza de Búfalo! –comentó Saad– No te puede soportar nadie, ni tan siquiera los Yins que habitan bajo tierra, ni los pobres diablos que están aquí presos. De todos modos, es bien extraño: ¿de qué nos conocen estos? No creo que hayamos nunca guardado juntos los rebaños...

– ¡Eh, vosotros! –les llamó Ibrahim con voz de trueno– ¿Con qué derecho invocáis a Dios contra mí? ¿Qué mal os he podido hacer yo, cuando ni siquiera os conozco?

– ¡Imploramos tu protección, Ibrahim! –respondió el que lo había maldecido– Perdónanos: es cierto que tú eres un musulmán como nosotros, pero es por culpa de tu presencia en Roma, por lo que estamos aquí encerrados.

– Pero, vosotros, ¿quiénes sois?

– Capitán, todos nosotros somos musulmanes cautivos. El *babb* Federico nos ha encerrado aquí, a unos doce mil, desde el día en que tú entraste en Roma: quería asegurarse de que no nos vieras. Ahora, ya nos ves: agonizando sobre la suciedad de nuestros propios excrementos y muriéndonos de hambre; durante el día nos asamos de calor, y por la noche estamos tiritando. Cuando se ha tocado el fondo de la miseria, a veces ocurre que uno se deja llevar por deseos injustos, y, porque al estar al borde de la desesperación, deseábamos tu partida, con la esperanza de que así nos permitieran salir de este inmundo agujero.

– Por el Nombre supremo de Dios, muchachos, en tales condiciones no habéis cometido ninguna falta deseándome lo peor. Pero, quedad tranquilos: os juro por la cabeza de nuestro señor el sultán que esta tarde estaréis todos fuera, tanto si le gusta a Federico, como si no. ¡Y como se le ocurra resistirse, correrá la sangre en Roma!

X. 8 - El “gulag” de Federico



Nuestros héroes todavía pasaron siete días entre el Consejo de Federico y el palacio de Marín. Pero, al octavo por la mañana, después de desayunar, y haberse bebido su café, Ibrahim sintió de nuevo un cierto hormigueo en las piernas.

– Oye Saad –le dijo a su primo–, hoy no me apetece nada asistir al Consejo de Federico. ¡Anda, venga, vámonos a dar una vuelta!

– ¡Ya empezamos! Mira, muchacho, que ya te veo venir con tus paseítos. Como dice el refrán: “el trabajador contento con su jornal, siempre está presto para ir a trabajar”. Tú lo que tienes es ganas de cargarte a uno o dos tipos y de montar una buena bronca; ¡pero de eso nada! Yo no voy a salir contigo.

– Pero ¡qué dices, mi buen Saad! De lo único que tengo ganas es de darme un paseo, y te prometo que en esta ocasión voy a quedarme tranquilo, pase lo que pase.

– Bueno, pues en ese caso, vamos allá.

Convencieron también a Edamor de que partiera con ellos y se marcharon, escoltados por unos cuantos mamelucos. Pero, al llegar al zoco, su sorpresa fue mayúscula al encontrárselo prácticamente desierto: se habían retirado todos los ornamentos, las tiendas cerradas, y solo trabajaban algunos panaderos, vendedores de asados y fruteros.

– Mira, ¡qué raro, Saad! –exclamó Ibrahim– ¿Qué habrá podido pasarles a los habitantes? La última vez que salimos, toda la ciudad estaba engalanada y llena de hermosas colgaduras, y hoy no queda nada; ni siquiera las tiendas están abiertas. Me preguntó el por qué.

– ¡Lo sabes de sobra, con que no pierdas el tiempo en preguntármelo! ¡Si los zocos han cerrado es por culpa tuya, porque todo el mundo sabe ya lo codicioso y sanguinario que eres, y cada cual defiende sus bienes como a su propia vida!

– ¡Pues que les cuelguen a todos! Me importa un bledo que abran o no. Venga, vámonos.

Anduvieron durante un buen rato hasta llegar a un enorme zoco, el de las mercancías al por mayor, que encontraron tan cerrado como los demás. De todos modos, comenzaron a recorrerlo, y cuando llegaron a la mitad, vieron un gran caravasar, cuyos portones estaban

reforzados con hierro, cerrados con fuertes cadenas y guardados a cada lado por dos patricios, sable en mano. Al ver que Ibrahim se acercaba, le saludaron cortesmente.

– ¿Qué sitio es éste, *ghandars*? –les preguntó.

– Un caravasar.

– Ahí dentro debe haber cosas muy interesantes para que vosotros estéis aquí, delante de la puerta, montando guardia ¿No es cierto?

– Nosotros no sabemos nada; solo conocemos la consigna: Federico nos ha dicho que montemos aquí guardia, y aquí la montamos.

– ¡Y hacéis muy bien! –aprobó Ibrahim–. Abrid un poco esa puerta para que yo pueda echar una ojeada al interior.

– ¡No, *pardono*, hijo del Korani, no podemos!

– Y eso ¿por qué?

– Solo se nos permite abrir a quien tenga un *bazabordi*¹ firmado por Federico.

– ¿Algún problema si yo os traigo un *bazabordi*?

– ¡Por supuesto que no, en ese caso, te abriremos la puerta!

– Estupendo –dijo Ibrahim desenvainando la *shâkriyyeh* y poniéndosela a los guardias bajo la nariz– Entonces, muchachos, ¿qué me decís de este *bazabordi*? ¿Es válido o no?

– ¡Piedad, hijo del Korani, *ala teshta*²! –gritaron mientras escapaban a todo correr– ¡Cristo nuestro Señor, protégenos de la *santamaría* del Korani!

– ¡Otra vez con las mismas! –suspiró Saad– Pero, vamos a ver Panza de Búfalo, ¿por qué ese empeño en visitar este caravasar?

– Calla, mi pequeño Saad, y no metas las narices en donde no te llaman: si el Señor me ha inspirado la idea de entrar aquí, seguro que ha sido por una buena razón; pues solo de Él provienen todas nuestras acciones.

Tras estas piadosas consideraciones, Ibrahim cortó las cadenas de un golpe con su *shâkriyyeh*, igual que un escriba corta la caña de su pluma, y entró, seguido de Saad y de Edamor. Se hallaron en un patio de grandes dimensiones, rodeado de altos muros contra los que estaban adosadas unas estancias cuyas puertas estaban abiertas. Entraron en la primera, que encontraron limpia del suelo al techo: nada se había depositado en aquel lugar. El resto del caravasar estaba totalmente vacío y deshabitado. Ibrahim se detuvo pensativo, y se volvió hacia Saad:

– Veamos, si en este caravasar no hay ningún artículo ni mercancía, y, además, está desierto, ¿por qué Federico lo haría vigilar?

– ¡Vaya usted a saber! ¡Déjalo y vámonos, esto no es de nuestra incumbencia!

¹ En *lingua franca*: “pasaporte o permiso”.

² “Por mi cabeza (haz lo que quieras)”.

– Tiene que haber una razón –se obstinó el León del Horân– ¡Por el supremo Nombre de Dios, quiero cerciorarme de lo que pasa ahí dentro!

– ¡Vale, pues ve a cerciorarte!

Ibrahim visitó minuciosamente el edificio, pero no encontró nada, y ya estaba cerca de los altos muros que no ofrecían salida alguna; cuando, al volver a pasar delante de la puerta de entrada, de repente le vino una idea a la cabeza.

– ¡Vuelve a cerrar esa hoja del portón, Saad! –le ordenó Ibrahim a su primo.

Saad lo hizo, y entonces se dieron cuenta de que, disimulada en una de las jambas, había una pequeña abertura, de la que partía una escalera, y cuando el portón de entrada estaba abierto era completamente invisible.

– ¿Has visto, Saad? –le espetó Ibrahim con aire triunfal–. ¡Anda, ven, vamos a ver!

Seguido de su primo y de Edamor, ascendió por las escaleras hasta llegar a la terraza del edificio. En uno de sus extremos había una enorme cortina, en la que se podían apreciar unas pequeñas aberturas por las que apenas si cabía la cabeza; sobre todo si la tenías tan gorda como la del capitán Ibrahim. Éste se acercó a uno de esos pequeños orificios, y ante él apareció un segundo caravasar, contiguo al primero, y del que provenía una baraunda indescriptible. El edificio era de vastas proporciones, con varias plantas y numerosos *iwânes*¹; parecía lleno hasta rebosar de gente vestida de harapos, con la cabeza descubierta, descalzos, y con el pelo sucio y enmarañado cayendo sobre sus espaldas; ¡en fin, que aquello era una visión horrorosa! Además, todos estaban cubiertos de cadenas, y unos, lloraban, otros reían enloquecidos, mientras que otros, canturreaban con la cabeza gacha.

– Este debe ser el *maristán*² de los francos –pensó Ibrahim– aquí es donde deben alojar a los locos.

Estaba en ese punto de sus conjeturas, cuando oyó a uno de los prisioneros que decía, mientras le daba una patada a una estera:

– ¡Ah, solo en Dios está la fuerza y el poder: el Altísimo el Todopoderoso!

Luego, recitó estos versos:

*Si de la miseria en la que vives, ya estás harto
Si por la mañana andas triste, y por la tarde herido
Ruega al Enviado, de Al-Hashem el noble elegido,
No cejes en ello, y Dios te consolará en el acto.*

Al momento, otro le respondió:

¹ Habitación de techo abovedado, cerrada por tres lados; el cuarto está abierto a un patio interior (término de origen persa).

² Asilo u hospital-manicomio.

*Si se vendiera la muerte, yo sería un comprador
Es tan triste mi vida, tan oscura y sin sabor
Que a buen seguro la parca, sería lo mejor.*

– Esta vez me he equivocado –se dijo Ibrahim–. Esos no son locos, sino piadosos musulmanes. ¿Quién habrá podido traerlos hasta aquí?

Aguzó la oreja y consiguió oír un extraño diálogo:

– ¡Eh, Hâch Mohammad!

– ¿Qué quieres?

– A ti, ¿qué te parece? ¿Se habrá largado por fin Ibrahim El-Horâni, o todavía seguirá en Roma?

– ¡Ni lo sueñes! –replicó el hâch Mohammad– ¡Es muy capaz de apalancarse aquí un año entero todavía, y lo que es peor; todo va a correr a nuestras expensas! Se está dando la buena vida, alojado y bien alimentado en casa del sobrino del *babb*, y mientras tanto sigue cobrando sus buenos dineros, que el sultán le guardará para cuando regrese. ¡Ah, ojalá reventara, para desembarazarse de él y poder salir de este sucio agujero y respirar un poco de aire puro!

– ¡Lo ves, lo ves, Panza de Búfalo! –comentó Saad– No te puede soportar nadie, ni tan siquiera los Yins que habitan bajo tierra, ni los pobres diablos que están aquí presos. De todos modos, es bien extraño: ¿de qué nos conocen estos? No creo que hayamos nunca guardado juntos los rebaños...

– ¡Eh, vosotros! –les llamó Ibrahim con voz de trueno– ¿Con qué derecho invocáis a Dios contra mí? ¿Qué mal os he podido hacer yo, cuando ni siquiera os conozco?

– ¡Imploramos tu protección, Ibrahim! –respondió el que lo había maldecido– Perdónanos: es cierto que tú eres un musulmán como nosotros, pero es por culpa de tu presencia en Roma, por lo que estamos aquí encerrados.

– Pero, vosotros, ¿quiénes sois?

– Capitán, todos nosotros somos musulmanes cautivos. El *babb* Federico nos ha encerrado aquí, a unos doce mil, desde el día en que tú entraste en Roma: quería asegurarse de que no nos vieras. Ahora, ya nos ves: agonizando sobre la suciedad de nuestros propios excrementos y muriéndonos de hambre; durante el día nos asamos de calor, y por la noche estamos tiritando. Cuando se ha tocado el fondo de la miseria, a veces ocurre que uno se deja llevar por deseos injustos, y, porque al estar al borde de la desesperación, deseábamos tu partida, con la esperanza de que así nos permitieran salir de este inmundo agujero.

– Por el Nombre supremo de Dios, muchachos, en tales condiciones no habéis cometido ninguna falta deseándome lo peor. Pero, quedad tranquilos: os juro por la cabeza de nuestro señor el sultán que esta tarde estaréis todos fuera, tanto si le gusta a Federico, como si no. ¡Y como se le ocurra resistirse, correrá la sangre en Roma!

X. 10 – Yauán se sale con la suya, pero no se rinde



Cada día Bartacûsh se llegaba hasta la Iglesia de Oro, se acercaba hasta el tragaluz y charlaba con su maestro, contándole los últimos chismorreos de la ciudad. Así fue cómo evocó las azañas de Ibrahim: su trifulca con el joyero, y cómo, durante la misma, se hizo con el puñal y la funda de Dukás; la forma en que liberó a los prisioneros de guerra musulmanes, procurándoles tiendas, y todo lo demás.

– Qué desgracia, *figlione* –suspiró tristemente el monje maldito– ¿qué puedo hacer yo?: ¡Y pensar que estoy encerrado en esta diabólica columna, y que mientras tanto el hijo del Korani tiene toda la ciudad para distraerse y pasar el rato! ¡Ah, Sable de Bizancio! ¡mi fámulo, mi *figlione*! ¡con las privaciones que he sufrido para educarte, si no me liberas pronto, voy a perecer aquí y terminaré *morto*!

– ¡Cuenta con ello! –se burló Bartacûsh– ¡Ya puedes reventar dando voces! ¡menudo descanso para todo el mundo!

– ¡En este momento no estamos para bromas, Bartacûsh! Harías mejor en buscar un medio para sacarme de aquí: Cristo, nuestro Señor, te recompensará por ello.

– ¡Por supuesto, *abbone*! –se burló Bartacûsh– A partir de mañana, me presentaré al Consejo de Federico y le diré: “¡Por favor, *babb*, libera a Su Beatitud Yauán!” Y si eso no da resultado, entonces, ¡desenvaino la *santa-maría* y le hago la *mantara* a Federico, al hijo del Korani, al hijo de la Diablete¹ y a Edamor, de propina, y luego, yo vengo y te libero!

– Ah, ¡cómo te burlas de mí, *marfús*! ¡Espera a que salga de aquí, que tengo unas palabras que decirte!

Mientras andaban intercambiándose estas lindezas, se oyó de pronto tronar al cañón.

– Ve a ver qué pasa, Sable de Bizancio –le dijo Yauán a su acólito.

Éste se eclipsó un instante y al momento volvió anunciando:

– *Abbone*, es Dukás, el hijo del *babb* Federico, que ha regresado.

¹ Ese es el nombre que los francos dan a Saad: “la diablete” es una deformación del nombre de su padre, Dibl El-Baysâni.

Hay que señalar, que el emperador tenía cinco hijos¹; el mayor era precisamente Dukás; luego, venían Salíb, Salbún, Marín, Martín y Dumar, que era el más joven. Como ya hemos contado antes, Dukás había partido a las provincias para recaudar el dinero de las aduanas. Cumplida su misión, volvía a Roma, y, como era uno de los personajes más importantes del reino, se había disparado una salva para saludar su retorno, pues esa era la costumbre.

– ¡Estupendo, *figlione!* ¡acabo de salir de rositas de este asunto! –exclamó exultante Yauán– ¡Pásame rápido un tintero, pluma y papel!

Bartacúsh se fue a buscar todo lo que le acababa de pedir, y Yauán redactó una nota que pasó a su fámulo.

– ¿Y qué quieres que haga yo con esto? –le preguntó Bartacúsh, siempre desconfiado.

– Escucha, Sable de Bizancio, lo único que te pido es que guardes esta nota, como lo más valioso del mundo, hasta el domingo. Ese día vas a ir a plantarte a la puerta de la Iglesia y a esperar allí la llegada de Dukás; siempre va a oír misa a esa iglesia. Cuando pase delante de ti, le aborδας, le entregas la nota en mano, y eso es todo. Al menos eso, espero que esté a la altura de tus fuerzas ¿no?

– ¡Desde luego, *abbone*, eso no es nada difícil! –respondió Bartacúsh guardándose la nota.

Al siguiente domingo, Bartacúsh se levantó al alba y se plantó a la puerta de la Iglesia de Oro; poco después vio llegar a Federico, seguido de los grandes del reino y de los visires, entre los que se encontraba Dukás, escoltado por varios guardias. Bartacúsh se atravesó en su camino, le saludó humildemente y le tendió la nota. Dukás la cogió, la abrió, y leyó lo siguiente:

“*De Su Beatitud Yauán a mi figlione Dukás.*

Figlione, has de saber que me encuentro preso en la Iglesia de Oro, sin haber cometido ni crimen, ni falta alguna. Ven a verme, y hablaremos por el tragaluz.”

– Pero ¿por qué demonios han encerrado a Su Beatitud Yauán en la columna? –gritó Dukás furioso.

– ¿Cómo lo voy a saber yo? –replicó Bartacúsh– Tu padre es el que ha dado la orden.

– ¡*Prende animam meam subito, Domine, quia illa non habeo bisognam!* ¿Es que, a mi padre, el emperador, le da igual que la tierra y el mar se traguen nuestra ciudad²?

– ¿Qué quieres que te responda? Ve a ver a Yauán, puede que él te lo explique.

Dukás se apresuró a ir adonde el monje maldito.

¹ En realidad, serían seis; pero el narrador, con frecuencia, cuando enumera a los miembros de un grupo, tiende a excluir al primero o al más importante; en este caso a Dukás. En la historia real, Federico II Barbarroja solo tuvo dos hijos legítimos: Manfredo y Enzo, y un bastardo, Conrado.

² Para fanatizar mejor a sus incondicionales seguidores, Yauán les ha persuadido de que él era capaz de hacer milagros así.

– ¡Ah, por fin estás aquí, *figlione* Dukás! –gimoteó Yauán– Como puedes comprobar, hijo mío, me han encerrado en esta columna, forzándome a soportar con valentía esta terrible prueba... ¡En fin, la muerte no tardará en liberarme!

– Pero, dime ¿por qué crimen te han encerrado aquí?

– ¡Vamos, hijo mío! ¡Como si Yauán, hijo de Asfut, fuera capaz de cometer un crimen!

Para abreviar; el maldito monje le sirvió todo un elaborado discurso de los que acostumbraba a utilizar para seducir a sus víctimas.

– Así que, *figlione* –dijo para concluir– yo intento tomarme estos sufrimientos con paciencia, por consideración hacia vosotros, pues con una sola palabra que yo pronunciara, Roma se hundiría entre las olas: tú lo sabes bien, *figlione*, yo detento el Poder de la Prueba, y sólo con que dijera “Oh mar, transfórmate en mar”; solo eso bastaría para que todo el mar, se transformara en mar...

– Sí, pero, *abbone*, desde el momento en que mi padre te ha encerrado en esta columna con el beneplácito del patriarca Mushamshín, yo no puedo oponerme directamente a su decisión. Tendrías que buscarme tú una buena estrategia para sacarte de aquí.

– Ya está todo pensado, *figlione*: Mañana, te presentarás en el Consejo de Federico armado de pies a cabeza, y te arrojarás a sus pies, suplicándole que me libere. Si acepta, por mi religión, que yo le quitaré diez años de su vida y de la de cada uno de tus hermanos y te los pasaré a la tuya; pero, si rechaza tu petición, sacarás la *santa-maría*, te lanzarás sobre tu padre, y le cortarás la cabeza. En el acto, vendrás a liberarme para que yo te ceñía el *zonnâr*¹, y eleve tu *chinyâr*², proclamándote emperador de Roma, la madre de todas las ciudades.

– Sí, pero... ¿no es pecado hacer una cosa así? –se inquietó Dukás.

– ¡Por supuesto que no lo es y, además, tienes todo el derecho del mundo a hacerlo! ¡Tú, no tienes más que seguir mi consejo, y verás descender sobre ti las bendiciones como si te llovieran del cielo!

– *Ala teshta* –otorgó el príncipe, totalmente fanatizado.

A la mañana siguiente, tal y como se había previsto, se colocó su armadura y se presentó en el Consejo del *babb*. Su entrada fue saludada entre un respetuoso murmullo, y su padre, con una señal, le invitó a sentarse; pero Dukás se plantó ante el trono, preguntando con voz atronadora:

– ¿Quién te crees que soy yo, oh, *babb*?

– Tú eres mi *figlione* más querido, Dukás –le respondió el emperador.

– Y también me vas a venir con eso de que yo soy tu primogénito –añadió irónico el príncipe–, pero jamás te he pedido favor alguno. Ahora bien, hoy justamente vengo a

¹ Especie de fajín ancho, de lana, que ceñían tradicionalmente los cristianos orientales (palabra de origen griego).

² Estandarte de los francos (del castellano *señal*); en el pasaje precedente, *sonnâr* y *shinyâr* son asimilados a las insignias reales.

suplicarte que me concedas uno, por el amor que dices que me profesas, y para no dejarme enojado.

– ¡Dalo por hecho, *figlione!* ¡Hasta si me pidieras mi reino, te lo daría de todo corazón! Dime de qué se trata.

– Quiero que me concedas el perdón de un prisionero.

– Aceptaré tu intercesión a favor de todos los habitantes de la tierra –a condición de que estén bajo mi gobierno–; para todos, salvo para Yauán, para él, no aceptaré intercesión alguna.

– Pues bien, justamente he venido a implorar tu gracia para Su Beatitud Yauán –replicó Dukás con una voz llena de cólera.

– ¡No, *perdono!* Ese es un sembrador de cizaña, al que la asamblea de patriarcas ha condenado a muerte: ya he hecho bastante, conmutándole su pena de muerte por la de cadena perpetua. Vamos, hijo mío, no te mezcles en este asunto.

Furioso, Dukás se llevó la mano al sable y gritó:

– ¡Por las bendiciones de los antepasados del padre Yauán!

Ya estaba Dukás a punto de lanzarse sobre el emperador y asesinar a su propio padre, siguiendo el consejo del monje maldito, cuando Ibrahim, lanzando un grito tremendo, le dejó petrificado de espanto.

– Pero bueno, ¿vas a parar ya o qué? ¡Pedazo de mocoso! ¡Jodido franco, perro sarnoso! ¿Cómo te atreves a levantar la espada ante tu padre y en presencia de Ibrahim, hijo de Hasan?

Pero el espanto de Dukás solo duró un instante, y pronto recobró la compostura.

– ¡Basta, hijo del Korani! –exclamó con una voz trágica– ¡Si he desenvainado mi *santamaría*, no ha sido para matar a mi padre, sino para atravesar mi cuerpo!

Apoyando la empuñadura de su espada en el suelo, y volviendo la punta hacia su propio pecho, prosiguió dirigiéndose a su padre:

– ¡Ten cuidado, *babb!* ¡Te juro por el honor de mi religión, que, si no me concedes el perdón para Yauán, yo me clavo la espada y me atravieso de parte a parte!

El *babb*, que amaba a Dukás más que a todos sus otros hijos, ante este espectáculo creyó perder la cabeza.

– ¡Detente, desgraciado! Espera un instante. Por piedad, hijo del Korani –continuó el emperador dirigiéndose a Ibrahim–, ¡Es mi hijo Dukás! ¿Cómo podría yo presenciar que se diera muerte? Te lo suplico de rodillas, dame el permiso de soltar a Yauán y liberarle de su cadena perpetua.

– Escucha, *babb*, yo ya os he entregado a Yauán; ahora es todo vuestro –declaró Ibrahim con su acostumbrada flema– Si quieres soltarlo, me da lo mismo, y si quieres dejarlo en

prisión, pues es asunto tuyo. A mí, lo único que me interesa es cobrar el rescate; de lo demás, arreglaos entre vosotros.

– ¡Gracias, hijo del Korani! –esclamó efusivamente Federico.

Rápidamente, ordenó a su primer ministro que escribiera una nota para el patriarca Mushamshîn, anunciándole que se le había concedido el perdón a Yauán, por lo que le rogaba que le dejara en libertad. Una vez redactado el documento y legitimado con el sello real, se lo entregó a su hijo.

– Toma, *figlione*, ve a liberar a Yauán; pero no olvides que debe abandonar la ciudad de inmediato –le recomendó.

Casi sin aliento, Dukás se presentó en la Iglesia de Oro y entregó el mensaje al patriarca, que envió a un monje para que sacara al prisionero de su celda. Minutos más tarde, el príncipe salía de la iglesia, acompañado de Yauán y Bartacûsh.

– ¿Cómo te las has apañado para obtener mi liberación, *figlione*? –le preguntó el monje maldito.

– Ha sido difícil, *abbone*, y he arriesgado mi vida en ello; pero lo he conseguido... Aunque, mi padre me ha puesto una condición, y es que abandones la ciudad hoy mismo, antes de que anochezca.

– ¡Qué desgracia la mía, *figlione*! ¿qué fuerzas crees que tengo yo como para emprender un viaje ahora mismo, con todos los sufrimientos y privaciones que me han reducido a estos despojos que ves? ¿No podrías, más bien, ocultarme en tu palacio, sin que nadie se diera cuenta? De ese modo ganarías mis bendiciones y mis plegarias. Solo unos cuantos días, el tiempo necesario como para que recupere mis energías... Si tu padre te interroga, solo tienes que decirle que he partido: no temas contarle una mentira, yo te absuelvo por adelantado. ¡Por mi religión, si me conduces a tu casa, quitaré veinte años de la vida de Federico y se los añadiré a la tuya; además de todas las bendiciones que haré llover sobre ti!

– Sí, pero tengo miedo de que mi padre se entere.

– ¡Nada temas, yo respondo de todo!

Engatusado por todas aquellas falaces promesas, Dukás invitó a Yauán y a Bartacûsh a seguirle hasta su palacio, en donde les hizo pasar por una puerta disimulada, que daba directamente sobre el harén; los alojó en las mejores habitaciones, en donde fueron tratados como príncipes. Cuando llegó la noche, Dukás fue a reunirse con ellos; encendieron candelabros, fanales y candeleros de aceite, colocaron ante ellos una mesa con una abundante colección de botellas de vino y aperitivos, y se sentaron para disfrutar del *bibar* (empinar el codo).

Mientras animaba al príncipe a que bebiera, Yauán se empleaba a fondo, usando todas las trapacerías de su malvada y venenosa lengua, para seducirle.

– A ver, *figlione* Dukás, ¿qué tal si me cuentas un poco lo que ha hecho el hijo del Korani desde que está en Roma? –le preguntó, sabiendo perfectamente lo que le iba a responder; pero se trataba de una trampa.

El príncipe, entonces, le contó la algarada de Ibrahim con el joyero, durante la que se apoderó del puñal y la vaina; luego, pasó al asunto de la liberación de los cautivos; en resumen, de todo lo que ya hemos narrado a esta noble audiencia que me escucha.

– ¡Qué desgracia, *figlione*! –gimió el monje maldito– ¡Cómo puedes quedarte indiferente ante tantos horrores!

– ¿Y qué puedo hacer yo? –protestó Dukás– ¡Se trata nada menos que del embajador del rey y del hijo del Korani!

– ¡Lo que os pasa a tu padre y a ti es que sois unos cagados! ¡Eso es todo! ¡Ah, *marfûs*! ¡Con todas las humillaciones a que os ha sometido el hijo del Korani, y váis a dejarles volver tranquilamente a su casa! Ya estoy viendo al hijo del Korani alardeando por todas partes, mientras se atusa sus bigotazos: “¡Sí, hemos ido a Roma, allí he comprado este puñal y su funda por quince ducados, después de cargarme al vendedor! Luego, ¡he liberado a doce mil cautivos musulmanes ante las narices y las barbas de Federico, y nadie se ha atrevido a decirme nada!” Después de esto, dime, ¿qué respeto puede esperar tu padre de los musulmanes, o de los reyes francos? ¡Basta ya! ¡Mañana vas a reunir a todos los patricios que están bajo tus órdenes; les vas a decir que se armen de pies a cabeza y os váis a emboscar en el trayecto que va desde el palacio de Marín hasta la sala del Consejo de Federico! ¡En cuanto les veais llegar, ordena a tus hombres que desenvainen sus *santa-marías*, y no mostréis piedad alguna! Yo, personalmente, respondo del resto.

– Pero, tú, ¿de qué vas, *abbone*? –Se indignó Dukás– ¿Te estás quedando conmigo, o qué? Al final va a ser verdad todo lo que me habían dicho de ti: ¡lo único que te interesa es sembrar cizaña y enviar a los demás a que estiren la pata! Así es como me recompensas de todas las molestias que me he tomado para obtener tu libertad. ¡Por mi religión, que voy a devolverte ahora mismo a la endemoniada columna!

– ¡Basta! No hablaba en serio, *figlione*. ¿Es que a ti no te gusta gastar bromas mientras empinas el *bibar*?

– ¡Francamente, esa broma la encuentro de mal gusto!

– No pasa nada, hablemos de otra cosa... Mira, a propósito, ¿sabías tú que el hijo del Korani sabe hacer un truco realmente *bono*? Aunque, tal vez ya se lo haya mostrado a Federico.

– ¿De qué se trata, *abbone*?

– Pues verás; es capaz de salir al campo de justas y batirse en liza él solito contra mil caballeros, ya sean francos, persas, o musulmanes, y lo mejor es que solamente va vestido

con una camisa de tela, sin coraza, y armado únicamente con una *santa-maría*. Además, presume de que, si uno de sus adversarios está a punto de golpearle, con el sable o con la lanza, estará en todo su derecho de hacerlo sin que él pida por ello el precio de la sangre vertida; a cambio, Ibrahim, se compromete a no verter la sangre de ninguno de sus adversarios. ¡Pues bien, él es capaz de marcar a mil caballeros, sin que a él le toque ni uno solo!

– ¡Por mi religión, *abbone*, jamás había oído hablar de algo así! –se extrañó Dukás–
¿Cómo es posible que el hijo del Korani, él solo, sin armadura, sin escudo, ni casco, llegue a marcar a mil caballeros sin que ninguno de ellos consiga hacerle ni un arañazo? ¡No me lo puedo creer!

– ¡Si no te lo crees, compruébalo tú mismo! Mañana, en el Consejo, te acercas a él y le dices tal y tal cosa...

Y el maldito monje Yauán le explicó con todo detalle lo que tenía que hacer.

X. 11 – El torneo trucado



A la mañana siguiente, Dukás se fue hasta el Consejo y se sentó en el sitio que se le tenía asignado en atención a su rango como hijo del emperador.

– Entonces, *figlione*, ¿has liberado a Yauán? –le preguntó Federico.

– Sí, *babb*.

– ¿Y dónde está?

– No tengo ni idea: en cuanto lo dejé libre, cogió su borrica y se fue con Bartacûsh. Ha debido dirigirse hacia la costa, a ver si encuentra allí un sitio en el que vivir.

– ¡Bien, pues demos gracias a Nuestro Señor Jesucristo que nos ha librado de su engorrosa presencia!

Guardaron silencio mientras esperaban la llegada de todos los miembros del Consejo. Los últimos en presentarse fueron Ibrahim, Saad y Edamor, que se dirigieron a sus respectivos sitios. Federico les saludó, dedicándoles unas palabras amables.

– No te imaginas, hijo del Korani –intervino entonces Dukás– lo que me contaron durante mi viaje para recoger el dinero de las aduanas de las fronteras de los países de los francos; en el camino, llegué a una ciudad, llamada la Ciudad de Mármol, y, mientras andaba charlando con los notables, me contaron cosas extraordinarias de ti. Me dijeron que eras capaz de entrar en el campo de las lizas sin cota de malla, y marcar a mil caballeros sin que ninguno consiguiera herirte. Eso me pareció totalmente increíble: ¿de verdad puedes realizar tal proeza?

– ¡*Duúuh!* –rugió Ibrahim, que se levantó de un salto, bajándose el casco hasta las cejas– ¡Por la vida de mi padre, Dukás, la guerra es mi arte y mi oficio! Con la ayuda de Dios, soy capaz de marcar a más de mil caballeros. El que no muere por mi espada, lo hará por otra cosa; las causas son diversas, pero el final, siempre es el mismo, y el Señor al que yo sirvo siempre tiene la última palabra. Si quieres verlo con tus propios ojos, trae a tus soldados y hagamos una apuesta.

– ¿Qué tonterías son esas, Dukás? –se inquietó Federico– Ese juego no es de mi agrado; muy mucho me temo que degenera y se convierte en ocasión para crear nuevos problemas. Hazme caso, abandona esa idea que no me gusta nada.

– Nooo, *babb* –protestó Ibrahim–. Dukás solo quiere comprobar lo que le han dicho, y, además, como se suele decir: “A la oreja le gusta oír lo que jamás ha oído, y al ojo ver, lo que nunca ha visto”. Aparte de que no habrá peligro alguno de que el juego degenera, ya que mis adversarios irán armados y yo, lo único que haré será marcarlos. Verás, eso va a consistir en lo siguiente: salimos de la ciudad y me preparáis un gran caldero lleno de tintura de azafrán. Yo iré armado simplemente con un bastón, en cuya punta habré colocado una esponja, que entintaré en el caldero, y servirá para marcar a mis adversarios. De todos modos, tú vas a estar allí, junto con los grandes de tu reino. Sólo pongo una condición: en cuanto haya marcado a un adversario, éste será eliminado y abandonará el campo de liza.

– Está bien; si el juego solo consiste en eso, no parece que haya mucho riesgo –reconoció Federico– A ver, estableced la apuesta.

– Dukás, ¿qué te parece si la fijamos en cien mil monedas de oro? –propuso Ibrahim– Si marco a los mil caballeros sin que ninguno me toque, yo seré el ganador, pero con un solo patricio que consiga tocarme con su arma, serás tú quien se los embolse.

– ¡Cien mil monedas de oro me parecen demasiado! –protestó el príncipe– ¡Tanto para ti, como para mí, esa es una cantidad que no se encuentra bajo la pata de un caballo!

– Pues bien, di tú una cifra.

– Veinte mil monedas.

– Sea.

Depositaron las apuestas en las manos de Federico: cada uno le entregó veinte mil monedas de oro, lo que hacía un total de cuarenta mil. Entre otras cosas, decidieron que el torneo se celebraría cuatro días más tarde. En cuanto la sesión del Consejo se levantó, Dukás volvió rápidamente a su palacio, en donde Yauán le esperaba hirviendo de impaciencia.

– Dime, *figlione*, ¿cómo ha ido todo?

– *Abbone*, el hijo del Korani se niega a aceptar el reto, a no ser que cada uno deposite veinte mil ducados que irán a parar al vencedor.

– ¡*Figlione*, es el poder de Nuestro Señor el Mesías el que ha inspirado esto para tu mayor beneficio! –exclamó el monje maldito.

– Y eso ¿por qué, *abbone*?

– Si el hijo del Korani no muere, al menos será marcado; tu te llevarás la apuesta, y el reventará de rabia, ¡el maldito tacaño!

– Así que, según tú, *abbone*, ¿Ibrahim no podrá marcar a los mil patricios?

– ¡Es que te crees que los musulmanes disponen de un Nombre divino capaz de inquietar a los *Cristiani*? –replicó Yauán– No obstante, cualquier precaución será poca y no nos vendrá mal: en lugar de mil caballeros, no tienes más que poner a dos mil en el torneo. Aún mejor; tú enviarás a cinco mil hombres de tus tropas personales a que se oculten en las montañas vecinas: yo mismo tomaré el mando, disfrazado de patricio. Ya sabes lo pérfidos que son los musulmanes: así que, si se les ocurre prepararnos una mala jugada, tú no podrás contar más que con tus propias fuerzas, pues tu padre es un viejo chocho que no vale para nada...

En fin, que el maldito monje se empleó a fondo en embaucar a Dukás, de tal forma y tan bien, que le podría haber hecho tomar una llanura por una montaña. Ahora bien, Dukás disponía de un ejército propio, del que él era su único comandante, y el pago de la tropa corría también a sus expensas. De modo que a Yauán le resultó fácil realizar el plan, poniéndose de acuerdo con los oficiales francos. Cuando llegó el día del torneo, Yauán seleccionó a dos mil patricios de entre los más aguerridos.

Al parecer, la noticia del torneo se había extendido por toda la ciudad: todos los habitantes salieron a aprovecharse del espectáculo, hasta tal punto, que la explanada estaba abarrotada de gente. Ya avanzada la mañana, los escuderos del ejército partieron a colocar el pabellón de Federico y tiendas de menores dimensiones para los grandes del reino, los ricos mercaderes y los cónsules. Cuando todo estuvo dispuesto, Federico se puso en marcha, así como Ibrahim, acompañado de Saad, Edamor y sus quinientos hombres. El *babb* iba escoltado por las tropas francas y precedido de trompetas, en un cortejo brillante y colorido. Todo el mundo se presentó en el lugar conocido como el Lago de las Maravillas: una gran extensión de agua que ocupaba todo el espacio entre las murallas de la ciudad y el puerto, rodeada de una ancha llanura, cercada de colinas. Justo en esas colinas, a escondidas de Federico, es donde Yauán había ocultado las tropas de Dukás. Yauán había partido durante la noche, vestido de patricio, para que no le reconocieran.

Colocaron el pabellón de Federico a la orilla del lago, sobre una explanada a la que se accedía subiendo diez escalones. Cuando llegó el *babb*, subió para descansar en su pabellón, seguido de su gente más allegada y de Ibrahim, Saad y Edamor. Hacía ya un buen rato que se habían encendido los fogones, y colocado las marmitas sobre el fuego, preparando un suntuoso banquete. Se dispusieron las mesas y todos comieron alegremente; luego, se lavaron las manos y bebieron unos refrescos. Mientras tanto, Dukás ordenaba a sus patricios en formación de batalla, haciéndoles las últimas recomendaciones:

– ¡Vamos, *ghandars*, arriba los corazones! ¡Mostraos valientes, y haced lo imposible para que no quedemos deshonorados ante el hijo del Korani!

Cuando todo estuvo preparado, Dukás se fue al pabellón de su padre y se acercó a Ibrahim.
– Bueno, hijo del Korani, ¡muéstranos de lo que eres capaz! –le lanzó.

Pero, el León del Horân, siempre desconfiado, ya se había supuesto que habría alguna mala jugada por parte de los francos y, en consecuencia, se puso su cota de mallas bajo la camisa. Se levantó de un salto y ordenó a Saad y a Edamor que le siguieran y bajaran con él. Saad corrió a ensillar el fiel alazán y a llevárselo a Ibrahim. El valiente capitán montó en su cabalgadura, tan bien equipada, que parecía una sólida torre construida. Bajó la visera de su casco, recitó la *Fâtîha*¹, que dedicó al Señor de los Enviados, a nuestro señor Ali² y a Jidr Abu-l-Abbâs, y descendió al campo de lizas, armado simplemente con un bastón de fresno, en cuya punta había sujetado una esponja; se acercó al caldero y la remojó en la tintura, asegurando su escudo con la mano izquierda.

Mientras tanto, los patricios se habían colocado en una formación de ocho filas de doscientos cincuenta hombres cada una; con un espacio de quinientos pies entre cada fila; de forma que, las tropas ocultas en las colinas pudieran intercalarse. De la otra parte, los mil quinientos soldados musulmanes –a saber: los *fidauis* del Horân y de Baysân, junto con los quinientos mamelucos– habían formado seis filas, detrás de Saad y de Edamor; estos no pensaban en otra cosa que, simplemente, disfrutar del espectáculo, y mientras, Federico presidía el torneo, sentado sobre un sitial desde donde se dominaba toda la esplanada, y rodeado de sus visires, los espectadores del pueblo llano se arremolinaban en torno al campo de lizas.

Acabados los preparativos, Ibrahim lanzó un fuerte grito anunciando el comienzo del torneo. Tal y como se había estipulado, los caballeros francos se fueron presentando de diez en diez, con el sable en mano, y combatiendo contra Ibrahim; éste, más vivo que un halcón, les marcaba con su bastón y se retiraban inmediatamente del campo de lizas. Esa circunstancia sugirió a Yauán una nueva treta:

– Os voy a dejar un instante –dijo a los oficiales que mandaban las tropas ocultas en las colinas–. Cuando escuchéis al hijo del Korani pronunciar su grito de guerra, cargad todos a la vez: ¡a todos los que mueran, yo les garantizo diez fanegas bajo las nalgas de mi padre Asfût³!

Tras estas recomendaciones, fue a mezclarse con los caballeros que Ibrahim había marcado y eliminado, y que ya habían llegado a veinte.

¹ Primera azora (capítulo) de El Corán; se la recita en todas las ocasiones importantes.

² Primo y yerno de Mahoma, muerto en 661 e.c. En el imaginario musulmán, Ali encarna las virtudes caballerescas de los primeros tiempos del Islam. Según el “Baïbars”, los ismailíes descienden de su linaje.

³ Esta absurda expresión es la que utiliza Yauán cuando promete a sus incondicionales un lugar junto a su difunto padre en la otra vida.

– A ver, *marfûs*, ¡qué andáis haciendo aquí como vacas pastando en el prado! –les apostrofó.

– Pero *abbone*, Ibrahim nos ha marcado, y ahora nosotros tenemos que quedarnos fuera del terreno de lizas –le replicaron.

– ¡Qué tontería de marcados, ni qué bobadas! ¡Qué pasa! ¿Os ha marcado con un hierro al rojo? ¡Venga, rápido, volved al combate! ¿Es que váis a permitir que Dukás pierda la apuesta?

Convencidos por ese falaz argumento, los patricios volvieron a la carga y se pasaron la consigna unos a otros. Al cuarto que Ibrahim marcó por segunda vez, se dio cuenta de que allí pasaba algo fuera de lo normal, y protestó enérgicamente:

– ¡Pero bueno, pedazo de tramposos! ¿es que no vais a volver a vuestro sitio ahí afuera, o qué? No olvidéis que yo estoy en todo mi derecho de hacer la *mantara* a todos los que vuelvan a la liza tras haber sido eliminados: ¡eso es lo que se acordó con Dukás en presencia de su padre Federico!

Pero los patricios no tuvieron en cuenta sus advertencias y prosiguieron con su jugarreta; Ibrahim no tardó en percatarse de que todos los patricios se habían puesto de acuerdo, y que aquel torneo se había convertido en cualquier cosa, menos en una liza amistosa.

– ¡Ah, bastardos, hijos de puta! –rugió Ibrahim– Pero ¡qué os habéis creído! ¿que váis a atacar a traición al hijo de Hasan? ¡Yo soy el León de Ezraa y del Horân!

Más rápido que un relámpago, arrojó al suelo el bastón, y desenvainó su *shâkriyyeh*, brillante como la estrella en una noche sin luna. Justo en ese momento, se fijó en un patricio que ya había sido marcado dos veces y se preparaba, temerario, a propinarle un golpe fatal; pero Ibrahim, sin darle tregua, le rebanó el cuello.

– Eh, *marfûs*, ¿esto es un torneo amistoso o un campo de batalla? –protestó otro franco, a la par que levantaba su espada, mientras su cabeza salía volando a diez pies de distancia.

Ante tal espectáculo, la consternación comenzó a hacer mella en el corazón de los francos; pero Yauán se empleaba a fondo, animándolos a combatir:

– ¡*Dale*¹, hijos de la Iglesia! –les gritaba el monje maldito.

De pronto, se arrojaron todos en tromba sobre el valiente capitán Ibrahim, el caballero de los asaltos furiosos; entonces, éste, con un vozarrón atronador, cuyo eco resonaba en las colinas que les rodeaban, lanzó su terrible grito de guerra:

– ¡*Allâhu akbar*²! ¡Conquista y victoria, y muerte a los infieles! ¡Por el amor al Profeta y al imán Ali!

¹ “Adelante”, en castellano.

² “Dios es el más grande”.

Respondiendo al grito de su jefe, los quinientos caballeros del Horân se precipitaron a combatir, y los sables entonaron su canto de muerte.

– ¡Ah, los muy cerdos! –bufó Saad– ¡Quieren matar a Panza Búfalo a traición! ¡Al ataque, muchachos!

Y enarbolando su par de *shâkriyyehs*¹, se lanzó también al ataque, seguido de los quinientos *fidauis* de Baysân. Naturalmente, Edamor no iba a quedarse con los brazos cruzados:

– ¡*Allah bala versin yîns-e nasrani*²! –gritó en su jerga turca– ¡A por ellos; sin piedad! – y con el sable en mano se lanzó en medio de la refriega, seguido de sus quinientos mamelucos.

Al ver el cariz que tomaban las cosas, Yauán corrió hacia las colinas y se reunió con los que estaban allí emboscados.

– ¡Cómo estáis aún con los brazos cruzados, *marfûs*! –rugió el monje maldito– ¡El hijo del Korani ha matado a Federico; todos a las armas!

Ante estas palabras, los francos salieron de sus escondites y avanzaron ordenadamente, batallón, tras batallón; un regimiento, después de otro. Entonces, el fuego de la guerra incendió la llanura; una inmensa nube de polvo ascendió hasta el cielo, atravesada por los destellos que lanzaban los cascos de los caballos; era como si los genios del mal hubieran emergido de las profundidades de la tierra y danzaran su zarabanda entre los humanos.

Mas hete aquí que algunos de los cautivos liberados por Ibrahim habían venido para ver el torneo, y en cuanto se percataron de que la contienda iba tomando mayores proporciones, se fueron a todo correr hasta el campamento para alertar a sus compañeros:

– ¡A las armas, musulmanes! ¡Venid a echarle una mano al León de Ezraa y del Horân contra los soldados francos!

No se necesitaron más de dos minutos, para que se equiparan, armaran y saltaran sobre sus monturas los doce mil cautivos; a todo galope, llegaron hasta el campo de batalla, en donde encontraron a Ibrahim en plena forma; haciendo volar cabezas como bolas de Polo, y manos, cual hojas muertas; su poderosa voz resonaba como cuando estalla el trueno. Los doce mil clamaron al unísono:

– ¡*Allâhu akbar*, por tus ojos hermosos, Paladín de Doncellas!

¹ Así es como casi siempre aparece Saad en numerosas imágenes populares: empuñando un par de sables; el “Baïbars” no dice nada sobre el origen de esta peculiaridad.

² En turco viene a decir algo así como: “Que Dios os maldiga, demonios de cristianos”. Aunque Edamor, se expresa habitualmente en un árabe muy correcto, en situaciones de gravedad, utiliza la lengua de sus padres. De hecho, en la época mameluca y otomana, la casta militar, de diversos orígenes, utilizaba el turco como lengua de comunicación.

El horror del combate volvió sombrío al sol; la oscuridad se extendía de oriente a occidente, y la caldera de la guerra seguía hirviendo, cual horno de la Yehenna¹

Cuando el emperador Federico vio el giro que tomaban los acontecimientos, le invadió tal enfado, que se arrancó el gorro de la cabeza y lo arrojó al suelo.

– ¡Que la cólera de Dios caiga sobre ti, Dukás! –exclamó furibundo– Y ahora, visir, ¿qué podemos hacer? –prosiguió dirigiéndose a su ministro– Hay que calmar como sea al hijo del Korani y conseguir que cese el combate!

– Oh, *babb*, que nuestro Señor Jesucristo haga eterno tu reinado, la situación es grave y somos nosotros los que tenemos que poner fin a este disparate antes de que se vuelva incontrolable –aconsejó el sagaz dignatario–. Sería particularmente desastroso que mataran a Ibrahim, porque, por mi religión, te aseguro que, aunque ofreciéramos cien *jaznehs* al rey por el precio de su sangre, no sería suficiente para calmar su cólera. Si quieres mi opinión, *babb*, solo tú puedes apagar este incendio y hacer entrar en razón al hijo del Korani.

– Por el honor de mi religión, tienes razón –asintió Federico.

Entonces, salió de su pabellón, montó a caballo, seguido de su visir y de los grandes del reino, y se metió, a su vez, en medio del combate, dispersando a los patricios golpeándoles con la parte plana de la hoja de su espada, y abriéndose camino hasta el lugar en el que se hallaba Ibrahim.

– ¡Basta, *ghandar*! –le lanzó– ¡No olvides lo que significan el pan y la sal que hemos compartido! ¿Por qué arremetes contra los soldados *cristiani* con tu *santa-maría*?

¡Pero Ibrahim, empleado a fondo en su carnicería, ni se percataba de sus gritos! Federico, entonces, no tuvo otro remedio que plantarse delante de él y conminarle de nuevo:

– ¡Basta, hijo del Korani! Te lo suplico, por consideración hacia mi persona, guarda tu *santa-maría*.

En fin, que Federico tuvo que dar muestra de una infinita paciencia y de toda su diplomacia para que el León del Horân consintiera en detener la masacre, que ya se había llevado por delante a un respetable número de francos. Ibrahim finalmente enfundó su espada, y ante su gesto, los demás musulmanes hicieron lo propio y dejaron de combatir.

– Pero, *figlione*, ¿por qué esta carnicería? –protestó el emperador.

– Esa pregunta me la debes hacer en presencia de tu hijo, *babb*. ¡Si no fuera por la inefable Esencia de Dios, y por el respeto que te tengo, no habría dejado vivo en esta llanura más que a los enjambres de moscas azules que sobrevuelan los cadáveres!

– Mil veces recibe mi agradecimiento, hijo del Korani.

¹ El “infierno” de los musulmanes.

Federico se lo llevó a su pabellón, junto con Saad y Edamor; lo sentó a su lado, y después de emplearse a fondo en calmarle y suavizar el hosco ambiente con las palabras adecuadas, mandó a buscar a Dukás y le echó una tremenda bronca.

– No me vengas a mí con reproches, *babb* –respondió el príncipe–. A quien tienes que pedir cuentas es al hijo del Korani: ¿Para qué nos habíamos puesto de acuerdo? ¿para celebrar un torneo amistoso, o para una batalla en toda regla?

– *Babb* –replicó Ibrahim–, nosotros tenemos un proverbio que dice: “No entres en la selva en la que se agazapa el león”, y también decimos que “Quien entra en la selva en la que acecha el león, se expone a no salir de ella”, y aún más: “El que importuna a otro, se expone a serios problemas”. Debo señalarte que habíamos acordado que todo patricio al que yo marcara, quedaría eliminado y tendría que retirarse del campo de lizas, y que, si regresaba, yo le marcaría por segunda vez y le mataría: ¿no fue ese el trato?

– Totalmente cierto, por mi religión, eso es justamente lo que habíamos acordado –asintió Federico.

– Pues bien, cuando he visto aparecer ante mí patricios que yo ya había marcado, me di cuenta de que aquello era una traición, y que una trampa así solo podía ser obra de Dukás: así fue cómo comenzó todo.

– ¡Eso es falso, hijo del Korani! –se rebeló el príncipe– Jamás les di yo tales órdenes.

– ¡Ya, ya! ¡Como que si tú no hubieras estado al tanto de todo se habrían atrevido ellos a volver!

– Vamos, ¡no hablemos más de esto, el incidente se da por zanjado! –cortó Federico.

– Está bien, lo dejaremos por darte gusto, *babb* –consintió Ibrahim– Mientras tanto, yo sigo esperando mis cuarenta mil monedas de oro...

– ¡Ni hablar de eso! –aulló Dukás– Desde el momento en que la mayoría de los patricios que liquidaste, no los habías marcado, tú no tienes derecho a llevarte el monto de la apuesta.

– ¡De eso nada! ¡Todos los que yo maté llevaban al menos dos marcas!

En realidad, Ibrahim se estaba pillando los dedos por culpa de su jactancia, porque... sobre todo había matado a patricios que no llevaban marca alguna. Naturalmente, Dukás aprovechó esto para llevarse el gato al agua.

– ¡Basta, hijo del Korani! –gritó Dukás–. De acuerdo, tomo nota de lo que acabas de decir: vayamos a ver los cuerpos de los que tú has matado y, si encontramos al menos a cincuenta que no lleven más que una sola marca, tú habrás perdido la apuesta; pero si hay menos de cincuenta, los cuarenta mil dinares serán tuyos. ¿Qué me dices?

Como era de justicia, Ibrahim se vio obligado a aceptar la propuesta. Se levantaron todos y bajaron juntos hasta el campo de lizas.

Desde luego, Ibrahim se hallaba en un buen apuro: estaba seguro de que iba a perder su apuesta y andaba rabiando de ver cómo las veinte mil monedas de oro iban a volar bajo su nariz, pues, como sabemos, Ibrahim era tan avaro que, aunque el Jidr en persona le hubiera pedido un *para*, se lo habría negado. Al verle apesadumbrado, Saad no pudo resistirse a la tentación de tomarle el pelo.

– ¡Eh, eh, Panza Búfalo; espero que esta vez pierdas tu apuesta y que Dukás se embolse la pasta!

– ¡No te pensarás que voy a dejar que me arramplén lo que con todo derecho me he ganado! –replicó un Ibrahim sombrío– ¡Te juro por el honor del Dios Único, el Eterno, el Subsistente, que, como yo pierda, y a Federico se le ocurra la desgraciada idea de tomar partido por el cabronazo de su hijo, les rebano la cabeza a los dos, y después, que pase lo que pase! Si está escrito que uno vivirá nueve años, pues seguro que no va a vivir diez.

– ¡Déjate ya de fanfarronerías! Si haces eso, jamás saldremos de aquí.

Mientras Ibrahim y Saad cuchicheaban de este modo, llegaron al lugar en donde Ibrahim había estado luchando; no había duda, pues los golpes de Ibrahim dejaban unas huellas inconfundibles. Se dio la vuelta a los cadáveres, y todos llevaban al menos dos marcas; la mayor parte, tres, ¡y algunos hasta cuatro!

– ¡Ah, *marfûs*! –exclamó Federico dirigiéndose a su hijo– ¡Por mi religión! ¡cuánta razón tenía Ibrahim! ¡Y, además, si te hubiera infligido la *mantara*, tú no le habrías robado!

– Oye, Panza Búfalo –le murmuró Saad a su primo– ¿De verdad has marcado tú a todos estos patricios?

– Pues no lo creo, Saad –respondió Ibrahim rascándose la cabeza–. ¡Por el Supremo Nombre de Dios!, verás: de entrada, habré marcado a unos veinte en la primera atacada, y luego, a unos cuatro o cinco más les señalé por segunda vez; les grité entonces que se retiraran del terreno del torneo si no querían que les sacara las tripas, y recularon. Después, marqué a otro dos veces, y le rebané la cabeza de un golpe. En ese momento, es cuando me di cuenta de que me habían tendido una trampa, y entonces, tiré de mi *shâkriyyeh* y comencé a masacrar a todos los que se presentaban, sin preocuparme ya de si estaban marcados o no.

– Pero, entonces, ¿quién habrá marcado a los otros?

– Ni idea. Puede que haya sido nuestro señor el Jidr, para evitarme la vergüenza de una derrota y hacer así triunfar las armas del Islam.

– Tal vez haya sido eso –concluyó Saad.

Al volver junto a Federico, vieron a un fraile¹ que iba de un cadáver a otro, golpeándose el pecho, mientras gemía:

¹ Los lectores avisados ya habrán identificado a Shîha y, más listos que Ibrahim, habrán adivinado ya quién había marcado a los cadáveres. El pasaje en donde este “misterio” se descubre, por desgracia, falta en el manuscrito.

– ¡Prende animam meam Domine quia de illa non habeo bisognam! ¡Ay, mis pobres muchachos, adiós! ¡Adiós, Duko, adiós Rafûl, adiós Zaneto!

En cuanto vio a Federico, corrió a arrojarse a sus pies, llorando con unos lagrimones que le corrían por sus barbas blancas.

– ¡Justicia, oh, *babb!* –suplicó– ¡El hijo del Korani me ha matado a mis tres *figliani* en esta batalla, unos muchachos que estaban en la flor de la vida! ¡Qué desgracia, los únicos que me quedaban!

– Yo no puedo hacer nada contra el hijo del Korani, *abbone* –respondió el emperador–: la guerra es la guerra, y en ella no se hacen regalos... De hecho, todo esto es por culpa de mi hijo Dukás. Así que no te queda otro recurso que acudir a Cristo Nuestro Señor.

– Está bien, a él recurriré, oh, *babb* –suspiró tristemente el anciano.

– Bueno, ahora, vete a recoger sus cuerpos.

Tras haber revisado los cadáveres y constatar que todos estaban marcados, regresaron al pabellón imperial.

– Y bien, *babb* –comenzó exultante Ibrahim– ¿las cuarenta mil monedas de oro de la apuesta para quién son?

– Para ti, hijo del Korani.

– Entonces, ¡pásame la bolsa!

El *babb* Federico le entregó la suma apostada, y luego, se volvieron a Roma. Dukás marchaba cabizbajo, rumiando su derrota, y más desanimado que un perro en remojo. Mientras, Ibrahim, Saad y Edamor, se iban al palacio de Marín, Dukás hizo que enterraran a sus soldados muertos, y luego se marchó a su casa. Como es lógico estaba con un humor de perros; así que cuando se encontró con Yauán y Bartacûsh, que le habían precedido, arrojó con rabia su gorro al suelo y comenzó a llorar a lágrima viva, haciendo todo tipo de reproches al monje maldito:

– ¡Estarás contento ahora! ¿eh? ¡Por culpa de tus retorcidos amaños, mis hombres han muerto y el hijo del Korani ha ganado la apuesta! Cuando pienso en todo el trabajo que nos hemos tomado, para nada ¡Venga, fuera de mi vista! –gritó Dukás de pronto, preso de una rabia incontrolable– ¡Sal de mi casa, y que no te vuelva a ver jamás!

– *Basta, figliane* –respondió Yauán, que no se había inmutado ni un ápice ante esas demostraciones– ¡Vamos, ya es suficiente, cálmate! ¡No hay que desanimarse ante el primer fracaso! ¡Qué demonios! Mientras yo esté a tu lado, no tienes por qué estar quebrándote la cabeza: por mi religión, voy a recuperar tus ducados, y con intereses, o yo no me llamo Yauán. ¡Voy a exponerte mi plan, y tú me dirás qué te parece!

– ¡No me vengas con cuentos! ¡De sobra son conocidos tus planes; ya puedes guardártelos donde te quepan!

– Eh, *figlione*, si el primero no ha funcionado, no quiere decir que los demás no vayan a salir bien.

– Está bien, cuéntame –cedió Dukás.

– Esta vez, *figlione*, vamos a liársela a Saad, el hijo de la Diabete, el primo de Ibrahim... Por cierto, ¿no tendrías un caballo de carreras? ¿pero un buen alazán: un verdadero crack? Si ese es el caso, voy a indicarte un medio de reponer tus pérdidas, e incluso de doblar la apuesta.

– Sí, precisamente tengo un caballo de pura raza; se llama Rayyâh. Su madre es una yegua de pura sangre y su padre un semental marino¹. *Abbone*, es un potro que no tiene igual; galopa más rápido que el viento, y su carrera es tan constante que uno creería estar montado sobre la esfera celeste. ¡Por el honor de mi religión, *abbone*, yo no lo dejaría ni por cincuenta mil ducados!

– ¡Enhorabuena, Dukás! En esta ocasión, ya puedes darte por ganador: vas a ser testigo de tu revancha. Has de saber, *figlione*, que el hijo de la Diabete, del que acabo de hablarte, anda presumiendo de que es capaz de correr más rápido que un caballo al galope. La próxima vez que vayas al Consejo, le vas a decir a Ibrahim: “Por cierto, hijo del Korani, he oído decir que tu compañero Saad puede, en una carrera, adelantar a un pura sangre al galope, y resulta que justamente yo tengo un caballo al que me gustaría que se opusiera.” Tú fijas la apuesta en cuarenta mil ducados, y ¡gracias a los benéficos efectos de mis plegarias, no podrás perder, y te habrán de reembolsar todo el dinero de la apuesta!

– Pero a ver, *abbone*, ¿no será verdad lo de que el hijo de la Diabete es capaz de sobrepasar al viento oeste de los caballos marinos? –se inquietó el joven príncipe.

– ¡Qué bobadas me dices! –estalló en carcajadas Yauán– Te lo voy a explicar, hijo mío: la verdad es que los musulmanes no tienen auténticos pura-sangres: en sus tierras solo se encuentran vulgares jamelgos. Es posible que alguna vez en su vida, Saad haya corrido más rápido que uno de esos caballitos, y luego, han hecho toda una historia de eso, diciendo que es capaz de adelantar a los alazanes más rápidos, con la esperanza de impresionar a los *Cristiani*, ¡pero todo eso no son más que sandeces, patrañas y engañosas cortinas de humo!

¹ Numerosas obras árabes medievales mencionan esta extraña raza de caballos, que viven bajo el mar y salen únicamente para montar a las yeguas terrestres (ver el primero de los *Viajes de Sinbad el Marino*). Eran reputados por la velocidad de su carrera.

X. 12 – Saad “Zancadas de viento” justifica su reputación



Gracias a las engañosas palabras del maldito monje, Yauán consiguió, como era habitual, embaucar al pobre Dukás, y persuadirle de que desafiara a Saad a una carrera contra su caballo Rayyâh. Con que el muy pánfilo de Dukás, esperó a la reunión del siguiente Consejo del emperador Federico, que sólo lo presidía tres veces por semana. Cuando llegó el día, el *babb* se acomodó en su trono, rodeado de sus visires y los dignatarios del reino; enseguida, llegaron Ibrahim, Saad y Edamor, que, como

ya hemos dicho, no debían separarse durante todo el viaje, y, finalmente entraron todos los miembros del Consejo hasta reunirse el pleno. En ese momento, se abrió la puerta, y Dukás hizo una entrada que se hizo notar; acompañado de un murmullo adulator, tomó asiento junto a su padre; luego, saludó a Ibrahim con una gran sonrisa.

– *Bani sira* –saludó Ibrahim.

– *Bonjorno*, hijo del Korani.

– Y dime, Dukás, ¿qué hay de nuevo?

– ¿Estoy en lo cierto, hijo del Korani, si te digo que a ti te gusta hacer apuestas?

– ¡Menuda pregunta! ¿Sabes tú de alguien en este mundo al que no le guste ganar oro sin dar golpe?

– Eso es cierto... Y, a propósito, he oído decir que tu hermano, el hijo de la Diablete, se vanagloria de vencer, en una carrera, a un caballo a todo galope. ¿Es eso verdad, o sólo es un farol?

– ¡Ni mucho menos! –protestó Ibrahim– ¡Por la vida de mi padre, Saad es capaz de atrapar, no solo a un caballo en una carrera, sino incluso a un pájaro en pleno vuelo!

– ¡Eh, Dukás! –intervino Saad, saltando de su asiento– Si tienes en tus establos una mula que quieras hacer correr, yo soy tu hombre; ahora mismo, si lo prefieres. Esa es, justamente, mi especialidad... ¡espera, no me felicites aún! primero ¡déjame ganar!

– Vuelve a tu asiento, Saad –le interrumpió Ibrahim– Y tú, Dukás, si quieres verlo, comienza por hacer tu apuesta; yo me encargaré de todo lo demás.

– Vaya, vaya, ¿ahora hay que pagar por ver? –repuso el príncipe con ironía.

– ¡Ni por mi propio padre yo trabajaría de balde! –replicó desdeñoso el valiente capitán. ¡Lo que se da gratis no se valora; eso es de sentido común!

– ¡De acuerdo, aunque no sea más que por lo del sentido común! Yo tengo un caballo de carreras, llamado Rayyâh, pero un auténtico crack, *bono razón*: yo desafío a Saad a que corra contra mi caballo, y fijamos la apuesta en cuarenta mil ducados, que el perdedor pagará al vencedor.

– ¡Venga, venga, suelta la pasta! –continuó Ibrahim– Suelta tus cuarenta mil ducados, que yo mismo pondré los míos y el total de la apuesta lo dejaremos en manos de tu padre Federico. Luego, ¡fijamos un día para la carrera, y el ganador se embolsará los ochenta mil del ala!

– ¿En qué nuevo enredo te vas a meter, Dukás? –intervino el emperador, intranquilo– Ayer, ese maldito torneo que degeneró en una masacre: y hoy ¿qué nuevo escándalo vas a provocar en esta ocasión?

– ¡Pero padre, si solo se trata de una carrera! ¿En qué crees tú que puede degenerar una carrera? ¡Solo me apetece divertirme! ¡Nada más!

– Oye, *figlione*, ¿por casualidad no habrás dado asilo a Yauán? ¿No estará ese maldito monje en el origen de todas estas historias?

– ¡No, no, en absoluto, padre! –exclamó Dukás– Yauán partió el mismo día que le dejé en libertad, y desde entonces no he vuelto a tener noticias tuyas...

Así que, finalmente, acordaron un día para la carrera; luego, Ibrahim y Dukás depositaron cada uno cuarenta mil monedas de oro en manos de Federico.

El día fijado, el emperador salió de la ciudad, escoltado por los grandes de su reino; Ibrahim, Saad y Edamor formaban, naturalmente, parte del cortejo, junto con los caballeros del Horân y de Baysân, y los mamelucos. Les seguía un inmenso gentío, aún más numeroso que el día del torneo de Ibrahim. Cuando llegaron al Lago de los Milagros, montaron las tiendas, los pabellones y las barracas de cañizo: se formó una improvisada feria, en la que vendedores y compradores se emplearon a fondo y con alegría.

Federico e Ibrahim se alejaron de las tiendas, escoltados por una veintena de caballeros, tanto musulmanes como cristianos. Tras cabalgar durante dos horas, se detuvieron a esa distancia, y allí plantaron en el suelo una banderola de seda, alrededor de la que se agruparon los caballeros.

– Ésta será la meta de llegada –dijo Federico a Ibrahim–. Aquí colocaremos a estos hombres; musulmanes y francos, para que sean ellos quienes den testimonio de la identidad del vencedor.

Una vez tomadas esas disposiciones, regresó a su pabellón. Poco después, se vio llegar a Dukás montado sobre su semental Rayyâh. Ibrahim se dio cuenta en el acto de que se trataba de un soberbio caballo de carreras; de orejas finas y rectas como cálamos, cascos redondos y compactos como piezas de oro. De capa negra como la noche, con una estrella blanca en la frente, brillante como un lucero; cuando relinchaba, era como si hablara. De su cuello pendía un diamante que lanzaba destellos cegadores. Sin dejarse impresionar por tal espectáculo, Ibrahim plantó delante de su tienda un estandarte que había encargado para la ocasión; lo formaba una pieza de seda blanca sobre la que se había bordado en oro la siguiente inscripción: “No hay más Dios que Dios, y Muhammad es Su Profeta. La victoria la da Dios y el triunfo está ya cerca: anuncia esta buena nueva a los creyentes, oh, Muhammad.”

– ¡Saad, si vuelves victorioso, este estandarte será tuyo! –le prometió Ibrahim a su primo.

La idea le pareció excelente a Federico, que también ordenó confeccionar un estandarte negro, en el que bordaron las siguientes palabras: “No hay más Dios que Dios, y Jesús es una emanación del espíritu de Dios”. Federico prometió también a Dukás que se lo ofrecería si ganaba la carrera; luego, regresó a instalarse en su pabellón, rodeado de los grandes de su reino y de su visir; Ibrahim, por su parte, se retiró al suyo, en compañía de Edamor y de unos cuantos hombres de confianza. Entonces, Dukás apareció con su caballo, haciendo cabriolas y caracoleos, con tal vivacidad y ligereza, que levantaron la admiración de los espectadores, tanto de los francos, como de los musulmanes; por fin, se detuvo entre los dos pabellones y lanzó su desafío a su competidor:

– ¿Dónde estás, hijo de la Diabete? ¡Vamos, sal y muéstrame de lo que eres capaz!

– Bueno, ve, ¿a qué esperas? –remachó Ibrahim dirigiéndose a su primo.

– Francamente, mi viejo hermano, ese caballo tiene pinta de ser un auténtico crack; además, como tengo un dolor en la rodilla... Créeme, es preferible retirarse.

– Pero ¡qué dices! ¡eso no es posible, Saad! ¡Van a tomarte por un cobardica!

– Pues déjales que crean lo que quieran, a mí hoy me duelen los pies –se obstinó Saad.

– ¡Saad, me vas a arruinar! ¡Te declararán perdedor y yo voy a tirar mis cuarenta mil monedas de oro!

– ¿Y qué te crees que me importa a mí el que ganes o pierdas? ¡De todos modos, yo no iba a ver el color de ese dinero!

– Vamos, primo; venga, escucha: yo te guardaré todo el oro, y cuando regreses a El Cairo, podrás pagar de un golpe toda la dote de *Aïsheh de Bushnât...

– ¿Es eso cierto, mi viejo hermano? –exclamó Saad, cuyo rostro se iluminó de pronto– ¿Es esa tu idea?

– ¡Pues claro! ¡Vaya pregunta!

– ¡Entonces, por tus bellos ojos, voy para allá! ¡Vas a ver cómo le voy a dejar medio muerto a su jamelgo a la mitad de la carrera!

De un solo brinco, el joven franqueó todo lo largo del pabellón hasta plantarse ante Dukás.

– Vamos, muchacho, ¿has acabado ya? ¿ha entrado en calor tu caballo? –le lanzó Saad.

– Estoy preparado –asintió el príncipe.

– ¡Está bien, parte tú primero, que yo te alcanzo en el camino!

– ¡Ah, no; de eso nada! Que luego dirías que la competición no había sido justa, puesto que tú vas a pie, y yo montado en un caballo que todos los francos me envidian...

– ¡No me vengas con cuentos! –estalló Saad– ¡Como si se pudiese comparar tu borrica a Zancadas de Viento! ¡Vive Dios, que, aunque se tratase de una golondrina, yo la atraparía!

Nada más pronunciar estas palabras, cogió un pedazo de sílex que pesaría más de un cuarto de libra, y se lo lanzó al animal. Tocado en la grupa, el caballo se encabritó y partió como una flecha, tan rápido que parecía volar, más que galopar. Cuando Saad se quedó solo, se quitó cremoniosamente su gabán, se remangó las mangas de la túnica, y luego las de los zaragüelles de las piernas, se ajustó el cinturón, dejando aparecer su cuerpo enjuto y nervudo. Los que allí estaban presenciaban atentamente esos preparativos con extrañeza: todos se preguntaban cómo Saad conseguiría alcanzar a su adversario, que, entre tanto, ya había desaparecido en el horizonte, no dejando tras de sí más que una nube de polvo.

Cuando hubo terminado, Saad dio unas palmadas y gritó:

– ¡Por tu protección, oh Baba Omar¹! ¡Oh, antepasado mío! ¡Tú que fuiste escudero del Profeta!

Luego, saltó tres veces en el mismo sitio, y, estirando sus largas piernas, se lanzó a la carrera a través de la llanura. Daba tales zancadas que sus talones le llegaban a la altura de las orejas y parecía volar por los aires: en unos instantes desapareció de la vista de los asistentes. Ante este espectáculo, los francos se persignaron todos a una, pensando que se las tenían que haber con un *yîn*².

– Por mi religión –afirmó Federico–, si yo tuviera a mi servicio a dos *ghandars* como el hijo del Korani y el hijo de la Diablete, habría podido conquistar el mundo. Cuando el

¹ Sobre este personaje, ver *Jaque al Rey de Roma*.

² Especie de genio, a veces maléfico y que, para la voxpop árabe fueron los genios que desobedecieron a Salomón y que aprisionó en unas botellas, cerradas con su sello. Aparece en numerosos relatos de “Las mil y una noches”.

primero lanzó su grito de guerra y desenvainó su *santa-maría*, nadie le pudo resistir, y, cuando el segundo se ha echado a correr, es capaz de adelantar a las gacelas y a las liebres. Por mi religión, esos dos son la maravilla de estos tiempos.

Dejemos a Federico, y volvamos ahora a Dukás: después de su salida como un torbellino, al ver que ya había perdido de vista a Saad y a todo el ejército, se imaginó haber ganado la carrera, y se frotó las manos pensando en los cuarenta mil ducados que iba a embolsarse y en la cara que se le podría a Ibrahim. Mientras andaba en estos alegres pensamientos, espoleó con fuerza a su caballo, a riesgo de agotarlo. Entonces fue cuando, al volver la cabeza, divisó una especie de tornado del que salía una voz que decía:

– ¡Eh, Dukás! ¡Ya puedes espolear a tu penco con todas tus fuerzas, que de todos modos te ganaré!

Furioso, el príncipe aguijoneó a su montura con redoblada fuerza, pero dio lo mismo; en unos segundos, Saad le adelantó, y, después de dar una buena palmada en la grupa del caballo, ¡lo dejó clavado en su sitio! El desgraciado Dukás estaba al borde de la desesperación. Estaba a punto de reventar a su montura por el esfuerzo exigido, y ni siquiera conseguía alcanzar el polvo del torbellino levantado por su rival. En cuando a Saad, una vez adelantado a su adversario, se tendió bajo un árbol, por aquello de tomarse un respiro; se tumbó tranquilamente sobre la espalda, apoyando los pies contra el tronco del árbol, mientras esperaba la llegada de su adversario.

– ¿Qué diantres haces ahí? –le largó Dukás al verle– ¡Arriba, aún no hemos terminado!

– ¡No te preocupes por mí, y haz trotar a tu jamelgo! –replicó irónico Saad– ¡Ve tú primero, ya nos encontraremos!

– Por Cristo nuestro Señor todopoderoso, ese demonio todavía tiene tiempo de echarse una siesta, como si nada –pensaba Dukás mientras se alejaba–. ¡Pardiez; este tipo es capaz de atrapar una golondrina al vuelo!

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando oyó la voz de Saad, justo detrás suyo:

– ¿Qué pasa con tu borrica? ¿No puede correr más? ¡Venga, empújala!

Apenas tuvo tiempo de darse la vuelta, cuando Saad le adelantó como una flecha disparada hacia el horizonte. Saad le hizo la misma jugada hasta tres veces; la última, le dejó en el sitio y se dirigió recto hacia el poste de llegada.

– Y bien, ¿dónde está Dukás? –se extrañaron los patricios.

– ¡Dejadme en paz con vuestro Dukás, muchachos! –les replicó desdeñoso Saad– ¡El pobre, ha escogido un caracol como montura, en lugar de un jamelgo!

Les contó las ventajas que le había ofrecido durante toda la carrera, explicándoles que le había dejado incluso que pasara por delante, para darle todas las oportunidades, pero que, aún así, le había sobrepasado enseguida.

– Bueno, todavía falta la otra mitad del recorrido –concluyó Saad–, ¡pero si me ofrecierais alguna cosilla para comer, pues no os diría yo que no!

Enseguida le trajeron provisiones, y Saad se sentó a comer. Estaba a la mitad de aquel improvisado almuerzo, cuando vieron llegar a Dukás, sudando y resoplando tanto como su montura; al ver a Saad apaciblemente sentado, como si nada, casi se muere de rabia.

– Oye, hijo de la Diabete, ¿cómo puedes estar comiendo, después de todo lo que has corrido? –se extrañó Dukás.

– ¡Pídele tú al buen Dios que te dé dos dedos de sentido común! –replicó Saad con un aplastante desprecio– Ah, por cierto, ¡hacéis buena pareja, tú y tu jamelgo! ¡Por Dios, que, si yo quisiera, podría vencer a todos los caballos del reino de los francos, y sin mucho esfuerzo!

– ¡Empieza primero por vencerme a mí! Sólo hemos hecho la mitad de la carrera; nos queda el regreso. ¡Vamos, arriba!

– ¡Tranquilízate! ¡Ve tú delante sin prisas: yo voy a terminar de comerme estos tentempiés y te alcanzo!

– ¡Prende animam meam Domine! –suspiró Dukás– ¡Que la maldición de Cristo Nuestro Señor caiga sobre la barba de ese maldito monje que me ha embaucado con este asunto y me ha empujado a desafiar a un *yîn* con aspecto humano!

Se alejó Dukás al trotillo, hasta que les hubo perdido de vista; luego, espoleó a su montura, que partió rauda como una flecha. Mientras tanto, Saad había acabado de comer; se lavó las manos con toda la calma del mundo, después, se tendió un buen cuarto de hora, por aquello de facilitar la digestión. Por fin, se levantó, y volviéndose hacia los árbitros, declaró:

– ¡Eh, muchachos, vosotros soís testigos de la delantera que le he dejado a Dukás!

Dicho esto, saltó tres veces en el mismo sitio, y se lanzó, más rápido que una gacela de los montes huyendo de los cazadores, dejando atrás, a su paso, barrancos y montañas. En menos tiempo que canta un gallo, Saad había alcanzado a su adversario.

– ¡Bueno, parece que hoy no es tu día, muchacho! –le largó al pasar– ¡Lo de ganar la apuesta, me parece que lo tienes crudo!

Igual que a la ida; Saad se detuvo tres veces, dejándose alcanzar por su adversario, para enseguida adelantarle más y mejor, volando como un *yîn* a través de la estepa.

Ibrahim, que escrutaba ansiosamente el horizonte, le vio por fin aparecer, como un relámpago cuando alumbra una nube, o la lluvia empujada por la tempestad; Saad llegó en tromba y se apoderó triunfalmente del estandarte plantado ante la tienda de su primo.

– ¡Bravo, Saad! –exclamó el León del Horân– Por el Supremo Nombre de Dios, ¡por fin estoy tranquilo! ¡Estaba temiendo que ese hijo de mil rameras te ganara y se llevara el dinero de la apuesta!

– ¿Ese bocazas? ¡Antes muerto que vencido! Por cierto, ¿no tendrías por casualidad algo que picotear?

– ¡Claro que sí! –le respondió Ibrahim de inmediato.

Se fue a buscar una bandeja bien provista y la depositó ante su primo, que la honró bien honrada, mientras francos y musulmanes comentaban a voces las hazañas de Saad. Algo más tarde, por fin, se vio aparecer a Dukás; descendió con dificultad del caballo, que sudaba sangre por todos sus poros.

– ¡Cómo, hijo de la Diabete! ¿Aún tienes hambre? –exclamó al ver cómo Saad comía plácidamente– ¿Pero adónde metes tú todo eso?

– Como solemos decir nosotros: “Al que come el pan que no se ha ganado, más vale meterle en el ataúd y llevarle al cementerio; pero al que come el pan que se ha trabajado, ese pan le hace buen provecho”. Así que, según tu opinión, esta comida, ¿me la he ganado, o no?

– En cuanto a eso, no podría decir yo lo contrario –reconoció Dukás.

Mientras tanto, los patricios andaban haciendo marchar al caballo de Dukás para que no se enfriara demasiado rápidamente; pero, el pobre animal estaba demasiado agotado: dio unos cuantos pasos y se desplomó muerto. Aterrado ante este nuevo desastre, Dukás no hacía más que darse enormes bofetadas, hasta tal punto que comenzó a sangrar por la nariz.

– Acabas de recibir una buena lección, *marfûs* –le apostrofó su padre–. Te advertí que no te enfrentarás a los musulmanes, porque a ellos les protege una buena estrella. Y ahora, mírate: ¡has perdido cuarenta mil ducados, sin contar ese caballo que no tenía igual!

Mientras Federico decía esto, vio venir a Ibrahim.

– Entonces, *babb*, ¿quién ha sido vencido? –le preguntó Ibrahim pavoneándose.

– Mi hijo Dukás –reconoció el emperador.

– Pues bien, ¡pásame el dinero de la apuesta!

Ibrahim se embolsó las monedas de oro; luego, los soldados se encargaron de desmontar las tiendas y todo el mundo tomó el camino de regreso. Como nos podemos imaginar, Ibrahim, Saad y Edamor, no cabían en sí de gozo; mientras que a Dukás daba pena verle, encorbado bajo el peso de la derrota y de la humillación.

X. 13 – A Yauán no le faltan recursos



Cuando llegaron a Roma, el infortunado príncipe Dukás se retiró a su palacio, y se fue corriendo a las habitaciones en las que se alojaba Yauán; penetró en la estancia como una exhalación, llorando de rabia, con las vestiduras medio rotas y el pelo enmarañado.

– ¡Esta vez, *abbone*, te voy a ajustar bien las cuentas! –le gritó, desenvainando su espada.

– Vamos, *figlione*, ¿qué te pasa ahora? –le respondió el fraile con toda su flema– ¡Cálmate, hombre!

– ¡No, tú no te vas a librar hoy de la *mantara*! ¡Por culpa tuya, el hijo del Korani me ha ridiculizado dos veces, han masacrado a mis soldados, mi caballo ha muerto, y he perdido ya sesenta mil ducados!

– ¡Quieto, *marfûs*! –tronó Yauán al ver que Dukás persistía en sus asesinas intenciones– ¡No olvides que si viertes una sola gota de mi sangre se levantará el mar y se tragará toda Roma!

– ¡Por mí, como si le apetece tragarse al universo entero! ¡Perder a la vez mi prestigio y mi dinero, es más de lo que yo puedo soportar!

– Por supuesto que tienes razón, Dukás, pero no olvides que la perseverancia significa fortaleza de espíritu. Escucha, ¡tengo un medio de hacerte ganar mucho más dinero que el valor de tu caballo y de toda la cantidad que has perdido, pero para eso me tienes que buscar un luchador que sea verdaderamente *bono*, y yo te mostraré una jugada como no la has visto en toda tu vida!

– *Abbone*, aquí, en Roma, no lo encontraremos; pero... tengo un tío materno, que se llama Domarín, y que vive en una ciudadela: la de Saha. ¡Es de una talla y una envergadura extraordinarias, y capaz de reducir a polvo una piedra, apretándola simplemente con la mano!

– ¡En ese caso, el asunto está en el saco! Ya puedes dar por recuperados tus ducados, y aún más. Has de saber, *figlione*, que ese Edamor, el embajador del *rey*, aunque sea visir,

tiene también fama de ser un campeón en la lucha libre¹. Una reputación, por otra parte, totalmente falsa: tú mismo lo has podido ver; es un auténtico flacucho y un endeble. Así que, haz venir a tu tío Domarín de su ciudadela; luego, te presentarás en el Consejo para desafiar a Edamor; tú apuestas una cantidad por tu campeón; Ibrahim hará lo propio por su parte, y solo tendrás que llevar a tu tío para que le rompa todos los huesos a ese maldito musulmán. De ese modo, recuperarás tu oro y obtendrás la venganza que deseas...

[Una prolongada laguna en nuestro manuscrito nos ha impedido conocer la continuación de las aventuras de la embajada egipcia en Roma. Cuando recuperamos nuestro texto, los tres compañeros están ya en el camino de regreso, cargados con el dinero del rescate de los reyes cautivos y de todo el oro adquirido con el sudor de su frente, durante su estancia en la madre de las ciudades. Por una razón que ignoramos, nuestros héroes han elegido regresar a casa por tierra; puede que esa elección tenga algo que ver con la desaparición del simpático Abu Baker El-Batarni; ¡pero no anticipemos acontecimientos!

Por supuesto, este viaje de retorno es tan accidentado como lo fue el de ida; incluso más: las inmensas riquezas que transportan nuestros héroes, lógicamente excitan la codicia de todo el mundo. Además, el siniestro Dukás, azuzado por el inmundo Yauán, todavía sigue conspirando y, al parecer, ya ha tendido más de una emboscada a los viajeros; por supuesto sin resultado alguno hasta el momento.

Una última aclaración: el texto que damos aquí está manifiestamente interpolado a partir de otra versión del “Baïbars”, más resumida y, con frecuencia, más tosca: a los diálogos les falta el gracejo de nuestro manuscrito, y los personajes aparecen como meros figurantes. Pero, a falta de algo mejor, y teniendo en cuenta la importancia de este episodio en la economía del “Baïbars”, nos ha parecido indispensable mantenerlo.]

¹ Esta es, salvo error, la primera vez que en el “Baïbars” se comenta el talento de Edamor; puede que se trate de una reinterpretación de su apodo, “al-Bahlawân”: este término que, en persa, tiene el sentido de “noble, gentilhomme” (de ahí que lo hayamos traducido, en ocasiones, como “paladín”), en árabe derivó a “forzudo de feria”.

X. 14 – Funesto presagio



En el camino de vuelta, y ya lejos de Roma, la embajada de Egipto hizo un alto para pasar la noche.

– Escucha, Saad –dijo Ibrahim–, te voy a decir cómo vamos a montar hoy la guardia: yo dormiré durante el primer tercio de la noche; luego, tú me despertarás y yo te relevaré hasta el segundo tercio; después, despertaremos a Edamor, que se encargará de hacer la guardia en el último tercio. De ese modo, cada uno habrá montado su guardia equitativamente.

– De acuerdo. Venga, ven aquí a dormir.

Ibrahim se enrolló en su manto, apoyó la cabeza sobre las rodillas de su primo, y se durmió bajo la protección de Dios, el siempre Vivo, el que nunca muere. Reposó así, apaciblemente, durante tres horas; pero, de pronto, comenzó a agitarse, soñando; volviéndose a un lado y a otro, con espumarajos entre los labios, como si se encontrara poseído: “¡Saad! ¡Mi dinero, mi dinero!”, gritó de repente. Gesticulando,

golpeó violentamente a su primo en el pecho, tirándole al suelo.

– ¡Ay! –protestó Saad– ¿Estás loco? ¿Sacudirme de ese modo?

Al ver que Ibrahim seguía inmerso en su pesadilla, y no respondía, le sacudió, diciendo:

– ¡Vamos, despierta! ¿Qué te pasa?

– ¡No hay más Dios que Dios, y que Muhammad es el Profeta de Dios! –recitó Ibrahim, abriendo los ojos– ¿Dónde estoy?

– Serás tonto; ¿dónde vas a estar? ¡Pues aquí! ¿Qué mosca te ha picado para sacudirme así, mientras yo pasaba la noche vigilando, con tu cabezota sobre mis rodillas?

– No lo he hecho a propósito, Saad, es que he tenido un sueño terrible, y me he alterado muchísimo...

– No pasa nada –le interrumpió su primo–. De todos modos, no está bien contar nuestros sueños. Anda, ahora ponme tus rodillas, que voy a dormir un poco.

Saad apoyó la cabeza sobre las rodillas de su primo, y comenzó a roncar; pero, de repente, asestó un fuerte golpe a Ibrahim en el pecho, gritando:

– ¡Socorro, Panza Búfalo! ¡Ayuda!

– ¡Ay! ¡Eh, Saad! –protestó Ibrahim.

– ¡Qué pasa! ¡Yo también he tenido un sueño! –replicó el joven Saad.

– ¡En serio; no tiene ninguna gracia! Por Dios, te juro que no te golpeé a propósito: de veras que tuve un sueño espantoso. Solo Dios, el Señor de los mundos, conoce el secreto de todas las cosas; pero el significado de este sueño es que, excepto tú, ninguno de nosotros regresará vivo de esta expedición.

– ¡Que Dios aparte de nosotros tal presagio! Pero seguro que era la típica pesadilla: bien sabes que para que un sueño sea premonitorio, hay diez que se producen por una mala digestión.

– No, Saad, eso es lo que creían los paganos de otras épocas; pero el sueño de un auténtico creyente es verídico; sobre todo, cuando ha hecho las abluciones antes de dormirse; cosa que yo había realizado. Saad; di “Todo va a ir bien”, para que te lo cuente.

– Todo va a ir bien, si Dios quiere –respondió Saad.

– Pues esto es lo que soñé: Me parecía que estaba en un navío contigo y con todos nuestros compañeros. Navegábamos por el mar; pero un mar de sangre, que se extendía hasta el horizonte. De pronto, el viento comenzó a soplar y se levantaron olas enormes, sacudiendo nuestra nave por todas partes. Desesperando de poder salvarnos, invocábamos al Eterno, a Aquel que ha creado los cielos y la tierra, cuando, una inmensa bandada de pájaros negros se abatió sobre nosotros, volando por encima de nuestras cabezas. Aterrorizados, nos abrazamos los unos a los otros, despidiéndonos de esta vida, y entonces, una ola más gigantesca que las anteriores, arrastró nuestro barco contra un arrecife, que lo partió en dos y lo hundió; todo el mundo pereció ahogado, pero yo, antes de sumergirme, te vi salir volando por el aire, de entre los restos del naufragio. Para mí, está claro: todos nosotros vamos a morir, y solo tú te salvarás. Anda, ve a buscarme a Edamor y a los demás: voy a dictar mi última voluntad.

– ¡Que Dios confunda las añagazas de Satanás! –murmuró Saad levantándose.

Se apresuró en despertar a Edamor y a los oficiales, que se reunieron en torno a Ibrahim.

– ¿Va todo bien? Dios lo quiera –se inquietó Edamor.

El León del Horân le contó el sueño que acababa de tener.

– Amigos míos –concluyó–, voy a hacer una relación de mis pertenencias, y de las que son del sultán; todos vosotros sellaréis con vuestros respectivos sellos ese documento, y

luego, os transmitiré mi última voluntad. El que muere dejando sus asuntos en orden, muere en la Fe.

Así que tomó la pluma e hizo una relación precisa de los fondos que transportaban; Edamor y los demás sellaron el pergamino; luego, Ibrahim volvió a tomar la palabra:

– Saad, si mi destino se debe cumplir, y si Dios ha decretado tu salvación, lleva al rey este documento, para que tome posesión de los fondos que le pertenecen; en cuanto a mi parte, que la deposite en el Tesoro, para que sea empleada por los combatientes de la Fe. Por otra parte, cuando me veas caer, te prohíbo que sigas combatiendo: sálvate y lleva la noticia de mi muerte al Horân y a todas las ciudadelas; así como a mi padre adoptivo, Musa El-Qassâr¹. Por último, le dirás al sultán que arrase la ciudad en la que yo haya muerto, sin dejar a uno solo de sus habitantes.

Tras estas palabras, Saad y los demás no pudieron contener sus lágrimas.

Ibrahim pasó el resto de la noche charlando con su primo, y al despuntar el día, rezaron sus oraciones y recitaron unos versículos en honor del Profeta.

¹ Capitán de los Ismailíes de Alepo; él fue quien crió y educó a Ibrahim (ver *Paladín de Doncellas*).

X. 15 – Menos mal que El Maestro de las Argucias estaba allí



Cuando el sol apareció en el horizonte, el rastrillo que hacía de puente sobre el foso de la fortaleza descendió, y apareció *Mangoberto, rodeado de los grandes de su reino: se acercaba a nuestros héroes para recordarles su lealtad hacia el sultán y pedir la paz.

– No temas nada, *babb* –le tranquilizó Ibrahim–

. No he venido a atacar, ni a conquistar: solo estoy de paso.

– ¿Y de dónde vienes? –le preguntó Mangoberto.

– He estado en Roma, la madre de todas las ciudades, con el *babb* Federico, y ahora, regreso a El Cairo.

– Tu llegada es una fuente de bendiciones para nosotros. Por favor, hacedme el honor de entrar en nuestra ciudad y disfrutar de nuestra hospitalidad.

– En lo que respecta a la hospitalidad, por nosotros, dala por recibida¹. Si de verdad quieres honrarnos, déjanos proseguir nuestro camino.

– ¡Qué me dices, hijo del Korani! –exclamó Mangoberto– Llegáis de donde el emperador de los francos; vais adonde el emperador de los musulmanes ¿y queréis que os deje partir sin ofrecerme al menos un buen almuerzo? ¡Todos los reyes me van a tachar de avaricioso!

– ¿Qué dices tú, hermano? –le susurró Ibrahim a Edamor.

– Mira, he puesto en tus manos el mando de esta expedición –respondió el emir–: decide tú.

– Escucha, *babb* –continuó el León del Horân–, estoy al mando de un convoy, que traslada un tesoro de treintaiséis *jaznehs*, y si hay algo que no querría yo, es que se perdiera una sola bolsa, pues esos fondos pertenecen al sultán, que es la sombra de Dios sobre Su tierra, y, un solo céntimo que se despistara, lo tendría que reponer yo de mi propio bolsillo. Así que, si

¹ Una forma, en los límites de la cortesía, de declinar una invitación juzgada inoportuna, y rechazarla no llegaría a ser una ofensa mortal.

tú estás de acuerdo en entregarme un certificado, escrito de tu puño y letra, y con tu sello, en el que estipules que sales fiador de esa cantidad; entonces, y solo entonces, yo estaré dispuesto a aceptar tu hospitalidad durante tres días. Después, me devolverás mis treintaiséis *jaznehs*; yo te devolveré tu recibo, y proseguiremos la marcha.

– *Bono* –asintió Mangoberto.

En el acto, redactó el documento y se lo entregó a Ibrahim que, a su vez, se lo confió a Saad, recomendándole que lo guardara con él como si se tratara de su propia vida. Tomada esta precaución, los tres compañeros, escoltados por cuarenta mamelucos, entraron en la ciudad, conducidos por Mangoberto, que los llevó a su palacio privado, y alojó en las mejores estancias.

Poco después, los sirvientes pusieron las mesas; Ibrahim se sentó en el sitio de honor, flanqueado por Edamor, a su derecha, y Saad, a su izquierda, mientras que los mamelucos se sentaban todos juntos al final de la sala. De pronto, un criado, arrojó discretamente un pequeño envoltorio de algodón sobre las rodillas de Ibrahim; extrañado, éste levantó los ojos hacia un joven, que le dirigió una cautelosa señal de connivencia. Abrió el envoltorio y dentro encontró un pequeño trozo de papel con este mensaje:

“De Shîha Yamâl El-Dîn. No se os ocurra tocar esa comida; está envenenada”.

Ibrahim, después de leerlo, se lo metió en el bolsillo.

Esta historia del banquete envenenado era, como es de suponer, una nueva trampa de Yauán. Cuando la tercera emboscada tendida a los musulmanes, cerca del convento de Shinyâr, hubo fracasado, por culpa de *Arnús; Dukás “valientemente” se dio a la fuga, y regresó adonde Yauán.

– ¡Se acabó, *abbone!* –manifestó Dukás enojado y con la moral por los suelos– Ya he tenido bastante; abandono la partida.

– ¡Cómo, *figlione*, quieres volver con las manos vacías! –se indignó Yauán. Solo Mangoberto puede sacarnos de este apuro, pues Arnûs acabará yendo a su casa¹.

Yauán se ocupó de reagrupar las tropas, y cuando hubo reunido treinta mil hombres, partió hacia El-Aflâq², en compañía de Dukás. Al saber de su llegada, Mangoberto fue a recibirles y, mientras los soldados montaban sus tiendas fuera de las murallas de la ciudad, escoltó a Yauán y a Bartacûsh hasta su palacio. Después de intercambiar los saludos de rigor, el maldito fraile entró de lleno en el asunto:

– *Babb*, ¿no te gustaría hacer una buena acción, que te valiera una gran recompensa?

¹ Esta réplica parece un poco incomprensible; es posible que haya que leer “Ibrahim”, en lugar de “Arnûs”.

² Es el nombre de la capital de Mangoberto; “al-Aflâq” podría ser que designara a los Valacos, lo que sería consecuente con el itinerario seguido por Ibrahim y sus compañeros. No obstante, la geografía del “Baïbars” es bastante imprecisa -excepto en lo que concierne a Egipto y a Siria- como para permitirnos asegurarlos.

– ¿Qué esperas de mí, *abbone*?

Yauán comenzó a exponerle la situación.

– Lo que queríamos –dijo para concluir–, es que los despacharas al otro mundo, y le echaras el guante a su tesoro.

– ¡Pongo mi vida a tu disposición, *abbone*, y mis bienes, mi ejército y mi reino a la de Dukás! –respondió el muy canalla.

– ¿Cuántos hombres tienes a tus órdenes? –prosiguió Yauán.

– Cuarenta mil.

– ¡Perfecto! Yo te traeré treinta mil, lo que hace un total de sesenta mil... y luego, te indicaré un plan gracias al que podrás deshacerte de un golpe del hijo del Korani y de su banda.

Entonces fue cuando sugirió envenenarlos. La primera parte del plan fue de maravilla: Mangoberto envió comida envenenada a los mamelucos y a los *fidauis* encargados de vigilar el tesoro, y nada más probar el primer bocado, perecieron todos: desde el primero hasta el último. Ya solo le quedaba eliminar a Ibrahim y a sus compañeros; pero la providencia divina, que les reservaba otro destino, quiso que Shîha llegara justo en ese momento: descubrió inmediatamente todo el complot y tuvo tiempo de avisar discretamente a Ibrahim. Éste, echó una ojeada a su alrededor, y se dio cuenta de que todos los hombres de Mangoberto estaban fuera de las mesas; incluso el mismo *babb* permanecía de pie, detrás de él, con un aguamanil en la mano¹.

– Vamos, *babb*, ven a sentarte con nosotros –le invitó Ibrahim–. Uno no disfruta de la comida si no se comparte.

– Es que nosotros estamos en plena cuaresma –se disculpó Mangoberto.

– Pues en ese caso, ven a tomar unos pastelillos.

– No, no, que me producen bilis.

– Entonces, algún encurtido de vinagre.

– No, no; eso me hace moquear.

– ¡Maldito cabronazo! –estalló Ibrahim– ¡Quieres envenenarnos, sí!

– Ya puedes gritar tanto como te venga en gana, hijo del Korani –le remachó el inmundo personaje–. Tu tesoro está en mis manos y tus hombres ya están todos muertos, y vosotros: tanto si coméis, como si no, tened por seguro que no saldréis vivos de aquí.

– Antes te reventaré –rugió el León del Horân.

Ibrahim, amparándose de una enorme bandeja de cobre, llena de arroz, la levantó como si fuera una pluma, y se la arrojó a la cabeza de Mangoberto; éste, esquivó por bien poco el

¹ Esta costumbre aún no ha desaparecido en Oriente Medio, en los medios tradicionales; en las grandes ocasiones, el dueño de la casa se abstiene de tocar la comida, para velar por el confort de sus invitados.

proyectil, que fue a dar sobre la puerta de la sala, destrozándola en mil pedazos. Como un león furioso, Ibrahim saltó hacia la salida, *shâkriyyeh* en mano, seguido de sus dos compañeros y de los cuarenta mamelucos.

– ¡Cúbreme las espaldas! –gritó a su primo, al ver el patio abarrotado de soldados. Luego, lanzando su terrible grito de guerra, se arrojó contra los francos, seguido de sus compañeros.

X. 16 – El calvario de los héroes

El narrador prosiguió así su relato...



Nuestros héroes se pelearon con tal valentía, que consiguieron abrirse camino hasta la puerta del palacio; pero, de los cuarenta mamelucos, veinte sucumbieron en este primer asalto. Al traspasar la puerta, cayó sobre ellos una muchedumbre de soldados que bloquearon todas las salidas.

– Escucha, mi buen Saad, ¡éste es el momento de mostrarme que tienes dos pares! –le espoleó Ibrahim.

– ¡Cuenta conmigo, amigo mío!

Saad apoyó su espalda contra la de Ibrahim para cubrirle por detrás, y blandiendo su par de *shâkriyehs*, comenzó el combate; el sable entonó su

canto de muerte entre los gritos de los heridos y los alaridos de los agonizantes. Rodeados por todas partes, los musulmanes devolvían golpe por golpe; pero entonces, Yauán reunió a varios patricios, les envió a las torres, ordenándoles que desmontaran las tejas y que las arrojaran junto con el polvo sobre nuestros héroes. Medio ciego, Ibrahim continuaba luchando con el sable, lanzando furiosos rugidos, que aterrorizaban a cuantos le rodeaban, y tras un heroico esfuerzo, consiguió salir de la ciudad y llegar hasta el puente; pero, al volverse, vio que todos los mamelucos habían perecido, del primero al último.

Ahora bien, el maldito fraile, acompañado de Bartacûsh, Dukás y Mangoberto, se le habían adelantado, llegando hasta el puente, junto a la torre de defensa, en la que se abría una enorme puerta de hierro; por el lado derecho de la torre, una estrecha escalera permitía descender hasta el río. Así que Yauán y su tropa subieron a la torre para disfrutar del espectáculo.

– ¡Aplastadles, valientes hijos de la Iglesia! –vociferaba Yauán–. ¡Al que corte la cabeza al hijo del Korani, le prometo un sitio inmejorable junto a mi padre Asfût!

Así que, cuando llegaron al puente, Ibrahim, Saad y Edamor tuvieron que hacer frente a un nuevo ejército, que les cerraba el paso.

– ¡Esta vez estáis perdidos! –les gritaban los francos– ¡No escaparéis a la *mantara*!

Pero Ibrahim, rechinando los dientes, seguía combatiendo con todas sus fuerzas, con Saad siempre protegiendo su espalda; mientras, Edamor también acumulaba proezas y conseguía hacer retroceder a los francos; pero, se hallaba lejos de Ibrahim, y los enemigos aprovecharon para asaltarle por todas partes, machacándole a golpes: había recorrido ya la cuarta parte del camino del puente, cuando se derrumbó, herido de muerte. Ibrahim, entre tanto, seguía peleando, pero oyó la voz de Edamor que le pedía ayuda en nombre del pacto de hermanos que se habían jurado. Volviéndose, el heroico capitán vio a su amigo tendido en el suelo. Con un bramido terrible, se arrojó contra los francos que le rodeaban, y los dispersó como a una bandada de gorriones.

– Vamos, levántate, Edamor –le dijo Ibrahim– Di conmigo: “No hay más Dios que Dios y Muhammad es Su Profeta”.

– Es inúti; estoy perdido –respondió Edamor ya sin aliento.

– ¡Nada de eso! ¡Camina tranquilamente detrás de nosotros; yo me batiré por los dos!

Edamor se puso de pie y comenzó a caminar, mientras Ibrahim y Saad despejaban el camino; pero, al llegar a la mitad del puente, Edamor volvió a caerse por segunda vez.

– ¡Vamos, de pie! –le apremió Ibrahim– ¡Si aguantas aún una hora más habrás demostrado auténtico coraje!

Le ayudaron a incorporarse, e Ibrahim reanudó el combate, mientras le sostenía con la otra mano, y Saad les protegía las espaldas. De ese modo consiguieron franquear los dos tercios del puente; pero entonces, Edamor se derrumbó por tercera vez.

– ¡*Porca miseria!* –exclamó Ibrahim– Vamos, levántate, ya casi hemos llegado.

– No –suspiró Edamor– déjame caer como mártir de la verdadera Fe.

– ¡Vamos, déjale en paz! –le suplicó Saad– Si quiere morir como un mártir, déjale; de todos modos, con esas heridas ya no le queda nada de vida.

– ¿Cómo podría abandonarle? –replicó Ibrahim– Al partir de El Cairo, ¿no habíamos jurado que no nos separaríamos jamás?

– ¡Ah, claro! ¿es que te crees que tú vas a salir de aquí de rositas? –le replicó sarcástico Saad.

Echando una ojeada alrededor, Ibrahim pudo constatar hasta qué punto su primo tenía razón. Los ojos llenos de lágrimas, dejó a su compañero en el lugar en el que había caído, y regresó al combate; siempre atacando y jamás retrocediendo. Su poderosa voz se elevaba como el rayo, sobre la nube de polvo, y sus cargas se repetían incansables, como las olas del mar. Cuando los francos le acosaron muy de cerca, agarró al patricio que tenía más a mano, y lo arrojó contra sus compañeros, con tal fuerza, que el pobre desgraciado partió hacia la tumba, junto con todos aquellos sobre los que cayó encima. Pero los francos no dejaban de

acosarle, y muchos, llegaron a asestarle profundos sablazos: cuando llevaban recorridas tres cuartas partes del puente, Ibrahim chorreaba sangre; flaqueó su resistencia por la cantidad de sangre que había perdido y por lo que sudaba bajo el peso de su armadura de hierro. De pronto, le entró una sed terrible, y sintió como si su vesícula le fuera a estallar.

– ¡Saad, hermano mío, me muero de sed! –le dijo– Ve a buscarme un poco de agua, valiente guerrero: puede que éste sea el último servicio que te pida. Si al volver me hallas muerto, tú serás testigo de que he caído como un mártir de la verdadera Fe. Y tú, intenta ponerte a salvo para informar de nuestra muerte al sultán.

– No te muevas de aquí, mi viejo hermano –respondió Saad sorbiendo sus lágrimas– No tardo nada en ir y venir.

Se abrió paso entre los francos para ganar la escalera que llevaba al río, descendió los escalones y, al llegar abajo, se quitó su casco y lo llenó de agua; pero, cuando se disponía a volver, Yauán le vio desde lo alto de la torre.

– ¡Mira, Sable de Bizancio! Ahí está el hijo de la Diabete, que ha ido a buscar agua para su primo.

– ¿Y...? –replicó Bartacûsh– Déjale que beba un trago, ¡qué más da!

– ¡No! ¡Por mi religión, si el hijo del Korani consigue aplacar la sed, es muy capaz de continuar luchando durante veinticuatro horas, y hasta salirse de rositas!

De modo que Yauán dio orden a los patricios de que impidieran a cualquier precio que Saad se reuniera con Ibrahim y le llevara el casco lleno de agua. Los francos se presentaron justo en el momento en que Saad llegaba al puente, y le volcaron el agua del casco, a pesar de los desesperados esfuerzos que hizo para protegerlo. A fuerza de auténticas proezas, Saad consiguió romper el cerco y reunirse con Ibrahim, al que encontró totalmente ensangrentado a causa de las nuevas heridas que había sufrido.

– ¿Dónde está el agua, Saad? –gimió.

– Hermano, cuando te traía ya el casco lleno de agua, los francos me lo han volcado. ¡Es preferible que nos batamos juntos en retirada y descender hasta el río!

Intentaron entonces llegar a la escalera; Ibrahim golpeando y Saad, protegiendo su espalda. Pero al León del Horân la sed le estaba torturando de tal modo que de pronto sintió cómo sus fuerzas le abandonaban.

– ¡Ah, Saad, me parece que me ha estallado la vesícula! –gimió– Saad se lanzó hacia el río, exterminando a cuantos encontraba a su paso; ganó la escalera y descendió hasta el agua. De nuevo llenó su casco y ya iba de vuelta, cuando Yauán alertó por segunda vez a los patricios, para que pasaran al ataque. Como estos se encontraban en lo alto de la escalera, se hallaban en una posición de fuerza, y no les resultó difícil volver a volcar el casco por

segunda vez. Saad, no obstante, consiguió llegar hasta Ibrahim: temía no encontrarle con vida, pues su cuerpo estaba lleno de heridas, y todas de gravedad.

– ¿Dónde está el agua? –repitió Ibrahim.

– ¡Escucha, no consigo traértela! La única solución es continuar peleando hasta llegar al río.

De modo que siguieron luchando y terminaron por acercarse hasta el agua. Saad precedió a Ibrahim para llenarle el casco; pero, iba a darse la vuelta, cuando vio una enorme cabeza con la toga, el turbante y el casco de los *fidauis*, en el agua, gimiendo: “Agua, Saad, agua”.

Pensando que se trataba de la cabeza de Ibrahim, arrojó su casco, y lanzando un grito de desesperación; subió la escalera como una tromba, invocó la ayuda de su antepasado Baba Omar y se arrojó al vacío. De pronto, sintió una mano inmensa que le cogía en el aire y le depositaba al otro lado del puente; en ese momento, estirando sus largas piernas, se fue volando y no tardó en desaparecer.

Pero, en realidad, esa cabeza que Saad había creído que era la de Ibrahim, no era tal. Como ya hemos dicho a los nobles señores que nos escuchan, Yauán observaba el desarrollo del combate desde lo alto de la torre que controlaba el paso del puente. Cuando vio que Saad rellenaba el casco por tercera vez, y que Ibrahim se estaba acercando al río, temió que llegara a beber y que, por tanto, no escapara a la muerte; entonces, Yauán, viendo cerca de él a un conde de una corpulencia parecida a la de Ibrahim, le dijo:

– ¿Cómo te llamas, *figlione*?

– Ni’mat El-Masîh, para servirte, *abbone* –respondió el conde.

– Escucha, te necesito para llevar a cabo una treta contra el hijo del Korani. Si aceptas, te garantizo una propiedad de diez fanegas de tierra en el valle de Saqar¹.

– *Abbone*, aquí me tienes: dispuesto a dar mi vida por ti –le respondió el conde.

El maldito fraile envió a un soldado a que recogiera la toga, el turbante y la coraza de un *fidau* caído en combate, y ordenó a Ni’mat El-Masîh que se los pusiera.

– Ahora –prosiguió Yauán–, vas a aprovechar que el hijo de la Diabete está agachado cogiendo agua, para acercarte al hijo del Korani por detrás, y, si es necesario, no dudes en cargarte a dos o tres patricios de paso; yo te absuelvo por adelantado. Cuando esté a tu alcance, mátales; ¡entonces comprenderás las bondades que te serán concedidas!

De modo que el conde se aproximó adonde estaba Ibrahim; éste, absorbido por el combate, le tomó por un ismailí, al ver su toga y el turbante, así que le dejó acercarse sin sospechar nada. Cuando estuvo a su altura, el traidor conde le asestó un terrible golpe con el sable, cuya hoja, resbalando por el casco de Ibrahim, le hendió el rostro en dos, desde la frente, hasta los labios. En un último esfuerzo, antes de derrumbarse, Ibrahim le cortó la

¹ Uno de los nombres que en El Corán se da al infierno.

cabeza, que fue a volar hasta el río, y esa fue la cabeza que Saad había tomado por la de Ibrahim.

Pero cuando Mangoberto vio que Saad había podido escapar franqueando el río de un salto, se arrancó el sombrero y lo tiró al suelo.

– ¡Estamos perdidos! –gimió.

– ¿Y por qué? –se extrañó Yauán.

– ¡El hijo de la Diabete ha conseguido escapar! Ahora irá a anunciar la noticia al *rey* de los musulmanes.

– ¡No te preocupes, *babb!* Tú dispones de setenta mil hombres, y yo voy a ir a reclutarte otros treinta mil; con lo que tendrás un total de cien mil. Con ese ejército ¿qué vas a temer?

– Tienes razón: nada –reconoció Mangoberto–. Pero esos muertos, *abbone*, ¿no deberíamos enterrarlos?

– ¡En cualquier caso, no será hoy! –cortó el monje maldito– ¡Esta noche vamos a celebrar nuestra victoria y beber un buen *bibar*¹ a su salud! ¡Mañana los arrojaremos a la hoguera!

¹ Vino.

X. 17 - Se escapan los muertos



Por orden de Yauán, los patricios recogieron los cadáveres de Ibrahim y de Edamor, así como las cabezas de cuarenta mamelucos, y las depositaron en unas parihuelas. Transportado de felicidad, el muy sinvergüenza del maldito monje se puso a bailar de alegría.

— ¡Decreto que esta noche sea una noche de fiesta! — le dijo a Mangoberto— Así que da permiso a tus patricios para que participen en los festejos.

— A tus órdenes, *abbone*.

Mangoberto envió a buscar vino y, cuando llegó la noche, encendieron las antorchas. Yauán y Bartacûsh se instalaron en el salón principal de la torre, reuniéndose con ellos Dikás y Mangoberto, junto con los grandes del reino. Como tiene que ser, el honor de vaciar la primera copa fue para el maldito monje, que bebió la mitad, y la otra mitad la vertió sobre los cuerpos de Ibrahim y Edamor.

— Si me tenéis aprecio, imitadme —clamó Yauán—. ¡Estos descreídos jamás han bebido vino en toda su vida, así que, al menos, lo beban ahora, después de muertos!

No cabe duda de que Dios le inspiró con ese gesto, para que las heridas de estos dos héroes no se endurecieran, y, como había allí más de cincuenta invitados, los cuerpos fueron lavados totalmente con vino.

La borrachería se prolongó hasta las cuatro de la madrugada, y, a esas horas, todo el mundo andaba ya borracho como una cuba y roncando por los rincones.

— ¡Bien; parece que todo el mundo se ha dormido ya! —dijo Yauán a Bartacûsh— ¡Venga, nos vamos!

— Pero, ¿adónde?

— ¡A buscar una taberna que aun esté abierta y continuar con el beborcio!

– Así que Yauán y Bartacûsh abandonaron la torre y se perdieron por las callejuelas de la ciudad. Mientras tanto, los patricios, que estaban de permiso, se habían reunido en el puente, y andaban también bastante entretenidos festejando la victoria, cuando escucharon unos gritos del otro lado.

– ¿Qué sucede? –se extrañó un oficial.

– Es Mejeptor, el patriarca de El-Tôr, que acaba de llegar –le respondieron.

– ¡Qué raro! ¿Qué le habrá podido sacar de su convento y traerle hasta aquí a estas horas de la noche? En fin, qué más da. ¡Formad en dos columnas para recibirle dignamente!

Cuando llegó el viejo monje, los patricios y los oficiales se arrojaron a sus pies para obtener su bendición.

– ¿Se puede saber lo que pasa aquí? –les preguntó– ¿Qué hacéis fuera de las murallas de la ciudad en plena noche?

– ¡Nos han dado permiso, *abbone!* –respondieron– Y el *babb* está en la torre del puente celebrándolo.

– ¿Y eso? Que yo sepa no estamos en la fiesta de la Invenición de la cruz, ni en la de Pascuas...

– No, *abbone*, es porque hemos liquidado a Ibrahim y a Edamor.

– Muy bien, *figlioni*, pero ahora, tenéis que iros todos a vuestra casa, porque los Apóstoles han venido a verme, y me han enviado al país de los francos para avisar a todos los que me encuentre de que se encierren en sus casas, porque los Apóstoles desean pasearse por estas tierras, sin que se les moleste, y me han dicho que excomulgarán a quienes se encontraran por el camino.

Apenas pronunciadas estas palabras, los patricios se dispersaron en todas direcciones, corriendo a refugiarse en sus casas.

Pero... el patriarca Mejeptor no era otro que el mismísimo Shîha¹; éste, si os acordáis, había salido fiador ante el sultán de la vida de sus tres compañeros². Cuando estos abandonaron Roma, Shîha los siguió la pista hasta llegar al puente de Angobar y no se le escapó nada de lo que había sucedido. Si había dispersado a los patricios era para buscar un medio de recuperar los cuerpos. Contaba con dormir a Dukás y a Mangoberto por medio del *benj*³, y así poder llevarse a Ibrahim y a Edamor; pero, cuando entró en la sala del banquete, vio que no era necesario, pues todos estaban ya borrachos y dormidos.

¹ No es la primera vez que Shîha usurpa la identidad de este digno prelado que, además de centenario y aquejado de reumatismos varios, jamás saca las narices fuera de su convento; ver *Jaque al Rey de Roma*.

² Ver *Jaque al Rey de Roma*.

³ Narcótico utilizado por los aventureros para neutralizar a los enemigos.

Cargando con Ibrahim a sus espaldas, salió de la torre y llegó hasta un convento abandonado, que se encontraba no lejos de allí; depositó allí el cuerpo de Ibrahim, bajo un árbol del patio, y volvió a salir, cerrando bien la puerta, para ir corriendo a recoger a Edamor. Pero, al entrar en la sala, vio que el segundo cuerpo había desaparecido: lo buscó por todas partes, pero todo fue en vano.

– ¿Quién se lo puede haber llevado? –se preguntó para sí, perplejo.

Como es lógico, no podía saber que el cuerpo se lo había llevado un tal Constantino, sobrino de Mangoberto, que había asistido a la fiesta, pero se había despertado justo después de que Shîha partiera transportando a Ibrahim. Ahora bien, Constantino era propietario de un barrio de la ciudad, en el que había construido cuarenta palacios; al despejarse de la borrachera, se hizo el siguiente razonamiento:

– Si el hijo de la Diabete ha conseguido escapar, el *rey* de los musulmanes no tardará en ser informado; pondrá a todo su ejército en pie de guerra contra mi tío Mangoberto, y arrasará el-Aflâq, destruyendo de un golpe mi única fuente de ingresos. Lo mejor será llevarme los dos cadáveres a mi casa, darles una digna sepultura en mi palacio, y, así, cuando el *rey* tome la ciudad, yo le diré: “No destruyas este lugar en honor a los que aquí están enterrados”. De ese modo, no tendrá más remedio que dejarlo en pie...

Así que se acercó a las angarillas, y, viendo que Ibrahim había desaparecido, cargó únicamente con Edamor, al que se llevó a su palacio para enterrarlo. Pero, el Señor le inspiró la idea de consultar antes a un médico, para asegurarse de que el emir estaba bien muerto. Mandó a buscar a uno de los mejores galenos de la ciudad y le dijo:

– Querría que examinaras a este hombre y, si solo está herido y tú consigues curarle, habrás hecho tu fortuna.

El médico cogió un espejo y lo acercó a la boca de Edamor: un ligero vaho se depositó en el cristal.

– Señor –declaró–, aún está vivo, y queda alguna esperanza. Voy a hacer todo lo que pueda, y si sobrevive a esta noche, se curará.

De modo que el médico se empleó con todo su celo en sanar a Edamor, que consiguió salir del coma. Cuando Edamor se hubo repuesto, Constantino le cortó la cabeza al cirujano, y al criado que había ido a buecarle: era la mejor forma de evitar que se conociera el asunto. Entre tanto, Edamor recobró el conocimiento.

– ¿Dónde estoy? –preguntó.

– ¡Gracias, Señor! –respondió Constantino arrojándose a sus pies– Estás en mi casa.

Entonces, Constantino le contó con todo detalle cómo él le había salvado.

– ¡Esa es una buena acción que no quedará sin recompensa! –le agradeció Edamor– Tú no tienes nada que temer: yo salgo fiador de tu vida.

Así que Edamor se quedó reponiéndose en el palacio de Constantino, gozando de la más generosa hospitalidad.

X. 18 – El mágico baúl sanador



Shîha, después de estar un buen rato buscando el cuerpo de Edamor, y desesperando ya de poder encontrarle, regresó al convento abandonado para ocuparse de Ibrahim, y, sacando de su bolsillo una brizna de algodón, se la puso bajo la nariz y delante de la boca: al cabo de un momento, viendo que la hebra de algodón temblaba, se dio cuenta de que a Ibrahim le quedaba aún un soplo de vida. Comenzó a examinar el cuerpo más de cerca y detenidamente, constatando que había recibido numerosas heridas extremadamente graves. Indeciso, se vio inmerso en sus pensamientos, reflexionando tan intensamente que sus ojos se cerraron como si se hubiera dormido. Mientras se hallaba en ese estado de trance, vio a dos pájaros que se posaban sobre el árbol en el que había apoyado el cuerpo de Ibrahim. Hay quien dice que se trataba de los cuerpos espirituales de dos Hombres de Dios; otros, afirman que eran genios: solo Dios sabe el secreto de todas las cosas. Lo que es seguro es lo que el primer pájaro le dijo al segundo:

– Mira, hermano: este hombre de ahí, se llama Yamâl El-Dîn, y ese otro, es al que han herido los francos combatiendo por la verdadera Fe de Dios.

– ¿Hay alguna esperanza de que sobreviva, hermano? –preguntó el otro.

– Sí, desde luego, si Dios quiere, podrá salvarse gracias a un objeto de gran poder que se encuentra en los muros de este convento. Si Yamâl El-Dîn se despierta y escucha mis palabras; se levantará y llegará hasta el lugar en donde se cruzan dos caminos, a la derecha de la iglesia que está al este; después, tendrá que contar siete pasos, cavará la tierra y descubrirá una losa de mármol cuadrada, provista de una argolla. Tendrá que levantar la losa y descender hasta un lugar en el que hallará el objeto que le permitirá curar al herido.

Los pájaros, después de mantener esta conversación, volaron del árbol. Shîha no había perdido ni una palabra de esa charla entre las aves y, aunque sin creérselo demasiado, se levantó, fue hasta el cruce, contó siete pasos, y se puso a cavar; al poco rato dejó al descubierto una losa; la levantó y se encontró con una escalera que descendía hacia las profundidades de la tierra. Shîha, encendió su lamparilla, y bajó hasta el final de los peldaños, en donde halló un viejo baúl de madera, sobre el que había una bolsita de cuero.

Cuando la abrió, en el interior encontró un rollo de pergamino en el que habían escrito el siguiente mensaje:

“Oh, tú, que has llegado a este lugar; si tu nombre es Shîha Yamâl El-Dîn, y tu propósito es sanar a Ibrahim, el hijo de Hasan El-Horâni, has de saber que la cura no podrá llevarse a cabo si no es con este baúl”.

El resto del pergamino relataba el origen del misterioso artificio, cuya historia es la siguiente:

“En tiempos remotos había un anciano rey, llamado Angobar; él fue quien construyó el puente que llevaba su nombre. Este rey tenía un visir, Shâmej, con una hija de nombre Mâriya. Angobar, asimismo, tenía un hijo llamado Sayrân, que se daba asiduamente a la bebida.

Un día en que Sayrân había partido a dar un paseo, el destino quiso que se encontrara con la hija del visir. Como iba muy borracho, les gritó a sus criados:

– ¡Traedme a esa maravilla!

Los sirvientes fueron a por ella en el acto; pero la joven también llevaba a sus propios sirvientes, que bloquearon el paso a los del príncipe, avisándoles de que se trataba de la hija del visir; pero el joven Sayrân los puso en fuga, y se fueron corriendo a avisar a su señor. Furioso, el visir saltó sobre su caballo y, escoltado por varios soldados, corrió a atacar al secuestrador. La batalla se desarrolló sobre el puente: el hijo del rey no tardó en caer, víctima de numerosas heridas. Sus servidores marcharon corriendo para anunciarle al rey la funesta noticia. Éste acudió corriendo, y, al encontrar a su hijo sin vida, lanzó a sus tropas contra las del visir, que pereció en la contienda; después, hizo que transportaran al príncipe Sayrân al palacio real.

Pero, hete aquí que ese rey tenía a su servicio a cuarenta médicos, de los magos venidos de Grecia, y, tras examinar cuidadosamente al joven príncipe, y viendo que aún le quedaba un soplo de vida, fabricaron un baúl, cuyas paredes internas eran de vidrio, endurecido con una pasta de propiedades medicinales; hicieron una tapa, en la que habían practicado una abertura para que el enfermo pudiera respirar. Además, inventaron una píldora; a la que dieron el nombre de “píldora de la vida”, destinada a alimentar al herido. Depositaron al hijo del rey en el baúl, y todos los días le deslizaban por la abertura del cofre una píldora, con la que no necesitaba comer ni beber, con el permiso de Dios; además, y gracias a los Nombres divinos inscritos en el interior del baúl, tampoco tenía necesidad de evacuar la vejiga ni los intestinos.

El príncipe permaneció encerrado en ese baúl durante cuatro meses, cuatro días, cuatro horas y cuatro minutos, tras los cuales, salió de allí sano y salvo. Su padre celebró su curación con grandes festejos, y le casó con la hija del visir. Luego, pidió a un geomántico que consultara la arena para saber si ese baúl todavía podría ser de utilidad. El adivino arrojó un puñado de arena; observó los puntos y las líneas y emitió su oráculo:

– Un día, un hombre llamado Ibrahim caerá herido en este mismo puente, y será curado por Shîha Yamâl El-Dîn, gracias a los poderes de este baúl, pero solo, si Dios, el Omnisciente, así lo quiere.

Entonces, el rey decidió lo siguiente:

– Debemos guardar el baúl en un lugar seguro, junto con las pastillas que quedan y escribir en un pergamino el modo de empleo para que le puedan ser beneficiosas a esa criatura de Dios.

Redactaron el texto, que Shîha encontró en la bolsita de cuero, y depositaron todo en el lugar que acabamos de describir. Después... pasaron los días, y los años pasaron, hasta que Ibrahim fue herido y Shîha halló el escondite, y todo ello sucedió, conforme a lo prescrito por Dios.

El Maestro de las Argucias se hizo con una esponja y comenzó por limpiar las heridas de Ibrahim; luego, les aplicó jugo de vulneraria y las frotó con un bálsamo especial, destinado a facilitar la cicatrización. Después, le introdujo una pastilla en la boca: el herido emitió un gruñido, que dejaba augurar bien su curación. Por último, lo depositó en el baúl, cerró la tapa, y se quedó a su lado para prodigarle los cuidados necesarios.

Mientras tanto, Mangoberto, emergía con gran esfuerzo de su tremenda borrachera, y se dio cuenta de que los dos pretendidos cadáveres habían desaparecido sin dejar rastro. En ese momento, vio aparecer a Yauán.

– A ver ¿adónde están? –le preguntó el monje maldito.

– ¡Eh, que yo no sé nada, *abbone!* Francamente, no me acuerdo de gran cosa después de que comenzáramos a tomar el *bibar*...

Entonces, Yauán interrogó a los guardias.

– *Abbone* –le respondieron–, cuando llegó Mejleptor, abandonamos nuestros puestos para volver a nuestras casas...

En fin, que le explicaron todo el asunto del “paseo de los Apóstoles” y demás historias.

– ¡Otro golpe del hijo de Taalaba¹! –dijo Yauán echando pestes– Él se los ha llevado. Da igual: tú, *babb*, prepárate para rechazar a los musulmanes, que yo voy a encargarme de reclutar más tropas.

Yauán se fue sin esperar más, y, como de costumbre, seguido de su inseparable Bartacûsh. Dejémosles marchar, y volvamos ahora a Saad “Zancadas de Viento”, el hijo de Dibl El-Baysâni.

¹ Es decir, Shîha; sobre los orígenes y los inicios de este personaje, inexplicablemente unidos a los de Yauán, ver *La Traición de los Emires*.

X. 19 – Infortunios de un fugitivo



Después de escapar del puente de Angobar, el hijo de *Dibl El-Baysâni corrió sin parar hasta llegar a Bursa¹, en donde *Massûd Beg le recibió con los brazos abiertos.

– Dime, Saad, ¿qué buenas nuevas nos traes?

– Las noticias que traigo no son nada buenas –respondió lúgubrememente el joven–. Recitemos la *Fâtiha*.

– Ojalá tú puedas sobrevivir mucho tiempo a mi hermano Ibrahim² –replicó, cuando acabaron de rezar.

– ¡No, eso no es posible! –exclamó Massûd aterrado– Pero, dime: ¿murió de muerte natural o en combate?

Saad le hizo un detallado relato de los acontecimientos, y, en el acto, Massûd Beg puso a sus tropas en estado de alerta, y tomó todas las disposiciones necesarias para unirse a la campaña que el sultán no dejaría de lanzar. Mientras tanto, Saad retomó su marcha; llegando así hasta

el Horân, en donde se presentó de inmediato ante *Hasan³.

– Bienvenido seas, sobrino –le deseó el viejo capitán– Pero, dime, ¿dónde está tu hermano Ibrahim?

– Se ha cumplido lo que ya estaba escrito: ha muerto como mártir de la Fe en el puente de Angobar.

– ¡No! ¡No puede ser! ¡Qué desgracia, mi pobre hijo! –gritó Hasan, estallando en sollozos.

Pero Saad se estaba muriendo de hambre, y al ver que no podía contar con Hasan para que le diera algo de comer, le dejó solo con sus lamentaciones y bajó al pueblo que se hallaba junto a las murallas; pues allí era en donde vivían las mujeres, mientras los hombres se

¹ Ciudad de la actual Turquía, en la costa del mar de Mármara; fue, a partir de 1326, la primera capital del sultanato Otomano, hasta la conquista de Constantinopla en 1543. En el “Baibars”, Bursa es un principado musulmán, más o menos, vasallo de El Cairo.

² Fórmula ritual destinada a conjurar el carácter funesto del anuncio de una muerte.

³ El padre de Ibrahim el “León del Horân”.

pasaban el día en la ciudadela. Así que Saad se fue derecho a la casa de Aïsheh “La Canosa”; al verla ocupada cocinando pan, acompañada de su hija Fâtme, echó mano a unos cuantos panecillos y comenzó a mordisquearlos.

– Hola, querido sobrino –le dijo La Canosa–, danos alguna buena noticia de tu hermano Ibrahim.

– Quiera Dios que le puedas sobrevivir mucho tiempo, y también tu hija, la *labweh* Fâtme, recibir en parte los años que le quedaran.

– ¿Te parece bonito, hacer esas bromas a cuenta de tu hermano? –se indignó Aïsheh– ¡Ojalá tus malvadas palabras se vuelvan contra ti; pájaro de mal agüero!

– No es una broma, tía mía –respondió Saad derramando lágrimas a mares– Yo he visto con mis propios ojos volar su cabeza.

– ¡Dime, viejo! –le espetó La Canosa a su marido que acababa de entrar– ¿Es verdad lo que dice Saad?

Y sin dar un respiro, La Canosa comenzó a entonar las albórbolas fúnebres, mientras su hija se enfrentaba contra el pobre Saad:

– ¡Mirad bien a este tonto! ¡Tú eres el que ha matado a mi hermano, y ahora vienes aquí, con la boca llena de pan, a anunciarnos su muerte!

Y de pronto, Fâtme, empuñando el pincho de avivar el fuego, se lanzó sobre Saad.

– Pero bueno, ¡a ti qué mosca te ha picado! ¿Me quieres sacudir por unos pocos panecillos? ¡Tómalos, y así revientes con ellos! –concluyó Saad, arrojándoselos a la cara.

Huyendo a todo lo que le daban sus largas piernas del Horân, en donde solo se escuchaban llantos y lamentos, llegó rápidamente a Baysân, y se presentó en el acto ante su padre Dibl.

– ¡Bienvenido, Saad! –le saludó su padre– ¿Pero, dónde está tu hermano Ibrahim?

– ¡Qué desgracia! –suspiró Ibrahim– le dejé sobre el puente de Angobar; yo vi su cabeza caer en el río.

– Y tú, te has librado...

– ¡Sí, y me muero de hambre!

Mientras Saad andaba contando sus desventuras en el Horân, su padre ordenaba a un criado traerle algo de comer. Saad se instaló delante del plato sin esperar a más, y estaba a punto de llevarse la primera tajada a la boca, cuando Dibl, de una magistral bofetada le hizo volar por los aires.

– ¡Pedazo de inútil! –vociferó– ¡Han matado a Ibrahim, y tú no piensas más que en llenar la panza! Pero ha llegado tu hora.

Tumbándole de espaldas, le puso un pie sobre el pecho y sacó su puñal. En ese mismo momento en el que iba a atravesar el corazón de su hijo, sintió que una mano le sujetaba el brazo; al volverse, vio a Hasan El-Horâni.

– Desgraciado ¿Qué ibas a hacer? –le preguntó éste.

– ¡Deja que le mate! ¡Déjame que mate a este cobarde que ha abandonado el cuerpo de su hermano y se ha dado a la fuga para salvar el pellejo! –gritó Dibl.

– ¡No, hermano! Teníamos dos ojos, y hemos perdido uno; no nos prives del otro.

Tras muchos esfuerzos, el viejo capitán consiguió llegar a convencer a su cuñado de soltar su presa, que, en cuanto se vio libre, Saad, de un brinco salió por la puerta.

– ¡Hasta otra! –les lanzó– ¡Nos vemos en el mercado de la ciudad!

Y a todo lo que le daban sus piernas, salió a toda velocidad hacia El Cairo.

– ¡Bienvenido, Saad! –le dijo el sultán– Dime ¿qué buenas nuevas nos traes?

– Escucha, me muero de hambre y de sueño, y lo que te tengo que contar es largo y complicado. Déjame primero llenar el estómago y dormir bien, y, cuando me despierte, te contaré lo que ha pasado con todo detalle.

Apiadado por el lamentable estado de su escudero, el rey hizo que le sirvieran una buena comida; Saad satisfizo su hambre, y, luego se fue a tender a la sala reservada a los *fidauis* del Horân, se desplomó sobre un lecho y durmió veinticuatro horas de un tirón. Cuando se despertó, se presentó ante el Consejo, hizo una respetuosa y profunda reverencia al rey, y le entregó el documento sellado por Mangoberto, junto con el testamento de Ibrahim; puego, le relató minuciosamente todo lo que les había sucedido desde que salieron de El Cairo. Cuando anunció la muerte de Ibrahim, los *fidauis* estallaron en lamentos y amenazas.

– ¡Por mi vida! –tronó el sultán– ¡Que no dejaré piedra sobre piedra de El-Aflâq! ¡Pasaré el arado por las ruinas de su ciudad y sembraré cebada para mis caballos!

En el acto, ordenó al visir Shâhîn que avisara a los virreyes de las provincias, poner a las tropas en pie de guerra, y concentrarlas en Bursa para, inmediatamente, marchar sobre El-Aflâq.

– ¡Y vosotros, valientes Hijos de Ismail, reunid a vuestros hombres; nos reuniremos bajo las murallas de la ciudad! –concluyó el sultán.

X. 20 – Las lágrimas de Saad



El sultán se vistió con su armadura de guerra y se puso en camino, flanqueado por Saad. Partieron hasta llegar a Damasco en donde hicieron alto bajo las murallas de la ciudad.

– Saad –dijo el sultán–, ve a buscarme alguna cosa con un poco de grasa para comer.

El joven se fue a la ciudad y trajo un *bsîseh*, que se lo ofreció al sultán; pero éste, apenas había tragado un bocado, cuando vio a Saad estallar en sollozos.

– Dime, Saad, ¿qué te sucede? –se inquietó.

– Oh, mi rey; me estaba acordando de Ibrahim, cuando me mandó a buscar agua y vi caer su cabeza en el río...

De pronto, el rey también comenzó a llorar.

– Quita ese plato de mi vista, Saad, se ma ha quitado el apetito –le ordenó.

Éste no se lo hizo repetir dos veces, y, mientras el sultán sollozaba limpiándose las lágrimas con el pañuelo, Saad atacó valientemente la *bsîseh*, tragándosela con tal ardor, que se la zampó entera en un abrir y cerrar de ojos.

Retomaron la marcha y pronto llegaron a Homs. Allí, el rey dio a Saad una moneda de oro y le pidió que fuera a buscar algo de comida a la ciudad. Se trajo una pierna de cordero asada en olla de barro, se la presentó al rey y se fue a arreglar sus asuntos. El rey estaba a punto de atacar la pierna de cordero, cuando vio que a Saad de nuevo se le saltaban las lágrimas.

– Y ahora, ¿qué es lo que te pasa? –le preguntó el sultán a Saad.

– Me estoy acordando del día que pasamos por aquí con Ibrahim. ¡Qué pena, y ahora, estoy solo...!

El rey sintió cómo el corazón se le oprimía, y no pudo probar bocado.

– ¡Llévate esto de mi vista! –ordenó a Saad llorando a lágrima viva.

¡Saad se lanzó sobre la pierna de cordero y, antes de que el rey hubiera levantado la cabeza, ya no quedaban ni los huesos! Saad hizo la misma jugada varias veces aún, pero, antes de llegar a Alepo, el rey le advirtió:

– Ve a buscarme un guiso de carne bien grasa: dicen que la carne de Alepo es excelente... Y, esta vez no te pongas a llorar y déjame comer en paz.

– ¡Entendido; no lo volveré a hacer! –prometió Saad.

El propio Saad vigiló la preparación del guiso para que fuera al gusto del rey; luego, le presentó el plato; toda esta operación le había llevado bastante tiempo.

– ¿Por qué has tardado tanto? –se extrañó El-Zâher-Baïbars.

– Come tú primero, yo me serviré después.

– No, hombre, no; acércate y comamos juntos.

Después de haber satisfecho ambos su apetito, volvieron a emprender la marcha y, días más tarde, llegaron a la vista de El-Aflâq. Allí descubrieron que había un ejército inmenso; tan inmenso como el inmenso mar. El rey no se dejó impresionar por ello, y murmuró:

– ¡Malditos perros!; ¡hacéis bien en ser numerosos, porque si Dios quiere, váis a acabar como botín para mis tropas! Saad; ¿puedes mostrarme el lugar en el que cayó Ibrahim?

X. 21 – Ibrahim vuelve a casa



Tras una breve laguna, volvemos a retomar nuestro manuscrito de base. Baïbars ha sitiado El-Aflâq; Shîha no tarda en reunirse con él, y le anuncia que ha conseguido salvar la vida a Ibrahim; en fin, que todo se desarrollaba dentro de la normalidad. Pero, había que contar con la familia del herido, y sobre todo con su hermana, la terrible Fâtmeħ: así que cuando la dama desembarca, armada de pies a cabeza, a la cabeza de veinte mil vírgenes del Horân, y flanqueada por sus parientes, que, manifiestamente cansados debido a su avanzada edad, parecían haber bajado los ánimos ante las iniciativas más o menos afortunadas de su ardorosa progeneritura.

Hay que reconocer que las admiradoras de Ibrahim son temibles; además, su presencia ante el ejército es un desafuero político insoportable, tal y como se concebía en esas lejanas épocas nada claras, y, Baïbars hace todo lo posible por mandar de vuelta a las jóvenes a su

Horân natal. En esta entrega, le sorprendemos en plena discusión con Fâtmeħ.]

– Te juro que sólo nos marcharemos de aquí en uno de estos tres casos –afirmó rotundamente Fâtmeħ–: o bien matamos a todos los francos a filo de espada, cortándoles las orejas para hacer collares y colgarlos del cuello de nuestras cabalgaduras; o perecemos aquí hasta la última de nosotras para vengar a Ibrahim; o, se nos devuelve a Ibrahim vivo y totalmente sano y salvo, tal y como le vimos partir.

– Entonces, si se os entrega a Ibrahim, ¿regresaréis a vuestra casa? –insistió el sultán.

– Sí.

– Está bien; esta noche, a las cuatro de la madrugada, cuando todo esté tranquilo, venid a reuniros conmigo a mi pabellón, y yo te mostraré a tu hermano Ibrahim.

Ante estas palabras, Fâtmeħ corrió a arrojar a los pies del rey.

– Vamos, no te preocupes, todo irá bien –la tranquilizó el rey.

Luego, el sultán se levantó; Hasan se apresuró a traerle su semental cap-de-moro. Baïbars montó en su cabalgadura y volvió a su pabellón, en donde se sentó rodeado de los grandes del reino y de los visires. Pasó la noche despachando con ellos; luego, a las dos de la

madrugada, les ordenó que se retiraran, conservando solo a Shîha, al que le contó su encuentro con Fâtmech.

– Efendem, estas vírgenes de las montañas son testarudas como mulas –comentó el Maestro de las Argucias– ¡No conozco nada más venenoso que las gentes del campo!

Poco después, vieron llegar a Hasan El-Horâni, flanqueado por su hija Fâtmech, y su esposa, Aïsseh La Canosa, la madre de Ibrahim; después de que les autorizaran a entrar, avanzaron hasta el trono y se inclinaron profundamente, hasta el suelo, tal y como requería la etiqueta.

– Yamâl El-Dîn, muéstrales a Ibrahim –ordenó el sultán.

Shîha les condujo a un compartimento interior de la tienda, y les enseñó el baúl.

– ¡Qué significa esto! –protestó Fâtmech– ¡Está muerto y requetemuerto!

– ¡Ni mucho menos! –corrigió Shîha– Está todo lo vivo que puede estar.

Y Shîha comenzó a darle todas las explicaciones del caso, pero sin éxito alguno.

– Ya puedes decir todo lo que quieras; pero yo no me creo ni una palabra hasta que no abras ese baúl, y yo pueda ver con mis propios ojos si está muerto o vivo –cortó Fâtmech.

– ¡Guárdate bien de hacer tal cosa, noble *labweh*¹! –exclamó el Maestro de las Argucias– Si abres el baúl, le pondrás en un grave peligro. Confórmate con hablar a través de los pequeños agujeros que he hecho para dejarle entrar el aire: puede que te responda.

La joven se inclinó sobre el baúl y gritó:

– ¡Eh, Ibrahim, hermano mío!

Entonces se oyó una débil voz que salía del interior:

– ¡Aquí estoy!

– ¿Quién soy yo? –insistió la joven.

– Mi hermana Fâtmech.

Entonces, fue su padre quien le habló, y luego, La Canosa, su madre, avanzó hasta el baúl.

– Y yo, ¿quién soy? –preguntó La Canosa.

– ¡Tú eres mi anciana madre! ¿Cómo no iba yo a reconocerte?

Ante esas palabras, la venerable matrona se golpeó el pecho y comenzó a ulular “¡Ah, mi pobre chiquitín!”, con una voz tan aguda que hizo que se doblaran los mástiles que sujetaban el pabellón.

– Bueno, pues yo, tengo que estar segura –continuó Fâtmech, aún escéptica– ¿Quién me dice a mí que no me habéis montado una engañifla, como las de Yauán, escondiendo a alguien ahí adentro y haciéndole pasar por mi hermano? ¡Si queréis que os crea, abrid el baúl!

¹ “Leona”: título que se da a las Amazonas ismailíes.

– Escucha, hija de valientes –la advirtió Shîha–, si yo le expongo ahora al aire libre, tendrá que pasar otros cuatro meses ahí dentro, mientras que ahora está, casi a punto de aliviar su sufrimiento.

Pero, ante la inquebrantable obstinación de la joven, no tuvo más remedio que levantar la tapa del baúl. Se dice que entonces Ibrahim dio un grito de dolor y exclamó:

– ¡Ah, Yamâl El-Dîn! ¿Por qué me has hecho eso? ¡Mis heridas ya estaban casi cicatrizadas, y ahora se han vuelto a abrir!

Alertado por el ruido, el sultán vino a reunirse con ellos.

– Pero bueno, ¿qué es lo que os pasa? –les preguntó.

Shîha le explicó lo que había sucedido.

– ¡Ah, qué tontería has hecho! –le reprochó el rey.

– ¿Y qué querías que hiciese, *efendem*? –replicó Shîha un poco molesto– ¡Estos Horânis son peor que una falsa piastra; no hay manera de desembarazarse de ellos!

– ¡Sólo en Dios reside la fuerza, el Altísimo, el Todopoderoso! –suspiró El-Zâher-Baïbars, resignado– Y ahora, Fâtme, ¿cuáles son tus intenciones? –continuó el sultán dirigiéndose a la joven– ¿Has visto a tu hermano? ¿sí o no?

– Desde luego que sí.

– Pues bien, en ese caso, vas a regresar con tus compañeras; esta noche, haréis todos los preparativos, y mañana, al alba, ¡levantaréis el campamento de aquí!

– *Efendem*, por supuesto que nos marcharemos, pero querríamos llevarnos el baúl con nosotras para trasladar a mi hermano al Horân.

– ¡Pero eso no es posible! –protestó el rey– Sus heridas aún no están curadas; incluso acaban de volver a abrirse. Sería preferible dejarle aquí, con los buenos cuidados de Yamâl El-Dîn; si os lo lleváis con vosotras, os arriesgáis a causarle la muerte.

– Deja que nos lo llevemos, *efendem*, y responderemos de todo –insistió Fâtme–. Si se cura, será una alegría, y si muere, al menos nos quedará el consuelo de enterrarle en su propia tierra.

– Está bien; confíáselo, Yamâl El-Dîn –se resignó el sultán– Y no olvides de darles también los remedios.

Shîha les entregó un cucurucho de papel con las preciosas y salutíferas píldoras, y les ordenó que se abstuvieran de volver a abrir el baúl, y de no volver a dirigir la palabra a Ibrahim hasta el final del tiempo fijado para su curación; evitar que respirara el olor de la carne cocida y de los perfumes, y mantener el baúl al abrigo de los rayos del sol, de la luna y de las estrellas. En fin, que les explicó una y mil veces todos los detalles de cómo cuidar al herido, antes de entregarles el baúl. Saad lo transportó a sus espaldas, y los Horâníes se retiraron, volviéndose al pequeño valle en el que habían levantado su campamento; en

cuanto llegaron, desmontaron las tiendas a la luz de la luna, cargaron todo el equipaje en sus camellos, y se fueron antes de levantarse el sol. Saad se quedó con ellos para ayudarles, acompañándolos durante las primeras horas del viaje; luego, se despidió y regresó al campamento del rey. Y esto es lo que sabemos respecto a Ibrahim, las vírgenes del Horân y Hasan. Mientras tanto, el rey se había quedado solo con Shîha.

– Comendador de los creyentes, la suerte de Ibrahim me preocupa y mucho –le comentó al rey.

– Qué quieres que te diga –respondió el sultán–; si no ha llegado al final de los días que Dios le ha concedido, vivirá, y, en caso contrario, pues no podemos hacer otra cosa que confiar en Su misericordia. Desde el momento en que su familia lo reclamó, no teníamos derecho alguno para negárselo.

– Ojalá Dios haga que todo termine bien –concluyó Shîha, levantándose para despedirse.

X. 22 – Un nuevo rival para Shîha



Shîha se retiró a su tienda, y el rey se quedó solo y fue a tenderse en su lecho. Pero, esa noche, nadie se encargaba de vigilar el pabellón del rey; pues, como ya conoce mi respetable audiencia, Saad se había ausentado por la noche, y, evidentemente Ibrahim estaba fuera de juego. Ahora bien, Saad e Ibrahim eran los dos encargados de esa vigilancia, y a nadie se le habría ocurrido hacerse con sus prerrogativas; así que... el rey no tardó en dormirse –¡gloria a Aquel que nunca duerme!–, y, sumido como estaba en un profundo sueño, de pronto, tuvo la impresión de que una montaña caía sobre él, aplastándole de la cabeza a los pies. Al tomar conciencia, percibió en la oscuridad a un ser humano: era una especie de coloso, gordo y grande como un joven búfalo, que se había sentado a caballo sobre él, sujetándole con ambas piernas.

Creyendo que se trataba de una pesadilla, el soberano se echó a temblar.

– ¡Imploro la protección de Dios contra Satanás el lapidado! –pronunció el rey– ¡En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso!

– ¡Nada temas, *dawlatli*¹, que el Nombre de Dios sea sobre ti! –replicó el misterioso visitante– Duérmete tranquilamente y que tengas buenos sueños.

– ¡Cómo diablos quieres que me vuelva a dormir, después de un susto así! –protestó el rey– Y, además, ¿quién eres tú?

– Mi nome –ojalá quede grabau pa siempre en el corazón de tus enemigos– es Siwân, hijo de El-Afaa, el hereu de la hermana de Yabal, fillo e “Cabeza viejo con las sienes grises”, de la ciudadela El-Ulayqa² –proclamó orgullosamente el hombretón–. Hace ya mucho tiempo

¹ Título turco-árabe, que viene a significar algo así como “príncipe” o “señor de mis tierras”, utilizado por los ismailíes para dirigirse a Baïbars.

² Salvo error, ninguno de estos personajes ha aparecido hasta ahora en el “Baïbars”, y esa ciudadela, en cuestión, tampoco ha sido mencionada nunca.

que partí en busca de mi tío materno, el capitán *Maarûf, y anduve errante por tierras de los francos; investigando en cada convento y en todos los reinos y ciudades que estuvieron a mi alcance; pero no he encontrau ni el menor rastro el capitán. Así que, volví a mi casa, a El-Ulayqa, y al llegar, encontréme cuánto había cambiau todo, y dijéronme que los valientes *fidauis* estaban a tu servicio, y que tú nos habías colocau como sultán a una especie engendro e beduino medio enanu. “¡Maldita sea¹ –díjeme pa mi coletu–, esu no me presta nada! Con que, si esu es así, ¡a ese principuco El-Zâher échole yo del tronu!; ¡el Yerbajillu² ie home muerto! ¡y yo, hágame sultán y que el buen Dios me conceda la gloria eterna!” Pero, en ese momento, los otros paisanus vinieron a verme:

– Escucha, Siwân –dijéronme–, El-Zâher ie un buen tío, un tío con honor y religioso; mejor ie que marches pa verle y decíle quién eres tú: seguro que entonces ia de nombrate sultán e los castillos y las ciudadelas, en lugar del otrú”.

Así que aquí estoy: ahora, dame un pedacín de papel como que tú me nombras sultán.

– ¿Pero es que te crees que eso es un cucurucho de caramelos? –protestó el rey– ¡Primero has de merecerlo! Es cierto que he confiado ese cargo a Shîha; pero, no antes de que llevara a cabo para mí más de mil misiones, y, si una era difícil, la siguiente lo era aún mucho más. Y tú; tú aún no nos has mostrado de lo que eres capaz.

– ¿Yo? –se indignó Siwân.

– ¡Sí, tú! ¿A quién te crees que le estoy hablando?

– ¡Por mi cabeza!: si dígole yo a mis botas: “¡id allá abaju!”, ellas irán! No tienes más que mandame lo que tú quieras.

– Está bien: ¡vas a ir al campamento de los francos y me traerás a Dukás!

– ¡Hecho! –se pavoneó Siwân– Mientras tanto, ale, dame ese papelín.

– Sí, sí; cuando vuelvas.

– ¡Ni hablar, fillo mío! ¿Tómasme por tontu, o por faltoso? Anda, rápido, escíbeme el papelín, y por la vida e mi padre, que yo tráigote aquí a tu Dukás ese.

– Es que no tengo ni papel, ni nada con lo que escribir –objetó el rey.

– Eh, eh, *dawlatli*, como se suele decir: “Quien quiera viajar por mar, no ha de partir sin bizcochu”. Dudé un poquinín, y al pasar por Tiberíades, compréme este plumier por diez *otmanis*³, y trájeme esta hoja e papel que encontréme en casa, en el castillo.

– Está bien, está bien; levántate de mis piernas, y te escribo una nota –suspiró el sultán.

El *fidauí* se levantó enseguida, y le tendió la pluma, el tintero y la hoja de papel. El rey garabateó unas pocas líneas, plegó la hoja cuidadosamente y la selló.

¹ En la intimidad, o cuando son presas de una fuerte emoción, los ismailíes tienden a usar su dialecto, característico de las regiones rurales y montañosas de Siria; la traducción se esfuerza en reproducir con mayor o menor acierto esta peculiaridad.

² Se refiere a Shîha.

³ Moneda otomana equivalente a un tercio de *para*: 1/120 de piastra.

– Y ahora, ¡vete a buscarme a Dukás! –le ordenó el rey.

El *fidaii* se eclipsó; minutos más tarde, estaba de vuelta, llevando al guerrero franco bien drogado y metido en un saco.

– Aquí tienes, *dawlatli*: ¡estu es lo que se dice hacer un buen trabajo! –declaró triunfante– Homes como yo ie lo que hay que nombrar pa sultán e los castillos; y no al Yerbajillu. Vamos, ahora dami el papelín ese.

El-Zâher le entregó el objeto de sus deseos:

– Mañana, después del combate, ven a reunirme conmigo en mi pabellón: allí, te entronizaré solemnemente en presencia de los *fidaiis* –le aconsejó.

Cuando Siwân se hubo retirado, abrazando amorosamente su trozo de papel, el sultán llamó a los guardias que vigilaban la tienda en donde estaban los prisioneros y les confió a Dukás para que le encadenaran. El-Zâher, después de tanta agitación, perdió las ganas de dormir definitivamente, y se pasó el resto de la noche en vela.

En cuanto a Siwân, mientras andaba deambulando entre las tiendas del campamento, de pronto, tropezó con un hombre que estaba tumbado en el suelo, y que, al pisarle, protestó enérgicamente.

– Pero bueno, ¿se puede saber dónde tienes los ojos? ¡A ver si miras adonde pones los pies, pedazo de palurdo!

– ¡El palurdo lo serás tú! –le replicó el *fidaii*– ¡A quién se le ocurre! ¿Quién te ha mandado tumbarte en mitad del camino?

Al observar a su interlocutor más de cerca, se dio cuenta de que estaba hablando con un derviche mendicante.

– Por cierto, mi dervichín, ¿no sabrás tú leer? –le preguntó ya en un tono más dulce.

– Claro que sí. ¿Qué quieres que te lea?

– Pues es que... ando con un papelín, y prestaríame que me lo leyeras.

– Y ¿cómo quieres que te lo lea; con una noche tan negra como el carbón?

– Espera un poco, que te alumbre.

Siwân metió la mano en su saco de herramientas y sacó una linterna ciega y una caja de cerillas de azufre.

– ¡Ya está! –exclamó Siwân encantado– Ahora, tócate a ti.

El derviche cogió el papel y descifró lo siguiente:

“*Por orden del rey, Siwân es nombrado sultán de los gatillos y de las candelas*”.

– ¡Pon atención a lo que lees! –le bufó Siwân– ¿Qué tontunas me cantas con eso de tus cestillos y tus candelas?

– Escucha, yo... leo lo mejor que puedo –se explicó el derviche.

– Míralo bien; no ie “de los gatillos y de las candelas”; lo que debe decir y estar escrito ie “de los castillos y de las ciudadelas”.

– ¡Sí, sí; estoy seguro! –exclamó el derviche– ¡Ahora lo veo bien todo!

– Entonces, pedazu e faltosu, no es lo que yo te había dicho... Con que ¡de los gatillos y de las candelas! ¿eh? Y ahora, dime, mi dervichín; ¿qué dice después? Sí, en esa línea de abajo, ¿qué poni?

– Espera... aquí dice: “el arroz con leche, cuanto más frío esté, mejor sabrá” –descifró el derviche.

– ¡Esu ie verdad, esta vez no te has equivocau! Paréceme que el rey debía tener fame... Bueno, ahora dame mi trozo e papelín.

Cogió su precioso documento, y luego hurgó un buen rato en su bolsa.

– Lo siento, mi dervichín –concluyó–: por más que he mirau por todas partes, no he encontrau ni un céntimo para darte; pero no te priocupes: no tienes más que venir a verme cuando yo sea sultán, y te recompensaré como se debe.

Tras estas palabras, dejó al derviche allí plantado y se marchó.

A la mañana siguiente, los tambores de guerra batieron en ambos campamentos. Se dice que ese día la batalla fue terrible: por la noche, montones de cadáveres – ¡Dios nos proteja! – atestiguaban la violencia de la batalla. Es cierto que el ejército de los francos contaba con cien mil hombres, pero el de los musulmanes era igual de numeroso, además de fuerte, gracias a que en sus filas se hallaban los *fidauis*, los kurdos ayyubíes, los dailamitas, los turcos, los turcomanos y los circasianos; además de los contingentes de los virreyes de las provincias. Más de cincuenta mil guerreros perecieron ese día, pues era tan enorme y compacta la multitud, que los caballos no podían ni siquiera maniobrar. Por fin, los tambores tocaron a retirada y los dos ejércitos se separaron, mientras los francos enarbolaban sus *banderas*¹, pidiendo una tregua.

El sultán se fue en ese momento a su pabellón para recibir la enhorabuena y felicitaciones de los Combatientes por la Fe. Cuando se hubieron reunido todos los *fidauis*, se dirigió a *Sulaymân el Búfalo:

– Dime, capitán, ¿conoces tú a un tal Siwân, hijo de El-Afaa?

– Por supuesto, Comendador de los creyentes. Es un *fidauí* de la ciudadela de El-Ulayqa, e hijo de la hermana de Yabal, hijo del “Cabeza de viejo, el de las sienes grises”. Hace mucho tiempo que partió en busca de Maarûf... Pero, ¿por qué me preguntas eso? ¿algún problema? Esperemos que, si Dios quiere, todo vaya bien.

– Pues porque ayer vino a verme y me trajo cautivo a Dukás, a cambio de que le proclamara sultán de los castillos y las ciudadelas.

¹ Sic.

Y el rey le relató su encuentro con el *fidaii*.

– ¡Me muero de risa! –comentó el valiente capitán– En tanto el Maestro de las Argucias siga en su puesto, ese pequeño bocazas no tiene ni la más mínima oportunidad, así hubiera capturado a veinte Dukás...

Mientras charlaban de esa manera, un derviche penetró de pronto en el pabellón, invocando a voz y en grito la protección de Dios sobre el rey.

– *Haqq-e dôs*¹ –proclamó– ¡Dios es generoso con los que aceptan sus desgracias con paciencia! ¡*Hi vallah ya ho!* –prosiguió, avanzando hacia el trono y haciendo una profunda reverencia ante el sultán, que ordenó entregarle cien monedas de oro.

– Disculpa, *efendem* –protestó el derviche–. Yo no deseo ni oro, ni plata.

– Entonces, ¿qué deseas?

– ¡Que me nombres sultán de los castillos y de las ciudadelas!

– Pero, mi buen derviche, ¡tú eres un mendigo que vives en paz con Dios! ¿Qué necesidad tienes de ser sultán?

– Oh, Comendador de los creyentes, he oído que se te había metido en la cabeza ofrecer ese título al primero que llegara, y entonces me dije que yo era tan digno como cualquier otro...

– Te conjuro por el Supremo Nombre de Dios: ¿quién eres tú? –le preguntó el rey, que ya comenzaba a sospechar algo.

– *Efendem*, yo soy el esclavo que guarda tu puerta, tu escudero, Shîha –respondió el derviche esbozando una amplia sonrisa.

– ¿Y a qué viene toda esta mascarada?

– Pues porque ha llegado a mis oídos que Tu Majestad había confiado mi cargo a Siwân, y yo he venido simplemente a ver si eso era cierto...

– ¡Vamos, vamos, Yamâl El-Dîn! –protestó el rey– Antes de nada, toma asiento, por favor... En realidad –prosiguió el rey–, al no saber cómo quitármelo de encima, le redacté un simple papelillo nombrándole sultán de los gatillos y de las candelas.

Estaban en esas, cuando de pronto, se abrió la cortina que cerraba la entrada y vieron aparecer a Siwân.

– ¡Que el buen Dios os dé fuerzas, compañeros! –lanzó a los allí reunidos.

– ¡Ojalá Dios también te dé fuerzas a ti! –respondió el rey, disimulando una sonrisa.

– ¿No habrá por aquí uno que se llama Zâher? –prosiguió el otro en el mismo tono.

– *Efendem*, ¿no te había dicho que no hay nada tan venenoso como estas gentes del campo? –susurró Shîha al oído del sultán.

¹ En (muy mal) persa: “Lo que se me debe por haber hollado esta tierra”; exclamación ritual de los derviches mendicantes para pedir limosna.

– En efecto, yo soy El-Zâher –contestó el rey.

– Pues en buena hora, y saludos pa tu barba, mi compadre. No te m’enfades si no te he reconocido, ayer por la noche, cuando m’escribías el papelín, no me fijé bien en tu cara...

Tendió el documento al sultán que, a la vez que le hacía un guiño cómplice a Shîha, llamó al *qafatán aghasi*¹, ordenándole que trajera un caftán de honor y lo pusiera sobre los hombros del *fidaii*.

– ¿Cuál será su cargo? –entonaron los allí presentes, siguiendo el protocolo acostumbrado.

– Yo le nombro oficial abanderado en el *odyaq*² de los ismailíes, a las órdenes de Yamâl El-Dîn.

– ¡Que Dios le bendiga, pues es digno de ello! –respondieron todos.

– ¡Eh, momento, *dawlatli*, que ie toda esa pamplina! –protestó Siwân– ¿Tú me quieres colar con los guiñoles de esi abortu cuida camellos? Pues si ie así, ¡quedati con tu caftán! ¡Y yo que te tenía por un home de bien!

Arrojando al suelo su manto de ceremonia, Siwân abandonó el pabellón real, horriblemente vejado, regresando a tierras de los francos. No volverá a aparecer hasta pasados siete años.

¹ En turco: “el agha de los caftanes”, oficial encargado de investir, a los nuevos dignatarios promovidos, con los mantos de honor, insignia de su función o cargo.

² Ese término designa a los diferentes cuerpos del ejército de Baibars.

X. 23 – Mangoberto

“siembra vientos, y recogerás tempestades”



Tras la partida de Siwân, el rey se despidió de Yamâl El-Dîn y todos los demás; luego, se retiró a dormir. Al día siguiente, al ver que los francos enarbolaban *banderas* de armisticio, tomó asiento en su pabellón, y, cuando todos los emires y *fidauis* se hubieron reunido, les dijo, volviéndose hacia el visir *Shâhîn:

– Esas gentes solo buscan entretenernos para ganar tiempo y volver a movilizar a sus tropas contra nosotros. Pero me da igual; pienso escribir a Mangoberto para exigirle que devuelva el dinero que me ha robado y me entregue la ciudad. Así evitaremos que se vierta más sangre de nuestros soldados. Ese maldito perro no puede esperar ninguna piedad de mí hasta que no haya arrasado su ciudad y cumplido mi juramento.

– Estamos a tus órdenes, Comendador de los creyentes –asintió el visir.

El visir redactó al instante un mensaje y se lo entregó al rey para que lo rubricara y pusiera su sello. Entonces, el rey miró a su alrededor, a la asamblea, para ver quién salía voluntario para entregar el mensaje, pero todos agacharon la cabeza. Ante tal espectáculo, El-Zâher sintió cómo sus ojos se le humedecían, y se le saltaron las lágrimas que corrieron por sus mejillas.

– *Efendem*, ojalá que nunca vuelvas a llorar más que ante Dios –se apresuró a decirle Shâhîn–. Todos nosotros hemos jurado dar la vida por ti; puedes disponer de ella cómo y cuando quieras, oh, Comendador de los creyentes.

– Ya ves, Shâhîn, es que acabo de acordarme de Ibrahim, el hijo de Hasan; cada vez que yo escribía una carta, bastaba con que me volviera a mi derecha diciendo: “¿dónde estás, León de Ezraa y del Horân?”, para que él me respondiera en el acto: “¡escribe tu carta, oh, rey, y no temas decir lo que sea al destinatario!” Y luego, se iba a llevar el mensaje,

trayéndome inmediatamente la respuesta, junto con una sustanciosa gratificación por las molestias que se había tomado... Así que, mi querido visir, ¿acaso no tengo razones para llorar?

– Es cierto que Ibrahim merece esas lágrimas –aprobó Shâhîn–... pero, gracias a Dios, aún está vivo, y muy pronto, eso esperamos, volverá con nosotros aún más valiente y aguerrido que antes. Mientras tanto, aquí tenemos a su hermano Saad: confíale a él el mensaje. Como se suele decir: “Hasan es hermano de Husayn¹.”

– Si envío a Saad, le expongo a un terrible peligro –objetó el rey–: cuando los francos sepan que no tienen nada que perder, lucharán con el valor que da la desesperación.

– Tienes ante ti a la flor y nata de los ismailíes –prosiguió el visir–: escoge a uno de ellos y confíale la carta.

– No –cortó El-Zâher–. Por mi cabeza y por Aquel que me ha concedido el poder sobre Sus criaturas, seré yo quien la entregue; no lo hará ningún otro. No pienses que actúo así por una vanagloria banal: si el Creador de todas las cosas me ha dado el poder; ¡no traeré de vuelta solo la respuesta a la carta, sino a Mangoberto en persona! Me apoderaré de él en su propia tienda y ante los dignatarios y los grandes de su reino.

Cuando terminó de pronunciar estas palabras, se retiró para coger sus armas y colocarse la armadura; luego, todo enfundado de hierro, con el corazón más firme que una roca, llamó al *osta* *Otmân, que le trajo su hermoso semental capa de moro. El sultán montó en su cabalgadura y, acompañado del capitán Saad, se dirigió hacia el campamento enemigo. A la mitad del camino, echó pie a tierra, confió la montura a su compañero, y, más fiero que un león, se abrió camino entre los francos. Antes de partir del campamento, el sultán había ordenado al visir Shâhîn que pusiera a las tropas en estado de alerta, para que estuvieran prestas a cargar a la primera señal.

Llegó el sultán hasta el pabellón del *babb* Mangoberto, colocado pasado el puente, proclamando el anuncio protocolario de un mensajero:

– ¡Mensajero y emisario! ¡El emisario solo responde por dar una trasmisión clara del mensaje!

Pero, Mangoberto, que estaba en su pabellón, rodeado por los grandes de su reino y flanqueado por Yauán y Bartacûsh; al oír los gritos que se elevaban de su campamento, quiso saber qué sucedía. En ese mismo instante, un montón de condes francos penetraron en tromba en su pabellón:

– ¡Nuestro *babb*! –clamaban– ¡Acaba de llegar un mensajero de los musulmanes! ¡Ten cuidado, porque tiene una pinta terrible! ¡Verdaderamente terrorífica!

¹ Expresión proverbial que se usa para decir que dos personas son intercambiables (para bien o para mal). Hasan y Husayn eran los dos nietos de Mahoma.

– ¡Uy! ¡Qué raro! –cuchicheó Yauán a la oreja de su fámulo– Normalmente, ese trabajito lo hacía el hijo del Korani: me pregunto a quién habrá podido nombrar el rey en su lugar.

– ¡Pues no creo que eso sea un problema para el sultán! –remachó Bartacûsh– Porque, aún admitiendo que el hijo del Korani esté *morto*, ¡anda y que no tiene el *rey* a su servicio miles de tipos como él!

– ¡Que el buen Dios te confunda, Sable de Bizancio! ¡Siempre andas elogiando las bondades de los musulmanes!

No había acabado de pronunciar esas palabras, cuando la cortina que cerraba la puerta de entrada al pabellón de Mangoberto se abrió, y apareció el sultán: con el casco y el turbante bajados hasta las cejas; a la cintura, el sable de Bâdîs¹, que tintineaba contra sus perneras de acero; forrado de hierro y con una cota de malla resplandeciente, daba la impresión de una torre que se hubiera puesto en marcha. Cuando llegó al centro de la estancia, lanzó con una voz terrible, que hizo temblar las montañas de alrededor y crugir las ramas de los árboles:

– ¡Benditos sean los que siguen el camino recto y temen por las consecuencias de sus actos, y caiga la maldición sobre los que mienten, prevarican, y asocian a Dios con otras divinidades! ¡Que tengas un buen día, *babb!*

– Bienvenido sea el *rey* de los musulmanes –se apresuró a responder Mangoberto–. Tu visita es una bendición para nosotros.

– Oye, Sable de Bizancio –le susurró Yauán al oído a su compadre– ¡Por mi religión, que es la primera vez que veo al *rey* traer en persona sus propias cartas! ¡Me da la impresión de que va a reclamar una gratificación aún más sustanciosa que la del hijo del Korani!

– ¡A ver, pues claro! –le replicó Bartacûsh– ¿Quién te crees tú que le ha enseñado al hijo del Korani a reclamar dinero por todo? ¡Pues el *rey!* ¡Quién va a ser si no!

Divertido ante esa reflexión, el maldito fraile estalló en carcajadas.

– Vaya, vaya, *rey* –le lanzó Yauán dirigiéndose a El-Zâher– ¿tan debilitado se ha quedado tu ejército con la pérdida del hijo del Korani, que no has encontrado a nadie entre los bandidos de su especie para ocupar su lugar?

– ¿Te estás riendo de mí, maldito canalla? –repuso el sultán con voz atronadora– ¡Pues escúchame bien, si la Providencia así lo quiere, no serán lágrimas lo que te haga llorar, sino sangre! Escúchame bien, fraile: Puede que Ibrahim esté muerto; pero yo, por la gracia de Dios, estoy vivo y bien vivo. Y si no me crees, ordena a tus tropas que carguen: veremos cual de los dos dice la verdad, y cuál sólo masculla baladronadas.

– No olvides que has venido en calidad de mensajero, oh *rey* –le replicó Yauán–, y que, según la costumbre de los reyes y el derecho de las gentes, un mensajero debe de abstenerse

¹ Rey de Egipto de tiempos muy lejanos; Baibars, durante su juventud en El Cairo, adquirió el palacio, que en otro tiempo perteneció a ese rey, y en donde encontró sus armas y su tesoro.

de todo insulto, y comportarse cortesmente. Así que, ahora, entrega tu carta, y espera la respuesta.

– Yo no he venido a traer ninguna carta, ¡perro maldito! ¡Aquí estoy, si Dios me da fuerzas, para arrancar a Mangoberto de su trono y llevármelo cautivo!

Controlándose, Yauán se calló y bajó la cabeza.

– Eh, *rey*, ¿crees que vas a poder atraparme como a un gorrión y llevarme cautivo hasta tu campamento ante la nariz y la barba de un ejército de cien mil hombres? –se indignó Mangoberto.

– ¡Aunque fueran un millón! ¡No te librarás de que escupa sobre la tumba de tu padre!

– ¡Cómo te atreves a hablarme en ese tono! ¡Arrestadle ahora mismo!

Pero el sultán ya se había arrojado sobre él, con tal impuso que habría derrumbado montañas; le arrancó de su trono, y le levantó en alto tan solo con la fuerza de su puño izquierdo, al tiempo que desenvainaba el sable con la mano derecha.

– ¡Por el honor del Islam, si a cualquiera de vosotros se le ocurre levantar su arma contra mí, vuestro rey me servirá de escudo! –les advirtió a los de la guardia.

– ¡Atacad! ¡Os digo que atacéis! –chillaba Yauán.

– Basta, *figlioni* –se apresuró a intervenir Mangoberto– Que nadie se mueva: este asunto lo vamos a arreglar entre nosotros dos: de rey a rey.

El-Zâher salió del pabellón, sable en mano, llevando sobre su puño alzado a su cautivo, mientras los francos huían ante él. Cuando llegó al otro lado del puente, entregó a Mangoberto a Saad, ordenándole que lo atara bien atado y lo condujera al campamento, en donde ordenó que lo encadenaran. Después de dar estas instrucciones, el sultán montó a caballo, esbozando una gran sonrisa y esperando tranquilamente al ejército de los francos, que, azuzado por Yauán, se había puesto en movimiento y avanzaba, como una ola gigantesca e irresistible.

Ya comenzaban a lanzarse sobre el sultán las primeras filas enemigas, y ya los primeros patricios habían salido rodando por tierra, bajo los tremendos golpes que El-Zâher propinaba a derecha e izquierda. A la vista de esto, el agha Shâhîn, el gran visir, lanzó sus tropas al asalto:

– ¡Al ataque! ¡Vosotros, los que creéis en el Señor todopoderoso! ¡No temáis a la muerte! ¡Las puertas del paraíso están abiertas para los que combaten por la Fe!

Ante esta arenga, el ejército entero se puso en marcha como un solo hombre, junto con los temibles *fidais* ismailíes; más rápidos que los camellos de carreras, gruñendo y rugiendo como una mar enfurecida.

El primero en llegar hasta el sultán fue el gran visir Shâhîn El-Afram; le seguía, pisándole los talones, Sulaymân el Búfalo, el portaestandarte de los *fidais*, y *Nisr, hijo de Ajbûr,

preboste de las ciudadelas. Ese fue el momento en el que los héroes se enfrentaron a los héroes, y la sangre corrió a raudales entre los caballeros mutilados. El capitán Saad esparcía la muerte a su paso, gritando:

– ¡Venganza para mi hermano Ibrahim! ¡Muerte a los infieles! ¡*Allahu akbar!*

El combate se extendió, como una hoguera infernal; en el calor de la batalla, los dos ejércitos chocaron entre sí, con el corazón inmerso en oscuros terrores. Los soldados musulmanes se batían rabiosos, implorando a gritos la ayuda del Creador todopoderoso. Pero ninguno pudo igualar ese día las proezas de los valientes ismailíes, que no serán olvidadas mientras los días sucedan a las noches. De pronto, los francos, a los que les llovían los golpes por todas partes, comenzaron a batirse en retirada, con la intención de protegerse en la poterna del puente, pero se dieron cuenta de que Sulaymân “El Búfalo”, *Asad el-Dîn “El ceñudo” y la flor y nata de los capitanes ismailíes, les habían cortado la retirada y se habían apoderado de la poterna. Los francos intentaron en vano forzar el paso, y allí se produjo una nueva masacre; fue tan terrible, que aquello parecía el día del Juicio Final.

En cuanto Yauán vio que la poterna había caído en manos del enemigo, le lanzó a su fámulo:

– Sable de Bizancio, por mi religión, esta historia va a acabar muy mal. Vete rápido y ensilla mi burra, la Olivilla, y larguémonos a buscar otro rey al que montarle una buena jugada.

– ¡No puedo, *abbone*, la cincha está rota! –replicó Bartacûsh con sorna.

– ¡Ah, *marfûs!* ¡Ah, *karamandûs!* –le vociferó el monje maldito– Menudo momento para gastar estúpidas bromas. ¡No tienes más que coger un poco de cuerda, un cinturón, cualquier cosa! ¡Mangoberto ha caído en la trampa! ¡Tenemos que largarnos de aquí a toda prisa!

Bartacûsh ensilló rápidamente al animal y se marcharon a pescar en las aguas turbulentas de los francos: no os preocupéis, que ya nos los encontraremos más adelante.

X. 24 – Edamor aparece de nuevo



Los musulmanes no tardaron en apoderarse de la ciudad, y el rey envió entonces a un heraldo a que anunciara la siguiente proclama:

“Aviso para la comunidad de Muhammad y los ejércitos del Islam: es voluntad de Su Majestad el sultán conceder permiso para saquear, matar y capturar a las mujeres y niños de esta ciudad”.

El saqueo de El-Aflâq se prolongó durante tres días y tres noches. En cuanto hubieron conquistado la ciudad, el visir Shâhîn, que había reunido a sus mamelucos personales, les había dado órdenes de derribar una buena parte de la muralla, y que, una vez aplanado el terreno, lo labraran con arados atados a unos asnos, sembrando cebada, y regándola para que creciera en primavera. De ese modo se cumplió el juramento del rey El-Zâher. Éste, que se había retirado a su pabellón, dividió su ejército en tres grupos: el primero, quedó encargado de saquear la ciudad y trasladar el botín fuera de las murallas en donde sería guardado por un destacamento especial, esperando hasta que fuera repartido equitativamente; el segundo, se encargaría de matar a los hombres al filo de la espada y capturar a las mujeres y a los niños; el tercero, finalmente, se ocuparía en destruir e incendiar los edificios. Tres días más tarde, en donde antes se levantara la ciudad de El-Aflâq, ahora solo se podía apreciar una llanura desolada y estéril.

Los principales jefes ismailíes, Sulaymân el Búfalo, Asad El-Dîn el Ceñudo y compañeros, no se contentaron con capturar a las mujeres y a los niños; también se ofrecieron voluntarios para colaborar en la demolición. Mientras recorrían las calles de la ciudad, de pronto vieron, colgada a la entrada de un callejón sin salida, la armadura de Edamor. Al lado, había una carta escrita de su puño y letra y con su sello, que decía así:

“Tú, que has llegado a este lugar, has de saber que este sitio está bajo mi protección”.

– ¡Mirad, qué cosa más extraña! –exclamó Sulaymân– No hay duda, es la armadura de Edamor el Paladín y esta letra es la suya. ¡Esto es muy raro; nos habían dicho que había muerto en el campo del honor! Tengo que ir a aclarar este asunto.

Ordenó a sus hombres que le esperaran; penetró en el callejón, acompañado tan solo de su padre Asad El-Dîn, y, cuando llegaron al fondo del impasse, vieron una puerta tachonada

con clavos de oro, delante de la que había colocado un sillón. Sentado en él había un hermoso joven franco, que, al verlos llegar, se levantó rápidamente y fue a su encuentro; se trataba, por supuesto, de Constantino.

– Perdóname la vida, *ghandar* –imploró.

– No tienes nada que temer, muchacho –le tranquilizó Sulaymân–. Desde el momento en que las armas del emir Edamor están aquí expuestas, todo este barrio está a salvo... Pero, de todos modos, nos gustaría saber dónde está enterrado Edamor, para informar a nuestro *dawlatli*, el rey El-Zâher.

– ¡Alegraos, musulmanes! –respondió el joven– Por mi religión, Edamor está conmigo, en mi casa; yo le curé sus heridas y le di la mejor hospitalidad que se pueda dar, desde el día en que cayó en la batalla del puente, hasta hoy mismo.

– ¡Muchacho, si eso es así, es que Dios, exaltado sea, ha decretado tu fortuna! –exclamó Sulaymân– Pero ¿dónde está tu huésped?

– Por favor, entrad; voy a conducirlos hasta él.

Guiados por Constantino, los dos *fidauis* penetraron en el palacio, que les impresionó por sus vastas proporciones y su rica decoración. Llegaron por fin a una estancia situada en el último piso, y encontraron a Edamor, sentado en el sitio de honor, rodeado de criados atentos a sus órdenes. Cuando vio entrar a Sulaymán y a Asad El-Dîn, se levantó inmediatamente, adelantándose para recibirles, y los tres hombres se abrazaron, derramando lágrimas de alegría.

– ¡Emir Edamor; así que estás vivo! –exclamó Sulaymân El Búfalo– ¡Cuando pienso en el sultán, que te ha estado llorando noche y día!

Sin esperar a más, se fueron a ver al sultán, acompañados de Constantino. Al salir del callejón, Sulaymân dejó un puesto de guardia, con órdenes de impedir la entrada a cualquiera, y de velar porque ese barrio fuera respetado.

Mientras tanto, al sultán, que permanecía en su pabellón, fuera de las murallas, le vinieron a anunciar la llegada de Edamor, sano y salvo. Loco de alegría, se levantó de un brinco, y se fue en persona al encuentro de su compañero: pues era de todos conocido que le profesaba un gran afecto, y le quería más que a su propia vida; los dos hombres se dieron un fuerte abrazo; luego, el rey cogió a Edamor de la mano y lo sentó a su lado.

– ¡Mi querido emir Edamor, aquí estás! ¡No me lo puedo creer! Pero, dime, ¿qué te ha sucedido?

– Comendador de los creyentes, como se suele decir: “Aquel al que Dios ha decidido librar de la muerte, nadie podrá matarle”. El Señor, exaltado y alabado sea, me ha salvado gracias a tu actitud benevolente. Pero, ya que la existencia de la Causa primera, no prejuzga la de las segundas causas; el mérito en realidad es de Constantino, mi salvador y benefactor,

y, si deseas honrarme, manifiéstale tu generosidad. Él te pide que le dejes con vida y no destruyas el barrio en el que vive.

– Dios te salve, Constantino –asintió el rey–. ¡Por mi cabeza te juro, que, si me hubieras pedido dejar en pie la ciudad entera, te lo habría concedido de todo corazón!

Ahora bien, en ese momento, Angobar había sido enteramente arrasado, y no quedaba ni rastro del puente excepto, bien entendido, el barrio en el que residía Constantino. Los soldados habían saqueado todo lo saqueable, y el botín se encontraba ya bajo una buena guardia; solo quedaba allí un campo de ruinas desiertas, sobre el que volaban los cuervos y ululaban los búhos.

– Dime, Constantino, ¿qué piensas hacer ahora? –prosiguió el rey– Como puedes comprobar, la ciudad ya no existe: desde luego, se ha respetado tu barrio, pero, hijo mío, ¿cómo vas a vivir aquí solo en un páramo en ruinas?

– ¿Y qué otra cosa puedo hacer, oh, rey? –suspiró el joven– Lo hecho, hecho está. ¡Ojalá que el castigo caiga sobre la cabeza de Yauán! ¡Él nos arrastró a este infierno, para después abandonarnos a nuestra suerte!

– Escúchame Constantino; colma tus buenas acciones para con nosotros y abraza el Islam. Yo te llevaré conmigo a mi país; te trataré con los mayores honores y te concederé un alto cargo entre los grandes de mi reino. Arranca la impiedad y aligera tu corazón; has de saber que no hay más religión verdadera que el Islam, y que la Ley de Nuestro Señor Muhammad, tras el que Dios no enviará otro profeta, ha derogado todas las leyes que le han precedido, reemplazándolas por la Palabra revelada de Dios.

El sultán siguió hablando así durante mucho tiempo, acumulando pruebas y argumentos adecuados para convencer a todo hombre de buen juicio; mientras, Constantino, pensativo, escuchaba con los ojos fijos en el suelo. Cuando El-Zâher acabó de hablar, se quedó un momento en silencio; luego, levantó los ojos, y declaró con firmeza:

– Oh, rey, ¿qué debo hacer para tener el honor de abrazar el Islam? –preguntó Constantino.

– Di: “Yo doy testimonio de que no hay más divinidad que Dios, y atestiguo que Nuestro Señor Muhammad es Su servidor y Su profeta”.

De ese modo, Constantino, con los cuatro dedos de la mano doblados, y el índice extendido, juró la unicidad de Dios y la misión profética de Nuestro Señor Muhammad.

– ¡Ojalá disfrutes de la paz, la alegría y el honor de lo que se te acaba de otorgar, Constantino! –le felicitó el rey– Pero, ahora que eres musulmán, tienes que ofrecer esa posibilidad a los tuyos.

– Según se dice, Constantino se fue inmediatamente a su palacio y aconsejó a sus parientes y criados que siguieran su ejemplo; pero todos lo rechazaron, hasta su propia

esposa. Así que el joven tuvo que condenarlos a muerte; luego, reunió todos sus bienes y vino a ofrecérselos al sultán, que ordenó que se los guardase, y le trató con enorme cariño.

– Constantino –le dijo– tu nombre no es adecuado para un musulmán; así que, con el permiso de Dios, yo te doy el nombre de Abdallah.

Además de ese nombre, conservó, como segundo, el de Constantino. El rey le circuncidó en ese mismo momento, confiriéndole de ese modo la corona del Islam, y le prometió que, en cuanto llegaran a El Cairo, le buscaría una esposa, le daría el serrallo de Bâdîs como residencia, y le concedería un rango elevado entre los grandes de su corte.

Una vez cumplida esta tarea, envió a buscar a Mangoberto; cuando apareció, cargado de cadenas, el sultán le apostrofó con un vozarrón tan terrible, que el *babb* creyó que iba a caer fulminado por un rayo:

– ¡Perro miserable! ¡Vergüenza de los reyes francos! ¡Maldito canalla! ¿Cómo te has atrevido a querer asesinar a traición a tres de mis hombres? Qué cierto es lo que se dice de que “el crimen siempre se vuelve contra el criminal”. ¡Bandido! ¡Ya puedes dar gracias a Dios de que los hayamos encontrado aún con vida! Y ahora, mírate bien: cargado de cadenas, humillado, más arrastrado que un perro sarnoso: ¿dónde están tus soldados? ¿dónde tu reino? ¿dónde tus tesoros?

– ¡Pues al diablo con todos! ¡A mí qué me importa! –repuso el inmundo Mangoberto– Me basta y me sobra con haber obedecido fielmente las órdenes de Su Beatitud Yauán.

– ¡Ah, canalla! –se indignó El-Zâher– ¿Todavía le das el título de Beatitud a ese Yauán que ha destruido tu país? ¿a ese repugnante miserable, engendro de cuarenta monjes? ¿a ese perro, hijo de perro, hijo de puta?

– Eso que acabas de decir, rey, harías mejor en tragártelo, porque si no, la tierra bien podría abrirse bajo tus pies y el mar engullirte –prosiguió Mangoberto en el mismo tono–. Y que sepas que mis bienes, mi vida y todo mi reino, es una ofrenda que hago gustoso a Su Beatitud.

– ¡Ya es suficiente! –estalló el sultán fuera de sí– ¡Verdugo, tráeme la cabeza de ese miserable!

Saad se precipitó rápidamente sobre Mangoberto, le arrojó sobre el tapiz de sangre y comenzó a vendarle los ojos; en ese momento, la mirada del *babb* derrotado se cruzó con la de Constantino. Éste, se levantó enseguida y se arrojó a los pies del sultán.

– ¡Piedad, mi señor! –le imploró.

– ¿Qué es lo que quieres, Constantino?

– Oh rey, te suplico que aceptes mi intercesión, y perdones la vida a Mangoberto. Si te pido esto, no es por compasión hacia él, sino porque, a pesar de todo, es mi tío, el hermano de mi madre; sería deshonroso para mí dejar que lo ejecutaran sin decir nada. Además, si lo

matas, no harás más que seguirle hasta donde él te quiere llevar; pues es evidente que ha escogido la muerte como algo preferible a la situación en que ahora se encuentra: de no ser así, no te habría respondido en ese tono. Permítaseme que haga esta humilde sugerencia a nuestro señor el sultán: si tú ordenas su ejecución, no morirá más que una vez; pero, si le despojas de sus ricas vestiduras, le castigas con quinientos bastonazos, y le dejas que se vaya al diablo para que mendigue a lo ancho y largo de los caminos, y conozca la miseria después de la opulencia; ¡por tu cabeza, te juro que eso le resultará más doloroso que la misma muerte!

– Vive Dios, oh, Servidor de los Santos Lugares; ese sí que es un excelente consejo –le susurró al oído el visir Shâhîn.

– A fin de cuentas, tu consejo no está nada mal –asintió el sultán– ¡Que vayan a buscar el cepo de los bastonazos!

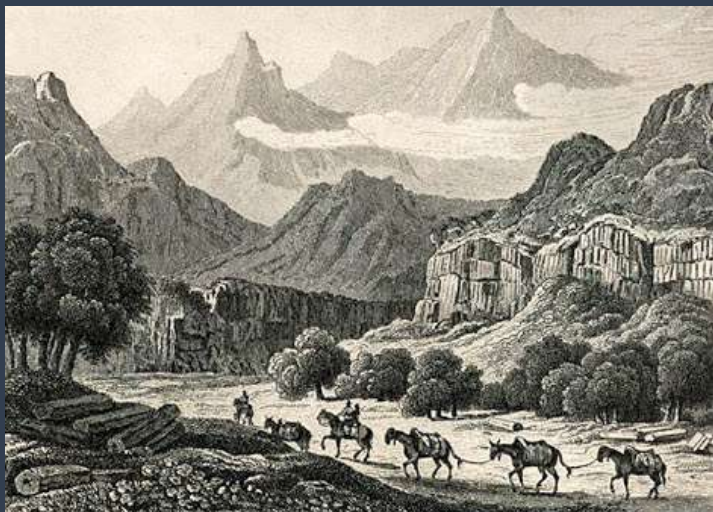
Trajeron el cepo y sujetaron en él los pies de Mangoberto. Por orden del rey, le dieron mil bastonazos, tan bien propinados, que el desgraciado perdió el conocimiento. Luego, despojado de sus ricas vestiduras, apenas vestido con una camisa de tela de saco, la cabeza al descubierto y descalzo, fue conducido ante el rey, que le escupió a la cara:

– ¡Maldito perro! –le dijo–, ¡Todos estos castigos que te he infligido, no son nada en comparación con los que tú hiciste sufrir al capitán Ibrahim, hijo de Hasan El-Horâni! Y ahora ¡Vete a pasear tu miseria a las tierras de los francos!

Arrojado fuera de la vista del sultán, Mangoberto se marchó, deseando ardientemente la muerte. Según se dice, poco después encontró a Yauán y, en su compañía, se dedicó a visitar a todos los reyes francos, pidiendo fondos, de tal modo, que, al cabo de varios años, consiguió reunir una importante suma. Más adelante, aparecerá de nuevo y hará reconstruir su capital; pero ya hablaremos de todo esto.

Una vez que el sultán se deshizo de Mangoberto, el rey ordenó que trajeran a Dukás; después de insultarle a más y mejor, y de escupirle en la cara, le condenó a recibir quinientos bastonazos; luego, se lo confió a Massud Beg, que lo hizo encerrar en las mazmorras de Bursa; también nos lo volveremos a encontrar en próximas aventuras.

X. 25 – La parte de Ibrahím



El sultán permaneció en El-Aflâq hasta que la cebada que había sembrado creció, y pudo hacer que sus caballos pastaran de esa cosecha, tal y como había jurado hacer. Después, reunió todo el botín y los despojos. Encontraron las treintaiséis *jaznehs* guardadas en las cavas de Mangoberto, así como su propio tesoro, que bien podría valorarse en otras tantas *jaznehs*. El-Zâher confiscó todo, pues los soldados no tenían derecho a esos bienes, que pertenecían al Tesoro Público. Hasta los

bienes de Ibrahím fueron a parar al Tesoro de los musulmanes, como legado suyo, y es bien cierto lo que las crónicas dicen de este valiente guerrero, que había gastado, mientras estaba vivo, la mitad de su fortuna por el amor de Dios, y que, después de su muerte, había pedido a El-Zâher que hiciera lo mismo con la otra mitad¹. ¡Ojalá Dios le acoja en Su misericordia!

En cuanto al resto del botín, es decir, los bienes de los habitantes de la ciudad –muebles, ropa, objetos de cobre, baterías de cocina y todo lo demás– fueron puestos a la venta, y los francos de los países vecinos vinieron en tropel para equiparse por poco dinero; porque, los soldados de El-Zâher, que, como a todos los soldados del mundo, no les gustaba llevar demasiado equipaje, no tenían intención de cargar con todos esos cahivaches. Así que, cuando todo se hubo vendido y convertido en dinero contante y sonante, el sultán reunió toda la suma obtenida; cogió el cincuenta por ciento para el Tesoro de los musulmanes, y el resto, lo distribuyó: primero, entre los soldados rasos; luego, a los emires, después a los jefes ismailíes, y, por último, al visir Shâhîn; no guardándose para él más que una parte igual a la de un capitán de los *fidavis*. Pero, ya había terminado de hacer el reparto, cuando se dio cuenta de que Saad no paraba de llorar.

¹ Este àsaje, bastante confuso, parece querer corregir una incoherencia del relato: Baïbars, aparentemente, ejecuta las últimas voluntades de Ibrahím mientras éste aún está vivo. Estaríamos tentados de creer -aunque sin ninguna prueba decisiva- que, en una versión primitiva del relato, Ibrahím habría muerto en el puente de Angobar, y que su “resurrección” fue añadida más tarde, lo que habría entrañado algunas contradicciones en la narración.

– No hay más divinidad que Dios y Muhammad es Su profeta –repetía una y otra vez.

– ¿Qué tienes, Saad? –le preguntó el sultán.

– Nada, solo estoy proclamando la unicidad del único Ser digno de ello –respondió Saad.

– Por supuesto, y yo también creo en Él. Pero ¿hay alguna razón para que estés llorando e invoques a Dios de esa manera?

– Sí, desde luego, Comendador de los creyentes; ¡lloro por mi pobre hermano Ibrahim! Él, que afrontó tantas pruebas, que combatió a tantos enemigos, y que recibió trescientas sesenta heridas, ¿no merecería que le hubierais reservado su parte, y concederle al menos unas piastras sobre todo este botín, para poder cubrir todas las necesidades durante su convalecencia?

– ¡Por Dios, Saad, qué razón tienes! –reconoció el sultán– Ibrahim se merece eso y mucho más. No hay más divinidad que Dios, y el olvido es propio de los hijos de Adán. Pero, ¿por qué no me lo has dicho antes?

– ¿Y yo qué sé? Se me vino ahora a la cabeza; eso es todo...

– En fin, si Dios quiere, todo irá bien. En cuanto a mí, pues quiero dejar voluntariamente mi parte personal del botín a Ibrahim; pero no puedo disponer de la destinada al Tesoro; pues esa es la de los combatientes por la Fe y la del ejército.

– Y yo –intervino el visir Shâhîn– cedo igualmente mi parte al capitán Ibrahim, ya que de sobra se la ha merecido.

– Yo también, le dejo la mía –añadió Saad.

– ¡También nosotros, y de todo corazón! –dijeron al unísono los capitanes ismailíes.

– ¡Si *hachyi tfau*¹ plata a Ibrahim da, pues yo también dar! –proclamó el gordo *Qalaûn, contagiado por el entusiasmo. Yo, no importar los dineros y los bienes de este mundo: yo dar mi parte a emir Edamor, ¡*halal zalal ya ho!*

– Y nosotros también, dejamos nuestra parte –remataron los emires, también emocionados.

– *Allah bayyin barakat versin*² –agradeció Edamor–. Acepto vuestro ofrecimiento de todo corazón, y se lo ofrezco todo a Ibrahim, pues fue él quien vino a socorrerme en medio de la batalla del puente, y no me abandonó hasta encontrarse él mismo también fuera de combate, sacrificando su vida por salvar la mía.

Esa decisión no le hizo ninguna gracia a Qalaûn, que detestaba a los *fidauis*, pero ¿cómo iba a oponerse? Así que no pudo hacer otra cosa que aplaudir ruidosamente, disimulando su rabia:

¹ Deformación despectiva de *fidai*. Qalaûn se expresa por lo general en una horrible jerga cuartelera, formada de un mal árabe mezclada con un peor turco.

² En turco, más o menos: “Que Dios os bendiga”.

– ¡*Hi vallah!* ¡*Ichté* buena idea, *ichté* bien visto! ¡*Hachyi tfauï Ibrahimek* merecer muchas monedas!

De modo que al final, la suma adjudicada a Ibrahim llegó a tres *jaznehs* de oro.

– Dime, visir Shâhîn –continuó el sultán–, ¿a quién vamos a confiar el traslado de esta suma a Ibrahim y que nos traiga noticias tuyas?

– Yo creo que su hermano Saad es la mejor elección para eso –le sugirió el visir.

– ¡Ah, de eso nada, muchacho! –protestó Saad– ¡Yo no pienso encargarme de esa tarea!

– ¿Y por qué no, Saad? –se extrañó el rey.

– ¡Qué pregunta! Tres *jaznehs* es algo muy tentador: suponte que me atacan unos bandidos por el camino; o que me roban una o dos bolsas; ¿quién me libraré de las patas de Panza Búfalo? ¡Ah, no! yo le tengo demasiado apego a mi pellejo ¡Ese asunto no me interesa!

El rey se dirigió entonces a los otros ismailíes, que lo rechazaron en bloque.

– Si su propio hermano se ha considerado incapacitado para ese trabajo, menos aún la podríamos llevar nosotros a cabo –afirmaron.

– Bueno, entonces, ¿cuál es la solución? –preguntó el rey al visir.

Lo mejor sería conservar el dinero con nosotros hasta que llegemos a Hama –propuso el visir–. Si no me equivoco, Ibrahim tiene allí un joven protegido¹, llamado Kamel; de hecho, es el hijo del gobernador de la ciudad, *El-Adel. Podemos dejarle a él las *jaznehs*, y ya se las apañará para entregárselas al capitán Ibrahim: es el más indicado para esa misión.

– En efecto, es la mejor solución –aprobó el rey– A mí me habría gustado ir personalmente a El-Horân a visitar a Ibrahim, pero en ese caso, la mayor parte de los ismailíes se sentirían obligados a acompañarme, y no sería conveniente imponer a Hasan unos gastos tan elevados. Aparte de que no tengo corazón como para ver a nuestro pobre amigo en ese triste estado.

Cuando se hubieron tomado todas las disposiciones, los *fidauis* se despidieron de Su Majestad el rey, montaron en sus cabalgaduras y se fueron a sus ciudadelas por las sendas más directas; solo Saad se quedó junto al sultán. Tiempo después, como los caballos habían recuperado sus fuerzas, el rey también dio la señal de partir, seguido del ejército de Egipto y de los gobernadores de provincias. Naturalmente, Constantino formaba parte del cortejo real, al lado de Edamor; en cuanto a Dukás, les seguía a pie, cargado de cadenas. Cuando

¹ El término árabe, mucho más preciso, designa un tipo de relación social bastante particular, cuyo equivalente aproximado sería el de padrino-ahijado en una sociedad cristiana medieval (exceptuando el asunto del bautismo, claro). Siendo más precisos, se trataría de una especie de “elección de paternidad” creando entre un joven y un adulto los mismos derechos y obligaciones recíprocas que en una paternidad biológica; esta relación, sellada mediante un juramento solemne (el “pasto de Dios”), era muy usada en las corporaciones, en las que se unía al aprendiz con el maestro. El “Baïbars” hace frecuentes alusiones a los numerosos “protegidos” de Ibrahim.

llegaron a Bursa, se detuvieron, justo el tiempo de disfrutar de la hospitalidad de Masud Beg; luego, siguieron, camino de Siria. Pronto llegaron a Alepo, en donde les recibió Îmad El-Dîn Abu-l-Jaysh; después a Hama, en donde el rey y su ejército pasaron tres días, comiendo y durmiendo a expensas de El-Adel. Durante esta parada, el sultán le pidió que le trajera a su hijo Kamel; el joven no tardó en aparecer, y pronunció los votos y cumplidos habituales en el tratamiento a un sultán; que los acogió con amabilidad.

– Dime, Kamel, ¿es verdad que eres el hijo del capitán Ibrahim por el pacto y la alianza? –le preguntó.

– Sí, oh, Comendador de los creyentes; es mi padre por el pacto de Dios.

– Estupendo –aprobó el sultán– Ambos habéis hecho una excelente elección. Y bien, mi querido Kamel, has de saber que tengo que entregarle tres *jaznehs* de oro: yo querría que te encargaras tú en persona de llevárselos hasta El-Horân. Además, deseo que le trasmitas mi amistad y mis saludos, y, de paso, enterarte de su estado; de ese modo, habrás cumplido con tu deber filial hacia el capitán Ibrahim.

– Por mi cabeza y mis ojos –asintió Kamel.

En cuanto Kamel cogió las tres *jaznehs*, reunió a todos sus hombres, cargó el oro en unas mulas, las encadenó unas a otras, y partió para el Horân por la ruta de las ciudadelas. Más adelante hablaremos de este asunto.

X. 26 – Ibrahim no acaba de curarse



Su Majestad, nuestro señor, el sultán, se puso a la cabeza

de su ejército y prosiguió su viaje hacia Hama y Homs, en donde disfrutó de la hospitalidad de *Ghayyâz El-Dîn Abu Taqiyyeh; luego, fue de Homs a Damasco, en donde fue el invitado de *Aqish el Leal, y, a partir de Damasco, quemó etapas hasta llegar a El Cairo. Avisado de su llegada, el

príncipe *El-Saïd fue a su encuentro, acompañado de los dignatarios que habían permanecido en la capital; el sultán hizo su entrada con gran pompa, seguido por un marcial cortejo, y, desfilando por las calles, espléndidamente adornadas para la ocasión, llegaron por fin a la Ciudadela; el sultán entró en la sala del Consejo y se sentó en el trono, rodeado de los prohombres del reino, visires, emires y dignatarios; su primera medida fue investir con un caftán de honor a Abdallah Constantino, y nombrarle emir, con rango en el Consejo, aprovechando la ocasión para darle el serrallo de Bâdis El-Subki¹. Luego, volviéndose hacia la asamblea, declaró con poderosa voz:

– Oh, prohombres de Egipto, emires y visires, si me amáis y deseáis honrarme, haced ese honor a Abdallah Constantino, pues él ha dejado su país para venir a instalarse en el nuestro.

Al actuar de ese modo, era evidente que el sultán quería mejorar la posición de Constantino y reforzar su prestigio. De hecho, le llovió una auténtica catarata de regalos de todos los miembros del Consejo, al querer estos seguir, de todo corazón, el ejemplo de su soberano. Inmediatamente, el sultán hizo llamar al carcelero Ashqar y le entregó a Dukás para que lo encerrara en una mazmorra; luego, mandó a los pregoneros públicos a proclamar una amnistía general; tras lo cual, transcurrieron unos días felices y tranquilos durante un cierto tiempo: gloria a Aquel que conoce su exacta duración.

Pero..., un buen día en el que el sultán presidía su Consejo, se volvió inopinadamente hacia Saad y vio que estaba llorando.

¹ Es el domicilio personal de Baïbars; un palacio que adquirió en su juventud, y en el que descubrió un tesoro, oculto allí por su fundador, el rey Bâdis El-Subki (ver *Los Bajos Fondos de El Cairo*).

– Dime, mi buen Saad, ¿qué te sucede? –se extrañó el sultán– ¿Por qué esas lágrimas, estando como estás en el Consejo de un rey que ha extendido la justicia por la tierra? ¿Qué pena te aflige?

– Mi señor, es que no hago más que pensar en mi hermano Ibrahim y le echo mucho de menos. Me parece verle aparecer ante mí y decirme: “¡Eh, tú, Saad, mira qué bien te lo estás pasando tú solito, mientras a mí me has olvidado completamente! Al menos, podrías venir a ver si estoy muerto o sigo vivo. ¡Ah, qué verdad es eso de que ya no hay en este mundo verdaderos amigos! ¡Ya puedes morirte con la boca abierta en tu lecho de dolor, que a nadie le importa!”

Después de pronunciar esas palabras, Saad lanzó un grito y exclamó: “¡Ibrahim, compañerito mío, no te muevas, que ya estoy ahí contigo!”

– Concédenos tu bendición, sheij Saad¹ –pronunció el rey disimulando una sonrisa–. Por mi cabeza que tienes razón; debes ir a toda prisa al Horân para consolar a tu hermano Ibrahim y saber de él; tú serás quien le trasmita mi saludo y el de los grandes del reino.

Saad se retiró inmediatamente del Consejo, se quitó su vestimenta cortesana, y poniéndose ropa de viaje, marchó hacia El-Horân atravesando estepas y desiertos, llanuras y desfiladeros. Dejémosle correr de momento, ya nos le encontraremos más adelante; ahora, hablemos un poco del capitán Ibrahim.

Como ya hemos contado a los nobles y generosos señores que nos escuchan, la familia de Ibrahim había venido a buscarle hasta el pabellón del sultán en el sitio de El-Aflâq, y partieron con el baúl en el que reposaba el herido, después de que Shîha le entregara a la Canosa las misteriosas píldoras que debían sanar a su hijo, recomendándole de que solo le diera una cada mañana al amanecer: cuando las hubiera tomado todas, recuperaría la salud. En efecto, Shîha le había dado una cantidad exacta de píldoras correspondientes a la de días que debía pasar aún dentro del baúl. Los Horaníes partieron, cargados con su precioso fardo; una vez llegados a sus tierras, instalaron el baúl con Ibrahim dentro en una de las salas del castillo. Aïsheh la Canosa se encargaba personalmente de administrar las píldoras a su hijo: cada día dejaba caer una por el orificio previsto a tal efecto en la tapa del baúl. Al principio, Aïsheh siguió escrupulosamente las instrucciones de Shîha; pero, un buen día, mientras estaba en compañía de su hija Fâtmeah la Arrogante, hermana del capitán Ibrahim, ésta le dijo de sopetón:

– ¡A ver, Canoseja, dime!

¹ Baibars considera la visión de Saad como una manifestación del “Mundo del Secreto” (Ver la *Presentación de Flor de Truhanes*); según la mística musulmana, el creyente normal debe reverenciar esas manifestaciones, sin buscar penetrar en su misterio.

– ¿Sí? –respondió Aïsheh.

– Tú, que estás, ¿cómo te diría? en tu primera juventud, cuando te sientas a comer, ¿te conformas con un bollo o dos? o ¿si te quedas con ganas, coges más bollos?

– No, hija mía. Yo solo como mi ración, ni más ni menos: cuando yo era joven, me comía treinta bollos de los grandes; ahora, que soy vieja, tengo menos apetito, y me basta con diez o doce.

– Entonces, escucha, si tú, vieja como se ve que eres, necesitas diez o doce bollos, ¿cómo quieres que mi hermano Ibrahim, en la flor de la vida, se contente con una píldora al día?

– ¿Y qué quieres que yo le haga?

– Pero tú, vieja loca, ¿es que quieres matarle de hambre? –se rebeló FâtmeH– ¡Al menos, dale dos pastillas al día!

– Hija mía, ¿tú crees que se podrá? –le preguntó la Canosa.

– ¿Por qué no se va a poder? ¿Cómo quieres que recupere fuerzas si no come hasta saciar su apetito?

Así que, a la mañana siguiente, la vieja Aïsheh dio a su hijo dos pastillas en lugar de una. Pero ese día FâtmeH volvió a la carga.

– ¡A ver, Canoseja, dime!

– Y ahora, ¿qué es lo que quieres, FâtmeH?

– Cuando tomas el desayuno, por la mañana, ¿te saltas la comida del mediodía?

– ¡Pues claro que no!

– Entonces, ¿por qué no le das a Ibrahim nada al mediodía?

– Hija mía, es que temo a Yamâl El-Dîn Shîha: él nos ha prohibido terminantemente darle otra cosa que no sea una píldora cada veinticuatro horas.

– ¡Menuda tontería! –gritó FâtmeH furiosa– En primer lugar, tu Yamâl El-Dîn, no está aquí presente para ver lo que hacemos. ¡Por la vida de mi padre, si no le das su almuerzo, te mato!

– A fin de cuentas, eso no puede hacerle daño –dudó Aïshe.

– ¡Pues claro que eso no va a hacerle daño! –refunfuñó la joven– Mejor eso que dejarle ahí morir de hambre: ¿no le oyes gemir por las noches y durante el día?

De modo que, al día siguiente y los demás días que siguieron, Aïsheh le dio a su hijo dos pastillas por la mañana, y dos al mediodía. Pero FâtmeH, no conforme con eso...

– A ver, Canoseja, dime –le preguntó a su madre–: tú, después de desayunar, y de comer a la hora del almuerzo, ¿es que no cenas?

– ¡Claro que sí! Todas las noches ceno.

– Entonces, ¿no te da vergüenza dejar a mi hermano en ayunas? Dale dos pastillas por la tarde, cuando se ponga el sol; con esas, habrá tomado un total de seis al día, y puede que así se alimente mejor.

– Sí, pero a ese paso las pastillas no van a durar mucho...

– ¡Pues mejor! Cuando las haya terminado todas habrá sanado.

Desde ese día, la Canosa suministró a su hijo dos pastillas por la mañana, dos al mediodía, y otras dos por la noche. A ese ritmo, la provisión de píldoras se acabó enseguida; pero, Ibrahim, seguía francamente mal, y no dejaba de quejarse y de suspirar por los dolores que le causaban sus heridas.

– Y ahora, Fâtmeh ¿qué hacemos? –preguntó inquieta la Canosa– No quedan más píldoras, ¿cómo le vamos a alimentar?

– Pues no hay más que prepararle un buen tazón de leche de almendras y verterla por el orificio; ¡eso le hará más provecho que esa porquería de pastillas, y le sentará mejor a su cuerpo!

Así que se pusieron manos a la obra, pero Ibrahim, apenas había tomado unos sorbos, comenzó a dar alaridos:

– ¡Fâtmeh, por piedad, sácame de este baúl! ¡Me estoy ahogando, necesito respirar!

Las dos mujeres corrieron rápido a avisar a Hasan El-Horâni, al que Fâtmeh desveló el régimen que habían hecho seguir a Ibrahim desde hacía varios días.

– ¡Has cometido un grave error, hija mía! –la reprochó el viejo capitán– ¿Y por qué habéis sustituido las píldoras?

– Por leche de almendras.

– Claro, eso es: ahora que ha bebido leche de almendras, tiene necesidad de aflojar el vientre; pero no puede hacerlo metido en ese baúl, sobre el que están grabados los Nombres de Dios. Las píldoras, precisamente tenían el poder de impedir esto: el que se alimenta con ellas no siente la necesidad de defecar, ni de orinar; gracias a los Nombres divinos inscritos en ellas.

– De acuerdo; lo hecho, hecho está –respondió Fâtmeh–. Mientras tanto, mi hermano lanza unos gritos de partir el alma, y suplica que lo saquemos del baúl al aire libre.

– De todos modos, no hay otra solución –suspiró Hasan–: sacadle de ahí, y tendedle en un lecho. Si su hora no ha llegado todavía, vivirá; si no, mejor que muera así, que asfixiado en un cajón. ¡No hay más fuerza que en Dios, el Altísimo, el Todopoderoso!

Fâtmeh se apresuró a prepararle un lecho con cuatro o cinco colchones apilados; luego, sacaron a Ibrahim del baúl y le tendieron allí. En cuanto entró en contacto con el aire, lanzó un grito de dolor; sus heridas se abrieron de nuevo y comenzaron a supurar. Permaneció allí acostado, en su lecho de dolor, bebiendo agua y contemplando sus heridas; mientras Hasan

El-Horâni, desesperando de volver a verle vivo, se sumía en una profunda tristeza. Esto es todo por el momento en lo que se refiere a Ibrahim.

X. 27 – Las funestas consecuencias de una borrachera



Volvamos ahora a Kamel, al que habíamos dejado camino del Horân, cargado con las tres *jaznehs* de oro que le había confiado el sultán. Como ya os habíamos relatado anteriormente, noble señores que me escucháis, Kamel tomó la ruta de las Ciudadelas; de modo que pasó cerca de Masyât¹. Ahora bien, ese día, resultó que el capitán de esa fortaleza, *Shâhîn de Masyât, y su hijo, *Dawûd el Iracundo, habían

salido de caza, y, por la tarde, cuando regresaban a su castillo, se encontraron de manos a boca con Kamel, que pasaba por el camino de la parte baja de la ciudadela. Intercambiaron los saludos de rigor, ya que Shâhîn y su hijo, naturalmente, conocían al joven y sabían que era el protegido de Ibrahim.

– Dime, Kamel, ¿adónde vas con todo eso? –le interrogó Shâhîn– ¿Qué transportas en esas cajas?

– Por Dios, capitán, vengo de Hama y voy hacia el Horân a visitar a mi padre, el capitán Ibrahim, y a entregarle estas tres *jaznehs* de oro...

En fin, que le contó toda la historia.

– De todos modos, Kamel, mira que eres descortés –continuó Shâhîn–: pasas delante de nuestra casa, sin detenerte, como si se tratara de una aldea en ruinas o de un cementerio... Vamos, ven a pasar la noche al castillo, y permítenos gozar del placer de tu presencia.

– Te agradezco la hospitalidad, tío mío, pero te ruego que me concedas unos cuantos días, el tiempo justo de entregar esto a mi padre Ibrahim y preguntar por su salud; a la vuelta, no dejaré de visitaros. Como verás, se trata de una misión de la mayor importancia.

– ¡Venga hombre! –protestó Shâhîn– ¡Cómo piensas que habiéndote encontrado al lado de nuestra casa, y a punto de caer la noche, te vamos a dejar partir así! Suponte que tu padre

¹ Itinerario un tanto raro: Masyât (hoy en día Masyâf) se encuentra en las montañas, al oeste de Hama, mientras que para ir al Horân, Kamel debería haberse dirigido hacia el sur. Pero ésta no es la primera vez en el relato, que la geografía se sacrifica en aras de la narración.

Ibrahim se entera: no nos lo perdonaría jamás; eso, sin contar, que no es un hombre que deje pasar fácilmente una afrenta: “¡Cómo! –nos diría– ¡así que mi protegido ha pasado al lado de vuestra casa y no le habéis ofrecido hospitalidad!

– Es que tengo miedo que pase cualquier cosa con los fondos que transporto –explicó Kamel– ¡Llevar tres *jaznehs* no es como para andarse con bromas!

– En eso, te doy toda la razón –aprobó el capitán–. Pero, escucha: no tenemos más que depositarlo en la sala en donde yo guardo mi tesoro. Tú mismo cerrarás la puerta, pondrás tu sello sobre ella, y yo te entregaré las llaves para que las guardes tú toda la noche; al día siguiente podrás partir con las bendiciones de Dios.

Tranquilizado ante estas garantías, Kamel se dejó conducir hasta la ciudadela. Depositado el oro en lugar seguro, como lo habían concertado, y, mientras los hombres de la escolta se instalaban en los lugares comunes, el joven Kamel fue conducido al gran salón. Shâhîn de Masyât ordenó que degollaran unos corderos y se preparó un gran festín. Mientras tanto, el rumor de que Kamel, el hijo del pachá de Hama, era un invitado del capitán, se extendió por toda la ciudadela, y toda la juventud se fue para acompañarle: ¡una buena pandilla de jovencitos de su edad! Pues era costumbre entre los ismailíes, que, cuando el capitán de la ciudadela recibía a un huésped de prestigio, invitaba también a todos los habitantes, jóvenes y viejos. Al terminar el banquete, sacaron unas buenas botellas; los hombres de edad que, con sentido común habían renunciado a la bebida, se retiraron discretamente, y sólo quedaron los jóvenes descerebrados, junto con Shâhîn y su hijo Dawûd¹.

Como Kamel era el invitado, todos querían brindar con él para honrarle: apenas había vaciado una copa, cuando ya le habían entregado otra llena, y le pasaron tantas y tan deprisa, que, Kamel, pronto pasó la línea de flotación, y ya no sabía ni donde se encontraba. En fin, que la bebida obraba en él su efecto natural, y, atenazado por una necesidad urgente, se levantó un instante para ir al excusado. Uno de los asistentes se prestó a acompañarle.

– No es necesario –le dijo el joven– Dime solamente donde están los excusados.

Debidamente informado, se precipitó rápidamente al lugar en cuestión, en donde pudo orinar y echarse un poco de agua en la cara: ahora, solo le quedaba encontrar el camino de vuelta al salón de los hombres. En el estado en que se hallaba, esa era una tarea bastante complicada; de modo que no hay que extrañarse que se equivocara de camino y entrara, por error, en la estancia reservada a las mujeres...

Así que penetró allí, y se encontró con una reunión de damas y jovencitas, entre las que destacaba una soberbia criatura de formas opulentas y mirada autoritaria; más bella que el

¹ Este rasgo es característico de la sociedad tradicional, en donde se considera normal que los jóvenes se extralimiten un poco, ignorando algunas de las normas de la Ley del Islam; recordemos, de paso, que la prohibición de bebidas alcohólicas tiene aquí el mismo status, y es respetado en la misma medida, que la que se aplica a las relaciones sexuales fuera del matrimonio en el cristianismo.

claro de luna cuando sale de entre las nubes. Kamel solo la vio un instante, pero una sola mirada fue suficiente para que cayera en las garras de una pasión devastadora, tan tremenda, que perdió el poco sentido y razonamiento que le quedaban. En cuanto a la joven, apenas le divisó, lanzó un alarido como para poner los pelos de punta:

– ¡Horror! ¡Un hombre, un extranjero! –de un salto se arrojó sobre el intruso:

– ¡Sucio asqueroso! ¡borrachuzo de mierda! –le apostrofó– ¡Cómo te atreves a entrar donde las mujeres respetables!

Y, levantando en alto un brazo grueso y musculoso, le propinó una colosal bofetada, que le hizo ver todas las estrellas del firmamento. Brutalmente recuperada la sobriedad, el joven no opuso resistencia alguna y, huyó, pies para qué os quiero, y sin rechistar, a refugiarse en el salón de los hombres.

Cuando entró, todos los asistentes se pusieron en pie en señal de respeto –pues sí; porque Kamel era el hijo de un visir–. Regresó a su sitio y se sentó sin decir palabra, el rostro, rojo como el fuego, y una expresión sombría y melancólica. Al ver que no había vuelto a beber nada, Shâhîn se preocupó:

– ¿Qué tienes Kamel?

– Nada, no me pasa nada –protestó el joven.

– ¡Te conjuro por mi vida, dime lo que te ha pasado! Algo ha tenido que sucederte: hace un momento estabas aquí, con nosotros, bebiendo y divirtiéndote como un loco; sales un instante a aliviarte, y cuando vuelves, ¡traes cara de funeral! ¡Seguro que hay alguna cosa!

En resumen, que Shâhîn y los demás insistieron tanto que el jovenzuelo, finalmente, tuvo que contar su desventura:

– ¡Por Dios, capitán, cuando salí de aquí, estaba un poco confuso!: al regresar, me he perdido y el destino me condujo hacia otra sala. Al ver que se filtraba una luz bajo la puerta, entré por error en el harén. Ya iba a volver rápidamente sobre mis pasos, cuando una joven que había allí me cogió violentamente en un aparte, me trató con los peores insultos, y me asestó la bofetada más fuerte de mi vida. Eso es todo.

– Escucha, Kamel, no tiene importancia –le tranquilizó Shâhîn–. El que hayas entrado sin querer en las habitaciones de las mujeres no es culpa tuya, y yo no le doy más importancia: las más viejas pueden ser tus madres, las jóvenes y las de mediana edad, son tus hermanas. Pero, ¡a la pequeña desvergonzada que se ha atrevido a levantar la mano contra ti, voy a decirle unas cuantas cosas! ¡Y te aseguro que le van a escocer!

– ¡No, te lo ruego, tío mío! –protestó el joven– Por consideración a mí, déjala en paz. Lo pasado, pasado está; no hablemos más...

– ¡Ah, de eso nada! –se rebeló Shâhîn, levantándose– ¡Ahora mismo voy a enseñarle modales!

Dicho y hecho; Shâhîn se levantó y enfiló derecho hacia el salón de las mujeres en donde entró como un torbellino. De inmediato, todas se levantaron.

– A ver, vosotras, decidme; ¿dónde está la insolente que se ha atrevido a dar una bofetada a nuestro invitado? –rugió el viejo capitán Shâhîn.

– He sido yo, padre mío –declaró *Nâfileh adelantándose; pues era ella la que había abofeteado a Kamel–, ¡y ya puede decir que ha sido afortunado de ser nuestro huésped! porque de no ser así, ¡habría cogido la *shâkriyyeh* de mi hermano Dawûd y le habría cortado la cabeza por meterse adonde no debe!

– ¡Qué historias son esas, pedazo de idiota! –se sublevó Shâhîn– ¡Kamel había bebido, y eso le puede pasar a todo el mundo!

– ¡Qué me cuentas! ¿Qué esas cosas las hace todo el mundo? ¡Pues que el padre de ese cerdo asqueroso se pudra en el infierno! Por Dios, habría que haberlo tratado a patadas.

Sobrepasado, Shâhîn, la cubrió de insultos, y luego volvió al salón de los hombres.

– Te ruego que nos disculpes, Kamel –se excusó mientras se sentaba–. Ha sido una pobre muchacha, medio loca que nosotros habíamos recogido por caridad. Ya la he regañado bien; puedes creerme.

Pero el joven Kamel no conseguía recobrar su buen humor. Todo melancólico, seguía silencioso y se abstenía de beber: el amor de su bella abofeteadora se había apoderado enteramente de su corazón, y no pensaba más que en ella.

– ¡Pero, bueno, Kamel, por qué ese ceño! –insistió Shâhîn– ¡Habíamos empezado bien, divirtiéndonos todos juntos, y mírate ahora, todo sombrío, y nosotros contigo! ¡Vamos, no pongas esa cara!

– Escucha, tío mío, ¿de verdad quieres que yo recupere mi buen humor y mi entusiasmo?

– ¡Por mi vida y por la de todos los que están aquí, pues claro que sí!

– En ese caso –prosiguió Kamel–, has de saber que voy a rogarte que me concedas la mano de esa joven; aunque esté loca: ¿podrás evitarme la humillación de un rechazo?

Mas hete aquí que esa petición le venía de perlas a Shâhîn, y colmaba sus más secretos deseos. Por una parte, era cierto que no había ninguna esperanza de que Ibrahim escapara a la muerte; por otra, las tres *jaznehs* de oro le habían puesto los dientes largos; además, Kamel, que era hijo de visir, era en sí mismo un buen partido.

– Hijo mío –le respondió con una sonrisa animosa–, una petición que viene de tan alto rango es un gran honor para nosotros. Ahora, puedo decirte la verdad: la persona en cuestión no es otra que mi hija Nâfileh, la prometida de tu padrino, el capitán Ibrahim.

Ante estas palabras, el joven se quedó atónito y bajó los ojos.

– En ese caso, si ya está comprometida con mi padrino, todo está perdido –murmuró Kamel.

– ¡Ni mucho menos, Kamel! –replicó veloz Shâhîn– Si tienes miedo de Ibrahim, te equivocas. ¿No pensarás que va a seguir con vida después de haber recibido 360 heridas? ¡Para eso haría falta que Nuestro Señor Jesucristo viniera en persona a sacarle del apuro!¹ No; si deseas casarte, presenta ahora mismo tu petición. No dejes que Nâfileh se te escape de las manos; a fin de cuentas, tú eres más digno de ella que cualquier otro.

Estas palabras halagadoras no dejaron de hacer mella en el ingenuo joven, ya medio cegado por la pasión.

– Está bien, pues ¡sea! –confirmó– Solo dime cuánto quieres como dote para tu hija: en cuanto haya cumplido con mi misión en El-Horân, regresaré a Hama y te traeré la suma estipulada.

– ¡Espera, espera; que nosotros no damos a nuestras hijas así como así! –respondió Shâhîn, en tono ladino.

– ¡Pide lo que quieras! Como se suele decir: “¡El que codicia una perla, debe de estar dispuesto a pagar su precio!”.

– Bueno, de acuerdo, hablemos francamente: una *jazneh* para mí, otra para mi hijo, y una tercera para pagar el banquete y los gastos de la boda.

– ¡No cabe duda de que, Nâfileh “la Inexpugnable”, bien vale eso! –concedió Kamel– pero, me da un poco la impresión de que tú estás poniendo en práctica ese proverbio que dice: “¡Si quieres casar a tu hija, no temas subir el precio!” ¿Dónde demonios te crees que voy a encontrarlos, tus dos *jaznehs*?

– ¡Cualquiera diría que te estamos poniendo en un aprieto! –exclamó airado Shâhîn– ¿Y esas tres *jaznehs* que traes contigo? Solo tienes que hacer como que jamás las hubieras recibido...

– ¿Te refieres a los fondos que transporto? El problema es que esos fondos tienen un hueso difícil de tragar: ¡esas *jaznehs* pertenecen a mi padrino Ibrahim, y el único derecho que tengo sobre ellas es el de mirarlas!

– ¡No me hagas reír! Ibrahim está condenado; jamás podrá sobrevivir a sus heridas.

– Sí; pero ¿y si se cura y me pide cuentas? ¿Qué podría decirle yo?

– Incluso, si sanara, no sería más que un pobre inválido, incapaz de levantar ni el dedo meñique contra ti.

– Todo lo inválido que tú quieras, pero al menos le quedará la lengua para pedir justicia: el rey me ha entregado estos fondos con sus propias manos, y a la vista de los dignatarios del reino y del gran visir.

– ¿Y si te busco una buena jugada para hacerte con estas tres *jaznehs* sin dificultad? –insinuó Shâhîn– ¿Vas a seguir regateando?

¹ La tradición musulmana reconoce y aprecia los poderes de sanación y de resurrección de Jesús.

– Si tu jugada se tiene en pie, no diré que no...

– ¡Perfecto! Bueno, ahora escucha, Kamel: aquí tenemos tres *jaznehs*. Yo me quedo con una para la dote; mi hijo renuncia a la suya; con lo que nos quedan dos. De esas dos, una, la consagramos para pagar los gastos de los festejos: de ese modo haremos una fiesta espléndida, como debe ser. En cuanto a la segunda *jazneh*, la distribuiremos entre mis hombres, los que se encuentran aquí; entregándoles a cada uno conforme a su rango; a cambio, si Ibrahim se restableciera, o si su padre, después de muerto, se querellara contra ti, ellos testificarían ante el sultán de que tú pasaste por aquí y que, como todos los caminos eran inseguros, nos pediste algunos hombres de escolta para que te acompañaran hasta el castillo de Hasan El-Horâni. Nosotros daremos el nombre de los hombres en cuestión y añadiremos que no te abandonaron hasta el final de tu viaje y que te vieron entregar las tres *jaznehs* al capitán Ibrahim. Desde el punto de vista legal, todo reposa en los testigos: Ibrahim no podrá decir nada. Por otra parte, si muere, nadie se va a preocupar por las tres *jaznehs*, que serán para quien quiera cogerlas...

– ¿Tú crees que eso puede funcionar? –comentó Kamel dubitativo.

– ¿Y por qué crees tú que no iba a funcionar? –se extrañó Shâhîn– Escucha un momento: en este instante ¿tengo yo alguna deuda contigo?

– Seguro que no.

– Pues bien; supón que yo me llevo a estos dos hombres como buenos testigos, y que juran que tú me debes cinco mil bolsas de oro; entonces, ¡tú estarías obligado a devolvérmelas! –prosiguió guiñándoles un ojo a sus hombres– Ahora, decidme: ¿vosotros sois testigos de que Kamel ha entregado las tres *jaznehs* a Ibrahim?

– ¡Claro que sí! –declararon los hombres de Shâhîn al unísono– ¡Hemos visto con nuestros propios ojos cómo Ibrahim recibía las tres *jaznehs* de las manos de Kamel, aquí presente; incluso fuimos testigos de cómo Ibrahim lo recontaba todo hasta tres veces!

– Bueno, Kamel, ¿aún tienes algo que objetar? –preguntó triunfante Shâhîn.

– ¡Nada en absoluto, señor mío! –respondió alegremente el joven.

Amparados por la oscuridad de la noche, sacaron el botín de la habitación acorazada. Kamel entregó en el acto una *jazneh* a Shâhîn, como dote para su hija; la segunda sirvió para sobornar a los falsos testigos, y la tercera, la dejaron aparte para los gastos de la boda.

– Ya que estamos aquí, ¿por qué no firmamos el contrato esta misma noche, en presencia de esta asamblea? –propuso Kamel.

– Entonces, Shâhîn se levantó y se dirigió al harén.

– ¡Eh, Nâfileh, ven acá un momento! –la lanzó nada más entrar– Necesito que me des un poder para firmar tu contrato de matrimonio.

– ¡Qué! –exclamó la joven– Pero, padre, ¿con quién me quieres casar?

– Con Kamel, el hijo del pachá de Hama.

– ¡Ah, ni hablar de eso! –protestó Nâfileh– ¡Cómo se te ocurre! ¿Después de haberme prometido con Ibrahim, el hijo de Hasan El-Horâni, ahora quieres entregarme a ese birrioso cantamañanas?

– ¡Pobre imbécil! Pero ¡qué me andas contando de Ibrahim! –replicó Shâhîn– ¡Ibrahim está a las puertas de la muerte!

– ¡Pues, aunque así fuera, yo no consentiré en casarme con ningún otro! ¡Si Ibrahim muere, me quedaré soltera!

– ¡Cómo, zorrilla, insolente! –estalló Shâhîn– ¡Cómo te atreves a responder a tu padre de esa manera?

Shâhîn comenzó a pegarla; su madre se interpuso y, a fuerza de amenazas, promesas, lloros y mentiras, consiguió doblegar a su hija que, atrapada entre dos fuegos, acabó por dar su consentimiento. Enseguida, mandaron a buscar a una especie de medio sheij que residía en la ciudadela, y que redactó el acta matrimonial, rubricada por ambas partes. A la mañana siguiente, se aceleraron los preparativos para la fiesta, se colocaron los estrados y las mesas, y enviaron invitaciones a todas las ciudadelas y los castillos. Todo esto, naturalmente, se pagaba con el dinero del que se habían apoderado Kamel y Shâhîn. Como se suele decir: “¡Que todo el que tenga hambre, venga a llenarse la panza!”

Con que las tres *jaznehs* de Ibrahim, al final, fueron a parar a las manos de Shâhîn y a la boda de Nâfileh.

X. 28 - Saad parte en busca de noticias



Volvamos ahora a Saad que, como recordamos, había partido por orden del sultán a obtener noticias de su primo Ibrahim que, tras atravesar estepas y desiertos, recorrer llanuras y desfiladeros, llegó hasta el Horân y se presentó ante el capitán Hasan.

– Y bien, tío, ¿cómo se encuentra mi hermano Ibrahim? –le preguntó– ¿Buenas noticias, si Dios quiere?

– Mi buen Saad, ¡ya solo confiamos en la gracia del Señor! –suspiró el viejo capitán– Tu hermano está ahí,

en la ciudadela; entra y le verás.

Le contaron que le habían sacado de su baúl. Saad pasó rápidamente al castillo y pidió que le condujeran hasta su primo Ibrahim. Le encontró, al pobre, tendido en su lecho, agarrándose al último soplo de vida que le quedaba y dando unos gemidos que partían el corazón.

– Bueno, Ibrahim, hermano mío, hemos estado muy preocupados por ti –le dijo, sentándose a la cabecera de la cama– ¿Cómo es que te encuentro en este estado?

– Ah, mi buen Saad –se lamentó Ibrahim– ¡Ya solo me queda un último recurso: refugiarme en Dios! Bienvenido seas, viejo. Te he echado mucho de menos; pero tú, se diría que me habías olvidado.

– Qué quieres que te diga, eso no depende de mí, yo tengo que obedecer órdenes. Pero bueno, lo importante es que al final he conseguido obtener un permiso del sultán y he venido a visitarte...

– ¿Y qué tal va nuestro señor? –se interesó Ibrahim.

– Gracias a Dios, mejor que nunca. Te envía sus saludos, y también el visir Shâhîn y los grandes del reino. Todos se preocupan por tu salud y rezan por tu recuperación.

– Pero, dime, Saad, al final ¿qué paso en El-Aflâq? ¿Y qué fue de ese perro inmundo de Mangoberto?

– ¡No te agites, hermano! –le tranquilizó Saad. Hemos conquistado la ciudad y pasado a todos los hombres al filo de la espada. Los soldados han capturado a las mujeres y a los niños y han saqueado todo, hasta los trozos de cuerda. Luego, hemos arrasado la ciudad y nos hemos repartido el botín: todos hemos tocado a una buena cantidad.

– Ah, mi buen Saad, qué verdad es cuando se dice: “En este mundo, se te juzga por las apariencias, y en el otro, por las obras” –suspiró Ibrahim tristemente—. Mientras un hombre es fuerte y muestra una salud de hierro, todos le respetan; tanto amigos, como enemigos; pero, a poco que se debilita y caiga enfermo, ni su propio hermano se preocupa más de él. ¡No me esperaba tal ingratitud por parte de nuestro señor el sultán!

– Pero, ¿qué tienes tú que reprochar a nuestro señor? ¡Él, que es la justicia personificada! –exclamó Saad– ¿Por qué dices eso?

– ¿También tú, hermano mío, intentas engañarme? –prosiguió Ibrahim con el mismo aire melancólico—. De modo que yo; que he soportado tantas fatigas y afrontado tantos peligros; yo, que traje de Roma riquezas incalculables, conquistadas gracias a los esfuerzos de mi brazo; yo, que tantas heridas mortales he recibido; cuando ha llegado la hora de repartir el botín, después de la batalla ¡ni siquiera me ha dejado diez piastras para comprarme ungüentos!

– ¡Qué historias son esas, Panza Búfalo! ¿No te da vergüenza ser tan codicioso? –Se indignó Saad– ¡Diez piastras! ¡Estás de broma o qué! Pero si el sultán, el gran visir, los *fidais*, y los emires, todos ellos han renunciado a su parte del botín para dártela: un total de tres *jaznehs* de oro, que te ha enviado nuestro señor el sultán...

– ¿A mí? ¿Me habéis enviado a mí tres *jaznehs*? –se extrañó Ibrahim.

– Pues claro que a ti; ¿a quién si no?

– ¡Te juro ante Dios que yo no he recibido un céntimo! ¿A quién habéis confiado el dinero?

– A Kamel, tu ahijado.

Y Saad le contó todo el asunto en detalle.

– ¡Ah, qué desgracia! –gimió Ibrahim– ¡Mi dinero, Saad, mi dinero! Rápido, no te quedes aquí perdiendo el tiempo; corre a visitar todas las ciudadelas para ver quién está reteniendo a Kamel; puede que se haya detenido en el camino. ¡Si no le encuentras, vete a Hama y dile que traiga el dinero lo más rápido posible a su padrino Ibrahim, que está muy enfermo y lo necesita para comprar medicamentos!

– Sí, pero no hay tanta prisa: déjame al menos un poco de tiempo para estar contigo.

– ¡No es momento de remolonear, Saad! –protestó Ibrahim– ¡Vamos, deprisa, deprisa! ¡Tengo la cabeza como si tuviera un horno dentro! ¡El dinero, hermano mío, el dinero!

– Por el honor de tu casa, no tienes nada que temer: tu dinero es peor que el fuego del infierno, nadie se atrevería a acercarse a él.

Dicho esto, el capitán Saad dejó a su primo sin esperar más, salió de la ciudadela y, corriendo todo lo que le daban sus piernas -que no era poco- tomó el camino de la estepa, y, yendo de ciudadela en ciudadela llegó a los pies de Massyât, en donde vio un gran gentío. Sobre estrados cubiertos de tapices había músicos tocando el óboe y el tamboril; hombres, mujeres y niños bullían por todas partes. En fin, que todos andaban de fiesta. Entonces, Saad, parando a una anciana, le preguntó:

– Dime, tía mía, ¿qué se celebra hoy en vuestra casa? Parece que hay una buena fiesta.

– Sí, hijo mío –le respondió la vieja–. Estamos festejando las nupcias de Kamel, el hijo del pachá de Hama.

– ¿Y con quién se casa?

– Con la hija del capitán de la ciudadela, Nâfileh la Indomable, la hija del capitán Shâhîn de Masyât.

– ¡Santo Dios, pero si es la prometida de Ibrahim! –se dijo Saad para su colete– ¿De qué irá ahora todo este asunto?

Preguntando donde se hallaba la joven desposada, se enteró de que estaba en el gran salón, en compañía de Shâhîn, de Dawûd y de los principales nobles del lugar, amenizados por músicos y cantantes venidos especialmente de Hama y de Damasco.

– ¡Pues ojalá el buen Dios se los haga caer sobre su cabeza! –maldijo Saad dirigiéndose a grandes zancadas hacia la ciudadela. Cuando penetró en el salón en el que se desarrollaban los festejos, Shâhîn y Dawûd se levantaron para recibirle, a la vez que Kamel y los demás invitados.

– ¡Demos la bienvenida al capitán Saad! –intevino el maestro de ceremonias– ¡Siéntate, por favor!

Saad tomó asiento, y le trajeron un refresco. Cuando todos los allí presentes le hubieron saludado y le dejaron tranquilo, se volvió hacia el joven recién casado:

– ¡A ver, Kamel!

– ¿Sí? –respondió éste.

– ¿Por qué no has ido a llevar el dinero a tu padrino el capitán Ibrahim?

– Pero, ¿qué me estás diciendo, Saad? –exclamó el joven– ¿Quién te ha dicho que no se lo he llevado? ¡Hace un siglo que se lo di!

– Escucha, acabo de llegar de casa de mi hermano Ibrahim, adonde me había mandado el sultán para tener noticias tuyas, y me ha afirmado que él no ha recibido nada de nada.

– Entonces, no cabe duda: ¡si te ha dicho eso es que ha perdido la cabeza!

Luego, Kamel, volviéndose hacia los hombres que había sobornado, les preguntó:

– Eh, vosotros, ¿no estábais conmigo cuando fuimos al Horân a visitar a Ibrahim? ¿acaso no me visteis entregarle las tres *jaznehs*?

– Claro que sí; que te hemos visto, somos testigos.

– Pues menos mal que os llevé conmigo –soltó Kamel triunfante–. De no haber sido así, y si, por desgracia, hubiera pasado algo al capitán Ibrahim, y su padre Hasan se hubiera querrellado contra mí...

– Pero, ¿qué cuentos son esos! –se indignó Saad– ¡Mi hermano Ibrahim me ha dicho que no ha recibido nada!

– Escucha, Saad, no insistas, porque más vale que ruegues a Dios que venga en su ayuda –intervino Shâhîn–. Bien sabes que lo que le ha sucedido a Ibrahim es muy grave; con todas las heridas que ha recibido, no es extraño que haya perdido la razón.

– Sí, seguro que es eso –concedió Saad–. Por Dios, con lo que ha sufrido, ni siquiera una montaña habría podido resistirlo...

Dicho esto, se apresuró a partir, pero Shâhîn no le dejó ir.

– ¡Ah, no, Saad, de eso nada! ¡Por Dios, que no te dejaré salir de aquí sin que hayas comido con nosotros!

Saad, que andaba hambriento, se dejó engatusar; pero, apenas había terminado el último bocado, se levantó y partió, regresando al Horân. En cuanto llegó se fue a ver a Ibrahim.

– A ver, Panza Búfalo, ¡tú es que no tienes vergüenza! ¡Cuando pienso en todo el esfuerzo que he hecho por ti, y ahora resulta que Kamel te había entregado las tres *jaznehs*, y delante de veinte testigos de la comunidad de Muhammad, que se han apresurado a prestar juramento!

– ¡No es buen momento para bromas, Saad! ¿De verdad has ido?

– ¡Por supuesto que sí! ¿A qué te crees que estoy jugando?

– ¡Ni de coña! Pedazo de idiota, ¿cómo ibas a tener tiempo de haber ido de aquí a Hama y volver, en solo dos días?

– Pues, justamente porque no he ido a Hama, y porque he encontrado a Kamel al pasar por Masyât.

– ¿Y qué hacía ese pequeño imbécil en Masyât? –preguntó Ibrahim furioso.

– Escucha, hermano, te digo que le he visto en Masyât, en la ciudadela... y también he visto otra cosa; pero preferiría no hablarte de eso, porque en tu estado, podría hacerte daño.

– No, no, Saad; te prometo que no voy a enfurecerme: vamos, dime de qué se trata, si no, no voy a quedarme tranquilo.

Pero Saad continuó con evasivas, hasta que Ibrahim tuvo que recurrir a palabras mayores:

– Yo te conjuro, por el Nombre Supremo de Dios, dime lo que has visto.

– Está bien, en ese caso... al llegar a Masyât, vi un montón de gente, con músicos y festejando. Era por la boda de Kamel, que se ha casado con Nâfileh la Indomable. Además, los hombres de Safita me han jurado que habían acompañado a Kamel hasta aquí y que te habían entregado las tres *jaznehs*, y piensan que es que tú no te has recuperado todavía...

– ¡Ah, los muy cerdos! –rugió Ibrahim con voz de trueno– Y tú, les has creído ¿eh?

Poseído por el furor de la noticia, Ibrahim le propinó a su primo tal puñetazo en el pecho, que le envió por los aires con armadura y todo. Pero, ese brutal esfuerzo tuvo lógicamente como efecto que se le volvieran a abrir las heridas, encontrándose de nuevo como al principio del tratamiento.

– Y ahora ¿qué he hecho yo? –protestó Saad levantándose y escapando de allí sin esperar respuesta. Al flanquear la puerta de la sala, se encontró de manos a boca con Fâtme la Arrogante, la hermana de Ibrahim que, alertada por los gritos de su hermano, corrió a ver qué le pasaba.

– Eh, dime, especie de saltamontes, ¿qué le has hecho a mi hermano Ibrahim para que grite de esa manera? –le apostrofó.

– ¡Eh, que yo no sé nada! –respondió sin aminorar las zancadas.

En cuanto salió de la ciudadela, puso a trabajar sus dos largas piernas y enfiló, como un dardo a través de la estepa, sin mirar atrás, ni detenerse, hasta llegar a El Cairo, en donde se presentó inmediatamente ante el sultán.

– ¡Bienvenido seas, Saad! –le recibió el sultán– Y bien, ¿has ido por fin al Horân?

– Sí, Comendador de los creyentes.

– Entonces ¿qué noticias nos traes? No nos ocultes nada: ¿qué tal va Ibrahim?

– Qué desgracia, *efendem* –suspiró Saad–; Ibrahim ya solo espera que el Señor le reciba en Su seno.

Saad le contó cómo Ibrahim había sido extraído del baúl; pero se guardó bien de hablar acerca de las tres *jaznehs* y del papel que había jugado Kamel, temiendo sembrar inútilmente la discordia, por si acaso el joven de verdad hubiera entregado el dinero a Ibrahim.

– Cuando, por la gracia del Señor, se haya recuperado Panza Búfalo del todo –se dijo Saad para su colete–, entonces, si es verdad que no ha recibido el dinero, ¡él solo se sobra y se basta para recuperarlo, así tuviera que partir en dos una montaña para conseguirlo!

Y eso es todo sobre Saad.

X. 29 – Un remedio para camellos



Ibrahim había perdido el conocimiento a causa del dolor producido por las heridas que, como recordaremos, se le habían abierto al dar un puñetazo a Saad, tras conocer la noticia de la boda de su ahijado, Kamel, y la pérdida de sus tres *jaznehs* de oro. Alertada por sus gritos, Fâtmeah, la hermana de Ibrahim, se precipitó en la habitación, seguida al momento por La Canosa y por Hasan. Al ver a su hijo en aquel triste estado, el viejo capitán lo cogió en sus brazos, mientras su mujer y su hija le pasaban un paño mojado por la cara. Después de largos minutos, Ibrahim volvió en sí, balbuciendo:

– ¡Bienaventurados los que dicen: “No hay más dios que Dios y Muhammad es Su profeta”!

– ¡Ay, mi pobre hermano! –se lamentó Fâtmeah– Pero, ¿qué te ha hecho Saad, para que dieras esos gritos? Ojalá pudiera yo dar mi vida por ti y no ver que tus enemigos se regocijan con tus desgracias.

– Déjalo, Fâtmeah –suspiró el herido– Tengo que soportar con coraje la prueba que Dios me ha enviado. Saad no ha tenido la culpa: he gritado porque ya no aguanto más estar así, sin poder comer hasta saciarme, ni dormir en paz. Esto no acabará nunca; no veo progreso ni mejora.

– No tengas miedo, hermano mío –sollozó Fâtmeah– soporta con valor esta prueba, y serás recompensado por ello, pues la constancia en la adversidad es la llave de la curación.

– Tienes razón, Fâtmeah –suspiró Ibrahim–; pero ¡yo no puedo aguantar más encerrado entre las cuatro paredes de esta oscura habitación; sin ver la luz del sol, ni de la luna! Quiero que me lleves hasta el jardín: puede que el aire puro y el espectáculo de la naturaleza disipen mis oscuros pensamientos.

– ¡Pero, hermano mío, tus heridas corren el riesgo de agravarse al contacto con el aire! No puedo hacer algo así.

– Te conjuro por el Nombre Supremo de Dios –continuó Ibrahim– de que me lleves al jardín, o yo mismo pondré fin a mis días.

La joven, perpleja, se volvió hacia su padre.

– A fin de cuentas, ¿por qué no? –concedió éste– Vamos, Fâtmeh, échame una mano para trasladarle allí abajo: si Dios ha decretado que viva, vivirá; no será el aire fresco lo que le vaya a hacer daño. Y, de todos modos, si le sucede algo, nos quedaríamos toda nuestra vida con el remordimiento de haberle negado su último deseo.

Ayudado de La Canosa y de Fâtmeh, Hasan El-Horâni colocó al herido en su colchón y lo condujo al jardín, en donde le instaló a la sombra de una arcada, sobre un lecho que había mandado instalar en ese lugar, frente a una fuentecilla de agua susurrante.

– ¡Uf! –suspiró Ibrahim– Alabado sea Dios; ¡por fin respiro aire puro! Dios te bendiga, hermana mía –le dijo, una vez que se hubo instalado confortablemente– Por cierto, ¿sabes de qué tengo ganas?

– Dímelo, mi querido hermano: ¡ojalá pudiera yo dar mi vida por ti y no ver a tus enemigos disfrutar con tus desgracias!

– Escucha, hermana mía, no sé ya ni cuánto tiempo hace que solo me alimento de leche de almendras: estoy completamente empachado, y mi cuerpo no lo tolera más. No puedo estar sin comer carne. Así que, quiero que me escojas un cordero bien gordo, que lo degüelles, lo despieces, enciendas un buen fuego y me lo ases en un espetón: así podré de una vez saciar mi hambre y, si yo muero, moriré satisfecho, en lugar de con la tripa vacía.

– Pero, hermano mío, con lo débil que te encuentras con esas heridas, ¿no es bueno que comas carne! –protestó Fâtmeh.

– ¡Vamos, dame ese gusto! Yo invocaré el nombre de mi Señor, comeré agusto, y el resto, lo dejaré en manos de Dios.

Poco convencida, la joven se fue a pedir consejo a su padre.

– Eh, ¡dale lo que le apetezca y no te preocupes de si es bueno o malo para él! De todos modos, su caso es desesperado: aunque le viera con mis propios ojos levantarse y andar, no me lo podría creer. Ya veremos si se cura. Vamos, déjale que coma lo que quiera: al menos no nos quedará el remordimiento de haberle negado su último deseo.

Así que Fâtmeh se fue al redil a escoger un corderillo bien gordo, lo tendió en el suelo, lo sangró, despellejó, vació las tripas, lo sazonó y atravesó en un espetón; después encendió una buena hoguera y se puso a asarlo, hasta que estuvo en su punto, bien dorado por todas partes. Mientras tanto, La Canosa se fue a amasar harina y a cocer pan fresco; luego, pusieron una mesa y el cordero en una gran bandeja, que colocaron ante Ibrahim. Éste, acomodó su trasero en la cama, y comenzó a comer. Una vez se hubo terminado un cuarto de cordero y una buena porción de pan, su hermana quiso detenerle.

– ¡Ya es suficiente, hermano mío! En tu estado, es preferible que te quedes con un poco de hambre que atascarte de comida: te aseguro que esto te va a sentar mal.

– Escucha, Fâtmeh, ¡déjame en paz! ¡Yo todavía tengo hambre!

Continuó devorando, mientras su hermana no cesaba de decirle:

– ¡Ya basta!

Y él de responder:

– Sólo este pedacito de nada y no sigo.

Pero Ibrahim no se detuvo hasta haberse comido todo el cordero y todo el pan, sin dejar ni una miga: sólo Dios es eterno. Sí; pero, como Ibrahim se había comido un cordero entero, y, además, hacía mucho calor, sin contar con las heridas que, lógicamente, se habían recalentado, ¿os podéis imaginar cómo se sentía Ibrahim!

– ¡Traeme agua, Fâtmeh! –pidió a su hermana.

La joven le trajo un cántaro de agua, y se lo mantuvo inclinado sobre la boca hasta que se la bebió a grandes tragos.

– Es lo que yo me temía –confesó.

– Calla y sigue dándome agua –gruño Ibrahim– Sólo Dios tiene el poder de hacer el bien o el mal.

Pero Ibrahim, que no dejó de beber hasta que hubo saciado su enorme sed, en ese momento se sintió horriblemente oprimido, de tal modo, que apenas si podía respirar. Por otra parte, toda el agua que había bebido comenzó a supurarle abundantemente por las heridas. En fin, que se encontró muy mal, y, fue entonces, cuando tomó una resolución heroica.

– Fâtmeh –le dijo a su hermana–, vete a buscarme los hierros con los que nuestro padre cauteriza sus camellos.

– ¿Y para qué quieres tú ahora eso? –se inquietó ella.

– Tú tráemelos, y luego te explico. He tenido una idea: voy a aplicarme un remedio de kurdo¹. Y, ¡o bien funciona, o estiro la pata y me libero de una vez por todas de esta tortura!

Fâtmeh salió corriendo, y regresó al instante con un montón de hierros para cauterizar.

– Muy bien –le dijo Ibrahim–. Ahora ponlos en el fuego.

La joven obedeció, y cuando los hierros se pusieron al rojo vivo, casi blancos, Ibrahim se despojó de todas sus vestiduras, quedándose desnudo, como el día en que su madre lo trajo al mundo.

– Ahora, escúchame bien, Fâtmeh –prosiguió Ibrahim–. Voy a cauterizarme todas las heridas a las que yo pueda llegar con mis propias manos; pero las que tengo en la espalda,

¹ Expresión, más o menos, equivalente a “remedio de caballo”. La cauterización con un hierro al rojo se practicaba normalmente en la medicina tradicional, tanto en Oriente, como en Occidente.

tendrás que cauterizarlas tú; aunque, eso sí, ten mucho cuidado de no quemar la carne muerta, y, sobre todo, no te acerques a la viva.

– Pero, hermano, ¿te das cuenta de lo que me estás pidiendo? –protestó Fâtmeh– ¡Jamás podrás soportar el dolor de un hierro al rojo vivo!

– ¿Cómo que no lo voy a soportar? Si Dios quiere, y me da la fuerza necesaria, yo lo aguantaré sin rechistar.

Hay que recordar que Ibrahim había recibido más de cuarenta heridas en la espalda, y por lo que se cuenta, se las habrían hecho cuando pidió a Saad que le fuera a buscar agua, pues, al tener Saad que abandonar su puesto para bajar hasta el río, los cobardes de los francos aprovecharon esa circunsatancia para atacar a Ibrahim por detrás. De no haber sido por eso, se las hubieran visto negras para embestir todos en masa, y jamás habrían podido llegar a rodearle, debido a la protección que Saad le daba, guardándole las espaldas. De ahí, la cantidad de heridas que presentaba Ibrahim por todo su cuerpo.

Entonces, Fâtmeh cogió un hierro ardiente, a la vez que Ibrahim agarraba otro, y se pusieron a cauterizar las llagas una tras otra; mientras un horrible olor a putrefacción y a carne quemada se expandía por el aire. Ibrahim soportaba el suplicio sin pestañear; cuando el dolor se le hacía isoportable, se daba valor a sí mismo recitando poemas.

Los dos se emplearon, mano a mano y a fondo, en cauterizar las heridas de Ibrahim, hasta que éste se encontró muy pronto con el cuerpo todo carbonizado como un viejo estropajo renegrido. En ese momento, el León del Horân, vencido por el dolor, perdió el conocimiento. Fâtmeh, continuó valientemente con la operación; pero una mujer, por muy intrépida que sea, siempre será una mujer: aplicó el hierro candente sobre una llaga que comenzó a espumear y a hervir, igual que si hubiera echado un carbón ardiente sobre el agua. A la vista de tal espectáculo, comenzó a temblarle la mano, y tocó, sin querer, la carne viva. Reavivado por el tremendo dolor, Ibrahim lanzó un grito inhumano:

– ¡Ahhh! ¡Para, Fâtmeh, me estás quemando!

Debatiéndose, dio un golpe violento a su hermana, que cayó al suelo; luego, perdió de nuevo el conocimiento. Aterrorizada, la joven se levantó y, abandonando a Ibrahim desvanecido, se fue de allí a todo correr.

X. 30 - La intervención de El-Jidr



Mientras Ibrahim caminaba errante entre las tinieblas de la inconsciencia, sintió de pronto que sobre su pecho se posaba una mano más dulce que la seda, más ligera que el algodón, y más fresca que la nieve, a la par que una misteriosa voz le decía:

– No tengas miedo, valeroso combatiente de la Fe: Dios ha decretado, en Su omnisciencia, que morirás de viejo y apaciblemente en tu lecho y bien abrigado con tu manta. Sigue guerreando por la buena causa: nada habrás de temer en la batalla, ya lo verás.

Este hombre, que había venido a visitar a Ibrahim, era el caballero sin reproche, el que alivia toda dolencia, con el permiso del Señor, y aquel que, en cualquier lugar, jamás deja de atender a los que imploran su ayuda: Nuestro Señor el Jidr Abu-l-Abbâs, que la salvación sea sobre él. También hay quienes afirman que se trataba del Sayyid Ahmad El-Badawi¹:

sólo Dios es omnisciente. Así pues, Nuestro Señor el Jidr elevó su mano hacia el cielo e invocó:

– Oh, Dios mío, Tú, que conoces el secreto de todas las cosas; Tú, que haces brotar las fuentes y los arroyos; Tú, que regulas el curso de los ríos; Tú, que, gracias a Tu bondad, haces caer las lluvias en invierno y primavera; Tú, que levantas los velos de la noche y haces brillar la claridad del día; Tú, que has extendido las llanuras y levantado las montañas; Tú, que haces crecer la hierba para alimentar a todas las bestias que pacen; Tú, que has creado a todos los seres, macho y hembra; Tú, que dispensas la riqueza y la satisfacción; Tú, que das la vida y la muerte; Tú, que creas y traes al recién nacido; Tú, que colmas a Tus servidores con Tu generosidad y Tu benevolencia; Tú, que conoces los pensamientos secretos que se esconden en el corazón de los hombres; Tú, que haces salir a los muertos de

¹ Uno de los santos místicos más populares en Egipto, y el más venerado; muerto en 1276 (por lo tanto, contemporáneo de Baibars). Ya ha aparecido en esta saga en otras ocasiones (*La Cabalgada de los Hijos de Ismail*).

sus tumbas; Tú, que tienes en Tu mano la Resurrección y el Encuentro; yo te imploro por el Trono y la Estela; por el Escaño y la Pluma; a Ti, cuya compasión no se puede comparar a la de ninguna otra criatura; Oh, Tú, que eres el Señor, el Protector, el Dios de majestad, el Todopoderoso; oh, Tú, único recurso para los corazones afligidos. Yo te imploro, por el honor de Tu Profeta elegido, cuya venida anunciaron rabinos y monjes; por el que Tú has creado el universo, y cuya llegada es una señal de Tu misericordia hacia los hombres y los *Yins*. Oh, Tú, el más Clemente de los clementes; Tú, que llevas socorro a los afligidos y satisfaces las plegarias de los suplicantes: ¡posa Tu mirada de misericordia sobre Tu servidor Ibrahim, hijo de Hasan! Que la oración de Dios y Su salvación sean sobre Nuestro Señor Muhammad, sobre sus descendientes y sus compañeros.

Tras haber pronunciado esta invocación, Nuestro Señor el Jidr humedeció con su saliva las heridas de Ibrahim y las frotó suavemente con la mano: una, tras otra, sus llagas se cerraron sin dejar la menor cicatriz. Cuando hubo terminado, Ibrahim volvió en sí: su dolor se había calmado, y de su cuerpo había desaparecido toda marca. Había recibido, entre otras, una grave herida que le recorría la cara, desde la frente hasta el ojo derecho y la mejilla. Nuestro Señor el Jidr, la masajeó dulcemente con la mano; después, le escupió un poco de saliva en la órbita del ojo derecho que, desde ese día, se benefició de una visión sobrenatural, a tal punto, que era capaz de ver un objeto situado a tres horas de marcha, reconociendo a alguien, tanto de día, como de noche. Luego, El-Jidr le pasó ese colirio al ojo izquierdo, al que dotó también de las mismas extraordinarias propiedades: era capaz de distinguir el *benj* cuando estaba mezclado con la comida o la bebida, y de desenmascarar a los francos que, con perversas intenciones, simulaban haberse convertido al Islam.

– Quédate tranquilo, Ibrahim, en este momento has quedado totalmente restablecido – continuó entonces el Jidr–. Y has de saber que, aunque combatieras tú solo contra un ejército tan largo y tan ancho como el de siete días de marcha, no tendrías nada que temer: Dios ha decretado que morirás de viejo, en tu lecho.

Luego, tras recomendarle que guardara silencio sobre todo esto, el misterioso visitante desapareció en la Omnisciencia de Dios.

Cuando Ibrahim se quedó solo, se levantó de su lecho y, como estaba enteramente desnudo, zambulló inmediatamente la cabeza en la fuentecilla; se lavó y friccionó con vigor, tanto y tan bien, que su piel apareció más blanca que una almendra mondada.

Mientras tanto, Fâtme, después de abandonar a su hermano perdido el conocimiento, se encerró en el harén lanzando lúgubres lamentos:

– ¡Ah, mi pobre hermano! ¡Ay, qué dolor! ¡Eh, ancianas, venid a ver lo que le ha pasado a mi hermano Ibrahim!

Ante esas palabras, las mujeres fueron corriendo, junto con Hasan El-Horâni:

– ¿Qué sucede, Fâtmeĥ? –preguntó Hasan– Es que tu hermano...

– ¿Qué desgracia! –gimió la joven– ¡Ibrahim se ha quemado hasta la muerte con los hierros de cauterizar camellos!

Al escuchar esto, las mujeres se pusieron a gritar, y a lamentarse en un coro de plañideras; de tal modo, que las murallas de la ciudadela temblaron: se hubiera creído –¡que Dios nos proteja!– llegado el Día del Juicio. Todos se precipitaron al jardín, con Fâtmeĥ a la cabeza. Pero cuando ésta llegó a la fuenteĥilla, y vio a su hermano que salía de allí limpio y saludable, como un ser nuevo, Fâtmeĥ lanzó una albórbola de alegría y comenzó a gritar:

– ¡Alegraos, amigos y amados, mirad a mi hermano, el capitán Ibrahim!

– ¿Pero que es lo que le pasa? –se extrañó Hasan que, al estar detrás y alejado, no había visto aún nada. ¡Hacía un instante, su hija Fâtmeĥ se lamentaba de dolor, y ahora, daba gritos de alegría!

– ¡Lo que nos faltaba! –suspiró la Canosa, que estaba cerca de su marido Hasan– El pequeño ha muerto, y la pequeña se ha vuelto loca de dolor. ¡Deprisa, deprisa, Hasan, vete con ella, no vaya a arrojarse al pozo en su locura!

– ¡Sólo Dios posee la fuerza y el poder! –exclamó el viejo capitán– ¡Pues no nos quedaba más que eso!

Así que corrió rápidamente adonde Ibrahim, que, en ese momento salía tranquilamente del agua, con el cuerpo limpio y sin cicatriz alguna de las heridas.

– ¡Ah, hijo mío! ¡Estás vivo! –exclamó– ¡No me lo puedo creer! ¡Alabado sea Dios que te ha devuelto a mí como Él devolvió a José a Nuestro Señor Jacob!

Los demás, hombres y mujeres, se precipitaron a su encuentro: un ambiente de fiesta reinó en la ciudadela, los gritos de alegría y las albórbolas festivas, sonaban por todas partes. En el acto, condujeron a Ibrahim al hamâm, en donde le lavaron cuidadosamente y le masajearon; luego, vestido con ropa limpia, se instaló en el gran salón, rodeado de los notables de la ciudadela y de jóvenes guerreros. Todos querían conocer las milagrosas circunstancias de su curación; pero Ibrahim se limitó a responder:

– No hagáis demasiadas preguntas, amigos míos: yo debo mi sanación a Aquel que liberó a Job de sus pruebas y devolvió la vista a Jacob. En verdad, nadie puede salvarse hasta que Dios lo haya decretado: Él me inspiró la idea de cauterizar mis heridas, y de ese modo he podido recuperar la salud.

Mientras tanto, la fiesta había llegado al cénit; por todas partes resonaba el alegre batir de los tamboriles y las cornamusas. La noticia de la curación del capitán Ibrahim se extendió enseguida por toda la región, y los habitantes de las ciudadelas vecinas no tardaron en llegar para felicitarle.

Entre todos los que llegaron a visitarle, estaba su lugarteniente y protegido, Ali Ibn El-Shayyâh¹.

– ¡Loado sea Dios que te ha devuelto la salud, padrino mío! –exclamó al verle– ¡Por Dios, que ya había perdido toda esperanza de volver a verte vivo!

Por lo que se cuenta, Ibrahim pasó tres días celebrándolo en el gran salón; llenando la panza de pollos, de palomas rellenas, y de corderos, para recuperar sus fuerzas. El cuarto día, por la mañana, se llevó aparte a Ali Ibn El-Shayyâh.

– Ali, muchacho, ahora ya he recuperado la salud, y me siento en plena forma, gracias a Dios. Hoy, no tengo ganas más que de una sola cosa: montar a caballo y hacer un poco de ejercicio para ver si no me he debilitado demasiado durante mi enfermedad.

– A tus órdenes –asintió el joven.

– Pues entonces, cojamos un caballo cada uno y bajemos los dos a la llanura que hay delante de la ciudadela; romperemos unas cuantas lanzas en buena liz, y luego, nos iremos al campo a respirar aire puro.

– ¡Piedad, padrino! –exclamó Ali– ¿Tú te crees que yo doy la talla como para luchar contra ti?

– ¡Eh, que no te estoy proponiendo que luchemos a muerte! –refunfuñó Ibrahim– Sólo se trata de un pequeño entrenamiento.

– En ese caso, lo haré con gusto.

Ambos hombres se pusieron el equipo, montaron en sus cabalgaduras y descendieron a la explanada que se extendía por la parte baja de la ciudadela.

– ¡Sujétate bien, Ali! –le lanzó de pronto Ibrahim, y, más rápido que un rayo, comenzó la justa.

Ali Ibn El-Shayyâh, pronto se dio cuenta de que, su padrino, en lugar de haber perdido reflejos, las fuerzas de su adversario parecían haberse centuplicado: antes, en tales circunstancias, siempre había conseguido resistir al menos un rato a los asaltos de Ibrahim; pero, esta vez, todo lo contrario, ni siquiera le dio tiempo a maniobrar.

– ¡Párame ésta, muchacho! –gritó Ibrahim dándole un golpe con la hoja plana de su *shâkriyyeh*.

Ali levantó su escudo para pararlo, pero sintió en el brazo un choque tan violento que creyó que le había caído un rayo encima: su escudo se le cayó de las manos, y él mismo, desazonado, fue a morder el polvo.

– ¡Ay! –protestó el joven– ¡Esto no es un juego, padrino!

– Pero, chico, ¡te juro por el Nombre Supremo de Dios que ha sido un golpecillo de nada, lo justo para echarnos unas risas!

¹ Este personaje, uno de los numerosos “protegidos” de Ibrahim, no ha aparecido hasta ahora en la saga de “Baïbars”.

– ¡Pues menos mal, porque de haberme golpeado de verdad, habría pasado a mejor vida! Y, de hecho, Ibrahim había retenido su golpe. Ibn El-Shayyâh se levantó, sacudiéndose el polvo de la ropa.

– ¡Que el nombre de Dios sea sobre tu corazón por este golpecillo de nada! –le comentó con ironía– ¡Ah, qué desgracia, verte tan desmejorado por culpa de tus muchos años! ¡Hay que reconocer que vales menos que un cadáver devorado por los gusanos!

– ¡Por desgracia, Ali! –suspiró Ibrahim– ¡Si la palabra “desgracia” pudiera consolar el corazón de quien la pronuncia, yo no pronunciaría más que esa palabra durante el resto de mis días! Dime, Ali, ¿tu padrino Ibrahim es un cobarde?

– ¡A Dios no le pluga!

– ¿Un hombre sin fe?

– ¡No le plazca a Dios! ¿Pero, padrino, por qué todas esas preguntas?

– Muchacho, si tú lo sabes, es una terrible desgracia para mí, y, si lo ignoras, es un infortunio aún mayor. Dime, Ali, ¿tienes alguna duda sobre todas las fatigas que he sobrellevado para obtener la mano de Nâfileh la Indómita? ¿De las colosales sumas de dinero que he entregado a su padre? ¿Acaso en mis locos años de juventud no he robado los rebaños de las ochentaicinco ciudadelas para ofrecérselos a mi prometida como dote? Incluso, y que Dios me perdone, ¿no metí mano también en los de mi tío materno, el capitán Maarûf¹?

– Sí, es cierto –asintió Ali–: todos los ismailíes y yo mismo somos testigos de todo eso.

– Y ahora, ¡tras tantas fatigas y tanto sufrimiento, yo tengo que ver a su padre, Shâhîn de Masyât, conceder la mano de mi amada a otro, que ni siquiera es de nuestro clan! Pero no es a Shâhîn a quien yo quiero, es al otro; ¡a ese que era mi amigo y mi ahijado por el pacto de Dios, y sobre el que yo tenía los derechos de un padre! ¡a Kamel, hijo de El-Adel, el virrey de Hama! ¡Ah, mi pobre Ali, no se puede contar con nadie en este mundo: ni hermano, ni compañero, ni aliado!

Entonces, Ibrahim le contó el asunto de las tres *jaznehs* de oro enviadas por el sultán, y del matrimonio de Kamel con Nâfileh; en fin, todo lo que ya sabemos.

– ¡Por Dios, padrino! –repuso el joven– ¡solo en la hora del peligro es cuando se conoce a los verdaderos amigos! ¡Maldito sea ese granuja de Kamel, que ha tenido la desvergüenza de robarte el dinero que se te había otorgado, y que te ha robado a tu prometida! Pero ahora, ¿qué hacer? Lo mejor sería denunciarlo ante el Comendador de los creyentes para obtener la restitución de las tres *jaznehs*...

¹ Alusión a un episodio perdido (o ausente) del “Baïbars”: Ibrahim, que, en su juventud, fue renegado y expulsado por su padre, durante cierto tiempo llevó la vida de un ladrón de animales y un fuera de la ley (ver *Paladín de Doncellas*). Los ismailíes, que sufrieron de sus robos, no dejan de recordárselo, dulce o amargamente, en cualquier ocasión que venga al caso.

– ¡Qué vergüenza, Ali! –se revolvió Ibrahim– ¿Crees que tu padrino ha caído tan bajo? Llevar este asunto ante las autoridades, aportar testigos, trapacear, eso se queda para los cobardes y los incapaces: un hombre digno de ese nombre toma lo que es suyo con la punta de su espada¹. ¡Vamos, vente conmigo a Masyât, y verás de lo que es capaz tu padrino!

– ¡Ojalá Dios conserve eternamente tu valentía! –aprobó Ali.

¹ Esa es una regla fundamental del código de honor, todavía respetado en algunas zonas rurales. Aquí aparece la otra cara de Ibrahim: la de un campesino obtuso, testarudo, y codicioso con sus ganancias; presto a declarar una guerra antes de ceder lo que estima que le pertenece por derecho.

X. 31 – Ibrahim se invita a la boda



Sin perder ni un minuto más, Ibrahim y su ahijado Ali partieron al galope y, cabalgando sin detenerse, pronto estuvieron a la vista de Masyât; justo en el momento en que la fiesta llegaba a su punto culminante entre redobles de tamboriles y el ir y venir de los convidados. A la vista de esto, Ibrahim se dirigió hacia la aldea: según se cuenta en el relato, en tiempos de El-Zâher había en todo el país una aldea junto a cada una de las ochentaicinco ciudadelas; un pueblo en el que vivían los aldeanos y campesinos. De modo que, Ibrahim encaminó sus pasos hacia la aldea de Masyât.

Al llegar allí no encontró ni un alma: el lugar parecía abandonado a las gallinas y a las cabras. Pero, al pasar delante de la puerta de una casa, vio a una anciana sentada en un poyete, apretándose las sienes con los puños.

– ¡Buenas tardes, tía mía! –la interpeló Ibrahim.

– ¡Buenas tardes, hijo mío! –respondió la anciana.

– ¿Aceptarías acoger a dos huéspedes por esta noche? –prosiguió Ibrahim.

– ¡En cualquier época del año, un huésped siempre es bienvenido! Por favor, entrad.

La anciana bajó del poyete y les condujo a la casa: era una pobre vivienda, de una sola habitación, cubierta de cañas, oscura y de techo bajo. Todo su mobiliario consistía en un viejo jergón y una gastada y fea manta de fieltro. La anciana, después de haberles instalado, corrió a trabar sus monturas y a darles un poco de pienso; luego, volvió, trayendo un cuenco de madera lleno de un guiso de lentejas, y unos pocos mendrugos de pan.

– En el nombre de Dios, hijos míos –les dijo, mientras depositaba el cuenco ante ellos– No me lo tengáis en cuenta, si esta escasa comida es indigna de vosotros.

– Basta y sobra con tu bondadosa acción –la aseguró Ibrahim.

Los dos hombres repusieron fuerzas y alabaron la grandeza de Dios. Mientras tanto, había caído la noche: la anciana trajo una pequeña lamparilla de aceite de ricino y encendió la mecha; luego, se sentó junto a ellos.

– Escucha, tía mía –comenzó Ibrahim–, me gustaría hacerte una pregunta.

– Todas las que tú quieras, hijo mío.

– Me da la impresión de que esta aldea está vacía; ¿adónde se han marchado sus habitantes?

– Se han ido todos a presentar sus condolencias a Kamel, el hijo del pachá de Hama. ¡Quiera Dios que nunca goce de alegría, ni felicidad!

– ¿Pues qué le ha sucedido a Kamel? –prosiguió Ibrahim, haciendo como que ignoraba todo el asunto, para tirarla mejor de la lengua.

– Tiene la intención de casarse con Nâfileh la Indomable, la hija de Shâhîn de Masyât: esta noche se celebrará el cortejo nupcial y se consumará el matrimonio. ¡Ojalá que le entierren vivo a ese tipejo!

– Pero, tía, entonces, ¿no es una jornada de duelo, sino de boda y festejos! –protestó Ibrahim.

– ¡Ah, hijo mío, si tú supieras! –suspiró la vieja– De puertas afuera, esto tiene el aspecto de ser una boda; pero hacia dentro, es el duelo más triste y sombrío.

– ¿Y, por qué, madre de valientes?

– Pues porque la novia, Nâfileh, estaba prometida a Paladín de Doncellas, el capitán Ibrahim, que en este momento yace en su ciudadela, gravemente herido. Pero, eso no es todo: el novio de ahora, Kamel, era el protegido de Ibrahim, su ahijado por el pacto de Dios, y lo ha traicionado indignamente: primero, quedándose con tres *jaznehs* de oro pertenecientes a Ibrahim, que ha entregado a Shâhîn para obtener la mano de su hija, y, luego, robándole a su prometida. Yo sólo deseo una cosa: ¡que sane Ibrahim y venga a Masyât para arrancarle a Kamel la alegría de sus ojos con lágrimas de sangre, y que convierta la noche de bodas en una velada fúnebre!

– Uf, padrino –susurró Ali Ibn El-Shayyâh–, esta vieja parece detestar a Kamel y tenerte a ti un cariño enorme. ¿Es que te conoce?

– No lo creo –respondió Ibrahim en un susurro–. Desde luego, lo que es yo, no la he visto en mi vida. Si quieres mi opinión, habla así porque no la han invitado, y por eso despotrica contra ellos. Pero quiero asegurarme.

– Dime, madre de valientes –prosiguió Ibrahim en voz alta–, al parecer han invitado a toda la gente de la aldea, excepto a ti: se diría que te han olvidado.

– No, hijo mío, a mí también me han invitado; pero yo no he tenido el valor de ver a Nâfileh, la prometida del capitán Ibrahim, casarse con otro. ¡Ojalá que el banquete se les atragante a todos, y que su alegría se convierta en pesar! ¡Cómo comparar a Ibrahim con Kamel! Como se suele decir: ¡“cuando los polluelos notan que les crecen alas, se toman por águilas”!

– Hay que reconocer, tía mía, que no parece que escatimes elogios para Ibrahim, ¿Acaso es de tu familia o, quizá uno de tus amigos?

– ¡Nada de eso, hijo mío! Ni siquiera le conozco de vista, pero he oído decir que es un héroe irreprochable, un león intrépido cuyas azañas han llenado toda la tierra, y, de hecho, de no ser así, jamás habría podido defender él solo el puente de Angobar contra setenta mil soldados francos, rechazándoles a punta de espada, antes de acabar agujereado con tantas heridas como días tiene el año. Ese sí que es un hombre que merece ser llorado –prosiguió la anciana derramando abundantes lágrimas–. ¡Oh, Dios mío, mi Señor! ¡dígnate posar Tu misericordiosa mirada sobre este noble y valeroso combatiente de la Fe, para que se restablezca y venga a castigar como se merece a ese cerdo miserable de Kamel, y a ese viejo canalla de Shâhîn, que no ha dudado ni un segundo en abandonar a un león, para aliarse con un chacal!

Ibrahim no pudo evitar que a él también se le saltaran las lágrimas, emocionado ante el afecto que esa buena anciana le profesaba sin conocerle.

– Dime, madre de valientes –prosiguió– ¿cuánto hace que llevas implorando al Señor por la salud de Ibrahim?

– Por tu vida, desde el día en que comenzaron los festejos de las nupcias.

– Pues bien, alégrate, tía mía: ¡el Señor ha curado mis heridas, y tus plegarias han hecho todo lo demás! Sí, yo soy Ibrahim, hijo de Hasan, y este joven es mi lugarteniente Ali Ibn El-Shayyâh.

Cuando la anciana comprendió con quién estaba hablando, se levantó de un brinco y saltó al cuello de su invitado, derramando lágrimas de alegría.

– ¡Alabado sea Dios que te ha devuelto la salud, hijo mío! –exclamó la anciana– Pero –prosiguió–, Ibrahim es un león y para un león no hay mayor deshonra que le roben su hembra. Vamos, hijo mío, muéstrame que eres un hombre y véngate de Kamel: ¡para ti solo habrá esta noche o jamás!

No había terminado de pronunciar la anciana estas palabras, cuando los ojos de Ibrahim se inyectaron en sangre y los pelos de su bigote comenzaron a temblar: ¡terrible espectáculo!

– ¡A tus órdenes, tía mía! –exclamó– ¡Ahora mismo voy a animar esa boda y a mostrarles con qué leña me caliento! Por cierto, ¿no tendrás por casualidad uno de esos uniformes que llevan los guardias de Masyât?

– Tengo todo lo que te hace falta –afirmó la vieja, saliendo de la habitación.

X. 32 – Ibrahim reencuentra a su prometida



Casi al instante, la anciana volvió trayendo el uniforme que Ibrahim le había pedido; éste se cambió rápidamente de vestuario, y luego, dejando a Ali y a los caballos al buen cuidado de la vieja, se dirigió a grandes pasos hacia la ciudadela en la que penetró sin problemas gracias a su uniforme, y, de todos modos, la boda estaba en su mejor momento, y los guardias tenían otras preocupaciones en la cabeza que las de vigilar las idas y venidas de la gente. La noche ya había llegado a su tercera vigilia, cuando el cortejo se puso en marcha para conducir al joven desposado a la habitación nupcial. Ibrahim tomó la delantera, y penetró en la estancia en que Nâfileh esperaba a su esposo. Las doncellas le habían quitado el velo, frotado con agua de oro y envuelto en un chal rosa; luego, se retiraron, cerrando la puerta tras ellas, y subiendo a lo alto de las terrazas para asistir a la llegada del joven marido. Como siempre, lleno de recursos, Ibrahim se había hecho

con un gran manto de mujer, con el que se tapó hasta los ojos, a punto casi de asfixiarse; este disfraz le permitió llegar sin obstáculo alguno hasta la puerta del edificio, que forzó suavemente; una vez dentro, vio otra puerta, bajo la que se filtraba un rayo de luz. Al darse cuenta de que se debía de tratar de la cámara nupcial, se aproximó con el sigilo de un lobo, abriendo sin ruido uno de los batientes: quería asegurarse de las intenciones de Nâfileh y ver si su corazón se inclinaba hacia Kamel, en cuyo caso, había decidido matarlos a los dos.

Así que, Ibrahim penetró en la sala ricamente amueblada y decorada; sobre el lecho, en el centro de la habitación, vio a su prometida acostada boca abajo, con la cara hundida en una almohada, mojada con sus lágrimas.

– ¡Sí! Ahora ya solo me falta saber si de verdad ella siente pena, o si es una coquetería suya –Se dijo para sí Ibrahim, aún desconfiado–. Bueno, ya lo veremos cuando llegue el marido; entonces descubriré la verdad. Mientras tanto, tengo que buscar donde esconderme...

Andaba con esos pensamientos, a la par que echaba una ojeada alrededor de la habitación, cerca de la entrada, cuando descubrió un oscuro rincón en el que se escondió, con el oído bien alerta. Mientras tanto, la joven, embargada por la pena, no se había dado cuenta de nada. Poco después, llegó Kamel, precedido de los portaantorchas y luminarias. Al llegar ante la puerta, recitaron la *Fâtiha*, y los acompañantes se dispersaron, tras introducir al joven recién casado en el edificio, del que ya se había hecho salir a las mujeres. Entonces, Kamel entró en la habitación y vio a Nâfileh, acostada y atravesada en el lecho, todavía sollozando, y con el rostro hundido en la almohada. Uno puede imaginarse la decepción del joven: él, hijo de un visir, y que, además, había ofrecido una fiesta nupcial espléndida, en la que se había gastado sumas incalculables, se esperaba, al menos, que su novia le ofreciera una calurosa acogida y que viniera a quitarle su manto. Kamel se acercó a ella y la saludó, sin que ella le prestara la menor atención; como si él no estuviera allí.

– A ver, Nâfileh, ¿y si levantarás un poquito la cabeza para ver quién está ahí debajo? – le suplicó Kamel– Éstas no son horas de dormir.

Ella, levantó la cabeza y le observó un momento; luego, bajo de nuevo los ojos con una mirada huraña.

– Que Dios te depare una hermosa noche, oh dama plena de belleza; oh, tú, que eres mi estrella de la mañana y la alegría de mi corazón.

– Pues a ti, ¿que Dios no te conceda ni felicidad ni reposo! –le respondió Nâfileh– ¡Aléjate de mí! ¡Vamos, largo de aquí!

– ¿Por qué tanta crueldad, Nâfileh? –protestó Kamel– ¿Te he faltado yo, Kamel, el hijo del visir de Hama, en algo?

– ¡Bien cierto es que te llamas Kamel; pero también lo es que no haces honor a tu nombre¹! ¿No te da vergüenza pretender mi mano? ¡A mí, la prometida de Ibrahim, tu padre adoptivo, el que entregó a mi padre sumas increíbles de dinero para mi dote, y le trajo rebaños de las ochentaicinoc ciudadelas! ¿No habíais recitado los dos juntos la *Fâtiha* antes de que Ibrahim se embarcara para Roma? ¡Y tú, canalla, tú le has traicionado, y te has apoderado del dinero que los otros valientes le habían ofrecido! Da igual, ¡este matrimonio que habéis amañado entre mi padre y tú es nulo y no llegará a consumarse!

– ¡Te juro, Nâfileh, que bien parece que estés borracha o que hayas perdido el juicio! Yo me he casado contigo conforme a las reglas establecidas por el Libro de Dios y el ejemplo del Profeta. Vamos, abre los ojos y mírame bien; ¿acaso no soy yo el hijo del gobernador de Hama? ¿No soy yo más guapo, mejor educado y más valiente que Ibrahim? ¡Venga, olvida a ese lamentable pastor de camellos! ¡No tiene ninguna probabilidad de sobrevivir a sus heridas, y aunque lo hiciera, se quedará destrozado toda su vida, cojo y parálítico!: ¡si unes

¹ En efecto, Kamel significa “perfecto”, “consagrado”.

tu destino al suyo, te pasarás la vida fregoteando platos y recogiendo boñigas de camello! Yo, en cambio, te llevaré mañana a mi casa, a Hama, a un palacio rícamente amueblado. Tendrás unas estancias para ti, sirvientas y criadas para satisfacer tus menores deseos; en fin, que te convertirás en una *jatún zâdeh*¹. Así que, dime, sinceramente, ¿no soy yo mejor partido que Ibrahim?

– ¡Muy propio de ti, Kamel, denigrar así a tu padrino! Pero por mí, ya puedes decir lo que te dé la gana, porque solo le amo a él, ¡y aunque fuera una astilla de hueso renegrido, la prendería con orgullo en mi turbante, como si fuera un airón!; pero de ti..., así fueras un costoso diamante, ¡nunca querría saber nada de nada!

Kamel aún siguió durante largo rato intentando ablandarla con dulces palabras, mientras ella le rechazaba e insultaba a más y mejor.

– Ni te pienses que me voy a dejar tocar por un cabroncete como tú! –le dijo Nâfileh como remate–. Antes tendrían que ahorcarme.

De golpe, Kamel no pudo aguantar más, y se acercó amenazante a Nâfileh, con la mano sobre la guarda de su puñal.

– ¡Eh, sucia zorrilla! ¿cómo te atreves a hablarme en ese tono? –gruñó Kamel– No olvides que soy tu señor y tu dueño, y que he pagado tres *jaznehs* de oro para poseerte.

– ¡Pobre tonto! –le replicó burlona la intrépida Nâfileh– ¿Tú te crees que me vas a asustar con tu puñal? ¿A mí, que, si te doy una bofetada, te hago saltar todos los dientes?

Este intercambio de insultos lo había seguido Ibrahim atentamente.

– ¡Buena respuesta, Nâfileh! ¡Que Dios te dé larga vida! –murmuró Ibrahim para sus adentros, persuadido por fin de que su prometida no había cambiado sus inclinaciones. Pero entonces, Kamel, perdiendo los estribos, se arrojó sobre Nâfileh, decidido a hacer valer sus derechos, aunque fuera a la fuerza.

– ¡Qué desgracia, Ibrahim, hijo de Hasan, que no estés aquí para ver lo que me sucede! –se lamentó la joven– ¡Ah, qué verdad es eso de que “Cuando el león no está, los chacales se envalentonan”!

Considerando que aquello había durado suficiente, Ibrahim salió de su escondite; de un salto atravesó la habitación y se encontró ante Kamel.

– ¡Sucio perrillo! –le lanzó– ¿No te da vergüenza abusar a la fuerza de una débil mujer?

Y de una simple cachetada, lo envió rodando al suelo, dejándole sin conocimiento; luego, le durmió por medio del *benj*, antes de volverse hacia Nâfileh, que, loca de alegría, se abrazó a él para estrecharle contra su corazón.

¹ En turco-persa: “princesa”.

– ¡Bienvenido seas, Ibrahim! –le saludó Nâfileh– Ojalá que tus brazos nunca pierdan la fuerza, ni tus enemigos se regocijen con tus desgracias. ¿Pero cómo es que te veo así; sano y salvo?; ¡yo, que he sufrido las mil y una muertes de tanto como te he llorado!

– Sí, sí, lo que tu digas; pero yo me esperaba algo más que eso de tu parte –bromeó Ibrahim con una tierna sonrisa– ¿Cómo has aceptado casarte con Kamel y darle a tu padre la autorización firmada?

– ¡Por el honor de Nuestro Señor Ali, tu ancestro, yo no di mi consentimiento más que a la fuerza y contra mi voluntad! ¡Y si no, mira esto!

Mientras decía estas palabras, Nâfileh sacó de su cinturón un puñal untado de veneno.

– ¡Por la vida de los que respetan los derechos sagrados del amor –prosiguió Nâfileh–, si Kamel hubiera querido forzarme, yo estaba decidida a matarle con este puñal, y después, quitarme la vida, antes de dejar que esa alimaña me poseyera!

– ¡Que Dios te recompense! –concluyó Ibrahim.

Después de dormir a su prometida con el *benj*, sacó de su saco una navaja de afeitar bien afilada y, agachándose adonde estaba Kamel tendido, le afeitó el lado derecho de la barba, y el bigote, del lado izquierdo. Luego, dejándole dormido en compañía de Nâfileh, salió del edificio. En aquellos tiempos, en las ciudadelas, tenían por costumbre que, tras el cortejo nupcial, los padrinos, junto con el padre y los hermanos de la desposada, se retiraran a una sala especial, en donde esperaban a que se reuniera con ellos el recién casado, tras consumir el matrimonio, para recibir allí las felicitaciones. Así que, Ibrahim, se dirigió hacia la sala en cuestión; viendo a Shâhîn de Masyât, a su hijo Dawûd el Desenfrenado, y a todos los invitados y criados, encendió una pequeña lámparilla ciega, en la que colocó un trozo de *benj*, y la proyectó hábilmente por la rendija de la puerta. El narcótico no tardó en extenderse por toda la habitación, sumiendo a los que allí estaban en un profundo sueño. Veloz y silencioso como una pantera al acecho, Ibrahim penetró en la sala, con su navaja de afeitar en mano, y todos los allí presentes corrieron la misma suerte que Kamel, perdonando tan solo a Shâhîn, en atención a su avanzada edad y a sus cabellos blancos; luego, garabateó algunas palabras en una hoja de papel, la clavó en la puerta, y volvió a donde estaba su prometida, a la que envolvió con cuidado en una tela de saco.

Cargado con ese precioso fardo, subió a las murallas de la ciudadela; hizo descender a Nâfileh al otro lado por medio de una cuerda, y se reunió con ella rápidamente, colgado de su gancho de escalada; poco después, deambulaba apaciblemente campo a través, camino de la aldea en la que le esperaban Ali y la anciana... Por cierto, que fue la anciana la que le sugirió a Ibrahim que afeitara media barba a los hombres que asistían a la boda.

– ¿Qué tal ha ido todo, muchachote? –le dijo al verle llegar– Supongo que, si Dios quiere, les has arreglado bien la barba a los otros tontainas, ¿no?

– ¡Y los mostachos también! –replicó alegremente Paladín de Doncellas, que comenzó a contarle su aventura.

– Ojalá que tus brazos nunca pierdan la fuerza, ni tus enemigos se regocijen con tus desgracias –concluyó la anciana.

– Padrino –intervino Ali–, ahora que Nâfileh es tuya, y que te has vengado de los de Masyât, no nos queda más que montar en nuestras cabalgaduras y marcharnos antes de que se haga de día.

– Pero, ¡qué dices, Ali! ¡Vive Dios, que nadie va a decir de mí que he huído como un gallina! ¡Por la vida de mi padre Hasan, no pienso irme de aquí hasta que haya salido bien el sol, llevándome a Nâfileh ante las narices y las barbas de la gente de la ciudadela, grandes y chicos! Y eso no es todo: si Dios me da fuerzas, pienso capturar a Kamel y a Dawûd y llevármelos cautivos.

– ¡Y yo me iré contigo! –exclamó Ali entusiasmado por esas valientes palabras– ¡Que Dios te conceda larga vida, pues tú eres el verdadero héroe de la batalla de Angobar!

Ibrahim suministró el antídoto del *benj* a Nâfileh, y pasaron el resto de la noche en compañía de la vieja. Al día siguiente por la mañana, después de hacer las abluciones y la plegaria del alba, Ibrahim vistió a su prometida con ropa de hombre, rogándola que se cubriera bien el rostro; luego, volviéndose hacia Ali Ibn El-Shayyâh, le dijo:

– Muchacho, hoy es nuestro gran día. No pienso abandonar la ciudadela hasta dejar como cobardes a todos los que la habitan, y aunque fueran tan numerosos como las tribus de Mudar y de Rabî’a, no les tendría miedo, después de haber recibido la bendición de nuestro Señor, el Jidr. Y a ti; lo único que te pido es que cuides de Nâfileh, nada más.

– ¡Con mucho gusto, padrino! ¡Será un honor! Por el juramento del pacto que hicimos ante Dios, te prometo que primero tendrían que matarme, antes de que alguien pudiera llegar a tocarle un pelo.

Dicho esto, se fueron al pie de la ciudadela y esperaron a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos...

X. 33 – El León del Horân salda sus cuentas



En cuanto a la gente de Masyât, esto es lo que les sucedió: Una hora después de que Kamel hubiera sido conducido hasta la cámara nupcial, Zînat El-Husûn – así se llamaba la madre de Nâfileh – entró en la habitación de su hija para asegurarse de que todo había ido bien. Al descubrir que la recién casada había desaparecido, y el marido estaba hecho un espantapájaros, sintió que se le helaba la sangre y su corazón dejaba de palpar. Aterrorizada, corrió a toda prisa hasta la sala en la que estaban reunidos los hombres para avisarles; pero, un espectáculo aún más aterrador que el anterior la esperaba allí: todos ellos

yacían en el suelo, con media barba y medio mostacho, y colocados en fila, de modo que la cara de uno estaba contra el culo de su vecino. Ante tal panorama, comenzó a gritar como una posesa, alertando a algunos hombres de la ciudadela que habían escapado a los influjos del *benj*.

– Pero ¿qué pasa aquí? –preguntaron cuando acudieron a todo correr.

– ¡Venid a ver lo que nos ha sucedido! ¡Es demasiado espantoso! –gimió la mujer.

Los hombres entraron en la sala y, al darse cuenta en el acto de que Shâhîn y los demás se encontraban bajo los efectos del *benj*, lo primero que hicieron fue administrarles un antídoto. Entonces, se despertaron, se sentaron... y comprendieron, al mirarse unos a otros, la magnitud del desastre.

– A ver, vosotros, ¿podéis decirnos qué ha sucedido? ¿Quién nos ha afeitado la barba y el mostacho?

A fuerza de dar vueltas por todas partes y registrar todos los rincones, por fin se percataron del mensaje que Ibrahim había clavado en la puerta, y que una corriente de aire balanceaba. Lo cogieron de inmediato y leyeron lo siguiente:

“Advertencia a la población: nunca hay que fiarse de las apariencias... Palabra de aventurero; sabed vosotros, gentes de Masyât, y tú Shâhîn, experto en falsos testimonios, que quien os ha infligido esta afrenta, y os ha ridiculizado de esta forma, no es, ni más, ni menos, que el León de Ezraa y del Horân, el valeroso capitán Ibrahim, héroe de la batalla de Angobar. Yo soy el que se ha llevado a Nâfileh y el que os ha dejado sin barba y sin bigote, y si he perdonado a Shâhîn, ha sido únicamente por respeto a sus canas.

En este momento, os estoy esperando al pie de la ciudadela, y no me moveré de aquí hasta haberos dado el castigo que os merecéis, para que así no vayáis a decir que he salido huyendo. Si sois hombres dignos de este nombre, y si os preocupa en algo vuestro honor, venid a luchar conmigo. Ya me extrañaría que llegarais a robarme de nuevo a Nâfileh; aunque siempre podéis intentarlo... En cuanto a mí, si el Creador –exaltado y glorificado sea– me da fuerzas, estoy decidido a ponerlos en fuga como a sucias ratas.

No hay saludos para los que faltan a su palabra.”

¡Al comprender el contenido de esa nota, creyeron que la tierra se abría bajo sus pies y se los tragaba vivos! Empujándose unos a otros, todos se precipitaron atropelladamente hacia la cámara nupcial, en donde encontraron al joven recién casado dormido y afeitado a medias. Le dieron rápidamente el antídoto, y éste, dando un fuerte estornudo, farfulló:

– “Yo doy testimonio¹” ... ¡Escucha bien, Nâfileh, no olvides que yo soy Kamel, hijo de Adel, el pachá de Hama! ¡Y ahora, te vas a enterar de lo que es bueno, cuando te caliente las costillas!

En ese momento, volvió en sí y se encontró, a un tiempo, privado de su esposa y de las mitades opuestas de su barba y su bigote; además de rodeado de los hombres de la ciudadela, rasurados tan grotescamente como él mismo.

– ¡No puede ser! ¡Debo estar dormido todavía! –barbotó– ¡Puah! ¡Dios maldiga esta horrorosa pesadilla!

– ¡Eh, Kamel, no nos vengas ahora con el cuento de las pesadillas! –le gritaron los demás– ¡Vamos, despierta! ¡Se nos ha caído el cielo en la cabeza!

Entonces, le contaron lo que había pasado; mientras tanto, el rumor de las azañas de Ibrahim se había extendido por la ciudadela, sumiendo a todo el mundo en el terror y la consternación, como los saltamontes cuando oyen el canto del estornino. Shâhîn se sentó en el gran salón, rodeado de su hijo y de sus hombres; pasando el resto de la noche cavilando sobre la situación. Al amanecer, se cubrieron todos la cara hasta casi la asfixia y se colocaron

¹ Lo que sigue, debería ser: “...de que no hay más dios que Dios y de que Muhammad es Su profeta”. Pero Kamel, al parecer, andaba demasiado impaciente por gustar de las delicias de su esposa, como para terminar la jaculatoria.

sus armaduras; luego, montaron en sus cabalgaduras y bajaron hasta la explanada que se extendía ante la ciudadela.

El capitán Ibrahim les estaba esperando, montado sobre su alazán de Saljad, más recio y firme que una roca o una torre de acero. Nâfileh estaba de pie, a su lado, bajo la atención vigilante de Ali Ibn El-Shayyâh. Ante ese panorama, los hombres de Masyât lanzaron un grito de desafío.

– Ale, hijo mío –le animó Shâhîn a Kamel–, es hora de que liberes a tu esposa, y ¡es ahora o nunca cuando podrás demostrarnos tu valor! Además, no creas que Ibrahim sea ahora un enemigo al que temer: después de las heridas que ha sufrido, no le queda ni un cuarto de su antigua fuerza...”

Tranquilizado por tan falaces afirmaciones, el joven Kamel avanzó, comenzando por apostrofar a su adversario:

– ¿Cómo, tú, Ibrahim, te permites secuestrar a mi esposa y penetrar en el harén de un hombre respetable? Hoy te has quedado fuera de la Ley del Islam, y, conforme a las cuatro escuelas¹, me es lícito el matarte: de hecho, ¡eso es lo que voy a hacer ahora mismo!

Y desenvainando su sable, picó espuelas en dirección al valiente capitán.

– ¡Pobre perrillo ladrador! –le respondió burlón Ibrahim– Pero ¿tú qué te has creído? ¿De verdad piensas que das la talla para levantar la mano contra Ibrahim hijo de Hasan?

Ibrahim, dicho esto, empuñó su pica, y dándole un ligero golpecillo a Kamel en el peto de la armadura, lo desazonó, mandándole a morder el polvo y dejándole sin sentido; de un salto, Ibrahim se plantó ante él y le ató fuertemente los brazos.

– ¡Maldito seas Ibrahim! –tronó Dawûd el Desenfrenado– ¡Has herido a mi cuñado y raptado a mi hermana! ¡Mejor condenado que deshonrado! –y blandiendo su *shâkriyyeh*, cargó contra Ibrahim.

– ¡Pobre estúpido! –vociferó Paladín de Doncellas– ¿Acaso esperas que yo, Ibrahim hijo de Hasan, me voy a dignar a medirme contigo; el hijo de un cobarde?

Avanzando temerario, recibió el golpe sobre su escudo, luego, agarró a Dawûd por el cuello de su coraza, apretándolo con fuerza, de tal modo que el desgraciado, violáceo y sin aliento, a punto estuvo de rendir su alma al diablo, y perdió el conocimiento; con una ligera sacudida, Ibrahim lo arrancó de la silla de su cabalgadura y lo derribó al suelo, antes de ponerle las ligaduras.

– ¡Ay, qué vergüenza para mis canas! –se lamentó Shâhîn de Masyât– Y vosotros, ¿por qué permanecéis ahí con los brazos cruzados? –prosiguió dirigiéndose a sus hombres. ¿No

¹ Se trata de las cuatro escuelas jurídicas oficialmente reconocidas por el Islam sunní, fundadas, respectivamente en las enseñanzas de los imanes Abû Hanîfa (696-767), Mâlik ibn Ana (710-795), al-Shâfi'i (767-820) e Ibn Hanbal (780-855). En el Derecho Musulmán, la condena de un juicio basado en las cuatro escuelas es de obligado cumplimiento.

os queda ni una pizca de honor ni de lealtad? ¡Basta con que Ibrahim haga acto de presencia para que os volváis unas mujerzuelas? ¡Vamos, bajad a atacarle!

– Eh, capitán, ¡que no estamos tan hartos de la vida! ¡Habría que estar muy loco como para luchar contra el héroe de la batalla de Angobar, el que se ha enfrentado a setenta mil enemigos, consiguiendo él solito rechazarlos! Eso sin contar que los que estamos aquí somos, quien más y quien menos, sus protegidos... ¡No, no estamos obligados a aliarnos contra él, y no tenemos intención alguna de hacerlo! A fin de cuentas, esto es un asunto entre él y tú: ¡arréglatelas tú solo!

– Pero ¿qué hacer? –gimió el viejo capitán– ¡No puedo abandonar así a mi hijo, a mi hija y a mi yerno!

– Pues no tienes más que poner una denuncia ante el rey El-Zâher. Como se suele decir: “El soberano es el sable de los débiles, y la sal de la tierra.” Nosotros, lo que podemos hacer es declarar a tu favor, tal y como habíamos convenido.

– Tenéis razón –reconoció Shâhîn–. No cabe duda; es la mejor solución: ¡si seguimos empeñados en combatir al hijo de Hasan, seguro que no parará hasta hacernos pedacitos él solo!

Mientras tanto, Ibrahim, al ver que sus adversarios habían interrumpido el combate y andaban confabulando entre ellos, aprovechó para abrumarles con unas cuantas pullas:

– ¡Eh, muchachos, no es por molestaros, pero es que estoy aquí, esperándoos! Vamos, vamos, que ahí estáis toda una pandilla de fieros guerreros contra un hombre solo: así que, ¡venid, venid, que, con el permiso de Dios y la intercesión de mi Señor el Jidr, aquí hay leña para todos! Y si entre vosotros hay alguno que tenga algo entre las piernas, y se tenga por hombre, que no se corte, que aquí están Nâfileh, Kamel y Dawûd; ¡no tenéis más que venir a buscarlos!

– Escucha, hijo de Hasan, de sobra sabes que nosotros no damos la talla como para afrontar tus golpes –le respondieron–; así que, llévatelos donde tú quieras; nosotros rendimos las armas. Ahora bien, ¡que sepas que entre nosotros y tú interpondremos la autoridad del sultán y la Ley de Muhammad!

– ¡Os podéis ir a hacer puñetas! ¡Quejaos ante quien os dé la gana, que a mí no me da miedo!

Ante este último desafío, subió a Nâfileh a la grupa de su caballo, y se fue, llevando a Kamel y a Dawûd detrás de él, atados a una larga cadena, y cada vez que pretendían andar más despacio, Ibrahim les golpeaba.

X. 34 – ¡Menudo espectáculo!



Cuando llegaron a las proximidades de Damasco, Ibrahim se cruzó con dos titiriteros: uno, llevaba un mono, y el otro, una especie de trompa tallada en un cuerno. Los dos eran egipcios, y se llamaban, uno, Hâch Dakdak, y el otro, Hâch Dakduka.

– ¡Eh, muchachos, venid aquí un momento! –les gritó Ibrahim.

A su llamada, los dos hombres acudieron corriendo:

– ¡Que tu jornada se vea colmada de felicidad, noble sire! ¿Qué deseas, oh, valeroso soldado?

– Y vosotros ¿quiénes soís?

– Somos humildes domadores de monos que viven a la buena de Dios, y, por supuesto, para servirte, sire. Nos reunimos con hombres de bien, como tú, que se compadecen de nuestra miseria, y delante de los cuales ejercitamos nuestro arte..., de hecho, incluso actuamos delante de las

familias.

– Y en este momento, ¿hacia dónde os dirigíais?

– Oh, valiente capitán, nos hemos enterado de que en la ciudadela de Masyât se celebra una gran fiesta en honor de las nupcias de Kamel y Nâfileh, la hija de Shâhîn: así que esta mañana nos vamos hacia allí para ganarnos el pan.

– Bien, bien, ¡pues ya podéis volver a vuestra casa! –se burló Ibrahim– No vale la pena de que os fatiguéis, yo llevo a la recién casada en la grupa, y detrás de mí podéis ver al marido y a su cuñado.

– Noble señor, que el buen Dios te recompense por habernos evitado el cansancio de ese viaje –respondieron los dos saltimbanquis aprestándose a retirarse.

– Y ahora, ¿adónde creéis que os váis? –les cortó el paso Ibrahim– ¿Quién os ha dicho que os marchéis?

– Euh..., es que tenemos trabajo, noble señor.

– Por la vida de mi padre, si no me ofrecéis antes una pequeña representación, os parto en dos con mi pequeña *shâkriyyeh*.

– ¡Piedad, noble señor! ¡Por el secreto de la Dama¹, todas las representaciones que tú quieras!

– ¡Pero, atención! –prosiguió Ibrahim–. Habréis de cantar un poema en el que se hagan elogios de mi persona y se ridiculice al marido y al hermano de la recién casada².

– Sí, ¡pero eso es muy peligroso! –protestaron los comediantes– Uno, es hijo de un visir, y el otro, un capitán como tú...

– Quedad tranquilos: os prometo, sobre la empuñadura de mi *shâkriyyeh*, que no permitiré que nadie se meta con vosotros, y que nada habréis de temer, como no sea la lluvia que cae del cielo.

– ¡Pues menos mal! En ese caso, no hay nada más que decir.

El hombre del tamboril cogió su instrumento y comenzó a tocar, mientras el mono ejecutaba una grotesca danza, y el otro titiritero improvisaba estos versos:

*Viva el hijo del Horân
¡un hombre afortunado!
Un león en la batalla
y cuando él aparece
todo el mundo se calla*

*Ah, mirad a ese recién casado
Igual que un pollo todo desplumado
Y al otro títere que va detrás
Los dos juntitos, menudo par*

*Y mirad a Ibrahim,
este gran campeón,
para que marchen raudo
les arrea un patadón*

¹ Expresión típicamente caiota, al menos en este relato; la “Dama” en cuestión es Sitt Zaynab, nieta de Mahoma, y objeto de una particular veneración entre las clases populares de El Cairo.

² Según el *Diccionario de oficios de Damasco*, del sheij Muhammad Al-Qâsimi, la tradición de los “aduladores”, improvisando versos a petición del oyente, a cambio de unas monedas, aún seguía viva en Damasco a principios del s. XX.

*y a los dos tontos lleva
¡Menuda diversión!*

– ¡Bueno, ya es suficiente! –interrumpió Ibrahim¹– ¡Ahora, pasadme vuestros trapos!

Sin atreverse a decir ni pío, los dos titiriteros se despojaron de sus grotescas vestiduras y sus gorros puntiagudos, adornados de colas de zorro, campanillas y baratijas de vidrio coloreado. Ibrahim vistió con ellas a los dos cautivos, confiando el mono a Kamel, y el tamboril a Dawûd, y retomó su camino, dejando la lujosa ropa de ceremonia a los dos cómicos, como compensación. Poco después, llegaron a el Horân, y la gente de la ciudadela salió corriendo a recibirle: la vista de los dos cautivos, vestidos tan estrafalariamente, no dejó de divertirles.

Una vez en su casa, Ibrahim condujo a Nâfileh a las estancias de las mujeres, confiándola a los buenos cuidados de su hermana Fâtme; desde ese día, Ibrahim se abstuvo de visitarla y hablar con ella en privado, instalándose él en el *iwân* del jardín. Este pabellón estaba flanqueado por dos torreoncillos, en los que encerró a Kamel y a Dawûd. Como es lógico, el rumor del restablecimiento de Ibrahim no tardó en extenderse entre los ismailíes, que vinieron de todas partes a felicitarle. Cada vez que llegaba un nuevo visitante, Ibrahim daba unas palmadas, y en el acto, Kamel y Dawûd salían cada uno de su torreta; uno, tocando el tamboril, y el otro, haciendo bailar al mono; al final de la representación, los devolvían a su prisión, en donde Ibrahim les encerraba con llave.

¹ A partir de aquí, se sigue una versión abreviada, idéntica a la que se usó para el episodio de la batalla de El-Aflâq.

X. 35 – Ibrahim se rebela



Volvamos ahora a Shâhîn de Masyât. Tras la partida de Ibrahim, reunió a sus lugartenientes y se fue a El Cairo, en donde se presentó ante el rey, llorando a lágrima viva y lanzando lamentos a diestro y siniestro.

– ¡Dios y el Profeta sean testigos de mi honor! Oh, Servidor de los Santos Lugares ¡Se ha atentado contra mi dignidad, contra la de mi hijo y contra la de mis hombres!

– ¿Qué te ha pasado, Shâhîn de Masyât? –se interesó el sultán, y el otro le expuso su pleito con Ibrahim.

– ¡Qué raro, Shâhîn! –se extrañó el rey dirigiéndose a su gran visir– Esto no tiene pinta de ser obra de Ibrahim.

– Es bastante increíble, oh Comendador de los creyentes – comentó el visir–. ¿Cuánto tiempo habría necesitado para curarse enteramente de sus heridas y llevar a cabo tales hechos?

– Está bien, voy a mandar a buscar a Saad, para que comparezca en un proceso equitativo. Si las acusaciones contra Ibrahim son verdaderas, le trataremos con todo el rigor de la ley del Islam. Vamos, Saad, marchate ahora mismo hacia el Horân e intenta aclarar todo este lío, y, si Ibrahim se ha curado, tráemelo aquí.

Saad, estirando en el acto sus largas piernas, corrió sin parar hasta llegar al Horân. Pero, he aquí que, Fâtmeah la Indomable en ese momento estaba a la puerta de la ciudadela, vigilando los rebaños, cuando vio llegar a su primo que corría a toda velocidad a través de la llanura. Así que se fue rápidamente a advertir a Ibrahim:

– Entreténmelo unos minutos –le pidió a su hermana.

Así que la joven se fue a apostar a la entrada del jardín, justo en el momento en que Saad penetraba en la ciudadela.

– Bienvenido, Saad –le recibió Fâtmeah amablemente.

- ¿Cómo va mi hermano Ibrahim? –se interesó el joven.
- ¿Y cómo quieres que vaya, mi pobre Saad? Sigue igual...
- ¡Vamos, déjame pasar, que quiero reunirme con él!
- Espera un momento, que hay mujeres con él.

Mientras tanto, Ibrahim se había metido rápidamente en el lecho, enfundándose hasta casi ahogarse dentro de todas las mantas. Una vez hubo preparado toda su puesta en escena, envió discretamente a un sirviente para que avisara a Fâtme y dejara entrar al visitante, y en el acto comenzó a gemir y a lanzar unos suspiros que partían el alma.

- ¡Que el buen Dios maldiga a esos hijos de mala madre! –exclamó Saad al verle.
- ¿Qué sucede, mi buen Saad? –murmuró Ibrahim con voz de agonizante.

– Pues no te puedes ni imaginar: resulta que Shâhîn de Masyât ha venido a pedir justicia contra ti, diciendo que tú le habrías raptado a su hija la noche de bodas, a su yerno, Kamel y a su hijo, Dawûd, y que no contento con eso, les habrías afeitado la barba a sus lugartenientes.

- Mi pobre Saad, ¿y tú les has creído?

– ¿Cómo piensas que iba a creerle? ¡Ni que yo estuviera loco! He venido precisamente para tener noticias tuyas.

- ¡Fâtme, sirve a Saad una buena comida! –continuó Ibrahim.

La joven desapareció y regresó al momento, con un gran plato de arroz con carne. A su invitación, Saad comenzó a comer.

- Come un poquito conmigo –le propuso Saad a Ibrahim.

- No, de verdad, que no puedo –se excusó éste.

– Sí, hombre, te aseguro que el arroz es muy ligero. ¡Vamos, toma un poquito, por la gracia de Dios!

- De acuerdo, ayúdame a sentarme; pero que conste que lo hago por hacerte compañía.

Saad le colocó unos cojines, e Ibrahim comenzó a jugar con la cuchara, separando unos cuantos granos de arroz, con aire de desgana; pero, al tercer bocado, su natural glotón le dejó al descubierto. Dejando a un lado la cuchara, se enderezó, se colocó en una posición más cómoda y metió directamente la mano en el plato, rebañando la comida con los cuatro dedos y la palma de la mano.

- Vaya, vaya, pues... para estar enfermo, ¡menudo apetito que te gastas! –es extrañó Saad.

Ibrahim, al verse descubierto, le sacudió un puñetazo en todo el pecho, mandándole a rodar por el suelo; luego, le ató al potro de los bastonazos, y, haciendo caso omiso a sus gritos y súplicas, le propinó una buena tanda de golpes en la planta de los pies.

- ¡O sea que, todo lo que nos habían dicho era verdad! –exclamó el pobre Saad.

- Pues sí, ya ves, y además...

Ibrahim dio unas palmadas, y en el acto aparecieron Kamel y Dawûd; uno con el mono, y el otro con el tamboril, y se pusieron a bailar y a hacer cabriolas, ante los asombrados ojos de Saad. Cuando Ibrahim se hubo divertido lo suficiente con ese espectáculo, dio permiso a los cautivos para que regresaran a sus celdas.

– ¡Pienso hacer que esos dos revienten aquí! –concluyó Ibrahim– Y tú, ya puedes ir a decírselo al sultán. Y de paso le dices también que Ibrahim se ha rebelado en el Horân.

Más muerto que vivo, Saad huyó pies para qué os quiero y regresó a toda velocidad a El Cairo.

– Y bien, ¿has podido verificar todas esas historias que se cuentan sobre Ibrahim? –le preguntó el rey.

– ¡Pues sí! ¡Se ha curado, come como cuatro y encima me ha propinado una bastonada! Echa una ojeada a mis pies...

En fin, que Saad le contó al rey todo lo que había visto en el Horân.

– ¿Habrá sido capaz Ibrahim de tales actos? –se extrañó el rey– No me lo puedo creer...

– ¡Oh, poderoso rey! Supongo, que, si Ibrahim ha actuado de ese modo, seguro que es porque se le ha empujado a ello –comentó el visir Shâhîn con su acostumbrada perspicacia.

– Y tú, *efendi* –prosiguió el rey, dirigiéndose al muftí del Consejo– ¿Qué dirías tú de un hombre que ha atentado contra el honor de unas familias, ha ultrajado gravemente a unos dignatarios del reino, y que se ha declarado abiertamente en rebelión contra su legítimo soberano?

– Que debe ser condenado a muerte –respondió el muftí de inmediato.

– Está bien; ¡redáctame una *fetua* en ese sentido, y tú, *cadi*, por por escrito el caso!

Provisto de estos dos documentos, el rey ordenó a los emires y a los *fidauis* que reunieran a sus tropas e hicieran todos los preparativos. Tres días más tarde, el rey, a la cabeza de su ejército, dio la señal de partida. Atravesaron estepas y desiertos, y pronto llegaron al Horân. Avisado de su llegada, el viejo capitán Hasan El-Horâni intentó sermonear a su impulsivo retoño.

– Ay, hijo mío, ¡fíjate en qué lío nos has metido! ¿Acaso no sabes que quien se rebela contra su legítimo soberano, se rebela contra Dios?

– No te preocupes –respondió Ibrahim– éste es un asunto entre él y yo.

Ibrahim dio la orden de poner a la ciudadela en estado de sitio; cerró las puertas de la muralla y subió a la parte alta del recinto amurallado. Allí había un viejo cañón... bueno, en realidad solo era un tubo sin cureña ni nada; pero Ibrahim, lo cogió en sus brazos, lo relleno de pólvora, y, dando una vuelta completa a la muralla, abrió fuego varias veces sobre los asaltantes, obligándoles a batirse en retirada y a establecer su campamento a una respetuosa distancia.

– ¡¿Has visto eso, Shâhîn?! –se indignó el rey– ¡Ahora resulta que Ibrahim abre fuego contra mi ejército!

– Oh, mi rey, ten en cuenta que tú mismo no parece que hayas venido con intenciones muy pacíficas que digamos –objetó el visir–. Cada uno tiene derecho a defenderse...

Mientras tanto, los *fidauis* se habían reunido para deliberar en la tienda de Sulaymân el Búfalo.

– Amigos míos –les dijo–; estoy seguro de que mañana Ibrahim va a salir a lanzarnos un desafío; dado que los emires jamás se atreverán a enfrentarse a él; será a nosotros a quién se dirigirá el rey para que le demos respuesta. Y entonces, ¿qué partido tomaremos? ¿Y quién se encargará de responder a su desafío?

– Escucha –contestaron todos– tú eres el más anciano y experimentado de entre nosotros: decide tú la respuesta que se ha de dar, y nosotros te seguiremos.

– ¡Perfecto! –concluyó Sulaymân– Eso es justamente lo que quería oírlos decir.

Tras la reunión, cada cual se retiró a su tienda para pasar la noche. Al día siguiente, por la mañana, de pronto, se abrió la puerta de la ciudadela y se vio aparecer al capitán Ibrahim, que avanzó hasta la mitad del campo.

– ¡Vamos, muchachos, aquí os espero! –lanzó a sus adversarios, que fueron a advertir al rey.

– Veamos, amigos míos –les indicó volviéndose hacia los *fidauis*–; aquí tenéis un adversario que os anda buscando.

– Comendador de los creyentes –respondió Sulaymân el Búfalo, adelantándose–, como se suele decir: “sable en su vaina, no corta”. Entre nosotros no hay ni uno solo que dé la talla como para luchar contra Ibrahim... además, él no dejará de apresar a todos los que tú le envíes, y ¿quién sabe, si una vez con él, no deciden cambiar de bando?

– En ese caso, ¿por qué diablos habéis venido conmigo? –se indignó el sultán.

– Para obedecer tus órdenes, *efendem*.

Al echar una ojeada a su alrededor, el rey se persuadió de que más de la mitad de los *fidauis* habían sido ganados por la causa del rebelde.

– ¡Está bien! De todos modos, ¡yo no le tengo miedo! ¡Yo me encargaré personalmente de enfrentarme a él en el campo del honor!

– Mi señor, ¡te suplico que me escuches y que no hagas nada! –intervino el gran visir–, o, ¡te juro por tu cabeza, que antes tendrás que cortarme la mía! De sobra conoces lo obstinado que es Ibrahim; nunca aceptará rendirse. Ahora bien, tú eres un rey poderoso, al que no le gusta que le desobedezcan, y posees en tu brazo la fuerza de los cuarenta Justos: así que corres el riesgo de matarle o de herirle gravemente, y después, estar reconcomido por los remordimientos.

Tras un instante de reflexión, el rey tuvo que rendirse a las consideraciones de su visir.

– De acuerdo, Shâhîn –concedió el rey–, tu juramento me ata las manos. No obstante, yo no cederé en lo que se refiere a la Ley del Islam: si Ibrahim rechaza presentarse ante mí para hacer un careo con los demandantes, tendré que arrasarlo con mis cañones¹.

¹ Desde aquí, volvemos al texto primitivo.

X. 36 – No habrá guerra en el Horân



Según se dice, por aquel entonces el rey disponía de diez piezas de artillería de gran calibre, que defendían la ciudad de Damasco. La más pequeña, todavía se puede ver montada sobre la muralla de Alepo; era la que llamaban “El Cañón Loco”. Así que el sultán redactó un firman a la atención de Aqîsh El Leal, gobernador de Damasco, y se lo confió a un destacamento de mamelucos de élite, tras lo cual esperó la llegada de refuerzos. Mientras tanto, Ibrahim, al ver que nadie recogía el guante de su desafío, había vuelto a entrar en su castillo.

– A ver, viejo caduco, ¿has visto ya el trabajo de tu hijo, el capitán Ibrahim? –le largó a su padre Hasan– ¡Todos los *fidauis* y los emires se han desinflado ante mi presencia!

– No te fíes –le respondió el viejo capitán con aire sombrío–. Seguro que detrás de todo esto hay una maniobra; pero a saber cuál... No te fíes del sultán, y no te expongas a su cólera: no es bueno empujar hasta el límite a un hombre cuyas palabras siempre han ido seguidas de unos hechos... ¡Solo Dios sabe lo que nos anda preparando!

– ¡Pues que prepare lo que le dé la gana! ¡Mira cómo me río yo de sus preparativos!

Apenas pasaron unos días para que los cañones llegaran desde Damasco: nada como la voluntad de los reyes para acelerar las cosas. Como el día tocaba a su fin, El-Zâher se limitó a colocar las piezas de artillería alrededor de toda la ciudadela, dejándolas con una buena custodia. En realidad, el rey no tenía verdaderamente la intención de bombardear la ciudadela: tan solo intentaba intimidar a Ibrahim para devolverle al arrepentimiento. De hecho, el espectáculo de los cañones apuntando hacia ellos por todas partes y el rumor de que el sultán se preparaba para arrasar la ciudadela, propiciaron la consternación entre los

asediados. Por todas partes se elevaban los gritos y lamentos de los hombres, mujeres y niños, mientras los ancianos se presentaban en delegación ante Hasan El-Horâni:

– Capitán nuestro –le dijeron– ¿Te has dado cuenta de que el pequeño Zâher ha enviado a buscar cañones a Damasco? ¿Y que los ha apuntado todos sobre la ciudadela? ¿y que no va a dejar piedra sobre piedra? Por culpa de tu hijo va a morir buena gente enterrada bajo las piedras y las balas de cañón: Dinos, ¿de verdad crees que el buen Dios estaría de acuerdo con algo así?

– ¡Solo Dios es fuerte y poderoso, el Altísimo, el Todopoderoso! –suspiró Hasan– Mis pobres amigos, yo no puedo hacer gan cosa...

Al momento, mandó a buscar a Ibrahim; el impulsivo capitán apareció poco después, y vio a los ancianos reunidos en el gran salón, con los pañuelos en las manos y derramando ríos de lágrimas.

– Pero, ¿qué pasa?

– Hijo mío, el pequeño Zâher, ha enviado a buscar los cañones de Damasco, y tiene la intención de bombardear la ciudadela y hacer perecer a todos los habitantes –respondió Hasan– ¿Quién puede resistir a las piedras y a las balas de cañón? Toda esta gente va a morir por culpa tuya, hijo mío, y tú; tú tendrás que responder ante Dios. Así que, ¡a ti te toca buscar una solución!

– Escucha, padre, solo veo una –replicó Ibrahim, tras reflexionar un instante–: esta noche, yo cogeré a Nâfileh conmigo y nos iremos de aquí para ponernos al abrigo de la cólera del sultán. En cuanto a vosotros, pues mañana por la mañana os presentaréis ante él y le diréis tal y tal cosa...

Ibrahim les explicó exactamente la conducta a seguir, luego, se fue para reunirse con su prometida y ponerla al corriente de la situación; la joven se vistió como un mameluco, y, luego, acompañada de Ali Ibn El-Shayyâh, bajaron a las caballerizas, escogieron tres buenas monturas y envolvieron sus pezuñas con fieltro para disimular el ruido de los cascos. Montaron y, saliendo por una poterna secreta, abandonaron discretamente la ciudadela. Tanto Ibrahim, como Ali, se habían provisto de un cinturón con una faltriquera llena de monedas de oro. Se esfumaron aprovechando el manto oscuro de la noche, y Dios extendió Su protección sobre ellos, consiguiendo así alejarse de allí sin riesgo. Después de una hora de marcha, y haber dejado atrás la ciudadela, Ibrahim se volvió hacia su compañero.

– Tenemos que separarnos, Ali –le dijo–: tú, vete por aquí, y nosotros iremos por allí. Si nos quedáramos juntos y cayéramos en una emboscada, nadie lo sabría. Es preferible que tomemos caminos diferentes para que, quien pudiera escapar prestara ayuda al otro.

– Bien pensado, padre –aprobó Ali.

Entonces, los dos hombres se separaron: dejémosles correr, más adelante volveremos a encontrarlos, y ahora, volvamos al viejo capitán Hasan El-Horâni, padre de Ibrahim.

Tras la partida de su indómito primogénito, él también abandonó la ciudadela, acompañado de su mujer, La Canosa, y de su hija, la *labweh* Fâtme La Indomable. Fueron a refugiarse a la región de El-Laya, con un emir beduino amigo suyo, llamado Sultán Hasan, con el que mantenía una relación amistosa durante largos años. Al saber de su llegada, el emir fue a recibirle y le saludo calurosamente:

– ¡Tu llegada es una bendición para nosotros, capitán Hasan! ¿Qué buenos vientos te traen por aquí?

El anciano capitán le explicó la situación.

– He tenido que huir de El-Horân, y he venido a esconderme aquí, a tu casa –concluyó.

– ¡Tú eres cien veces bienvenido, Hasan! ¡Considérate como el emir de este campamento y mírame a mí como a un invitado a quien tú dieras asilo!

Les asignó la tienda más hermosa, y Hasan se instaló allí con su mujer y su hija, rodeado del respeto y la atención de todos.

En cuanto a nuestro señor el sultán, pues resulta que pasó la noche sin darse cuenta de nada. A la mañana siguiente, tras hacer las abluciones y cumplir con sus obligaciones religiosas, se fue a su sitio en el pabellón de mando, y cuando ya estaba dispuesto a dar la orden a los cañoneros de que abrieran el fuego, oyó un gran tumulto que se elevaba de la ciudadela.

– Y bien ¿qué sucede? –se extrañó el rey.

– ¡Oh, Comendador de los creyentes, son los sheijs del Horân y los ancianos de la ciudadela –le respondieron–: han salido descalzos, sin el turbante, y con una cuerda al cuello, pidiendo gracia!

– Está bien, traedles aquí, y veamos lo que quieren.

Hicieron pasar a una delegación de ancianos y de lugartenientes, que se arrojaron a los pies, llorando a lágrima viva:

– ¡Oh, Comendador de los creyentes, te imploramos por la majestad de Dios y la del Profeta! ¡no nos condenes por las faltas cometidas por otro!

– ¿Qué queréis? –les preguntó el rey.

– Efendem, por tu cabeza, nosotros no hemos cometido ningún delito contra Tu Majestad: jamás se nos pasó por la cabeza declarar el estado de sitio en la ciudadela; pero Ibrahim nos ha obligado, y también a su padre. Ayer, cuando llegaron los cañones, fuimos a protestar al viejo capitán Hasan; él mandó a buscar a su hijo y le amonestó duramente:

– Mañana mismo, hijo mío –le dijo–, irás a presentarte ante Su Majestad el sultán, y le pedirás perdón. ¡Es más, aunque te matara, eso sería mejor para ti, que morir como un rebelde!

Pero esta mañana nos hemos dado cuenta de que el capitán Hasan había desaparecido con su mujer La Canosa y con Fâtme la Indómita; en cuanto a Ibrahim, Nâfileh y Ali Ibn El-Shayyâh, pues también han huido. Hemos preguntado a los sirvientes, y nos han contado que Hasan, al conocer que su hijo se había fugado, él decidió hacerlo también, por temor a tu cólera. ¡Esa es la razón por la que hemos venido a arrojarnos a tus pies y a implorar tu perdón, confiando en tu clemencia, tu generosidad, y tu noble alma!

– Podéis retiraros en paz todos vosotros –declaró el sultán–: por mi cabeza, ojalá Dios os perdone, como yo os he perdonado... Pero si ese bribón de Ibrahim se piensa que se me va a escapar, se equivoca.

Tras dar permiso a los sheijs y a los ancianos para que se fueran, el rey ordenó a sus tropas que salieran en busca de los fugitivos... Sí, pero ¿quién se encargaría de esa misión? ¡Los *fidauis* ismailíes, naturalmente! Así que estos montaron a caballo y partieron al galope... Pero, ¿acaso creéis que los *fidauis* tenían verdaderas ganas de atrapar a Ibrahim y entregárselo al rey? ¡Evidentemente, no!

– Eh, muchachos, si por casualidad os encontráis con Ibrahim, nada de un exceso de celo: ¡Vista gorda y fuera líos! –se recomendaron unos a otros.

En fin, que apenas había pasado una hora cuando dejaron de patrullar “de ese modo” alrededor de la ciudadela; se resguardaron en un escondido rincón para charlar largo y tendido y comer tranquilamente, y luego fueron a anunciar al rey que no habían encontrado ni una huella del fugitivo.

– ¡Por mi cabeza y los la de Aquel que me ha confiado el gobierno de Sus criaturas! – exclamó el rey– Aunque tenga que quedarme aquí un año entero, no levantaré el campamento hasta tener noticias de Ibrahim.

– Estamos a tus órdenes –asintió el visir Shâhîn.

De modo que el sultán se preparó para mantener vigilada la ciudadela, al tiempo que enviaba mensajeros por todas partes para intentar encontrar al rebelde. Mientras, liberaron a Dawûd el Desenfrenado y a Kamel; les condujeron ante el rey, que les recibió amablemente, intentando confortarles y prometiéndoles vengar las afrentas que Ibrahim les había infligido. Y hasta aquí lo referido a El-Zâher.

X. 37 - Una alianza *contra natura*



Ahora volvamos a Ibrahim, al que habíamos dejado cabalgando a través de la estepa en compañía de Nâfileh la Indómita, disfrazada de mameluco. Al cabo de uno o dos días –o tal vez más, gloria a Aquel que conoce el número exacto–, llegaron ante una aldehuela del Horân, llamada El-Lodd¹; desde tiempos inmemoriales esa aldea la poblaron cristianos, y la plaza fuerte que la dominaba estaba bajo las órdenes de un capitán, también cristiano, llamado Jaddûr, hijo de Matta.

Este Jaddûr era un terrible guerrero, reputado por sus hazañas –había quien aseguraba que se le podía comparar a Ibrahim; ¡pero ni en sueños! Ibrahim valía por diez Jaddures. También se cuenta que él, y sus seis hermanos, los hijos de Matta, eran todos del mismo temple, y que por eso se les conocía como los “Siete Planetas”; se dice que todos perecieron bajo el reinado de El-Zâher, por culpa de Yauán, que los envió, uno tras otro, a la guerra y a una muerte segura².

Pero resulta que el siniestro Jaddûr era un buen amigo de Ibrahim desde hacía muchísimo tiempo; así que, cuando sus lugartenientes vinieron a anunciarle la llegada de este último, fue a su encuentro para darle la bienvenida:

– ¡Bienvenido sea el hijo del Korani! ¿A qué se debe el honor de tu visita, capitán?

Entonces, Ibrahim le contó lo que le había sucedido.

– El resultado de todo ello: pues que aquí me tienes, rebelde al sultán –concluyó–. Así que he huido del Horân y he venido a refugiarme a tu casa.

¹ El único pueblo con ese nombre, hoy en día se encuentra en los extrarradios de Tel-Aviv, un lugar, evidentemente, muy alejado del Horân.

² Uno de esos hermanos bien podría ser el desesperado Ayek hijo de Matta, muerto por Ibrahim (ver *La Revancha del Maestro de las Argucias*) Esta amistad entre *fidais*, combatiendo en bandos opuestos, no es un fenómeno único en el relato del “Baïbars”.

– Bien hecho, pues tu llegada es una bendición para nosotros. Mi castillo, mis bienes, mi vida y la de mis hijos están a tu disposición... Pero dime, ¿quién es ese joven que te acompaña?

– Es Nâfileh, el origen de toda esta historia.

– No tiene nada que temer –le tranquilizó Jaddûr–. Vamos, esta casa también es la tuya: dígname honrarla pasando a su interior. ¡Qué suerte tengo! ¡En verdad que el Cristo debe estar contento conmigo al permitir encontrarme de nuevo contigo, mi viejo amigo!

Jaddûr introdujo a Ibrahim y a Nâfileh en su castillo, y condujo a la joven a su harén, confiándola a su madre y a sus hermanas, recomendándoles que la trataran con los mayores miramientos; luego, se fue a atender a Ibrahim. Así pasaron muchos días, entre regocijos siempre renovados.

Pero un día, en que los dos amigos departían alegremente en el gran salón, de pronto entró un guardia a todo correr.

– Capitán –anunció–, Su Beatitud el *rey papa* Yauán acaba de llegar, y pide ser introducido.

Ante esas palabras, Jaddûr palideció y bajó su mirada hacia el suelo.

– Veamos, mi viejo Jaddûr, ¿qué es lo que te pasa? –se inquietó Ibrahim.

– ¡Apiádate de mí, hijo del Korani, porque ahora mismo no sé que hacer! Si dejo entrar a Yauán, dada la cantidad de sucias jugadas que te ha hecho, por mi fe, que tú tendrías mil razones para matarlo, aunque solo fuera por una... pero yo sería el responsable. Por otra parte, si no le recibo, él, que es el pilar de la religión de los *Cristiani*, ¡me lanzaría una maldición! ¡Por eso, de rodillas te lo suplico, no le hagas daño!

Y, uniendo el gesto a la palabra, cayó a los pies de Ibrahim, cubriéndole de besos.

– ¡Vamos, vamos, Jaddûr, quédate tranquilo! –le aseguró Ibrahim– Desde el momento en que estoy bajo tu techo, no tienes por qué preocuparte; le pondré buena cara a tu Yauán, y, además, te prometo que no levantaré un dedo contra él. Déjale entrar sin miedo... solo que, no le digas que Ibrahim, hijo de Hasan está aquí, me apetece gastarle una bromita.

– ¡Introducidle! –ordenó Jaddûr a sus guardias.

Minutos más tarde, la cortina que cerraba la puerta de entrada se entreabrió y allí estaba Yauán, avanzando en toda su gloria, vestido con sus ornamentos sacerdotales, zarandeando el incensario a diestro y siniestro, y cantando algo así como un *miserer nobis* con voz estentórea... De pronto, su mirada se posó sobre Ibrahim, sentado al fondo de la sala: del sobresalto, se atragantó en medio de un paternoster, y escapándosele un espantoso gorgoteo, cayó de culo al suelo, paralizado por el terror.

– Eh, *abbone*, ¿qué te ha pasado? –se extrañó el gordo de Barbacûsh, que no se había enterado de nada.

– ¡Por mi religión, creo que hoy nos vamos a encontrar con Asfût! –murmuró el maldito fraile– ¡Piedad, hijo del Korani!

– ¡Vaya, vaya, vaya! –exclamó Ibrahim, con voz de trueno– A ver, dime, cura de mis huevos, ¿te va todo bien, tal y como querías? ¡Esto es lo que se llama venir como anillo al dedo!

– ¡Gracia! –suplicó Yauán.

– Vamos, habla: ¿te acuerdas de todas las sucias trastadas que me jugaste en Roma? –prosiguió Ibrahim– ¿Recuerdas la emboscada que me tendiste en el Valle del Jazmín? ¿Y de aquella vez que intentaste acorralarme en el Desfiladero Rojo? ¿Eh, cura? ¿Te acuerdas, cuando ordenaste a los patricios echar abajo los tejados para asfixiarme con la polvareda? ¿Y cuando impediste que Saad me trajera agua para beber? ¿Y la última vez, en que tú andabas pimplando vino, y me arrojabas a la cara el fondo del vaso? Dime, y ahora ¿cómo te sientes?

– ¡Piedad, hijo del Korani! ¡Por mi religión, te pongo por testigo de que me arrepiento! Además, ¡me abstendré de incitar a los reyes francos y de provocar alborotos!

– ¡Ah, viejo crápula! –exclamó Ibrahim– ¿Es que no podías haber escogido otro momento para arrepentirte que justo el día en que yo me he rebelado contra el sultán?

– ¿Cómo es eso, hijo del Korani? ¿Tú? ¿Tú en rebeldía? Pero si siempre me ha parecido que el rey era un gran amigo tuyo, y que te trataba como a su hijo, sin pronunciar jamás nada en contra tuya.

Entonces, Ibrahim comenzó a contarle su historia y la de Nâfileh.

– Bromas aparte, Yauán –concluyó Ibrahim– ¿Has visto alguna vez en tu vida a un hombre que haya sufrido lo que yo en El-Aflâq, cuando defendí el puente yo solo, luchando contra setenta mil hombres para guardar las riquezas de mi señor?

– ¡Por mi religión –asintió el fraile poniéndose circunspecto– solo tú has podido perpetrar tales hazañas; ni siquiera Antar, hijo de Shaddâd¹, habría conseguido hacerlo!

– ¿Y puede entrar en tu cabeza que, después de tan grandes proezas, me hayan robado mi dinero y que el rey, en persona, haya invadido El-Horân a la cabeza de su ejército?

– ¡Por mi religión, el *rey* ha demostrado no tener sentido alguno de la justicia, ni reconocimiento y consideración hacia tu persona! Escucha: por el aprecio que te tengo, estoy dispuesto a olvidar mi voto de arrepentimiento... a fin de cuentas, el hijo del Korani bien merece este gesto, y más aún. Hay que ver, ¡con las penalidades que has padecido por un

¹ Caballero y poeta beduino de la época preislámica. Sus proezas dieron lugar al nacimiento de uno de los más celebrados romances populares árabes más antiguos.

ingrato, incapaz de reconocer tu valor! ¡Si eso mismo le hubiera sucedido a otro que no hubieras sido tú, a estas horas, él estaría deshonrado hasta tal punto de ni siquiera atreverse a pronunciar su propio nombre! ¡mientras que tú, fíjate!

En fin, que Yauán usó todos los recursos de su viperina lengua para envenenar la situación y endurecer el corazón de Ibrahim hacia el rey; cosa que llevó a cabo con total éxito.

– Y ahora, Yauán, ¿cuál es la solución? –preguntó Ibrahim.

– Escucha, hijo del Korani, si estás dispuesto a seguir mis consejos, ¡por mi religión, yo te conduciré hasta las más elevadas cimas, y dominarás a todos los hombres de tu tiempo! – prosiguió el monje maldito—. Esta miserable aldehuela y su castillo no te protegerán contra el ejército del *rey*; si estás de acuerdo, yo te llevaré hasta el *babb* Federico, el emperador de los francos, y le ordenaré que reúna para ti un ejército tan vasto, que su vanguardia estaría delante de El Cairo para sitiario, antes de que su retaguardia hubiera franqueado las puertas de Roma.

– ¡Nada de eso, curilla! –replicó Ibrahim– Ni hablar de que yo vaya a Roma. De entrada, el *babb* ha entregado a su hijo como rehén al sultán¹, y además, está demasiado lejos: ¿quién nos iba a llevar hasta allí?

– En ese caso, podría conducirnos hasta otra ciudad sólidamente fortificada, en donde encontrarás a un *babb* dispuesto a concederte su protección... y, además, está muy cerca. Solo que, a cambio, me habrás de dar tu solemne palabra, garantizada por los juramentos más sagrados de que, si por casualidad llegaras a reconciliarte con el sultán, nos proporcionarías los medios para huir, a mí, a Bartacûsh y al *babb* en cuestión.

– Por el Nombre supremo de Dios, te lo juro. Es más, si fueseis apresados, yo me comprometo a liberaros.

– Pues bien, ¡ya solo nos queda montar en nuestras cabalgaduras! –concluyó Yauán.

Ibrahim se fue a buscar a Nâfileh, vestida nuevamente de mameluco y con el rostro velado, y se puso en marcha, acompañado de Yauán, Bartacûsh y Jaddûr. Trotando ligero, pronto llegaron a Tiberíades.

– Hijo del Korani, Jaddûr y tú esperadme fuera de la ciudad –les ordenó Yauán—. Yo voy a anunciar vuestra llegada al *babb* Tabarín y a ordenarle que venga a vuestro encuentro a la cabeza de sus tropas, para recibirnos con los honores que se os deben.

Dicho esto, picó espuelas a su burra y, seguido de Bartacûsh, se dirigió a la ciudad y penetró en el palacio del rey.

– Vamos, *figlione*, enciende el incensario, ¡pero enciéndelo ya! –le ordenó a su acólito.

– ¡Estamos buenos! ¡Otra vez enredando! ¡Ah, si este jodido cura se rompiera una pata de una puñetera vez! –renegó Bartacûsh apresurándose a cumplir la orden.

¹ Al parecer se trata de Dukkás.

Pero Yauán ya no le escuchaba, crecido, como estaba, lanzando sus letanías:

– ¡Regocijaos y que el júbilo desborde vuestros corazones, hijos de la Iglesia! Aquí estoy, ha llegado a vosotros el *rey pappá* Yauán, el pilar de la fe de los *Cristiani*. ¡No comeréis bajo ningún concepto la carne de un buen cordero; sino la de un cerdo enfermo! ¡No beberéis ni una gota de agua; solo vino del *bibar*! ¡Besaréis con reverencia el culo al superior del convento y dejaréis que vayan a vosotros los niños pequeños, sobre todo, si son guapitos! ¡Solo así podréis entrar en el Saqar, el Valle de las Llamas! ¡Amén!

En fin, que el siniestro personaje anduvo predicándoles el Evangelio a su manera; mezclando alegremente la natividad de la Virgen, la tentación de Cristo y los salmos de David.

Los patricios corrieron rápidamente a su encuentro, suplicándole a voces que les concediera sus bendiciones. Alertado por su escandalera, Tabarín envió a que le trajeran nuevas, y cuando se enteró de la llegada del monje maldito, se levantó de inmediato, imitado por los grandes del reino y se fue a recibir a su visitante, al que acogió con gran pompa.

– Hazme el honor de sentarte a mi lado, *abbone* –le propuso Tabarín.

– ¡Ah, *marfûs*! –tronó el maldito monje– ¡Tú solo piensas en estar ahí sentado, en tu trono, sin hacer nada; mientras que mis ancestros y yo no hacemos más que trabajar duro a tu servicio!

– ¿Por qué? ¿Qué pasa? –preguntó Tabarín, desconcertado ante esa salida de tono.

– ¡Pues pasa que mis ancestros me han avisado que este año será un año fasto para ti! Has de saber, *figlione*, que el hijo del Korani, el héroe de Angobar, se ha rebelado contra el *rey*; él y Jaddûr han venido a ponerse bajo tu protección y a proponerte sus servicios. Secundado por dos guerreros de esa categoría, tú podrás someter a todos los reyes de la región y matar a Federico; entonces, yo te ceñiré el *zonnâr*, blandiré tu *shinyâr*, y te coronaré en su lugar como emperador de Occidente. ¡Vamos, ven! ¡Monta a caballo, llévate contigo a los grandes de tu reino y ve a recibirles!

El que me contó esta historia, me dijo que Tabarín aún era un hombre joven y naïf, y no se le ocurrió ni por un momento dudar de Yauán, desconociendo su profunda malevolencia y su invencible propensión a fomentar disturbios. Con el corazón lleno de alegría, ordenó a sus tropas formarse para un desfile, y salió de la ciudad al son de las trompetas para celebrar la llegada de Ibrahim y de Jaddûr.

– ¡Bienvenido seas, hijo del Korani! ¡*Bonjorno*! –exclamó de lejos, en cuanto le vio.

– ¡*Bani sera*! –respondió Ibrahim.

– ¡Hijo del Korani, mis tesoros, mi reino, mis tropas y hasta mi vida los pongo a tu servicio!

Para resumir; Tabarín condujo con gran pompa y boato a sus invitados al interior de la ciudad, instaló a Nâfileh en un espléndido palacio lujosamente amueblado y provisto de gran número de sirvientes; luego, se dedicó a festejar a fondo a sus huéspedes durante los tres días de rigor. Al cuarto día, Yauán, impaciente como de costumbre, cogió a Tabarín en un aparte:

– Escucha, *babb*, ahora que tienes al hijo del Korani a tu servicio, ¿no te irás a quedar aquí papando moscas?

– Y ¿qué esperas de mí, *abbone*?

– Pues que te pongas a la cabeza de tus tropas y que invadas las tierras del *rey* de los musulmanes: ¡pon sin temor tu espada al servicio de la Virgen, madre de las luminarias, y ganarás el paraíso!

– ¡Ah, eso si que no, *pardono, abbone*! –protestó Tabarín– ¿Quién soy yo para combatir al *rey* de los musulmanes? Si otros, mucho más poderosos que yo, se han enfrentado a él en vano, ¿cómo pretendes que yo lo consiga?

– Porque voy a rezar por ti a mis ancestros para que vengan en tu ayuda –insistió Yauán.

– ¡Ni hablar! ¡Ya puedes contarme lo que te dé la gana, porque pierdes el tiempo!

Al ver que no iba a conseguir nada de nada, el maldito fraile se acercó en secreto a uno de los jefes francos, un conde llamado Mankusheh:

– ¡Ven aquí, *figlione* Mankusheh! ¿Te gustaría darles gusto a los ancestros de Yauán? A cambio, yo te garantizaría un alto rango junto a Asfut, en Saqar y el Valle de las Llamas.

– Habla, *abbone*: mi vida te pertenece; puedes disponer de ella como mejor te plazca.

– Escucha, *figlione*; coge contigo a un centenar de patricios, bien escogidos de entre las tropas de élite, y vete a la región de Damasco. Allí, matad a todos los musulmanes que os encontréis en el camino, saquead los mercados, y, sobre todo, no olvidéis de gritar bien alto: “¡Por tus bellos ojos, *babb* Ibrahim, hijo del Korani, señor de Tiberíades!” Una vez hecho esto, os volvéis aquí.

– ¡Por mi cabeza y mis ojos! –respondió el infame Mankusheh.

Se puso en camino inmediatamente, acompañado de un centenar de matones de su misma ralea, y se fue a saquear los caminos de la región damascena; atacando a las caravanas y despojando a los mercaderes, mientras proclamaba bien alto que estaban al servicio del Korani, señor de Tiberíades. El ruido de sus fechorías llegó pronto a oídos de Aqîsh el Leal, gobernador de Damasco, que, consciente de que no tenía fuerzas como para enfrentarse a Ibrahim, decidió avisar al sultán. Redactó un informe y se lo confió a un mensajero que envió al Horân; porque, recordemos que el rey El-Zâher había montado allí el campamento con su ejército, y había jurado no levantarlo hasta recibir noticias de Ibrahim. Cuando se enteró de las pretendidas fechorías de este último, la mirada del sultán se volvió sombría.

– Shâhîn, ¡toma esta carta y lee! –le ordenó al gran visir– Bueno, Shâhîn –continuó el sultán–, al parecer Ibrahim ha cruzado la línea roja y se ha hecho cristiano.

– Mi señor, ¡me niego a creer que Ibrahim haya llegado a ese punto! –protestó el visir– O bien, si es que ha sido él quien ha cometido esos crímenes, ha tenido que ser en contra de su voluntad y forzado a ello.

– Oh, tú, ¡siempre encontrándole excusas! –gruñó el sultán.

El sultán, enseguida dio la señal de partida a sus tropas, montó a caballo y se puso en marcha, precedido del portaestandartes. A buen paso, pronto llegaron a las inmediaciones de Tiberíades, y, avisado el *babb* Tabarín, medio enloquecido, se fue a lloriquear a las faldas de Yauán:

– Pero bueno, *abbone*, ¿cómo ha podido enterarse el *rey* de que el hijo del Korani había encontrado refugio en mi casa?

– Qué quieres, *figlione*, estos malditos musulmanes tienen espías por todas partes... Pero tú no tienes nada que temer del *rey*, ni de nadie, porque tienes a tu lado al hijo del Korani.

– Muy bien, *abbone*, pero ahora, suponte que el hijo del Korani hace las paces con el *rey* a mi costa: ¿qué pasará con mi reino y conmigo?

– No temas, *babb* –le tranquilizó Ibrahim, que había seguido la conversación–. Desde el momento en que tú me has dado asilo, la única cosa que podría tocarte, sería la lluvia del cielo. No soy yo de esos que traicionan a sus benefactores: cierra las puertas de Tiberíades, envía tus soldados a las murallas y ordénales que abran fuego sobre los asaltantes, para que se alejen de la ciudad y monten su campamento lejos del tiro de tus cañones.

Tabarín dio las órdenes requeridas, y, cuando el sultán llegó a la cabeza de sus tropas, fue recibido con una andanada de cañonazos disparados desde las murallas.

– ¡*Allah bala versin!* –maldijo el gordo de Qalaûn– ¡*Aman padishah!* ¡*Yins-e nasrâni* no hacer regalo, enviar bola que llevan tu cabeza *ya ho!*

– ¿Mi cabeza? ¿la mía? –preguntó airado el sultán.

– No *padishah* no tu cabeza la tuya, ¡claro que no! ¡Las bolas, lleva tu cabeza a otro¹!

– Decididamente ¡hay que dejarte por imposible! –suspiró el rey– ¡Da igual que puedas pasar aquí toda tu vida, nunca llegarás a hablar correctamente el árabe!

¹ Una de las peculiaridades de la jerga de Qalaûn consiste en mezclar las marcas de número en las conjugaciones y salpicar todas las frases con palabras turcas.

X. 38 - Saad se gana una buena paliza



El sultán, ante la lluvia de cañonazos que le llegaban desde las murallas de Tiberíades, ordenó a sus tropas que se batieran en retirada y levantaran las tiendas del campamento a mayor distancia, fuera del tiro de los cañones. A la mañana siguiente, cuando Dios hizo surgir la aurora, el sultán redactó una misiva, luego, hizo una seña a Saad, que se aproximó tras dedicarle una profunda reverencia.

– Toma, Saad, ve a llevar este mensaje a Tabarín: se lo has de entregar en mano, y no vuelvas sin haber obtenido respuesta.

– Por mi cabeza y mis ojos –respondió el joven, que se preparó y partió al momento.

Después de haber abandonado el pabellón real, el sultán se dio cuenta de que reinaba cierta agitación entre los dignatarios del Consejo: cada cual murmuraba, inquieto, al oído de su vecino.

– ¿Y...? ¿Se puede saber qué os pasa ahora, grandes del reino de Egipto? –les preguntó.

– *Efendem*, a decir verdad, estamos un poco extrañados de que hayas encargado a Saad llevar ese mensaje –respondieron.

– ¿Y por qué? ¿Qué hay de malo en ello?

– *Efendem*, tú sabes, tan bien como nosotros, que Saad e Ibrahim son, por así decirlo, como dos almas en un solo cuerpo: no pueden estar separados el uno del otro. De eso estábamos hablando: de que tememos que, una vez en Tiberíades, Saad no se ponga de parte de su primo, y que, de un golpe, en lugar de un adversario, nos encontremos con dos en los brazos.

– ¡Cierto! –pareció percatarse el sultán– Vuestro temor está bien fundado. Que vayan rápido a traérmelo de vuelta.

Se llamó a Saad, que regresó a presentarse ante el trono.

– Oye, sheij Saad –le dijo el rey con un tono falsamente severo–, en cuanto hayas entregado tu carta en Tiberíades, ¿no se te ocurrirá aliarte con Ibrahim? ¿eh?

– ¡Por ese lado, no hay peligro! –protestó el joven– ¡Con lo que adoro yo al gordo de Panza Búfalo! ¡Por Dios, con la paliza que me dio en el Horân! ¡una bastonada que aún no he acabado de digerir!

– Entonces, ¿seguro que no tienes intención de rebelarte tú también?

– ¡Pero bueno! ¡Tendría que estar totalmente loco para ir a mezclarme con esos francos!

– Perfecto –aprobó el sultán.

– Escucha, *efendem*, ¿cuándo me has visto tú a mí mentir?

– Está bien, vete ya, no te entretengas en el camino, y vuelve pronto.

Saad echó a correr, y en un momento llegó hasta las murallas de Tiberíades.

– ¡Mensajero y emisario! –proclamó– ¡El mensajero solo es responsable de la transmisión del mensaje!

– ¿Se puede saber qué vienes a hacer tú aquí, *ghandar*? –le preguntaron los patricios.

– Traigo un mensaje para vuestro rey, Tabarín.

– ¡*Ala larga, ghandar*! No te acerques más, hasta que no hayamos obtenido el permiso para dejarte entrar.

Los patricios se fueron corriendo a avisar a Tabarín, que en ese momento presidía su Consejo, flanqueado por Ibrahim; Yauán, Bartacûsh y Jaddûr también estaban presentes.

– *Babb*; ha llegado un emisario de los musulmanes –anunciaron los patricios.

– ¿Qué aspecto tiene? –preguntó Ibrahim.

– ¡Tiene la misma pinta que un diablo larguirucho y flaco, muy moreno, casi renegrado, y da unos brincos como si fuera un *yîn*!

– ¡Eh, pero si es mi hermano Saad! –exclamó Ibrahim riéndose– Vamos, id rápido a abrirle la puerta.

Los patricios regresaron y entreabieron uno de los batientes. Saad se ajustó bien su ropaje con el cinturón, y proclamó:

– ¡Benditos sean aquellos que proclaman el recto camino, temen las consecuencias de sus actos, y obedecen a Dios, el Altísimo! ¡Malditos, los mentirosos, los que prevarican, y los que asocian otras divinidades a Dios!

Le condujeron ante el *babb*, y, al entrar en la sala vio a Ibrahim sentado a su lado.

– Eh, Panza Búfalo, ¿qué se te ha perdido a ti aquí? –le largó Saad nada más verle– La verdadera religión es el Islam, ¿sí o no?

– Para ya de tontear, Saad, y vamos al grano: ¿qué nos traes?

– Una carta llena de cosas importantes, que requiere una respuesta urgente, y que me aportará, si Dios quiere, una buena recompensa, de quien disfruta de una abundante riqueza –recitó el joven Saad pomposamente.

– Entonces, pásanos ya la carta, y luego, te damos la respuesta.

– Pero ¿qué te has creído, Panza Búfalo? ¿Estás mal de la cabeza o qué? Yo, Saad, hijo de Dibl El-Baysâni, no te entregaré la carta hasta que tú y todos los aquí presentes se pongan de pie; luego, tú avanzarás hacia mí con toda la cortesía del mundo; la cogerás educadamente, la leeras con calma, me darás la respuesta de inmediato, y yo, me retiraré discretamente.

– ¿De verdad que quieres que me ponga en pie en honor de esta carta, Saad? –le preguntó Ibrahim no dando crédito a lo que acababa de oír.

– ¡Pues claro que sí! ¡Qué te has creído! ¿Es que tú, cuando vas a llevar las cartas de nuestro señor el sultán, se las entregas al destinatario sin obligarle a ponerse de pie?

– Eso es verdad, pero tú ¿cómo te vas a comparar a un hombre como yo?

– Pero bueno, Panza Búfalo ¿quién te has creído que eres? –se rebeló Saad– ¿Es que se te ha subido a la cabeza esa gorda barrigota? Vamos, ven, lucha conmigo ahora mismo: ¡tú, montado en tu jaca la Saljadiana, y yo, a pie con mi honda, que ya te mostraré yo quién es más hombre! Venga, levántate ahora mismo, ¿a qué esperas?

– Bueeeno, de acuerdo –concedió Ibrahim–, pero que conste que lo hago por darte el gusto.

Ibrahim se levantó, imitado por toda la asistencia, y avanzó para coger la carta, pero Saad retiró rápidamente la mano y se la escondió detrás de su espalda.

– ¡Empezamos bien! Y ahora, ¿qué es lo que pasa? ¿A qué viene tanto aspaviento, Saad? –gruñó Ibrahim.

– Espera, es que había olvidado una cosa, la acabo de recordar ahora mismo, y es una recomendación muy importante. Mira; esta carta proviene del sultán, que es la sombra de Dios sobre Su tierra, el monarca universal, Servidor de los Santos Lugares y Comendador de los creyentes. Puede que la haya redactado en un momento de cólera y, al leerla, es posible que encuentres, aquí o allá, una palabra o una expresión hiriente; pero, sobre todo, no se te ocurra romperla, ya que, por la santidad de Baba Omar, mi antepasado, yo mismo te habré abierto esa gorda panza con mi puñal, antes de que el primer trocito de papel toque el suelo¹!

¹ Ya nos habremos dado cuenta de que Saad retoma, casi palabra por palabra, el discurso que Ibrahim hizo ante el emperador Federico en una ocasión parecida.

– ¡Dámela de una vez y déjate de historias, Saad! ¡Pero qué desgracia! ¡Con los esfuerzos y las penalidades que he pasado contigo para enseñarte bien el oficio, y mírate ahora, intentando hacerlo mejor que yo!

Sin más preámbulos, Ibrahim le arrancó de las manos el documento, lo abrió y leyó lo siguiente:

“Del rey El-Zâher, al babb Tabarín.

Tú, babb ¿por quién te has tomado para conceder asilo a uno de mis servidores que se ha rebelado contra mí y se ha escapado de mi justicia? ¿Es que te crees capaz de medirme conmigo? Pero yo sé quién te ha inspirado tal conducta: ¡ha sido Yauán! Yauán, cuyo único deseo es provocar tu desgracia, lo mismo que ha hecho con tantos otros antes que tú. Si deseas escapar a la destrucción, y conservar tu ejército, fundamento de tu poder, deberás hacer prisionero a Ibrahim al recibo de la presente, y me lo conducirás aquí, debidamente cargado de cadenas, descalzo y con una soga al cuello. Solo bajo estas condiciones, yo te concederé gracia para tu país; en cuanto a Ibrahim, él tendrá un juicio justo y un careo con sus adversarios, conforme a la Ley del Islam.

Si actúas de este modo, obtendrás beneficio; pero, si te obstinas en la rebelión, pues entonces, sal con tu ejército a enfrentarte conmigo: será la batalla quien elija al vencedor.”

Una vez conocido el contenido del mensaje, Ibrahim se lo entregó al *babb*, y éste, a su vez, se lo pasó al truchimán, que lo tradujo a la lengua franca.

– Hijo del Korani –declaró Tabarín–, te he confiado mi reino y mi ejército: escribe tú mismo la respuesta que te parezca mejor.

– ¡Escoge la guerra, hijo del Korani! –intervino Yauán–. No olvides la injusticia y la ingratitud que el *rey* te ha mostrado. ¡Y ahora viene hablando de un juicio equitativo! En esa carta no hay ni una sola palabra que diga verdad.

Empujado por los resentimientos que acababa de avivar el maldito monje, Ibrahim respondió con una declaración de guerra, y una vez redactada la carta, se la entregó a Saad.

– ¿Y qué hay del pago de mi mensajería? –reclamó Saad.

– Oye, Saad, ¿no crees que te estás pasando? –protestó Ibrahim– ¿También querías que te pagara por la carrera?

– ¡Déjate ya de tonterías, Ibrahim! En serio, ¿me tomas por tonto, o qué? ¿Es que tú has entregado alguna vez una carta sin pedir que te pagaran por el recorrido?

– ¡Ah, claro que no!

– ¡Pues yo, igual que tú!

– Está bien, de acuerdo, ¿cuánto quieres? –suspiró Ibrahim.

– Lo dejo a tu generosidad, que puede ir... de cien mil monedas de oro, a unas mil. Menos de eso, ni lo sueñes.

– Bueno, Saad: ya sé que tienes muchos gastos en este momento, y que tienes que ahorrar para la dote de Aïsheh de Bushnât. Toma, aquí tienes mi bolsa: coge lo que quieras, y déjame el resto.

Diciendo estas palabras, sacó de su cinto un grueso saco de cuero grasiento y espeluchado, lleno de monedas de oro. Saad se acercó inocentemente, con la intención de arrancárselo de las manos y huir a la carrera; pero Ibrahim le había visto venir con sus grandes zuecos, y en cuanto su primo estuvo a su alcance, le agarró por detrás, le cogió por la cintura y lo elevó por los aires.

– ¡Ay! –gritaba el desgraciado Saad– ¡Ojalá te parta un rayo, Panza Búfalo! ¡Suéltame, te digo que me sueltes! ¡No estoy para juegucitos!

– ¡Ah, pequeño golfillo, pretender sacarme el precio de tu carrera! ¡Como si no supieras que tu hermano Ibrahim jamás ha regalado ni una sola piastra!

– ¡Te digo que me dejes, que no estoy para bromas! ¡Ya puedes tragarte tu dinero, y ahogarte con él!

– ¡Traed el potro de los bastonazos! –ordenó Ibrahim arrojándole al suelo.

Ibrahim, sin preocuparse de los gritos y maldiciones de su primo, le propinó cien bastonazos en la planta de los pies.

– ¡Y ahora, ya puedes ir a contar lo que has visto! –le ordenó Ibrahim una vez hubo terminado con el suplicio.

El pobre desgraciado se levantó de un salto y enfiló todo recto, corriendo pies para que os quiero, hasta llegar al campamento; allí, fue directamente al pabellón real, en donde entró llorando y lanzando unos gritos espantosos:

– ¡Imploro tu socorro, oh, Comendador de los creyentes! ¡Véngame de la afrenta que acabo de sufrir!

– ¿Qué te ha pasado, Saad? –se extrañó el sultán.

– ¡Que Panza Búfalo se ha hecho franco! Hasta se ha puesto una *shabqa*¹ en la cabeza, gorda, como un marmitón. ¡Además, me ha dado una bastonada que me ha dejado sin uñas en los dedos de los pies!

– ¡Esto es el colmo! –exclamó el rey cuando Saad acabó de contar sus desgracias– ¿Te das cuenta, Shâhîn? ¡Ibrahim llevando una *shabqa*!

– Eso me parece poco probable –objetó el visir–. Me pregunto si Saad no estará exagerando un poco: después de la paliza que se ha llevado, sería comprensible... ¿Qué dices tú, Saad?

¹ Gorro de tres picos usado por los cristianos de Alepo, que les servía como seña de identidad.

– Bueeno, sí –reconoció el joven–. Pero, escucha, visir; si Ibrahim ya me ha dado cuatro veces una bastonada, me parece que yo también tengo derecho a ponerle una *shabqa* de cuatro cuernos ¿no crees?

Sonriendo ante esta salida, el rey leyó el mensaje, y, al ver que se trataba de una declaración de guerra, lo rasgó y arrojó al suelo, ordenando batir los tambores, bajo el estandarte del Profeta, en señal de desafío; del otro lado, los francos replicaron, haciendo sonar sus trompetas.

X. 39 - El combate de los jefes



Esa tarde, los *fidauis* se reunieron en la tienda de Sulaymán el Búfalo, y después de beber el café, pasaron a cosas más serias:

– Y bien, capitán Sulaymán, si mañana se presenta Ibrahim aquí, y el sultán nos ordena que combatamos contra él, ¿qué le responderemos?

– Esta vez no tendremos más remedio que luchar –respondió Sulaymán–. Ya lo eludimos la última vez, y no podemos volver a las andadas. Como dice el proverbio: “Un golpe en la sandalia, y otro, en el casco del caballo¹”. Así que mañana seré yo quien abra el combate: si Ibrahim se presenta, yo simularé que combato con él durante

unos diez minutos, luego, me rendiré. Vosotros solo tenéis que imitarme, y, cuando el rey haya visto que numerosos capitanes se han dejado capturar, entonces comprenderá que va a tener que arreglárselas solo. De todos modos, Ibrahim no es un cualquiera ante quien se pueda desenvainar impunemente un arma.

– ¡Muy bien pensado! –aprobaron todos los demás, que aceptaron su consejo.

A la mañana siguiente, el rey se levantó, hizo sus oraciones del alba, recitó algunos versículos en honor del Profeta, y, luego, se fue ocupar su sitio en el pabellón real. Sobre el mediodía, se abrieron las puertas de Tiberíades, y de pronto apareció el ejército de los francos, capitaneado por Tabarín y Jaddûr, junto con Yauán y Bartacûsh; a la cabeza, marchaba Ibrahim, forrado de hierro y cubierto con una cota de mallas que destellaba con los rayos de sol. Nada más bajar a la arena, Ibrahim comenzó a caracolear frente a las tropas, levantando una nube de polvo mientras lanzaba un desafío a su adversario.

– ¡Vamos, nobles hijos de Isma’il, traédme aquí! –les ordenó el sultán.

¹ Equivalente al refrán español: “Una da cal, y otra, de arena”.

– ¡Por tus bellos ojos, *dawlatli!* –respondieron todos a una.

Tal y como habían acordado, el primero en bajar al campo de lizas fue el capitán Sulaymán el Búfalo.

– ¿Así que tú, primo mío, levantas tus armas contra mí? –le lanzó Ibrahim al verle llegar.

– ¡Dios no lo quiera, hijo de La Canosa! Pero, qué le vamos a hacer, yo obedezco órdenes. Si estás de acuerdo, podemos intercambiar algunos golpes de pacotilla, y, después de romper dos o tres lanzas sin hacernos daño, me rindo, me voy contigo a Tiberíades y me uno a ti.

– ¡Pues bienvenido y en buena hora! –lo celebró Ibrahim.

Ibrahim cargó contra su adversario y arremetió con unos cuantos golpes de risa; luego, tras dos o tres supuestos ataques con las lanzas, Sulaymán se rindió. Ibrahim se lo llevó adonde los francos, ordenándoles que le condujeran a su palacio y le trataran con todos los honores debidos a un invitado de categoría. Poco después, Nisr, hijo de Ajbûr bajó al terreno, y también, tras un arremedo de combate, se rindió. Abreviemos: dos días más tarde, las tres cuartas partes de los *fidauis* estaban en Tiberíades, al lado de Ibrahim. Al comprender que se hallaba ante “una anguila bajo piedra¹”, el sultán convocó a los que aún quedaban en su campamento.

– ¡A ver, vosotros! ¿se puede saber a qué me estáis jugando? –les preguntó el sultán con voz severa.

– ¡Gracia, *efendem!* ¿Qué tienes que reprocharnos?

– Cada vez que uno de vosotros baja a enfrentarse con Ibrahim, es capturado en cosa de pocos minutos. ¿Cómo os explicáis eso?

– ¡Nosotros no podemos hacer nada, mi señor! Ibrahim es un guerrero formidable: acuérdate de la batalla de Angobar. No somos capaces de dar la talla ante tal adversario, y, en estas condiciones, no es nada deshonoroso el rendir las armas.

– Os conjuro por el Nombre Supremo de Dios, a que me digáis la verdad –insistió el rey.

– Pues bien, la verdad, *efendem*, es que nos rendimos ante Ibrahim por dos razones: la primera, es que, de hecho, el combate es bastante desigual, y, la segunda, es que todos nosotros hemos hecho un juramento de hermanos, y el reglamento de nuestra cofradía nos prohíbe combatirnos los unos a los otros. De cualquier modo, ninguno de nosotros puede medirse con Ibrahim.

– Esta vez, habéis dicho la verdad, y no puedo reprocharos nada –concedió el rey–. Como dice el proverbio: “Nada mejor para rascarse que tus propias uñas”. Así que yo me encargaré personalmente de traer aquí a Ibrahim para hacerle entrar en razón.

El visir quiso protestar, pero el sultán le cortó en seco:

¹ Refrán equivalente al nuestro “una piedra en el zapato”.

– ¡No te he dado la palabra, Shâhîn! ¡Te juro por mi cabeza, que, si te obstinas en contrariarme, te envío a ti a traerme a Ibrahim!

El visir, prudente, no se atrevió a volver a abrir la boca.

A la mañana siguiente, cuando Dios iluminó la aurora, Ibrahim se presentó de nuevo en el campo de lizas. El rey se levantó de un golpe, pidió su caballo de guerra, se equipó, saltó a caballo y clavándole las espuelas, cargó a fondo.

– ¡Eh, no tengas tanta prisa! –gritó Ibrahim al ver llegar a su adversario.

– ¡En guardia, Ibrahim! –replicó el sultán– ¡Qué lástima! ¡cómo me equivoqué contigo! y qué razón tiene el poeta cuando dice:

*Yo, que en ti veía la fuerte ciudadela
en donde de mis enemigos escapar a sus golpes
Pero ha sido tu mano, por desgracia, compañero infiel
la que me ha golpeado y puesto de rodillas*

*Yo, que había deseado, en todas las batallas
Tenerte a mi lado protegiendo mi flanco
Tú, me has abandonado a las flechas que me asedian
Y esta traición, es mi peor tormento.*

¡No, no puedo creer que tú seas así, Ibrahim! –prosiguió El-Zâher, que se preparaba para seguir sermoneando a su adversario; pero éste, le cortó en seco:

– Nada de palabras inútiles, *efendem*. Aquí estamos para combatir, no para recitarnos poemas. Al que se humilla, Dios lo doblegará, y al que es respetado, Dios lo encumbrará. Solo con la punta de la espada un hombre, digno de ese nombre, obtiene lo que es su derecho: ¡los falsos testimonios y las leguleyerías son para los impotentes!

– ¡Tú lo has querido, Ibrahim! –le dio el sultán por toda respuesta, colocando su lanza en ristre.

Los dos guerreros se lanzaron uno contra otro, chocando entre sí como dos montañas, lanzando tales gritos que bien podrían hendir las rocas y enfrentándose cual dos leones furiosos. No veían ya ni cielo ni tierra, perdidos en medio de una nube de polvo que les ocultaba de las miradas; una nube en la que refulgían las chispas de las armaduras y los cascos de sus caballos. Cada cual, parando y atacando, tomando distancia y volviendo a la carga; persiguiendo o siendo perseguido; ambos combatían con tanta violencia que sus monturas nadaban en su propio sudor, y hubo momentos en los que cada uno de ellos, más de una vez, tuvo ocasión de desear que Dios nunca lo hubiera creado. De hecho, Ibrahim era uno de los guerreros más grandes de su tiempo; pero el sultán, también era un caballero invencible, y tenía en sus espaldas la fuerza de los cuarenta Hombres de Dios. La

confrontación duró todo el día, hasta que se tocó a retirada; el sultán dejó la lucha y regresó a su tienda, en donde el visir lo recibió conforme a la etiqueta establecida, felicitándole por haber vuelto sano y salvo.

– *Efendem*, ¿harías el honor de comentarnos qué impresión te ha producido tu adversario? –le preguntó el visir.

– Shâhîn, te juro por mi cabeza que Ibrahim es un guerrero de un temple excepcional; conoce todos los secretos del oficio de las armas.

Esto, en lo que se refiere al sultán, y en cuanto a Ibrahim, pues regresó hasta las líneas de los francos, en donde le esperaban Yauán y Tabarín.

– ¡Bravo, hijo del Korani! –le felicitó el fraile maldito– ¡Por mi religión, que jamás habría creído que aguantarías tanto tiempo luchando contra el *rey* de los musulmanes!

Ibrahim se retiró al palacio que le habían asignado a él y a los ismailíes. Se les sirvió una buena cena, preparada en las cocinas del *babb* Tabarín. Comieron con buen apetito, y luego, entablaron una agradable charla de sobremesa.

– Dinos, Ibrahim, ¿qué tal ha ido hoy la contienda entre el sultán y tú? –preguntó Sulaymán el Búfalo.

– Por la santidad de mi Señor, el Jidr Abu-l-Abbâs, os aseguro que el sultán me sobrepasa completamente –reconoció Ibrahim–. Si hubiera querido matarme, lo habría podido hacer en cualquier momento; pero solo pretendía capturarme.

Habéis de saber, nobles señores, que esa era la verdadera intención del sultán; aunque éste no había encontrado la ocasión de realizarlo, pues Ibrahim era un adversario tan fuerte, como astuto, y no ignoraba ninguna de las artes del oficio. No obstante, el sultán bajó al día siguiente al campo de lizas: Ibrahim y el sultán combatieron durante todo el día sin que ninguno de los dos sacara ventaja. Al tercer día, sucedió exactamente lo mismo, lo que puso a Qalaún de los nervios:

– *Ishté* –murmuró al oído a Alay El-Dîn El-Baysari, su habitual confidente– Ibrahimek es una *fellah* y *padishâh* no capaz de abatirle. Mañana puede ser Ibrahim da un golpe de espada a *padishâh* y corta su cabeza, y entonces es el *fellah* llegar a *padishâh* en su lugar. ¡Dios nos proteja de *Yins-e fellah*!

Este venenoso comentario fue, lógicamente, bien recibido por los emires opuestos a El-Zâher. Por la noche, cuando éste regresó del campo de batalla y Saad le comentó estos comentarios, el sultán se encolerizó.

– ¿Así que los emires me creen incapaz de vencer a Ibrahim? –dijo el visir a Shâhîn– Pues bien, visto lo visto, mañana libraré el combate decisivo: el día no acabará sin que uno de nosotros termine cautivo o muerto.

– *Efendem*, ojalá Dios haga eterno tu reino, Tu Majestad no tiene necesidad de que se le recuerde la proverbial enemistad que desde siempre existe entre los emires y los hijos de Ismail. Y, si estos propósitos son desagradables, piensa en el proverbio que dice: “el león no presta oídos al ladrido de los perros”.

– No, Shâhîn –replicó El-Zâher–. Un rey jamás debe permitir que se debilite su prestigio. Por mi cabeza y por la de Aquel que me ha confiado que me haga cargo de Sus criaturas, ¡mañana terminaremos de una vez por todas con esta querrela!

X. 40 – Paladín de Doncellas encuentra a alguien más fuerte



A la mañana siguiente, hacia el mediodía, las puertas de Tiberíades se abrieron y el capitán Ibrahim apareció en el terreno de justas, caracoleando orgulloso ante las tropas, en señal de desafío. Por su parte, el sultán se armó y pertrechó, y cuando se disponía a montar en su semental capa de moro, de pronto vio

a un caballero beduino que llegaba a galope tendido a través de la estepa, sobre un caballo fuerte y brioso, y blandiendo una lanza cuyo astil medía veinticuatro nudos. Iba velado con un paño de su turbante, tan prieto, que solo se le apreciaba el contorno de los ojos.

Sin aminorar su impulso, el misterioso personaje apuntó directamente hacia Ibrahim, que recibió un buen golpe; un choque que hizo temblar las montañas de alrededor, y todo ello mientras el sultán estaba aún con un pie en el estribo, y hubiera dado cualquier cosa por saber quién era aquel beduino.

– Eh, dime, y tú, ¿quién eres? –se extrañó Ibrahim, que, aparentemente compartía la misma curiosidad que El-Zâher.

– ¿Y a ti qué te importa? –le respondió el beduino.

– Pero ¿qué es lo que quieres?

– Batirme contigo.

– ¡Escucha, Brisa Bonita¹, sigue tu camino y déjame en paz! No nos conocemos, ni tenemos una deuda de sangre entre nosotros, y tú, ni siquiera formas parte del ejército del sultán.

– Que yo forme o no forme parte del ejército del sultán no cambia nada: desde el momento en que tú te has rebelado contra tu legítimo soberano, a todo musulmán le incumbe combatirte –le replicó el beduino.

¹ Forma coloquial entre los beduinos para dirigirse en un tono familiar a alguien.

– Está bien, tú lo has querido –le gritó Ibrahim–. ¡Párame esa si puedes, y vete diciendo adiós a la vida!

Diciendo estas palabras, arremetió contra su adversario con una fuerza capaz de arrancar las rocas de la cima de las montañas. El torneo se prolongó durante más de una hora, tan terrible, que aquello parecía más bien el día del Juicio final; intercambiaron tales golpes, que ponían los pelos de punta y bien podrían haber vuelto blanco el pelo de un lactante. Pero, Ibrahim no tardó en aventajar a su oponente y en tomarle la medida, como cuando un quintal se enfrenta a un dracma, o como la noche si se opone al día invernal. Iba ya a darle el golpe fatal, cuando su adversario le gritó:

– ¡Detén tu brazo, Ibrahim! ¡No abuses de tu fuerza y tu bravura con una débil mujer, de cota de soslayo y lengua parlanchina!

– Y ahora ¿qué broma es ésta? –replicó Ibrahim aturdido– Además, dime ¿quién eres tú?

– Soy tu hermana, ¡Fâtmeḥ la Indomable!

– ¡Estamos buenos! ¿Y por qué ese empeño en batirte conmigo?

– Porque sé muy bien que tú jamás podrás matarme ni capturarme –le respondió su hermana.

– ¿Y qué ventolera te ha traído hasta aquí?

– Escucha, desde que te fuiste, tus padres no quisieron quedarse ni un momento más en la ciudadela. Nos marchamos a El-Laya y allí pedimos hospitalidad al Sultán Hasan, el emir de los beduinos de la región. Nos enteramos de que, en tu orgullo enloquecido, habías llegado hasta a levantarte en armas contra el sultán, y nuestros padres me han enviado a ti para que te conduzca de nuevo al recto camino.

– Ah, ¿sí? ¡Pues vas a volverte con ellos en el acto! –le respondió Ibrahim enfadado– ¡Tiene que haber perdido la cabeza mi padre Hasan, y la Canosa haberse vuelto chocha, para enviarte así! Pero ¿tú te das cuenta de que te he podido matar?

– ¡Si te piensas que me voy a largar, ya puedes esperar sentado! –le replicó Fâtmeḥ.

– Pero bueno, ¿vas a decirme por fin qué es lo que te propones?

– Si quieres que me vaya, solo hay tres soluciones: o me matas, o me haces prisionera, o tú te rindes. En el primer caso, tú te deshonoras exponiendo mi cara y mi cuerpo a extranjeros, y encima, a francos, enemigos de la Fe. Si me haces prisionera, será más de lo mismo: cuando los francos me pongan las cadenas, descubrirán quién soy. Tu padre y tu madre te maldecirán, y tú solo conocerás miserias y fracasos, en esta vida y en la otra.

– ¡Escucha Fâtmeḥ, hermanita, se buena! –imploró Ibrahim– Vete y déjame tranquilo.

– No te canses, no te va a servir de nada.

– Entonces, no tendré más remedio que matarte –repuso Ibrahim (aunque de hecho lo único que quería hacer era asustarla).

– ¡Muy bien, pues entonces, mátame! Me da lo mismo, siempre que haya muerto combatiendo por la Fe. Tú, en cambio, te estás montando un futuro bien triste...

– Y si me rindo, como me pides, ¿qué harías conmigo? ¿Me matarías?

– ¡Por qué no! Desde el momento en que te has rebelado contra el sultán, matarte no es un crimen.

Ibrahim se quedó un buen rato sin responder. Sí, estaba en una situación muy embarazosa, el pobre, atrapado entre tres soluciones de las que, si una era mala, la otra era peor.

– ¡Está bien, Fâtme, ataca, ataca! –le dijo de pronto– Vamos a intercambiar dos o tres pases de lanza, yo me rindo, y que sea lo que Dios quiera: ¡decididamente tengo la suerte en contra!

El narrador dijo: Ibrahim y su hermana simularon batirse durante unos minutos; luego, él bajó las armas. La joven, que no era una alfeñique, le agarró por la coraza, lo levantó de la silla de montar, y lo arrojó al suelo. Saad, en dos saltos ya estaba allí, se montó a caballo sobre el pecho de Ibrahim y le sujetó bien los brazos.

– ¡Vaya, por fin volvemos a encontrarnos, Panza Búfalo! –lo celebraba Saad, apretando bien los nudos de las ligaduras con todas sus fuerzas– ¿Sabes qué? ¡Aún no he olvidado tus bastonazos!

Empujando a su primo delante de él, se fue hacia el pabellón real. Mientras, Fâtme, sin poner pie en tierra, partió lo mismo que había llegado. El sultán no acababa de creer lo que había visto.

– ¡Por Dios –se dijo el sultán–, que ese beduino es mejor caballero que cualquiera de nosotros dos!

En ese momento pensó hacer venir ante él a ese misterioso personaje para recompensarle y, de paso, preguntarle por su nombre y su linaje; pero, para su mayor extrañeza, vio alejarse al beduino como si nada hubiera pasado. Así que, tras ordenar que encadenaran a Ibrahim, dejándolo bajo la vigilancia de Saad y de un destacamento de Baysânis, el sultán saltó rápido sobre su montura.

– Pero, *efendem*, ¿adónde vas? –se inquietó el gran visir.

– Voy a atrapar a ese beduino: tengo que saber, sea como sea, quién es, y cómo ha conseguido apresar a Ibrahim.

Picando a fondo su caballo, se lanzó tras las huellas del caballero, que le condujeron hasta El-Laya; al ver una enorme jaima al fondo del valle, el rey echó pie a tierra... y se encontró de manos a boca con Hasan El-Horâni. Éste se arrojó inmediatamente a sus pies, llorando a lágrima viva.

– ¡Concédeme tu gracia, *efendem*! –le imploró–. ¡El perdón es cualidad de las almas generosas!

– Pero, mi querido Hasan, si tú no tienes nada que temer. Anda, dime, antes de nada, ¿qué se te ha perdido a ti en este rincón olvidado del mundo? ¿y quién te manda hacer de beduino, a tu edad?

– Por desgracia, Comendador de los creyentes, no encontré otro refugio mejor: esa es la suerte que corren los que se exponen a la cólera de su señor y soberano.

– Hasan, te aseguro que no tengo nada contra ti; sólo quiero vérmelas con tu hijo.

– Pues que se cumpla la voluntad de Dios –suspiró Hasan–. Nadie está al abrigo del error, excepto el Señor de la creación, y, con cuánta frecuencia se suele actuar mal con las mejores intenciones del mundo. ¡Piedad para mi hijo, *dawlatli*!

– Tu hijo no se arriesga a nada grave –le tranquilizó El-Zâher–. Pero, dime, Hasan, acabo de ver a un caballero de hermosa apariencia entrar en tu tienda: ¿quién es?

– Ah, *dawlatli* –respondió Hasan sonriendo–, no se trata de ningún caballero, sino de tu sierva, Fâtmeħ la Indomable, la hermana de Ibrahim.

– Llámala.

– ¡Eh, Fâtmeħ! ¡Ven enseguida, Su Majestad nuestro señor el sultán quiere hablar contigo!

Rápidamente, salió la joven, con el rostro velado y, después de besar la mano del sultán, se quedó inmóvil ante él, con los brazos cruzados en señal de respeto.

– Y bien, Fâtmeħ, ¿eres tú la que ha capturado a Ibrahim?

– Sí, mi señor –respondió ella.

– Me gustaría saber cómo lo has conseguido: yo mismo he combatido con él tres días seguidos, sin obtener otro resultado que el de regresar agotado cada tarde.

– Oh Servidor de los Santos Lugares –le respondió la joven, haciéndole una profunda reverencia–, ¡si yo he conseguido apresar a Ibrahim no se ha debido a mi valía militar! Aunque diez guerreros como yo hubieran atacado a un tiempo a mi hermano, únicamente habría servido para que estallara en carcajadas. No; ha sido su sentido del honor el que le ha obligado a entregarse a mí, antes que enfrentarse a la cólera de sus padres.

Entonces, Fâtmeħ la Indomable le contó todo lo que había pasado, y la conversación que ella había mantenido con su hermano.

– Has actuado con valentía y discernimiento, Fâtmeħ –aprobó el rey–. Pídeme un favor, que yo, por adelantado, ya te lo concedo.

– *Efendem*, yo no deseo nada más que saberte con buena salud, pero te conjuro a que perdones a mi hermano Ibrahim: su pérdida nos sumiría a todos en la desesperación, pues él es el único apoyo de estos dos ancianos...

Dicho esto, Fâtmeħ se echó a llorar y no pudo seguir hablando.

– Si piensas que yo voy a condenar a muerte a tu hermano Ibrahim, tranquilízate –le aseguró el sultán–. Te juro por mi cabeza que jamás haría algo así, pues soy yo quien le está obligado por los inmensos servicios que me ha prestado: no me atrevería a verter ni una sola gota de su sangre. No obstante, es indispensable que le confronte a sus adversarios en un juicio justo, conforme a la santa Ley de Muhammad. Si se demuestra que ha cometido falta, yo me comprometo a indemnizar a los denunciantes, aunque tenga que pagar para eso una *jazneh* de oro, y, si resulta que Ibrahim es inocente, yo me encargaré de infligir a los que le han acusado injustamente un castigo ejemplar.

Fâtme y su padre se inclinaron de nuevo, cubriendo de bendiciones al sultán.

– Hasan –prosiguió El-Zâher–, por mi cabeza que no pasarás una noche más en este agujero: ponte en marcha ahora mismo y vuelve a tu castillo en donde te juro que podrás vivir con total seguridad.

Dicho esto, el sultán montó a caballo y, tras haber tranquilizado a Fâtme y a Hasan, regresó a su campamento. Cuando penetró en el pabellón real, el gran visir Shâhîn se levantó rápidamente y le recibió con las muestras del más profundo respeto.

– Comendador de los creyentes, ¿has podido descubrir la identidad de ese beduino? –le preguntó.

– No –respondió el sultán–, he perdido su pista. Sin duda era un Hombre de Dios.

Se sentó en su trono y ya se disponía a ordenar que trajeran a Ibrahim, cuando el visir intervino:

– Mi señor, quisiera rogar humildemente a Tu Majestad que aplazaras ese encuentro hasta mañana.

– ¿Y eso, por qué? mi visir –se extrañó El-Zâher.

– Mi señor, tú eres un gran rey, un soberano orgulloso y acostumbrado a pedir respeto y obediencia. Ahora bien, Ibrahim es un guerrero invencible, dotado de un carácter brutal e irritable que, a buen seguro, la cautividad no habrá suavizado. Es de temer que, si le haces comparecer ahora para sermonearle, se le pudiera escapar alguna palabra malsonante, y que, tú mismo, enervado por el orgullo de los reyes, le condenaras a muerte, lo que a buen seguro no sería nada deseable.

– Que así sea –aceptó el consejo el sultán–. Tus palabras están, como de costumbre, llenas de sabiduría, mi querido visir.

X. 41 – Ibrahim se escapa de nuevo



El-Zâher confió la vigilancia del cautivo a Saad y a algunos de sus Baysânis. De modo que el joven se fue inmediatamente a reunirse con su primo.

– ¡Buenas tardes, hermanito mío! –le lanzó Saad al entrar en la tienda. Qué tal, Panza Búfalo, ¿te va todo como querías? ¿la moral alta?

– ¡Déjame en paz, Saad! –gruñó Ibrahim– ¡Esta tarde no estoy para bromas!

– Pues mira, ¡si esto le hubiera pasado a cualquier otro, en lugar de a ti, ahora estaría muerto de vergüenza! pero tú; ahí estás, tan tranquilo; bien comido y bien servido... En fin, es natural, tú siempre fuiste de temperamento apacible, de no ser así, jamás habrías tenido la paciencia de dejar crecer tu barrigón.

– ¿Por qué me dices eso? –se extrañó Ibrahim–

¿Qué hay de extraordinario en lo que me ha pasado?

– ¡Anda, ahora me vienes con esas! O sea que tú te dejas vencer por un beduino escuchimizado, y con cabeza de chorlito, del que nunca ha oído hablar nadie; rompes cuatro lanzas en el polvo y al aire, ¿y preguntas que qué es lo que ha pasado de extraño? ¡Ah, qué desgracia! ¡ser un tipo tan grandote y tan fuerte para caer tan bajo! ¡Cuando pienso que te llaman el León de Ezraa y del Horân, Paladín de Doncellas, el héroe del puente de Angobar! ¡Ah, qué lástima, qué pena, pero qué penita me das! Aunque, como se suele decir: “Gloria y reputación sin grandes hechos; nube y tormenta sin lluvia, hojas y flores sin frutos.” De todos modos, la que más tiene de qué lamentarse ahora es Nâfileh la Indomable: ¡qué dirá cuando se entere de todo esto!

Para no alargarnos más, diremos que Saad se pasó el resto del día calentándole las orejas con comentarios de ese estilo, y lo hizo tanto y tan bien, que el pobre Ibrahim llegó a lamentar, aunque un poco tarde, el estar aún vivo.

– ¡Ah, si me hubiera dejado matar por Fâtme! –pensaba Ibrahim– ¡Al final, eso habría sido lo mejor, y yo no estaría aquí soportando a este imbécil!

Cuando se puso el sol, sirvieron la cena al sultán; pero, antes de ponerse él a comer, ordenó que le proporcionaran una buena comida al cautivo.

– ¡Llevaos todo esto! –suspiró Ibrahim– Esta noche no tengo apetito.

– ¡Lleváoslo, lleváoslo! –remachó Saad– De nada sirve comer si no se está de buen humor: Panza Búfalo se ha dejado vencer por un beduino, y encima es un rebelde, ¿cómo queréis que esa comida le haga buen provecho?

Dejando a Ibrahim rumiando su amargura y su rencor, Saad se fue a la puerta de la tienda para montar guardia en compañía de cuatro *fidais* de Baysân, no tardando mucho en quedarse dormido. A la vista de lo que hacía su superior, los otros cuatro acólitos no dudaron en seguir su ejemplo, roncando todos a pierna suelta al cabo de un rato. En cuanto a Ibrahim, atormentado por el hambre y la humillación, no podía pegar ojo. De pronto, bien entrada la noche, y mientras reinaba un silencio sepulcral en el campamento, se fijó en que alguien había arrancado un poste de la tienda de campaña y se deslizaba en el interior: era Ali Ibn El-Shayyâh, su lugarteniente. Sin pronunciar palabra, el joven rápidamente cortó las ligaduras y liberó a Ibrahim de sus cadenas.

– Ya estás sano y salvo, padre –le susurró al oído– Ojalá mi vida pueda servir de rescate a la tuya.

Los dos hombres se deslizaron fuera de la tienda, colocaron el poste en su sitio de nuevo, y se alejaron a toda prisa del campamento.

– Buena jugada, Ali; ojalá nunca me vea privado de tu presencia –se alegró Ibrahim– Pero ¿dónde te habías metido?

– Llegué aquí el día en que el sultán salió en tu persecución y puso sitio a Tiberíades: me infiltré entre los soldados, presto a intervenir si te ocurría alguna desgracia. Cuando te capturaron, pasé a la acción: eso es todo.

– ¡Que Dios te bendiga, muchacho! Ahora ve a esconderte de nuevo: no tienen que saber que has sido tú el que me ha liberado. Yo voy a hacerle una buen jugada, a mi manera, a mi hermano Saad, por ponerme la cabeza como un bombo.

Sin mediar una palabra más, Ali Ibn El-Shayyâh desapareció en la noche. Ibrahim regresó a Tiberíades, y cuando llegó a las murallas, aporreó la puerta.

– ¿Quién va? –le lanzaron los patricios desde lo alto de la muralla.

– ¡Abrid!

– Pero ¿tú quién eres, *ghandar*?

– Ibrahim.

– ¡Anda! ¿Eres tú, el hijo del Korani? ¿Pero quién te ha liberado de donde el *rey*?

– Primero ábreme, y luego te contaré todo.

– Espera un poco, tengo que pedir permiso al *babb*.

Se fueron corriendo a avisar a Tabarín, pues, desde el momento en que Ibrahim había sido capturado, Tabarín había reunido a sus hombres y se había encerrado en la ciudad, bien decidido a no volver a salir de allí; confesándole a Yauán sus temores:

– ¡Estamos perdidos, *abbone*! ¡Todo por tu culpa! –gimoteó– Y ahora ¿qué hacemos? El hijo del Korani ha caído en manos de los musulmanes, y los bandidos de las montañas¹, que él apresó, están aquí, en la ciudad. ¡Tengo miedo de que se subleven durante la noche, desenvainen sus *santa-marías*, y gritando *Wakbar*², se apoderen de la ciudad después de masacrar a toda la población!

– Que nooo, que nooo, *figlione* –le tranquilizó el monje maldito– Los bandidos han prometido no combatirnos, y en lo que respecta al *rey*, pues tengo un buen plan: mañana, te voy a drogar a todos los ismailíes; los cargas de cadenas, y se los entregas al *rey* de los musulmanes, diciendo: “El hijo del Korani se ha instalado a la fuerza en mi casa, prometiéndome que te traería preso a mis pies para que yo te ejecutara, y así tomar posesión de todas las tierras del Islam. Yo no me he atrevido a contrariarle, por temor a exponerme a su violencia; pero ahora, que me he desembarazado de él, me pongo a tus pies y te ruego que me perdones.” *Figlione*, después de esto, te garantizo que el *rey* no te dirá ni una mala palabra.

Pero esa promesa no acababa de convencer, ni tranquilizar al pobre Tabarín, que temía a la cólera de los *fidauis*, tanto o más que a la del sultán; así que esa noche no pudo pegar ojo. Estaba justamente en compañía de Yauán, Bartacûsh y el capitán Jaddûr, cuando llegaron los patricios.

– Mi *babb*, ¡el hijo del Korani ha vuelto! No sabemos cómo ha podido escaparse, pero ahí está, a la puerta de la ciudad, y pide que le dejemos entrar.

– ¡Uy, uy, uuuy! –exclamó Tabarín– Es justo lo que me temía, *abbone*: el hijo del Korani se ha reconciliado con el *rey* a nuestras espaldas. Seguro que ha vuelto para jugarnos una mala pasada: habrá prometido al *rey* entregarle la ciudad a cambio de su perdón. ¡Te lo suplico, *abbone*, sácanos de esta terrible encrucijada!

– Pero bueno, *marfûs*, ¿cómo se te ocurre temblar estando junto al *rey pappa* Yauán? –le reprochó el maldito monje– ¡Por mi religión te juro que, si hubiera necesidad de ello, me

¹ Así es como los francos llamaban a los Ismailíes.

² Deformación de *Allahu ákbar*, grito de guerra de los musulmanes.

sobraría y bastaría con llamar a mis antepasados en mi ayuda, y ellos reducirían a los musulmanes a unas piltrafas tan finas, que podrían untarse por todo su territorio como mantequilla sobre una rebanada de pan! ¡Vamos, monta en tu caballo y partamos a ver qué pasa!

Acompañado del *babb* Tabarín, Yauán se llegó hasta las murallas, y desde allí vio a Ibrahim, esperando, solo, delante de la puerta de la ciudad.

– ¡Vaya, si está aquí el hijo del Korani! –exclamó burlón Yauán– Y... ¿qué te trae por aquí? ¡Aparentemente has debido hacer las paces con el rey y ahora vienes a ampararte de la ciudad para entregársela como regalo de reconciliación!

– Dime, Yauán, ¿alguna vez has oído decir que Ibrahim no haya cumplido su palabra, o que haya traicionado un juramento? –replicó orgulloso Paladín de Doncellas– Por el Nombre Supremo de Dios, juro que no tengo ninguna intención hostil hacia vosotros, y, además, no me he reconciliado con el sultán. Ha sido mi lugarteniente Ali Ibn El-Shayyâh, el que me ha liberado.

– *Basta, babb* –susurró Yauán al oído de Tabarín–: Ibrahim, cuando jura por el Nombre Supremo, jamás miente. Así que, *ghandars*, ¡abridle!

Los patricios se apresuraron a abrir los cerrojos de la puerta, e Ibrahim penetró en la ciudad. Tabarín y Yauán le saludaron, e Ibrahim les explicó cómo había podido ser capturado. Luego, se fue corriendo adonde estaban los *fidavis* ismailíes y se instaló con ellos, después de contarles en detalle su captura y posterior liberación.

A la mañana siguiente, el sultán, después de hacer sus oraciones, se sentó en su trono y ordenó que fueran a buscar a Ibrahim. Un oficial se fue a transmitir la orden a Saad, que penetró en la tienda... y se dio cuenta de que su prisionero se había esfumado. Totalmente aturdido se presentó ante el sultán.

– Y bien, Saad, ¿dónde está Ibrahim? –le preguntó.

– ¡Perdón, *efendem!* Esta mañana, cuando entré en la tienda, Ibrahim había desaparecido...

– ¡Qué cosa tan extraña! ¿Estaba rasgada la tela de la tienda?

– No, *efendem.*

– Entonces es que, o bien os drogaron, o vosotros solitos os quedasteis dormidos como lirones.

– ¡No hemos pegado el ojo en toda la noche, y nadie nos ha drogado! –se empeñó testarudo el joven Saad.

– Bueno; pues entonces, dime, ¿por dónde se ha ido? –le volvió a preguntar el sultán, que ya estaba empezando a perder la paciencia.

– ¡Ah, pues, yo no tengo ni idea!

– ¿Y tú te crees que eso me basta como explicación, pedazo de imbécil? –estalló el sultán– No va a haber salido volando, ni se lo habrá tragado la tierra.

– *Aman padishâh* –intervino entonces Qalaûn–, este Saadek es la hermano de Ibrahimek; yo saber ella lo ama mucho, entonces, puede ser que quitar las cadenas y decir: “Vete, yo hacer que no visto nada”.

– En efecto, es muy posible –reconoció el sultán–. Sí, Saad, solo tú puedes haber ayudado a Ibrahim a escapar.

Por más que Saad protestó alegando su inocencia, el sultán hizo que lo ataran y cargaran de cadenas, amenazándole con ejecutarle a él, en lugar de a Ibrahim. En esas andaban, cuando de pronto se abrió la puerta de Tiberíades y vieron aparecer a Ibrahim montado en su semental de Saljad.

– ¡Que Dios te recompense, Saad! –le dijo a voz y en grito– Me has hecho un inmenso favor liberándome anoche: ¡ahora ya nunca más dudaré de tu amistad!

– ¡Te juro que me las vas a pagar, Panza Búfalo! –bramó Saad.

– Escucha, *padishâh*, *hachyi tfauî* cómo hablar –comentó Qalaûn– Alabado ser el Señor, yo enseguida comprender, si no, todos, esta mañana, estar muertos sin saber por qué.

– ¡No digas bobadas, Qalaûn! –le cortó en seco el visir Shâhîn– Sabes mejor que nadie que a esos dos les encanta gastarse bromas estúpidas. *Efendem* –prosiguió el visir, dirigiéndose al sultán–, si Saad ha sido cómplice en la evasión de su primo, yo también quiero ser condenado como cómplice.

– Tienes razón, Shâhîn –aprobó el sultán– Saad es un pobre simple sin malicia alguna. Y, además, si de verdad le hubiera ayudado a escapar a Ibrahim, a buen seguro que éste no lo habría vociferado a los cuatro vientos, como acaba de hacer.

El sultán ordenó liberar a Saad, luego, se dispuso, una vez más, a enfrentarse al desafío del rebelde.

– Concédeme una gracia, *efendem* –se interpuso Saad– Dígnate ordenar al servidor que está ante tu puerta, a tu palafrenero, que vaya a decirle dos palabritas a esa bola de grasa de Panza Búfalo.

– ¿Te crees que das la talla como para medirte con él? –le respondió el sultán dubitativo.

– ¿Y por qué no iba a ser yo capaz? Con mi honda, le parto la cabeza, ya lo verás.

– Está bien, Saad, pues ve a ver, y no olvides que yo te estoy observando.

Encantado de oír estas palabras, el joven salió de su tienda, dando saltos como una gacela y fue a plantarse delante de su primo.

– ¡Anda, pero si es el rompebolas! –le recibió Ibrahim de esa guisa– ¡Salud, culo saltamontes! ¿Qué tal te va?

– ¡Ojalá que el buen Dios te reviente tu sucia boca, Ibrahim! –le vociferó Saad– ¿No te da vergüenza haber dicho que yo te había liberado? ¿Qué querías? ¿Que me mataran, o qué?

– ¿Y si me dijeras de una vez qué quieres, en lugar de tanto parloteo?

– ¡Vengo a romperte la crisma delante de tus tropas! –afirmó valiente el joven Saad.

– Escucha, Saad, mejor vuelve a tu sitio, y mándame al sultán –protestó Ibrahim–. ¡En esto de combatir, tú serías el primero en caer derrotado!

– ¡Vete a tomar vientos frescos, el derrotado lo serás tú! Espera un momento; no vayas a decir que Saad te atacó a traición.

Más ligero que el viento, Saad tomó distancia, colocó una piedra en la bolsa de su honda y comenzó a hacerla girar. Cuando la piedra golpeó en el flanco de la montura de Ibrahim, ésta se encabritó; su caballero quiso maniobrar, pero Saad interceptó al animal y lo trajo a su proximidad, como el halcón, que, tras la caza, vuelve al guante de su halconero.

– ¡Vigila tu derecha! –le gritó a Ibrahim, al tiempo que éste recibía una pedrada en el hombro derecho.

– ¡Ayyy! ¡Maldita sea, para ya, Saad, esto no tiene gracia! –protestó Ibrahim.

– ¡Cuidado, a tu izquierda! –le replicó a su adversario, y un nuevo proyectil le golpeó en el brazo izquierdo.

– Y ahora, ¡al frente! –continuó Saad.

Ante esas palabras, Ibrahim se agachó sobre el arzón de la silla, y, más vivo que un relámpago, hizo una finta y se colocó a sus espaldas. Se enderezó sobre los estribos e inclinándose hacia atrás, Ibrahim se dispuso a agarrar a Saad, pero, una vez más, su adversario se le había adelantado: ahora se movía delante de él, lo que aprovechó para arrancarle la brida de las manos. Dominado por un desconcierto total, al no saber por dónde le vendría el próximo golpe, Ibrahim tomó el único partido que le quedaba: volver a todo galope hacia Tiberíades.

– ¡Uhhhh, cobarde, gallina! –le gritó Saad, arrojándole una última pedrada que le alcanzó en medio de la espalda.

Presumiendo, como un pavo real, Saad volvió adonde el sultán.

– Dime, Comendador de los creyentes, ¿lo has visto todo bien? –se pavoneó Saad– Con todo lo grande y gordo que es, y no ha podido enfrentarse conmigo ni durante cinco minutos. Si no hubiera sido mi primo, y yo no temiera una fuerte disputa con mi padre Dibl y con Hasan El-Horâni, hoy, Ibrahim no habría salido bien parado de aquí.

– ¡No hay dos como tú, Saad! –aprobó el sultán.

Así que le concedió un manto de honor para reparar la humillación que le había infligido anteriormente; pero las azañas de Saad no habían conseguido disipar el mal humor del sultán, ni la irritación que le causaba el comportamiento de Ibrahim.

X. 42 - Shíha llega a tiempo



Volvamos de nuevo a Ibrahim que, en ese medio tiempo, había entrado en Tiberíades.

– Y bien, hijo del Korani, ¿cómo te ha ido hoy? –le lanzó burlón Yauán– Se diría que el hijo de la Doblete te ha hecho morder el polvo.

– Eh, cura, ¿cuándo has visto tú a alguien que pueda igualar en velocidad a Saad? Es un hombre con el que siempre hay que contar: no hay nadie tan rápido, ni tan ágil como él cuando corre.

– ¡Por mi religión que eso es bien cierto! Ni siquiera se le puede seguir con la vista.

Pasaron el resto del día charlando juntos; por la noche, cuando el *babb* Tabarín se hubo retirado, Yauán mantuvo un conciliábulo con Ibrahim.

– Escucha, hijo del Korani, todo lo que has hecho hasta ahora no ha servido de nada –le espetó el monje maldito–. Esta noche, te debes introducir en el campamento enemigo y secuestrar al sultán. Cuando lo hayas traído hasta aquí, lo pondrás sobre el tapiz de sangre y, o bien te da una satisfacción y os reconciliáis, o, si lo rechaza, entonces tú haz lo que mejor te parezca.

– Tienes razón, cura –aprobó Ibrahim–. Lo que tengo por seguro es que jamás llegaré a vencer al sultán en combate singular.

Ibrahim esperó entonces hasta las cuatro o cinco de la madrugada; luego, armado de pies a cabeza, salió del palacio y se sumergió en la oscuridad de las callejuelas de Tiberíades, caminando hacia la puerta de la ciudad. Al atravesar un zoco muy sombrío, dio un traspiés sobre un viejo mendigo que se había echado a dormir en medio del camino.

– ¡Jodido tipejo de mierda! –maldijo Ibrahim– ¿Es que no tienes ojos en la cara, para dormir así, en medio de la calle?

– ¡Por mi religión, hijo del Korani, no soy yo el ciego! –protestó el otro– El ciego eres tú, que caminas sin mirar donde pones los pies.

– ¡Cómo te atreves a llamarme ciego, jodido cabrón! –rugió Ibrahim precipitándose sobre el viejo dispuesto a masacrarle.

– ¡Basta, hijo del Korani! Debería darte vergüenza de abusar de tu fuerza contra un pobre y buen viejo como yo. Mejor harías en escuchar lo que voy a decirte y entenderlo; luego, actúa como te venga en gana.

– Sea, habla, pero date prisa, a ver si te has creído que yo no tengo otra cosa que hacer que escucharte a ti.

– Hijo del Korani, ¿por qué esos ataques de cólera cuando te dicen la verdad? Lo que acabo de decirte puede que haya venido a cuento, y tú tendrías que haberme preguntado por mis razones.

– De acuerdo, dime tus razones: por la vida de mi padre, que, si son buenas razones, te perdonaré.

– ¡Por supuesto que son buenas razones! ¡Si tu corazón no estuviera ciego, no irías a secuestrar al rey de los musulmanes, tu benefactor, para entregárselo a los francos, los enemigos de la verdadera Fe!

– Pero... ¿tú quién eres? –le interrumpió Ibrahim, que ya comenzaba a sospecharse algo– Yo te conjuro por la Esencia trascendente de Dios, dime tu verdadero nombre.

– ¿Y quién quieres que sea, sino el soberano de los castillos y su gloria, Shîha Yamâl El-Dîn? –le respondió el pretendido anciano.

– ¡Cojonudo, esto me viene como anillo al dedo! –exclamó Ibrahim agarrándole del cuello y sacudiéndole como a un ciruelo– ¡Ah, mi muchachete, mi muchachete! ¡Menuda suerte que acabo de tener! Desde el principio de todo este asunto, lo único que me inquietaba era no saber adonde estabas. ¡Pero en esta ocasión, se acabaron tus alegrías, caballere de mis cojones! En cuanto te haya liquidado, tendré rienda suelta.

– ¡Vamos, vamos, Ibrahim, no me digas que me vas a hacer la misma jugada que en Sîs¹! –protestó Shîha– Suéltame ahora mismo, o te vas a morder los dedos. Por el Supremo Nombre de Dios, estoy en Tiberíades desde el mismo día en que tú llegaste con Yauán, y de haber querido, habría podido capturarte y entregaros a ti y a la ciudad al sultán; hace tiempo que podría haber hecho eso; sin embargo, he preferido dejar que se calmase tu cólera un poco... cólera, por cierto, bien justificada, pues conozco la mala pasada que te han jugado... Pero, vamos a ver, Ibrahim, ¡reflexiona un poquito! ¿Cómo se te ha ocurrido querer secuestrar al sultán y traerlo aquí? De sobra sabes que Yauán no habría perdido ni un minuto

¹ Ver *Paladín de Doncellas*.

en drogaros a los dos, junto con los otros *fidauis*, y entregaros a Mangoberto, que os habría ajusticiado en el acto para vengarse de la destrucción de su capital.

– Mmmmm –gruñó Ibrahim– medio convencido–. Vale, vale; pero ya que te has ocupado tanto de mis asuntos, mi buen Yamâl El-Dîn, a ti te toca resolverlos: de entrada, ya sabes que me han robado mi parte del botín, y luego, han intentado llevarse también a Nâfileh, con la de canas que me ha costado por conseguir su amor.

– Mira, Ibrahim, escúchame un momento, y te explico mi plan.

Shîha desapareció un momento, y al rato volvió, sudando y resoplando bajo el peso de un enorme saco que cargaba a sus espaldas.

– ¿Qué llevas ahí, Yamâl El-Dîn? –le preguntó Ibrahim.

– Al *babb* Tabarín.

– ¡Eh, espera, mi viejo! Yo le he jurado no hacerle daño alguno si me conrgraciaba con el sultán. No querrás que falte a mi palabra... ¡además de que aún no me he reconciliado, ni obtenido satisfacción!

– Escucha, de tus asuntos, ya me encargo yo de poner paz entre el sultán y tú: te garantizo que no te va a decir ni una sola palabra de reproche, que te restituirá en todos tus cargos oficiales, que te casarás públicamente y en justas nupcias con Nâfileh, y que recuperarás tus tres *jaznehs* de oro. Ahora bien, si temes por la suerte del *babb* Tabarín, yo me haré cargo de su rescate frente al sultán. En cuando a los *fidauis*, voy a anunciarles ahora mismo que tú te has reconciliado con el sultán, y estarán de vuelta en el campamento antes de tu llegada.

– Está bien, me parece un plan redondo, Yamâl El-Dîn –asintió Ibrahim– muy satisfecho... Ah, por cierto, también di mi palabra a Yauán y a Bartacush de que les dejaría en paz.

Dicho esto, Ibrahim cargó con el saco que contenía al *babb* Tabarín y se dirigió hacia las murallas; las franqueó con ayuda de su gancho de escalada, y poco después, marchaba a grandes zancadas a través de la llanura. Al llegar a los alrededores del campamento, se encontró con la sorpresa de hallar allí al capitán Sulaymán el Búfalo y a los demás *fidauis* que había dejado en Tiberíades.

– Vaya, muchachos, ¿cómo os habéis enterado de que yo había hecho las paces con el sultán? –les preguntó Ibrahim tras intercambiar los saludos de costumbre.

– Nos ha avisado Shîha –respondió Sulaymân.

– ¡Cómo puede ser eso! ¿Y por dónde habéis salido de la ciudad?

– Shîha nos ha conducido por una especie de subterráneo muy raro: ni siquiera se podía ver el fondo...

– ¡Qué hombre! –se extrañó Ibrahim– Vive Dios que merece mejor que nadie su título de sultán de las ciudadelas y de los castillos.

Dejando a sus compañeros, Ibrahim penetró en el campamento y se dirigió al pabellón real. Al franquear la entrada, vio con asombro a Shîha, sentado como siempre, junto al sultán.

– ¡Ah, no es posible! ¿pero cuántos ejemplares existen de este Shîha? –se dijo para su colete– ¿Cómo diablos ha tenido tiempo de llegar antes que yo, después de haber sacado a los *fidawis* de la ciudad?

Cuando llegó ante el trono, hizo una profunda reverencia y con voz potente declaró:

– ¡Concédeme tu gracia, efendem! Graves son mis faltas, y me declaro culpable de mis crímenes.

Entonces, desenvainó su *shâkriyyeh*, la Devastadora, esa que había pertenecido a Zuheir, la depositó ante el sultán y se agachó con el cuello al descubierto.

– Oh, Comendador de los creyentes –prosiguió–, aquí tienes mi cuello, y aquí mi espada.

– Ibrahim –respondió el rey–, te juro por mi cabeza, que, aunque hubieras matado a El-Saíd, mi propio hijo, podría Dios perdonarte como yo te perdono.

Tras conder la amnistía a su compañero, ordenó que condujeran a Tabarín a la tienda de los prisioneros.

A la mañana siguiente, recuperó su lugar en el pabellón real, rodeado de los visires, emires y capitanes ismailíes, por supuesto, Ibrahim entre ellos.

– Id a buscarme a Tabarín –ordenó el sultán.

Poco después, le trajeron al cautivo, que aún se hallaba sumido en un profundísimo sueño. A las órdenes del sultán, Shîha le suministró el antídoto del *bench*, y el *babb* volvió en sí, invocando a Cristo; después, cuando abrió los ojos y comprendió donde se hallaba, bajó humildemente la cabeza suplicando:

– ¡Oh, *rey*, imploro tu gracia!

– ¡Ah, canalla! –le gritó el sultán– ¿Cómo te has atrevido a contravenir mis órdenes y conceder asilo a Ibrahim? ¿Cómo has osado confabularle con él para fomentar algazaras y perjudicar a mis súbditos? ¿Acaso no sabes, *babb*, que los musulmanes jamás de los jamases se hacen la guerra entre ellos, aun mediando un asunto de sangre?

– Clemencia, oh, *rey* –continuó Tabarín–. Dígnate darme permiso para hablar en mi defensa.

– Habla, si tu defensa es buena, te concederé mi perdón.

– Oh, *rey*, estaba yo tan tranquilo en mi palacio, sin problema alguno, cuando vi llegar a Yauán, acompañado de Ibrahim. Él me dijo que éste se había rebelado contra ti, y me exigió que le diera asilo. Entonces, pensé que, si rechazaba seguirle en su rebelión, Yauán se lo llevaría a uno de los reyes de los países francos, por ejemplo, a Federico, o al rey de Castilla, y que cualquiera de ellos no dudaría un momento en cogerlo a su servicio y a reunir un

ejército para invadir las tierras de los musulmanes: de un golpe, este asunto de segundo orden, habría desembocado en una situación incontrolable. De modo que, a pesar de mis reticencias, preferí acoger a Ibrahim en mi casa, pues conozco perfectamente que mi reino no es muy grande, y que mi ejército es bastante modesto; en fin, que no cuenta para nadie. Además, te puedo asegurar, que ni una sola vez he animado a Ibrahim a atacar tus posesiones. De hecho, aquí lo tienes, ante ti, tú puedes preguntarle: si yo he mentado, no te resultará difícil castigarme como quieras; pero, si he dicho la verdad, me someto a tu sabiduría. En cualquier caso, estoy a tu merced: si me condenas a muerte, mi último deseo será que mi vida sirva de rescate a la tuya y ala del hijo del Korani.

Esas palabras, fruto de un buen sentido común y dignidad, produjeron una favorable impresión en el sultán.

– Si eso es así, desde luego que no mereces la muerte –le anunció–. Al contrario, para mí es un deber tratarte con todos los miramientos que mereces.

Entonces, el sultán ordenó entregarle inmediatamente un manto de honor.

– Desde el momento en que tú has concedido tu hospitalidad a Ibrahim durante tantos días, es como si me la hubieras otorgado a mí –prosiguió–. Regresa libre a tu ciudad; además, te dispenso del tributo que me debes de este año.

El sultán ordenó en el acto redactar un firman en ese sentido, que entregó a Tabarín.

– Hijo del Korani –le pidió Tabarín– dignate venir conmigo, para que te entregue a tus compañeros y a tu prometida.

Los dos hombres volvieron a Tiberíades, y comenzaron a preguntar por Yauán y Bartacûsh, pero pronto se dieron cuenta de que estos habían huído. En efecto, el fraile maldito, al ver que Ibrahim no volvía –al que, si os acordáis, él mismo había enviado a secuestrar al sultán–, y enterarse de la desaparición del *babb* Tabarín y de los *fidauis*, comprendió rápidamente lo que estaba pasando.

– Vete a buscar a la Olivilla, Sable de Bizancio –le ordenó Yauán a Bartacûsh–. Por mi religión, que esta jugada se nos ha ido de las manos: larguémonos de aquí rapidito; vamos a buscar otro sitio en donde sembrar zizaña. ¡Tabarín bien puede arreglárselas solo!

Dicho esto, se montó a horcajadas sobre su burra y se marchó, acompañado de su condenada alma gemela.

Tabarín ordenó que prepararan una litera para Nâfileh y se la confió a Ibrahim; asimismo le entregó una bolsa con mil dinares.

– Guárdame el secreto, hijo del Korani –añadió–. Estos mil dinares son una recompensa por haber entregado el mensaje¹, y te ruego que no me tomes a mal que te ofrezca un presente tan modesto.

– No tienes nada que temer, *babb* –le aseguró Ibrahim.

Ibrahim condujo a Nâfileh al campamento, en donde el sultán se la entregó a Shâhîn de Masyât y a Dawûd el Iracundo, ordenándoles que se presentaran en Damasco, y le esperaran allí; les asignó una escolta y les entregó una nota para Aqish el Leal, recomendándole que se hiciera cargo de la joven y la instalara en el harén del palacio Ablaq². Tomadas todas esas disposiciones, el sultán entró en Tiberíades para visitar a Tabarín, que le obsequió con la más generosa de las hospitalidades durante numerosos días. Por su parte, Ibrahim recompensó abundantemente al capitán Jaddûr, y le prometió que le visitaría a la menor ocasión que se le presentara; muy satisfecho, éste no tardó en despedirse y regresar a El-Lodd.

¹ No se entiende bien a qué mensaje se refiere; todo hace pensar que se trataría de un tonelillo de vino camuflado, como recompensa a Ibrahim por haber confirmado la versión de los hechos que expuso Tabarín ante el sultán para su defensa.

² Es el palacio personal de Baïbars cuando reside en Damasco. Ese edificio ha existido realmente (Ver *La Venganza del Maestro de las Argucias*).

X. 43 – El juicio de Ibrahim



A la mañana siguiente, el rey convocó a Paladín de Doncellas.

– Ibrahim –le dijo–, es indispensable que me acompañes a Damasco para que allí te enfrentes a tus adversarios en un juicio conforme a la Ley. Pero nada temas; si se llega a la conclusión de que tú no tenías razón, yo, personalmente, me encargaré de indemnizar a los demandantes.

– Me pongo a tu disposición, *efendem*; si la justicia decreta que yo muera, hágase conforme a la

justicia –se inclinó el capitán.

El sultán ordenó de inmediato levantar el campamento y, a la cabeza de su ejército, tras el sanjaco; soldados, *fidauis* y emires se pusieron en marcha siguiendo al sultán. Avanzaron rápidamente, y quemando etapas llegaron enseguida a Maryeh¹. Avisado de su llegada, Aqísh salió para recibir al sultán, que fue a instalarse al palacio Ablaq. Tras dedicar, como era habitual, los tres primeros días a disfrutar de la hospitalidad de Aqísh y de los dignatarios de la ciudad, el sultán fue al palacio del gobierno, y tomó asiento en el trono real, rodeado de los grandes del reino, visires, emires, y *fidauis*; en fin, una reunión plenaria del Consejo, conforme a las que se hacían en la Ciudadela de El Cairo.

El sultán convocó a Ibrahim, a Kámel, a Shâhîn de Masyât y a Dawûd el Iracundo; luego, volviéndose hacia el cadí del Consejo, le pidió que examinara las denuncias presentadas por unos y otros, y que juzgara conforme a la santa Ley de Muhammad. El cadí les ordenó ponerse de pie, unos junto a otros, para que expusieran su caso.

– Antes de comenzar, decidme: ¿quién es el demandante y quién el demandado? –les preguntó el cadí.

¹ En esa época, era un vasto terreno que se extendía fuera de la muralla de Damasco, junto a la ciudadela. Allí era donde acampaban las caravanas y los ejércitos cuando salían o volvían de campaña. En la actualidad es un barrio de Damasco.

– *Efendi* –declaró Shâhîn, adelantándose un paso– Soy yo el que ha presentado una denuncia contra Ibrahim.

– Expón tu querrela.

– De entrada, me gustaría saber una cosa: según la Ley del Profeta, si un hombre ha prometido a su hija en matrimonio, a cualquier individuo, y después prefiere casarla con otro, ¿eso está prohibido?

– ¡En ningún caso! –respondió el *cadi*– El padre tiene la tutela legal de su hija, de modo que puede casarla con quien quiera. No hay nada que reprochar a esto, ni conforme a la Ley, ni ante la opinión general.

– Pues bien, yo he casado a mi hija con Kâmel y organizado festejos públicos; pero, la noche de la boda, Ibrahim se introdujo tramposamente en la cámara nupcial y secuestró a la recién casada. No contento con eso, a la mañana siguiente, también capturó a mi hijo y a mi yerno, se los llevó a su casa en el Horân y, obligándoles a encasquetarse unos ridículos gorros, les hizo bailar delante de sus visitas. Así que yo reclamo reparación ante la afrenta infligida a la respetabilidad de mi familia y a mi honor, así como al honor de mi hijo y de mi yerno.

– ¿Reconoce el acusado los hechos? –preguntó el *cadi* volviéndose hacia Ibrahim.

– Lo reconozco –declaró Ibrahim.

– El que atenta contra el honor de otro, debe ser castigado con la flagelación.

– Espera un momento, *cadi* –prosiguió Ibrahim–. Yo secuestré a la joven recién casada, sin duda, pero es porque yo ya había entregado a su padre una dote consistente en camellos, ovejas, cabras, y muchísimas veces, su peso en oro y plata, además de haber recitado en público la *Fâtîha*. Después de esto, él entregó a mi prometida a Kâmel sin tan siquiera avisarme y, evidentemente, con la intención de apropiarse de toda la dote que yo le había dado. Así que, por eso secuestré a su hija, como indemnización por las sumas y bienes que me debía; por lo demás, juro que no la he tocado, ni ofendido, ni, de hecho, ni con la mirada. Si ella todavía es virgen, nadie puede reclamarme nada; pero, si ha sido desflorada, yo responderé con mi sangre, y Shâhîn podrá quedarse con todo mi dinero y bienes ofrecidos como dote.

– Lo que dices es justo y nada hay que decir contra ello –replicó el *cadi*–, pero ¿por qué secuestraste también a Dawûd el Iracundo y a Kâmel, que es el hijo de un visir de alto rango, y les ridiculizaste públicamente? ¿Acaso no son musulmanes, como tú? ¿Crees que Dios puede permitir algo así?

– ¡Lo único que hice es devolverles diente por diente! –repuso Ibrahim– Los capturé como garantía de las tres *jaznehs* de oro que me habían robado, y además, porque pretendieron hacerme pasar por un simplón; a mí, titular de varios cargos de la realeza.

– ¡Cómo es eso, Ibrahim! –intervino el sultán– ¿Kámel no te entregó las tres *jaznehs*?

– ¡De esas bolsas no he llegado a ver, ni su color! –confirmó Ibrahim–. ¡Qué demonios! ¡Kámel no ha puesto en toda su vida los pies en El-Horân!

– A ver, Kámel ¿por qué no le entregaste esos fondos a Ibrahim? –continuó el cadí mirando al joven severamente.

– ¡Perdona, *efendem!* –protestó Kámel– Yo le di esa suma en su totalidad, hasta el último céntimo.

– ¿Tienes testigos?

– ¡Más de cuarenta!

– Con esos sobran, son más de los necesarios –declaró el cadí–. Trae dos que respondan conforme a las condiciones fijadas por la Ley y que no vayan a estar inhabilitados para prestar juramento.

Kámel salió a la antecámara del Consejo, en donde se encontraban los lugartenientes de Shâhîn de Masyât.

– Vamos, muchachos, venid a testificar –les ordenó Kámel.

– ¿Y de qué quieres que testifiquemos? –le respondieron socarrones.

– ¡Pues de qué va a ser! ¡De cuando fuimos al Horân y yo le entregué en vuestra presencia las tres *jaznehs* de oro a Ibrahim!

– ¡Dios nos libre de prestar falso testimonio! –exclamaron a coro– Además, dinos, ¿Cuándo hemos ido nosotros contigo al Horân?

– Pero, bueno, ¿es que no os acordáis de que cuando estábamos en Masyât, yo os di una buena suma de dinero y vosotros aceptasteis testificar a mi favor...?

– ¡Ah, seguro que sí dijimos eso, pero después de haber bebido! ¡No nos tomarías en serio! ¿verdad?

Kámel intentó por todos los medios ablandarles; pero se mantuvieron inquebrantables:

– ¡Ya puedes ofrecernos todo el oro del mundo, que no vamos a renunciar a nuestra salvación eterna! –le cortaron en seco– Si tú no le entregaste esas *jaznehs* de oro, ¿cómo pretendes que nosotros digamos que se las habías dado?

Furioso, el joven regresó adonde el cadí.

– *Efendi*, mis testigos han salido con excusas y no quieren testificar –declaró Kámel– Pero, yo soy un hombre de honor, y tengo derecho a libramme bajo mi propio juramento¹.

– En efecto, estás en todo tu derecho –reconoció el cadí–. Ibrahim –continuó–, si Kámel jura en falso, él perderá su salvación eterna, y tú perderás tu dinero.

¹ Este procedimiento es admitido en ciertos casos en el Derecho musulmán, en ausencia de testigos: el demandante pronuncia su acusación, aceptando él mismo sufrir las consecuencias de la condena eterna si miente. En ese caso es válido su juramento.

Estaban en estas disquisiciones, cuando la cortina que cerraba la entrada del Consejo, se abrió de repente, y vieron aparecer a Yamâl El-Dîn Shîha. De pronto, se elevó un murmullo en toda la sala, y los ochentaicinco capitanes se inclinaron a la vez para saludar la entrada de su jefe. Éste, tras presentar sus respetos al sultán, se sentó en su sitio.

– Comendador de los creyentes, ¿qué asunto estabais tratando antes de que yo llegara? – se interesó Shîha.

El sultán le explicó todo el pleito que se traían entre manos.

– ¡Ven aquí un momento, Shâhîn de Masyât, que te tengo que decir unas cuantas palabritas! –continuó el Maestro de las Argucias, mientras el viejo capitán se acercaba a él.

– Dime, amigo, ¿qué maneras son estas de comportarte, como si fueras un infiel? –le susurró Shîha al oído– ¿No te da vergüenza, a tu edad, deshonorar de ese modo tus propias canas?

– No sé de qué me hablas –se obstinó Shâhîn.

– Ah, vaya, vaya, ¿así que no sabes de qué te hablo? Pues bien, te lo voy a explicar: la primera *jazneh*, te la embolsaste enteramente, y tu hijo se quedó con la segunda... la prueba, es que vosotros habéis dicho esto y esto otro, y que tú has depositado todas las *jaznehs* en la ciudadela, en tal sitio y en tal y tal cofre –y Shîha le describió todo hasta con los más mínimos detalles–, y en cuanto a la tercera *jazneh*, pues os la habéis gastado en los festejos de la boda; habéis pagado tanto por esto, y otro tanto, por esto otro... Como verás, estoy perfectamente al corriente de todo, y estoy dispuesto a testificar en tu contra... ahora, si estás dispuesto a actuar como un buen musulmán y a reconocer tus faltas, yo te protegeré de la cólera del sultán.

En fin, que Shîha le contó a Shâhîn de Masyât ¡detalles que éste no había desvelado ni a su propia esposa! Confundido, decidió reconocer sus faltas.

– ¡Piedad, Yamâl El-Dîn! ¡te lo suplico, por el honor de tu casa, sálvame de esta pesadilla! –imploró Shâhîn.

– Oh, Comendador de los creyentes –prosiguió el Maestro de las Argucias con voz tonante–, a mi parecer, todo el mundo ha cometido delito en este asunto: tanto Ibrahim, como Shâhîn, como Kâmel. Shâhîn es culpable al incumplir la promesa que le había hecho a Ibrahim de darle la mano de Nâfileh, tras haber recibido la dote: dote que tantos esfuerzos le había costado reunir a Ibrahim: un buen musulmán jamás debe faltar a su palabra. Kâmel, al pedir en matrimonio a la prometida de Ibrahim, su padrino ante el pacto de Dios; faltando así a sus obligaciones para con él. Finalmente, Ibrahim, cometió la tontería de querer tomar la justicia por su mano, en lugar de dirigirse a Tu Majestad. En consecuencia, y dado que todas las partes están reunidas en este lugar, vengo a suplicar humildemente a nuestro Señor

el Comendador de los creyentes que proponga la reconciliación, pues la mejor sentencia es la que restablece la concordia entre los adversarios.

– Yo no lo habría dicho mejor, Yamâl El-Dîn –aprobó el rey–. Veamos qué piensa Ibrahim.

– Ibrahim –prosiguió Shîha– eres de corazón esforzado y de noble alma: hermosas virtudes, pero que, a veces, pueden conducir al orgullo y a la obstinación. Si en verdad tienes legítimos reproches que hacer a estas gentes, perdónales, pues el perdón siempre es un beneficio. Además, ninguno de ellos es para ti un extranjero: Kâmel es tu ahijado según el pacto de Dios, Shâhîn es tu tío... y puede que sea tu suegro, y Dawûd es tu primo.

– Yamâl El-Dîn, tus palabras están llenas de sabiduría, y estoy plenamente de acuerdo contigo –declaró Ibrahim– Pero, supongamos que yo me reconcilio con ellos, ¿qué pasará con mi dinero?

– Tu dinero está en mi casa y bajo mi garantía –intervino Shâhîn.

De modo que hicieron las paces, y entonces, Shâhîn y Dawûd reconocieron que el dinero de Ibrahim lo tenían ellos.

– Respecto a mis dos *jaznehs* que tu hijo y tú tenéis en tu casa, sea cual fuere la forma que empleásteis para haceros con ellas, yo declaro que, de ahora en adelante es como si ya las hubiera recibido¹ –repuso Ibrahim–. Pero la tercera de mis *jaznehs*, la que Kâmel se ha gastado en los festejos de la boda, esa, ¡la necesito ahora mismo!

– De acuerdo, tráela y entrégasela a Ibrahim –ordenó el sultán a Kâmel.

– Mi Señor, te ruego que le pidas que me conceda un aplazamiento, justo el tiempo que necesito para enviar un mensaje a Hama y pedir esa suma a mi padre, el virrey El-Adel.

– Ibrahim, yo, personalmente, salgo fiador de la *jazneh* que te debe Kâmel –prosiguió el sultán.

Kâmel redactó en el acto una carta pidiendo a su padre que le enviara la suma requerida, y se la encomendó a un mameluco con la orden de hacer esta diligencia.

– Y ahora, Kâmel, ¿todavía sigues deseando consumir el matrimonio con Nâfileh? –prosiguió el sultán.

– ¡Que sea repudiada por tres veces²! –se apresuró a responder el joven.

– Ibrahim, ya ves que Kâmel ha repudiado a Nâfileh. Lo pasado, pasado está, y nosotros somos hijos del presente. Avanza sin miedo, y presenta de nuevo tu petición, como si fuera la primera vez.

¹ Dicho de otro modo: se las dejaba en propiedad.

² En el Derecho musulmán, el pago de la dote y la firma del contrato son, en sí mismos, constitutivos del matrimonio, con independencia de si se ha consumado o no; de forma que Kâmel debe repudiar a Nâfileh para que Ibrahim pueda casarse con ella.

Ibrahim se acercó hasta Shâhîn y dijo con su fuerte vozarrón:

– Me presento ante ti para solicitar la mano de la perla bien custodiada, del diamante celosamente guardado a las miradas, de tu hija Nâfileh: te ruego que me evites la vergüenza de un rechazo.

– Tu petición es para nosotros un honor, y la aceptamos con alegría –respondió Shâhîn–. Yo declaro solemnemente que he recibido la dote en su totalidad.

Al comprobar que había un acuerdo perfecto entre las dos partes, el sultán ordenó proceder en el acto a la redacción del contrato matrimonial. Éste fue escrito conforme a la Ley, y firmado por todos los asistentes. Al terminar la ceremonia, Ibrahim avanzó hasta el trono e hizo una profunda reverencia.

– Mi señor –le dijo– ¿me permites la osadía de pedirte que me colmes con tus bondades?

– ¿Qué quieres, Ibrahim?

– *Dawlatli*, tengo la intención de celebrar mis nupcias en mi casa, en el Horân, y vengo a suplicar a Tu Gloriosa Majestad que honres al servidor que guarda tu puerta, a tu escudero, pisando el suelo de mi morada, tú y los grandes de tu reino, junto con los emires y los *fidauis*.

– En lo que a mí respecta, Ibrahim, asistiré con mucho gusto a tu boda, pero me temo que la presencia de todo mi ejército te puede crear excesivos gastos.

– ¡Por favor, *efendem!* –protestó Ibrahim– Al atender a las necesidades de tus tropas, no gasto de mi dinero, sino del que viene de tu bondad y de la de Dios. ¡Tú me has colmado de tantos beneficios, que podría estar alimentando a tus caballos toda la vida con piñones, en lugar de avena!

– Está bien, Ibrahim, sea como tú quieras.

X. 44 – La boda empieza bien



El sultán ordenó que le dieran a Ibrahim quinientas bolsas de oro como regalo de bodas; por su parte, el gran visir Shâhîn le ofreció cuatrocientas.

– Grandes del reino, visires y emires –les apremió el sultán–, ¡mostraos generosos con el capitán Ibrahim!

Por supuesto que nadie juzgó buena cosa el desentenderse de los desos del sultán, y cada cual

llevó allí su presente, según su rango y sus medios. Acabada la ceremonia, los *fidais* pidieron permiso par marcharse a sus ciudadelas y reunir los regalos destinados a su compañero, tras lo cual, irían directamente al Horân, con sus esposas e hijas, para participar en los festejos. El sultán, como es lógico, les concedió el permiso y se fueron rápidamente.

– Tú, Ibrahim –continuó el sultán–, ve por delante de nosotros, con Nâfileh, su padre y su hermano. Nosotros nos reuniremos contigo unos cuantos días más tarde, el tiempo que necesitemos para que la tropa haga sus preparativos. Además, así podrás aprovechar eos días para organizar la boda.

El valiente capitán colocó a su prometida en una litera y se puso en marcha, acompañado de su suegro Shâhîn, de su cuñado Dawûd, y de Saad. Cuando llegaron al Horân, llevó a Nâfileh a sus apartamentos, y él se dedicó a organizar todos los preparativos para la fiesta. Su padre, el viejo capitán Hasan El-Horâni, parecía haber perdido la razón por la alegría ante la boda de su hijo.

Los *fidais* comenzaron a llegar con los regalos que destinaban a Ibrahim: unos, con cuarenta mulas cargadas de arroz; otros, con un rebaño de corderos, o de cabras, vacas o camellos, y era tal la cantidad, que Ibrahim no sabía ya donde meterlos. Días más tarde, se anunciaba la llegada del sultán, acompañado por su gran visir Shâhîn y los emires; ellos también traían desde Damasco regalos para el novio. Todo el mundo se fue a recibir al cortejo, y conducir al rey al pabellón que se le había reservado: adornado con espléndidos cortinones y lujosamente amueblado, lo habían levantado sobre una plataforma de piedras,

construida especialmente para la ocasión, y en un lugar muy bien elegido. El rey se instaló allí, rodeado de los mejores cantantes y músicos, llegados todos expresamente de Alepo y Damasco, y comenzaron los festejos, que se prolongaron cuarenta días y cuarenta noches, durante los cuales, los cocineros no abandonaron sus hornos, ni los carniceros sus cuchillos. La algarabía de los regocijos inundó toda la provincia. Se celebraron concursos de *hakam*¹, de esgrima y de lucha libre; el rey había dado permiso, y prometido que, en caso de accidente, el que matara o hiriera a su adversario sería amnistiado, siempre que hubiera respetado las reglas del juego.

Por fin llegó la noche de bodas; las doncellas se fueron con Nâfileh para depilarle las cejas, peinarla, frotarle la cara con agua de oro, teñirle las manos y los pies con alheña, ataviarla con sus joyas más hermosas y envolverla en un gran chal rosa; al final, estaba tan bonita, que parecía una hurí que el ángel Ridwân hubiera dejado escapar del paraíso. Mientras tanto, en el pabellón real, Ibrahim también se había vestido con su atuendo nupcial; se fue a besar la mano del sultán y le pidió autorización para retirarse. A la orden del rey, los grandes del reino y los dignatarios –exceptuando, naturalmente al gran visir– se unieron al cortejo.

Delante de Ibrahim iban los *fidauis*, divididos en siete grupos. El primer grupo, armado con bastones cortos, jugaba al *hakam*; el segundo, efectuaba la danza del sable; el tercero hacía esgrima con un garrote; el cuarto, con lanza, y el quinto, con la pica de armas; el sexto, vestido con la coraza y el casco, llevaba la armadura completa, mientras que el séptimo estaba formado por los hombres de más edad y los ochentaicinco capitanes ismailíes. Al final, venía Ibrahim, flanqueado por Saad, a su derecha, y Ali Ibn El-Shayyâh, a su izquierda; seguido de los emires de Egipto, circasianos, daïlamitas, turcos y turcomanos, así como los emires kurdos². Multitud de antorchas y farolillos acompañaban al cortejo e iluminaban el camino como en pleno día, y el paso lo iban marcando los tambores y timbales que resonaban por todas partes, haciendo retumbar a toda la provincia y sus alrededores.

Cuando llegaron a la puerta del harén, recitaron todos juntos la *Fâtîha*; Ibrahim besó la mano de su padre, Hasan El-Horâni y de su tío Dibl El-Baysâni, que le dieron sus bendiciones; luego, se dispersaron los acompañantes. El joven desposado, ya solo, penetró en el edificio, en donde fue recibido por las ancianas damas y las cantantes, quienes, al son del tamboril y de la flauta, formaron un cortejo para acompañar al novio hasta la puerta de la cámara nupcial; allí, las acompañantes le condujeron hasta su esposa. Ésta, se levantó

¹ Una especie de esgrima artística, en la que los adversarios se enfrentan armados con un bastón y un pequeño escudo. En su ya lejana juventud, Baïbars era un campeón de ese deporte (ver *Las Infancias de Baïbars*).

² A los emires kurdos siempre se les distingue de los demás, y ocupan un rango superior por ser parientes próximos del fallecido rey El-Sâleh, antiguo señor de Baïbars; además, siempre manifestaron una lealtad sin fisuras hacia nuestro protagonista, Baïbars (ver *Muerte en el hamam*).

para recibirle, más ligera y agradable que una rama de sauce agitada por los céfiros de primavera; iba cubierta con tales joyas, que parecía un jardín de piedras preciosas. Los dos esposos se tomaron de la mano y entraron en la habitación nupcial, en donde se sentaron en el sitio de honor. Tal y como era costumbre, depositaron ante ellos una bandeja bien provista de todo tipo de dulces: bombones de nuez moscada, peladillas confitadas, mazapanes, frutas escarchadas, rahat-lukums... Ibrahim cogía con delicadeza esas golosinas y se las ponía en la boca a su novia, que, a su vez, hacía otro tanto. Y así les dejamos allí a los dos novios.

Mientras tanto, los grandes del reino, y Saad, habían vuelto junto al sultán.

– ¿Le habéis conducido a buen puerto, amigos míos? –les preguntó sonriente el sultán.

– Sí –respondieron todos a una.

– ¡Pues ojalá que esta noche le sea propicia, con la bendición de Dios!

– Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando Saad lanzó un grito terrible:

– ¡Sí, sí, voy enseguida, hermanito mío, ya estoy allí!

– ¿Se puede saber qué te pasa, Saad? –se extrañó el sultán.

– Es Panza Búfalo, que me está llamando; tengo que ir a reunirme con él ahora mismo.

– Escucha, Saad, ¿no crees que éste no es el momento más adecuado?

– ¡Y yo qué sé! ¡Él es quien me ha llamado! –replicó el joven echando a correr como un poseso.

X. 45 – ¡No hay quien se lo quite de encima!



Ibrahim estaba ya a punto de pasar a la acción, cuando la puerta de la habitación se abrió como con un vendaval, y vio aparecer a su primo Saad.

– La paz sea con vosotros –les lanzó.

– Y que también lo sea contigo, con la misericordia de Dios y Su bendición –respondió Ibrahim–. Dime, Saad, ¿todo va bien, si Dios quiere? ¿Qué te trae por aquí?

– Ya ves, pues nada en particular, Panza Búfalo, que he venido a visitarte. Ya sabes cuánto me aburro cuando me quedo solo... Por cierto –prosiguió, acercándose– ¿Qué es lo que estáis comiendo?

– ¿No lo ves?: dulces, golosinas y esas cosas. ¿Quieres probarlos?

– ¡Qué pregunta más tonta! Pues claro que quiero, mi coleguita.

– Toma, coge estos –le dijo Ibrahim tendiéndole un

puñado de bombones.

– ¡No! ¡Esos no me gustan! Mejor pásame la bandeja.

Ibrahim, suspirando, se la pasó, y Saad se puso manos a la obra, tragándose las golosinas a puñados, y estrujándolas bien antes de metérselas en la boca.

– ¿Será posible? ¡Pero qué pesado! ¡No hay manera de quitárselo de encima! –maldecía para su colete Ibrahim– En fin, supongo que se quedará un momento y luego se irá.

Pero el inoportuno visitante se apalancó allí, peor que esas monedas falsas de las que uno nunca consigue librarse.

– Estooo... Saad, ¿no tienes sueño? –le preguntó Ibrahim ya desesperado.

– Pero bueno, Panza Búfalo, ¿no me digas que a ti te gustaría que yo me fuera a dormir el día de tu boda! –le replicó Saad.

– ¡Que Dios te bendiga, Saad! ¡Que Dios te bendiga! –suspiró el capitán.

En fin, que Saad no se despegó de allí en toda la noche, y cuando amaneció, ambos rezaron juntos la plegaria de la aurora.

– Oye, Saad, ¿no crees que ya es tiempo de que vuelvas a tu puesto junto a Su Majestad el sultán? Se estará preguntando que dónde te habrás metido.

– ¡Tienes razón! ¡Venga, vámonos!

– De acuerdo, ve tú delante, yo te alcanzo en un rato.

– ¡De eso nada! –protestó Saad– O nos vamos los dos juntos, o no nos vamos.

Resignado, Ibrahim acompañó a su primo hasta el pabellón real. El sultán ya estaba sentado en su trono, rodeado de los grandes del reino, de los visires y los *fidais*. Ibrahim entró, se inclinó ante el rey, que le ordenó que se sentara.

– Ojalá Dios bendiga esta ocasión, Ibrahim –le dijo.

– *Efendem*, ojalá Dios te bendiga toda tu vida –respondió éste, disimulando una sonrisa y guiñándole un ojo señalando a Saad.

– ¿Qué sucede, Ibrahim? –se extrañó el sultán– Te he presentado los votos al uso: ¿por qué te echas a reir mirando a Saad?

– *Efendem*, es porque tú te has dignado bendecirme, sin que yo haya podido consumir aún mi matrimonio.

– ¡Pero bueno! ¿Y por qué no lo has consumado todavía?

– ¿Y cómo demonios podría haber encontrado tiempo para hacerlo? –estalló Ibrahim– Saad no me ha dejado ni un minuto desde el momento en que entré en mi cámara nupcial hasta esta mañana.

– ¡Vamos a ver, Saad! –exclamó el sultán taladrando al culpable con la mirada– ¿Por qué le has jugado esa mala pasada a tu hermano?

– ¡Bueno, y qué! ¿Es que no sabe todo el mundo que somos inseparables? –replicó éste– ¡Y tú, Ibrahim, no merece la pena que montes todo ese número por los cuatro bombones que me comí! ¡Guárdatelos y ojalá que se te atraganten!

Ante estas palabras, una carcajada general sacudió a los allí presentes. Cuando llegó la tarde, e Ibrahim se retiró junto a su esposa, el sultán quiso tener a Saad a su lado, en el pabellón, pero éste ya había desaparecido. Así que, cuando Ibrahim se preparaba para recuperar el tiempo perdido, su primo hizo de nuevo acto de presencia en la cámara nupcial.

– La paz sea con vosotros –pregonó a los cuatro vientos.

– Y que lo sea también contigo –respondió Ibrahim.

– Como verás, he venido a hacerte una visitilla.

– Sí, pero Saad, no olvides que estás a cargo de vigilar el sueño del rey, y si no te encuentra en tu puesto, podría enfadarse contigo.

– ¡Pues mira, que se enfade! ¡y si no le gusta, le presento mi dimisión!

– Vamos, vamos, Saad, ¡eso no se puede hacer! –protestó Ibrahim– ¡No vas a rechazar los favores que te ha concedido el sultán!

– ¡Puede que sí, o puede que no! ¡pero no me pienso mover de aquí! –cortó por lo sano el joven simplón.

– Está bien; haz lo que te dé la gana –suspiró Ibrahim.

Para abreviar: Saad no les dejó solos en toda la noche; a la mañana siguiente se presentaron los dos ante el sultán. La misma situación se reprodujo las tres noches siguientes: Saad no se separaba de Ibrahim ni un minuto, y la cosa llegó a tal extremo, que el sultán decidió tomar cartas en el asunto.

– Escucha –le dijo a Ibrahim–, todo esto no lleva a ninguna parte. Saad es un simple, un pobre de espíritu: yo no puedo castigarle, ni sermonearle. Por otra parte, tampoco puedo dejar que las cosas continúen de este modo, porque como sigamos así tú no vas a consumir jamás tu matrimonio. Lo más prudente sería que yo te desembarazara de mi presencia y partiera para El Cairo, llevándome a Saad. En cuanto a ti, te concederé unas vacaciones para que puedas llevar a buen puerto tu matrimonio, y una vez hayas hecho lo que tienes que hacer, te vienes y te reúnes conmigo.

– ¡Por favor, *efendem!* –protestó cortesmente Ibrahim– Tu partida nos causaría una pena enorme. ¿Por qué tanta prisa? Déjanos tiempo de gozar de tu presencia, que tanto honra a nuestro humilde hogar.

– Que Dios te bendiga, Ibrahim, pero lo que te propongo creo que es lo mejor para los dos. Hace ya mucho tiempo que el trono de El Cairo está vacío. Mi hijo El-Saïd aún no tiene experiencia en los asuntos del Estado, y temo que pueda llegar algún imprevisto durante mi ausencia; ¡que Dios nos preserve de las vicisitudes del destino!

– *Efendem*, estamos a tus órdenes –asintió Ibrahim.

El sultán dio las órdenes necesarias: comenzaron a batir los tambores, llamando a la partida; se desmontaron los pabellones, y los soldados formaron en columnas.

– ¡Ven aquí, Saad! –le llamó el sultán mientras montaba su cabalgadura.

– ¡Yo no me voy sin mi compadre Ibrahim! –protestó Saad.

– No puede ser, Saad –le explicó con paciencia El-Zâher–. He confiado una misión a tu primo, y se reunirá con nosotros cuando la haya realizado.

Como el joven Saad aún seguía resistiéndose, el sultán, harto ya, montó en cólera y ordenó que se lo llevaran *manu militari*. Hecho esto, el ejército se puso en marcha, y, al momento, no quedaba ante la ciudadela ni un gato.

– ¡Por fin, en buena hora! –respiró Ibrahim aliviado– Voy a aprovechar para echarme una siestecita, así esta noche estaré en forma para el ataque.

Y es que el pobre Ibrahim no había pegado ojo desde hacía tres noches, por culpa de las intempestivas visitas de su primo.

De modo que pasó el resto del día durmiendo; llegada la tarde, hizo su oración del ocaso, cenó, luego volvió a rezar, y tras pedir la bendición de su padre, se apresuró a reunirse con su esposa. Pero, justo en ese momento, la puerta se abrió, como golpeada por el viento, y Saad apareció nuevamente.

– ¡Buenas noches, mi compadrito del alma! –le espetó Saad.

– Pero bueno, Saad, ¿qué se te ha perdido aquí? –exclamó Ibrahim– ¿No habías partido con el sultán?

– Pues ya ves ¡me he escapado! –replicó triunfante Saad– Y no se le ha ocurrido otra cosa que mandar a sus caballeros que me siguieran de cerca ¡imagínate, como si pudieran!

– Has cometido un gran error, Saad: ¡seguro que el rey va a montar en cólera contra ti!

– ¡A mí qué me importa eso! ¡Si no está contento, le planto mi dimisión, y ya está!

– ¡Eso no es posible, Saad! Tú no puedes abandonar, así como así, al Comendador de los creyentes. Regresa inmediatamente a su lado.

– Oye, Panza Búfalo, ¿tú lo que quieres es ponerme de patitas en la calle, o qué? ¡No me digas que todavía andas mosqueado por lo de esos malditos bombones! ¡Pues vete a la porra tú y tus bombones! ¡Yo no pienso dejarte ni a sol ni a sombra!

En fin, que Saad no se separó un momento de él durante otros siete días, sin dejarle ni un minuto de reposo. A pesar de las ganas que tenía, Ibrahim no podía aturdirle de un golpe, atarle y arrojarle a un calabozo, por no perder las formas ante los invitados que aún se hallaban en la ciudadela, y, sobre todo, con las gentes de Masyât, hombres y mujeres, que todavía no habían vuelto a sus casas. Al no poder soportar más la tortura que le estaba infligiendo su primo, y no viendo otro medio para desembarazarse de él, acabó concibiendo el deseo de asesinarle. Una mañana, después de tomar un buen desayuno, Ibrahim le lanzó:

– Mira, Saad, esta mañana ando de mal humor, y tengo como una opresión en el pecho. ¿Y si nos fuéramos los dos a una partida de caza?

– Por Dios, compañero, es verdad que hace tiempo que no ha atrapado una perdiz con estas manos, ni forzado a una gacela a intentar vencerme a la carrera. Venga, vámonos a respirar aire fresco.

– De acuerdo, vete a buscar mi caballo de Saljad.

Saad se fue corriendo a traer la montura, Ibrahim saltó sobre su cabalgadura y los dos compañeros se pusieron en camino, alejándose de la ciudadela. Ibrahim iba en silencio, rumiando sombríos pensamientos: “¿Qué vas a hacer, Ibrahim? –se decía para sí– ¿Vas a

convertirte en culpable de la muerte de un hombre que es de tu misma sangre? ¡No, Ibrahim, eso no está nada bien! Un hombre digno de ese nombre no debe abandonar el camino del honor para seguir el de los bajos instintos... ¡Sí, pero sea como sea, yo tengo que consumir el matrimonio! ¡Y para eso, tengo que deshacerme de Saad!

Aquí termina el libro X de “Las aventuras de Baïbars”
No disponemos de la continuación de estos relatos por lo
que ignoramos la suerte que correría Saad, pero a buen
seguro que saldría bien parado...



A continuación, un breve resumen de las anteriores entregas; recordatorio de estos relatos que se fueron transmitiendo como vox-pop a lo largo de los siglos, por boca de los narradores árabes...

*“Vida y aventuras del sultán Baïbars:
el esclavo mameluco que llegó a ser rey de Egipto y de Siria”*

VOLÚMENES (I al X)

I - LAS INFANCIAS DE BAÏBARS: “Este hombre, un día se convertirá en rey de Egipto, de Siria y de todos los países del Islam.” Mientras llega ese momento, el joven Mahmud (Baïbars), príncipe infortunado, vendido como mameluco, se verá sometido a mil y una pruebas. Adoptado por una rica viuda de Damasco, se inicia en las artes de la guerra y en los juegos de truhanes. Su gran corazón y su valentía le ayudan en sus primeras aventuras.

II – FLOR DE TRUHANES: En El Cairo, Mahmud -convertido ya en Baïbars- se enfrenta a Flor de Truhanes, siete veces condenado a muerte, y terror de la gente honrada. Baïbars consigue que se arrepienta, y le convierte en su mano derecha. Valeroso, pero bromista, peleón, cabezota y mal hablado; Flor de Truhanes hubiera tenido muy difícil mantenerse en el recto camino, si no hubiera sido por la ayuda de su “hermano” Baïbars. Ambos se emplean a fondo en enmendar entuertos y enderezar los malos hábitos, comenzando por las factorías de azúcar del Bajo Egipto.

III – LOS BAJOS FONDOS DE EL CAIRO: Baïbars continúa ascendiendo en la escala social: jefe de policía, secretario de las demandas... y goza del favor del rey. Pero hay enemigos que le amenazan en la sombra; entre ellos, el infernal monje Yauán. Con la ayuda de Flor de Truhanes, Baïbars ataca la corrupción, a los falsos ciegos y a los verdaderos maleantes, a los fumadores de hachís, y a los proxenetes, a los cadís y a los mafiosos.

IV – LA CABALGADA DE LOS HIJOS DE ISMAIL: Darrâch el Sordo, Dâguer el Cabezota, Asad el-Dîn el Ceñudo, Sulaymán el Búfalo, Nachm el-Dîn el Celoso y unos cuantos más... Insumisos, ladrones de caravanas, acostumbrados a los golpes de mano, estos montañeros saben que su destino está unido al de Baïbars; pero aún les falta por aprender que el mundo está regido por fuerzas terribles, como el *Qutb*, “eje” místico que gobierna en secreto el universo.

V – LA TRAICIÓN DE LOS EMIRES: Cuanto más va ascendiendo Baïbars los escalones del poder, mayor y más fuerte es la hostilidad que crece en torno a él; dispuestos a todas las traiciones para calmar sus rencores, los emires confabulan para entregarle al rey mongol Halawún. Baïbars, asqueado, está a punto de regresar a su país natal para retomar el reino de sus ancestros. ¡Pero ese no es su destino!

VI – ASESINATO EN EL HAMAM: La muerte del rey El-Sâleh abre un período turbulento y de incertidumbre: se desatan las ambiciones, se reavivan los viejos rencores, se hacen y deshacen alianzas a puerta cerrada en el asfixiante ambiente de la Ciudadela de El Cairo, en donde fermentan las pasiones y los odios más devastadores. Unas veces cubierto de honores, y otras proscrito, Baïbars va a necesitar de todo su valor y tenacidad para desenmascarar los complots de sus enemigos y llegar, al fin, al poder supremo... lo que no significa ni mucho menos una sinecura.

VII – PALADÍN DE DONCELLAS: Proclamado sultán de Egipto y de Siria, Baïbars tiene que afrontar nuevos peligros: fanatizados por el monje Yauán, los reinos de la costa siria se rebelan; pululan los aventureros y los bandidos. Conduciendo a su ejército a un ritmo infernal, Baïbars despliega prodigios de valor; pero ¿dará la talla suficiente como para enfrentarse al emperador de Bizancio? ¿Conseguirá Shîha doblegar la testarudez de los ismailíes? Ibrahim, o el Caballero sin Nombre, más conocido ahora como Paladín de Doncellas -una especie de bandolero jovial, cínicamente ávido de ganancias y de una moralidad un tanto dudosa, puede en

ocasiones poner su inquebrantable coraje y su hercúlea fuerza al servicio de la justicia y de la inocencia - ¿acabaremos por conocer su verdadera identidad?

VIII – LA REVANCHA DEL MAESTRO DE LAS ARGUCIAS: Después de Baïbars y del Caballero sin Nombre, nuestro Paladín de Doncellas, ahora es Shîha quien ocupa el papel principal, el de protagonista; tejiendo y destejiendo al antojo de sus oscuras estrategias los hilos de una intriga formidablemente compleja. A punto de conseguir la recompensa a su tenacidad y paciencia, el gran artífice Maestro de las Argucias elabora aquí su obra maestra: el descomunal enredo que probará a esos obstinados ismailíes que él, Shîha, es digno de ser su jefe.

IX – JAQUE AL REY DE ROMA: Después de luchar contra los Cruzados, los Bizantinos y los Mongoles, ahora Baïbars se habrá de enfrentar a un adversario aún más temible: ni más, ni menos, que el todopoderoso emperador de los romanos, Federico II de Hohenstaufen. Se avecina una crisis internacional, que podría abarcar a todo el Mediterráneo. En el origen de este conflicto está, como era previsible, Yauán que, rabioso por el fracaso de todas sus intrigas, juega su última baza en un órdago. Pero no en vano Shîha, jefe de los servicios secretos de Baïbars, es conocido con el sobrenombre de “Maestro de las Argucias” ... ¿La gigantesca operación de intoxicación que monta conseguirá evitar una guerra de resultados inciertos? ¿Logrará abrirle los ojos a Federico, mostrándole la auténtica naturaleza de Yauán?

X – EL JUICIO AL MONJE MALDITO: Una embajada muy peculiar va a llegar a Roma para convencer al emperador Federico de la inutilidad de una guerra ¿lo conseguirán? Al frente de esta embajada está, en apariencia, el emir Edamor, gran amigo de Baïbars, pero será Ibrahim, Paladín de Doncellas, quien tomará el mando real... ¿Consecuencias?: broncas, peleas, muertos, feroces luchas contra el monstruo de la Isla Esmeralda... en fin, Ibrahim en estado puro, con su primo Saad Zancadas de Viento, secundándolo o... agobiándolo. Veremos las aventuras y desventuras de Ibrahim en esta última entrega de la saga de Baïbars.

NOTA DE LA TRADUCTORA

La “Historia y aventuras de Baïbars” la acabé de traducir un 4 de diciembre de 2020, terrible año de la pandemia del virus que asoló el mundo. Fueron tiempos difíciles, pero gracias a este forzado encierro acabé este proyecto; el último, quizá, de mis empeños, antes de que mi memoria, cada vez más frágil, me obligue a la simple y plácida contemplación del “cómo se pasa la vida...”

Solo ruego a mis lectores, si es que los hubiera, que sean comprensivos y disculpen mis libertades al traducir una lengua con tantos registros como la que aparece en esta versión del “Baïbars”. No encontraréis aquí esa literatura árabe culta y clásica, sino el relato popular de historia oídas y trasladadas oralmente de padres a hijos, y de estos, a través de los siglos, a los narradores que, por unas monedas, día tras día, amenizaban las veladas en los cafetines de Siria y de El Cairo hasta finales del s. XIX. Es la voz del pueblo, nada más. Ojalá que paseis tan buenos ratos como yo lo he hecho mientras me reía a carcajadas con cada una de las descomunales aventuras en las que se embarcan los distintos personajes del “Baïbars”. Creo que solo algunas peripecias de don Quijote me han hecho reír tanto.

El “Baïbars” (como yo lo llamo familiarmente) podría encuadrarse dentro de las novelas de caballerías, pero es mucho más que eso: es un relato ágil, irónico, picaresco y con un sentido del humor que echa por tierra cualquier gesto de grandilocuencia caballeresca. Todo en el Baïbars es llevado hasta los extremos; sus diálogos lo asemejan más a un guión cinematográfico de Tarantino, que a una novela, y cuando lo lees, es como si estuvieras viendo una de esas primeras películas de James Bond, con las que el público disfrutaba y se reía estrepitosamente ante las exageradas hazañas de 007; en este caso, interpretadas por el mismísimo Baïbars, o Flor de Truhanes, o Paladín de Doncellas, ya por no hablar del Maestro de las Argucias, o de Yauán, el monje maldito y su condenada alma gemela, Bartacûsh, y, finalmente, del imprevisible Saad Zancadas de Viento...

En fin, solo me queda desearos que disfrutéis de “esta película” y, dadas la fechas, desearos unas navidades saludables y un año 2021 menos bisiesto y siniestro que éste.

¡Salud, amig@s!

En Arriondas, a 4 de diciembre de 2020
Esmeralda de Luis y Martínez

P.D. Esta modesta aportación al Archivo de la Frontera va dedicada a mi queridísimo Emilio Sola, mi amado compañero, sin cuyo entusiasmo vital no habría podido terminar este libro. También “in memoriam” de mis padres Nicolás y Juanita y de mi hermano Raúl, que se fueron tan prematuramente. Con un particular cariño a la pareja californiana de Raymond, Keily y el pequeño J.R., mi sobrinieta nacido en el año 2020, el bisiesto de la COVID.